EL PELIGROSO ENCANTO DE LA HOGUERA



LUIS GARAY

EL PELIGROSO ENCANTO DE LA HOGUERA

LUIS GARAY

© 2026 Luis Garay
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Primera edición: 2026

Título: *El peligroso encanto de la hoguera*

Autor: Luis Garay

Corrección de estilo: María Rama

Publicado de forma independiente

ISBN: 978-9915-44-121-4

Para Agustín, Juan Martín y Mery
A mis primeros lectores
gracias infinitas

¿Qué hay en el fuego que lo hace tan atractivo?
No importa la edad que tengamos,
¿qué nos atrae hacia él?
—Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52

Capítulo 1

El hombre que sabía demasiado
(Película de Alfred Hitchcock, 1956)

En el noveno piso el ruido de la calle parecía un susurro. Era una agradable noche de primavera y desde el ventanal se podía ver el barrio en perspectiva o, más bien, los techos y las copas de los árboles. Martín y Mariana vivían en un monoambiente en el barrio Sur de Montevideo, a cuatro cuadras de 18 de Julio. Ella se sentía segura en brazos de Martín y fantaseaba. Se imaginaba casada y con tres o cuatro hijos. Él pensaba en sus próximos exámenes de abogacía, en completar la carrera que le garantizara una solidez económica como para llevar adelante una familia. Mariana se quedó dormida sin siquiera cenar y él aprovechó para hacer un repaso de los apuntes de Derecho Procesal.

Hacía pocos días que Mariana había cumplido diecinueve años. Su madre había fallecido tres años atrás en un accidente de tránsito. Manejaba su padre. Era un día de lluvia, como el de hoy. Se había pasado con la bebida, como era usual, y la columna cayó del lado de ella. Fallecida por traumatismo de cráneo con pérdida de masa encefálica fue lo que dijo el cronista de policiales en el informativo. En un lenguaje más llano, la columna le había partido la cabeza como una cáscara de nuez. Su padre nunca se perdonó el accidente, pero tampoco dejó de beber. Era la personificación de la derrota, y teñía todo a su alrededor con su mala onda.

Martín pertenecía a una típica familia de clase media. Su padre, Fernando Flores, tenía una inmobiliaria, y su madre, Eugenia Llanes, era profesora de literatura. Ambos trabajadores pero, a la vez, dedicados a sus tres hijos. No había nadie que no tuviera un buen concepto de ellos. Un par de semanas atrás había cumplido veintidós años. Era el mayor de tres hermanos. Juan Pablo tenía veinte y Federico dieciséis.

A la mañana siguiente, Mariana lo despertó con el desayuno y le preguntó a qué hora se iba para el estudio. Martín daba vueltas en la cama, tapándose la cara con la almohada, tratando de evitar la luz que venía de la ventana. Le respondió que pensaba salir a las ocho y media. Mientras ella dejaba la

bandeja en la mesa de luz, él la tomó por detrás y se fundieron en un mar de brazos y piernas, en el roce de la piel y la seda, en agitación y sosiego, en un impulso volcánico y sereno. Y llegaron al otro lado de la orilla, y pasearon por otros lagos, y conocieron el éxtasis y volvieron. Y los dos en la cama quedaron entramados, contemplando el viaje, las alas desplegadas y el vértigo de volar. El café volvió al microondas y, mientras esperaba, Mariana cantaba *Cry me a river*. Era fanática del jazz, en especial de Diana Krall y Esperanza Spalding. Había formado su oído en el Conservatorio con sus seis años de piano. Amaba la buena música y gozaba escuchando los pianos de Bill Evans, Tom Jobim, Oscar Peterson y Thelonious Monk. Para ella, la vida debía ser gozada, como se goza de una buena pieza musical.

Esa mañana, como el resto de los días de semana, luego de desayunar, Martín se dio una ducha y se afeitó. Se despidió de Mariana, tomó el ascensor y al llegar a la planta baja se encontró con una linda mañana soleada, aunque un poco húmeda. Estaba a diez cuadras del estudio y cuando alcanzó la vereda, alguien comenzó a seguirlo. Después de la tercera cuadra se dio cuenta. Era un hombre alto, de tez morena, como de un metro noventa. Llevaba un gorro de lana negro, lentes oscuros, una campera de cuero negra y debajo un rompevientos con el que se había tapado la cara hasta la altura de los ojos. No hacía tanto frío como para ir tan abrigado y menos con la cara tapada. Cuando llegó a la esquina, el hombre alcanzó a Martín, lo tomó por el brazo y lo empujó a una camioneta tipo van blanca con los vidrios polarizados. Martín no pudo atinar a nada. Cayó boca abajo contra el piso. Una persona le tomó ambos brazos y unió sus muñecas firmemente con un precinto de plástico. Mientras tanto, el moreno lo agarraba del pelo, le ponía algodones en los ojos y los sujetaba con cinta adhesiva alrededor de su cabeza. No entendía nada. ¿Acaso no le habían avisado y formaba parte del elenco de una película de acción? Pánico. Terror. Un sudor frío le corría por la espalda. No hablaba, nadie hablaba. Sintió la presión fría de la suela de un zapato sobre su mandíbula y cuello y lo que parecía ser el caño de un revólver en la sien.

—¡Te vas a quedar quietito así como estás porque si no te quemo!

Ante esas palabras Martín trató de quedarse duro como una estatua. Pasaban los minutos y la camioneta seguía andando. Doblaba, se detenía y continuaba su marcha. En un momento llegó a darse cuenta de que habían salido de la ciudad. La marcha era uniforme, constante, y cada tanto oía que algún vehículo los pasaba por la izquierda. No lo podía creer, se esforzaba

por razonar tratando de encontrarle algún grado de lógica a la situación. También se preguntaba si no sería algún tipo de alucinación o desequilibrio mental. No podía ser cierto. Algún error tenía que haber. Después de un tiempo que le resultó imposible estimar, tal vez dos horas, la camioneta por fin se detuvo. Lo hicieron salir. No sentía ruido de tránsito. El canto de los benteveos y sabiás, el calor del sol cayendo a pleno y el arrullo de los árboles mecidos por el viento eran sus únicas percepciones. Parecían estar en el medio del campo. Así como lo sacaron de la camioneta, lo hicieron entrar en otro vehículo y nuevamente lo tiraron al piso, en el poco espacio que había entre los asientos delanteros y traseros. El auto arrancó y Martín sentía esta vez el peso de las botas de sus captores sobre su pecho y sus piernas. Luego de aproximadamente otras dos horas de andar, el auto se detuvo. Al bajarlo, sus oídos percibieron que se encontraban en un lugar descampado y sintió olor a tierra húmeda. Lo hicieron caminar unos metros hasta que entraron en una habitación fresca y encerrada, lo sentaron en una silla y lo ataron.

—¿Estás asustado, nene? Te vas a tener que portar bien, ¿sabés?, si no vas a terminar como comida para los gusanos.

–¿Me van a explicar qué está pasando? —balbuceó Martín.

–Sí, claro que te vamos a decir —oyó que le decían.

–Yo no tengo problemas con nadie, explíquenme qué pasa.

Martín trataba de pensar si en algún momento se había creado algún enemigo deseoso de cobrarse alguna cuenta con él, pero no concebía tal posibilidad.

–Calladito, botija. Estamos armados. Intentás escapar y sos boleta.

Mientras tanto, Eliomar, el moreno, le revisó los bolsillos del pantalón y le sacó la billetera. Era lo único que llevaba encima. Cerró la puerta de la habitación y Martín quedó solo. Tan solo como nunca jamás se había sentido. Empezaba a sentir frío. Estaba destemplado. Y pensaba. "¿Pero qué es esto? Debo estar soñando. Todo estaba tan bien…y de golpe se pone patas para arriba. ¿Qué hago? No puedo hacer nada, ¿o sí?"

Las lágrimas empezaron a humedecer los algodones que tapaban sus ojos y a escurrirse por sus mejillas. Tenía las piernas atadas con cinta pato a las patas de la silla, el precinto que le habían puesto uniendo sus muñecas era más que incómodo, pero esa sensación no era nada en comparación con la sorpresa, el estupor y el miedo que sentía en ese momento.

Pasadas varias horas, fuera de la habitación, no muy lejos de ahí, el Chino Fernández, quien inmovilizara sus brazos en la camioneta, ejercitaba sus bíceps con unas mancuernas improvisadas con latas y material. Era de complexión gruesa, petiso y de tez trigueña. Tenía la voz ronca por unos nódulos que tenía en la garganta. En otras épocas había recibido el apodo de El Chacal por su parecido con el terrorista venezolano Illich Ramírez Sánchez. Interrumpió el silencio al pasar Eliomar delante de él.

—Che, Negro, ¿le revisaste los bolsillos al flaco?

—Sí, tengo la billetera. Tenía trescientos pesos podridos encima, pedazo de muerto de hambre…

—¿Y no tenía teléfono?

—Encima no, tal vez se le haya caído en el auto.

—¿Dónde carajo se metió Néstor? —dijo el Chino mientras estiraba el cuello sin levantarse del banco en el que estaba sentado, para ver si lo veía por la ventana de la cocina–. Andá a buscarlo, Negro.

Néstor era quien conducía la camioneta y posteriormente el auto. A los pocos minutos apareció, con los ojos rojos y limpiándose la nariz con el dorso de la mano. Las ojeras en su rostro, acompañadas de una piel pálida y fláccida por el sobrepeso, reflejaban más de una noche sin dormir.

—Chino, ¿me llamaste?

—Sí, revisá el auto para ver si encontrás el teléfono del flaco.

—Sí, lo encontré yo después de que bajaron todos. Hace un rato entró un mensaje de la novia y le contesté, para ganar tiempo, ¿viste? Después lo apagué.

—¡¿Pero vos sos imbécil?! —contestó el Chino con el rostro encendido de furia—. ¿No te das cuenta de que nos pueden encontrar con ese mensaje que mandaste?

Néstor, el más nuevo del grupo, trataba ganarse la confianza de todos, pero su pobre capacidad intelectual lo traicionaba. Enfurecido, el Chino se abalanzó sobre él y lo tomó del cuello mientras le daba un soberbio rodillazo en los testículos. Néstor cayó al piso de rodillas y luego de costado para quedar hecho un ovillo en el piso. Cuando su hombro izquierdo tocó el suelo, sintió una patada en plena mandíbula. Finalmente, el Chino sacó el celular del bolsillo del vaquero de Néstor, lo abrió, leyó los últimos mensajes con una mueca de bronca, lo desarmó, le sacó la batería y se guardó el chip, pensando que tal vez pudiera serle útil en algún otro momento.

Estaba anocheciendo y empezaba a hacer frío. Mientras tanto, Martín se ponía a pensar en Mariana y en su familia.

"¿Sabrán algo ya?" —se decía. Ese día debía quedarse hasta tarde en facultad. Los viernes siempre llegaba a su casa después de las once de la noche. Era muy probable que Mariana lo hubiese llamado a su celular. Tal vez estuviera enojada porque no la había llamado. O porque no le contestaba los llamados. Nadie iba a imaginar siquiera en la que estaba. ¿Por qué tenía que pasarle esto justo a él? Era la misma pregunta que debían hacerse todos los que sufrían alguna desgracia. '¿Por qué a mí?' Porque a alguien le tenía que tocar. Y esta vez le había tocado a él. El primer premio. Lo habían agarrado con todos los números en la mano. Había que tener suerte incluso para la desgracia. De nada servía lamentarse. Ese era ahora su escenario. Su batalla. Su guerra. Sobrevivir. Aguantar. Remar. Dios, ¿dónde estaba? ¿Dónde mierda estaba? Él había rezado, había creído en Él. Y todavía creía. Pero tenía que sacarlo de allí. Se lo pedía de corazón. Que todo saliera bien. Que nadie sufriera. Prometería lo que fuera si lograba salir. Quería rezar, aunque lo mismo pensarían los que estaban a punto de ser fusilados, los desahuciados, los que presenciaban el asesinato de sus familias, los que veían cómo un terremoto se llevaba sus casas y a sus hijos. ¿Y de qué les serviría? La desgracia caía igual, como una roca gigantesca destinada a destrozarles la cabeza. Y, aun así, muchos rezaban. Tal vez porque no había alternativa. Tal vez porque necesitaban aferrarse a algo. Él también quería aferrarse a la vida.

Y así empezó a rezar. Se compenetró, entrecruzó sus dedos y rezó. Lo ayudaba a mantenerse firme. Sentía la necesidad de mantenerse en guardia. Era como hacer fuerza para que la situación se revirtiera. Era también la aceleración, la adrenalina de estar viviendo una situación absolutamente loca, disparatada y extrema.

—Dios, por favor, que se revierta esto, por favor —se decía cuando sintió el ruido del picaporte. Se sobresaltó y las pulsaciones se le dispararon a más de ciento cuarenta por minuto. Era Eliomar que entraba para cerciorarse de que todo estuviera en orden.

—¿Me pueden decir para qué me tienen acá? —preguntó Martín.

—¿Para qué querés saber? Saber o no saber no te va a cambiar nada —dijo Eliomar mientras salía y cerraba la puerta.

"¡¿Para qué quiero saber?!" —se decía Martín—, ¡pedazos de hijos de mil putas! ¡Por qué no se los tragará la tierra, hijos de puta! No puede ser,

esto es una pesadilla y no tengo el consuelo de poder despertarme…”

Capítulo 2

Gnossienne Nro.1 y Nro.3
(Obras para piano, Eric Satie, 1893)

Mariana tocaba la *Gnossienne número uno* de Eric Satie. Era una música que transmitía languidez, con un dejo de tristeza, pero le gustaba, y no era porque fuera triste sino porque era fluida y misteriosa. Corría como agua en bajada. Hacía diez minutos que había terminado la clase de armonía y, como solía hacer a diario, dedicaba una hora para tocar en uno de los pianos del conservatorio. El salón en el que se encontraba hacía las veces de auditorio donde los alumnos rendían pruebas a las que solían concurrir sus familiares. Era un edificio de la década del 20, por lo que los techos eran altos y tanto puertas como ventanas eran altas y angostas, con cortinados de *voile* blanco sujetos en sus bordes superiores e inferiores. Ese día estaba sola junto al piano, un Steinway de media cola que se encontraba sobre una tarima. Debajo, las sillas vacías eran mudas espectadoras de su ensayo. Se entusiasmó y siguió con la *Gnossienne número tres*. Eran obras pequeñas, simples, pero también con contenido. No podía dejar de tocar la que a sus oídos era la más misteriosa, la *número cuatro*. La mano izquierda era arpegiada, en tanto que la derecha sonaba con brillo y ligaduras. Miró el reloj y se dio cuenta de que eran las siete menos veinte de la tarde. Martín estaría saliendo del estudio para irse a facultad. Tomó su celular y comprobó por enésima vez que Martín no le había mandado ningún mensaje en todo el día. A esa altura del mes ya había consumido los datos, por lo que sólo podría llamarla o mandarle un SMS, pero no por *WhatsApp* como acostumbraban. No pudo con su ansiedad y le escribió: "¿Estás de estrella que no llamás ni mandás mensaje? Miss u." Pasada media hora de enviado, recibió la respuesta: "No te enojes, te quiero, me quedo sin batería. Llego tarde".

Mariana quería saber qué hacían esa noche. Era viernes y deseaba salir a bailar o, tal vez, ver juntos una película en alguna plataforma de *streaming*. Por eso apenas recibió el mensaje lo llamó. Le atendió el correo de voz así que dedujo que se habría quedado ya sin batería. Se quedó con bronca porque pensaba que Martín la había dejado de lado entre el trabajo y el

estudio. No la había llamado para planificar la salida de la noche y eso la ponía verdaderamente mal. Habían comenzado el día demasiado bien como para tirar todo por la borda diez horas después. Empezaba a pensar que Martín habría cambiado de planes a sus espaldas. Lo imaginaba saliendo con sus compañeras de facultad. Su rostro se iba enrojeciendo de celos y la paz que minutos atrás le había transmitido Satie iba cayendo arrugada en la papelera. Había durado poco la alegría, apenas veinticuatro horas. ¿Acaso no podía confiar en nadie? Martín era un refugio, y en ese momento, no sentirlo presente la sacaba de quicio. Verdaderamente necesitaba un apoyo y estaba convencida de que él podía darle la seguridad que siempre había estado buscando. Decidió llamar al estudio.

Primero la telefonista y luego el doctor le confirmaron que no había ido a trabajar. Tras oír que él le había enviado un mensaje diciendo que llegaría tarde y que se quedaba sin batería, el doctor sugirió que tal vez estuviera en la biblioteca preparando un examen y le pidió que, si lo encontraba, le dijera que lo llamara.

Enterarse de que no había ido a trabajar la puso en un estado de nervios tal que no podía quedarse quieta. No sabía qué hacer.

Llamó a continuación a la casa de Martín y atendió su madre, Eugenia. Al oír que lo estaba buscando, le dijo que hacía varios días que no lo veía; la última vez había sido el martes, cuando había pasado por allí con ella. Eugenia dejó el teléfono un momento y preguntó a su marido y a sus hijos si sabían algo sobre él. Nadie tenía noticias. Fernando incluso comentó desde el living que si su esposa, que era quien más hablaba con él, no sabía nada, ellos menos. Cuando volvió al teléfono, Eugenia intentó tranquilizarla y le dijo que no se hiciera mala sangre. Mariana respondió que a esa hora Martín debería estar en la facultad pero nadie parecía saber dónde estaba.

Seguía sin cerrarle el hecho de que Martín no fuera a trabajar. Recordaba haberle preguntado a qué hora salía para el estudio y él no la corrigió, no le dijo que iba para otro lado. ¿Sería posible que le estuviera ocultando algo? ¿Había alguien más en su vida además de ella? Ya se imaginaba cuando volviera. Hablarían largo y tendido. En una relación de pareja debía haber confianza, pero también comunicación. Estaba profundamente ofuscada y necesitaba hablar con alguien que la entendiera. Por eso tomó el celular y llamó a Lucía, su amiga más confidente. Le contó lo que estaba pasando y Lucía le dijo que si Martín le había escrito hacía poco, probablemente no hubiera pasado nada grave. También le sugirió que fuera a su casa en lugar

de quedarse esperándolo. Según ella, era mejor que fuera Martín quien la buscara. Mariana, aún inquieta, aceptó la idea y le dijo que en un rato pasaría por allí.

Salió del conservatorio, tomó el primer taxi que encontró, y en poco más de diez minutos ya estaba tocando el timbre del apartamento de Lucía. La recibió con su melena corta rubia, con musculosa, short y los pies descalzos. Era una chica naturalmente atractiva, con ojos azules penetrantes y una boca sensual. Caminaba con cuidado sobre sus talones, ya que se estaba pintando las uñas de los pies. El carmín contrastaba con el verde flúo de los separadores de goma eva que utilizaba para no mancharse los dedos. Se sentaron en el sofá, y mientras Lucía seguía con su faena empezó a contarle a Mariana los pormenores de la reciente ruptura con su novio. Casi sin darse cuenta se hicieron las once de la noche, en medio de una conversación prácticamente casi monologada por parte de Lucía, acaparando la atención de Mariana sin que pudiera realizar acotación alguna. Cuando vio que eran las once y media y Martín no la llamaba, sintió que los nervios tensaban más y más los músculos de su espalda al punto de sentir una puntada a la altura de las cervicales. Se levantó del sofá y se puso a caminar por el living.

—Son las once y media y no llama el muy desgraciado. Voy a llamarlo al apartamento.

–Dejate de jorobar, Mariana, acordate de lo que te dije. Dejá que él venga a vos. No lo llames.

Las horas fueron pasando y Mariana ya no pudo soportar. Le pidió a Lucía que la acompañara hasta el apartamento.

Llegaron a las tres menos veinte. Al entrar, se dio cuenta de que todo estaba como ella lo había dejado el día anterior, sin señales nuevas de Martín. Miró el teléfono y vio que la única llamada recibida era la que había hecho ella desde su celular.

Esa noche compartió el dormitorio con Lucía, quien se durmió casi instantáneamente. A Mariana le resultaba casi imposible cerrar un ojo, hasta que el cansancio la venció y las pesadillas la invadieron. Veía a Martín cayendo de lo alto de un barranco y ella, desde arriba, sin poder evitar la caída.

Capítulo 3

Revolver
(Álbum de The Beatles, 1966)

Era bien entrada la noche del viernes y Martín seguía atado a la silla. Empezó a gritar llamando a sus secuestradores. No quería orinarse y, si no lo dejaban ir a un baño, se haría encima. Enseguida apareció Eliomar preguntándole qué pasaba.

—Quiero ir al baño, no aguanto más.

—Ya me la veía venir… ¡Chino!, ¿podés venir con el corte? Hay que soltarlo para que vaya al baño. Acordate de lo que dijo el Jota...

Sin mediar palabra, apareció el Chino y mientras Eliomar se quitaba el revólver de la cintura para mantenerlo entre sus manos, se dispuso a cortar la cinta que sujetaba las piernas de Martín y el fleje que retenía sus manos.

—Los ojos te los vamos a dejar vendados. Que ni se te ocurra levantarte la cinta. Si te la sacás, sos fiambre —fue lo único que dijo el Chino.

Martín sintió un chasquido sobre su mano izquierda. Sintió también el frío del aro metálico de las esposas que le acababan de poner. Seguía sentado en la silla, pero podía mover los brazos y las piernas.

–Levantate y caminá hacia tu izquierda. Ahí hay un baño. De frente vas a tocar una pileta. Al lado hay un water.

Al incorporarse, notó que lo que le sujetaba la mano izquierda era un par de esposas que estaban enganchadas a una cadena de eslabones relativamente gruesos. Sintió que los dos se retiraban mientras se disponía a orinar. Tanteó para tirar de la cisterna y no la encontró. Se desplazó a la izquierda y alcanzando el grifo de la pileta, lo abrió, pero no salía ni una sola gota de agua. Volvió sobre sus pasos mientras trataba de darse cuenta hacia dónde lo llevaba el otro extremo de la cadena. Pasándola entre sus manos, pudo percibir que estaba unida a una cama de hierro, de esas que había en los hospitales hace más de cincuenta años. Tenía un colchón y una frazada que al tacto parecía de esas de mala calidad, de textura similar al fieltro, que suelen ser de color azul o violeta. No había sábanas ni almohada. Un pálido reflejo de la luna se colaba por la banderola del baño. La bombilla de la habitación estaba quemada, pero ambas estaban lejos de

su conciencia. Se tiró en el colchón y trató de dormir. Deseaba poder dormirse y soñar. Soñar con Mariana, con correr, con estar libre. Deseaba escaparse de ese lugar, aunque tan solo fuese en sueños. No tenía sueño, al contrario, estaba muy acelerado. Tengo que cansarme de algún modo, se decía. Y se le ocurrió hacer lagartijas, abdominales, saltos.

Se quitó la camisa, que quedó arrollada en la cadena contra la cama, y empezó a ejercitarse. Así estuvo una hora y media de forma ininterrumpida. Parecía en trance. Se daba cuenta de que la mente descansaba cuando el cuerpo estaba en acción. Una vez que terminó empezó a sentirse reconfortado, con energía interna. Se sentó en la silla y esperó que se le secara la transpiración para volver a ponerse la camisa. Se sentía tentado de levantarse las cintas que le cubrían los ojos, pero temía lo que pudieran hacer sus secuestradores si se daban cuenta. Se tiró en la cama, esta vez sí con todas las intenciones de poder descansar. En su mente se dibujó el rostro de Mariana y le habló.

—Mi amor… ¡Cómo debés estar! Quedate tranquila que estoy bien. No desesperes. Te estoy esperando. Siento la necesidad de decirte que me completás. No sé si te lo dije ya, pero no me quiero morir sin que lo oigas. Doy la vida por tenerte cerca, por poder llegar a compartir juntos el día a día. No tengo ni almohada para abrazar, te extraño. Extraño el olor de tu piel, tu olor a perfume en la noche, la forma de tus uñas alargadas, tus pestañas también largas, la redondez de tus pechos, la excitación de tu sexo, tus piernas rozando a las mías. ¡Ay, Dios, en qué baile me metiste! No dudo que deseás lo mejor para mí, me pongo en tus manos, que se haga tu voluntad. Y se durmió.

Era de noche aún cuando despertó con la amargura en los labios de descubrirse preso de la realidad. La realidad de la cadena y el colchón. Del olor a humedad. De la soledad. Del temor al qué vendrá. Se sentía a cien mil años luz de las caderas de Mariana. Había podido dormir y soñar. Había soñado que viajaba y estaba con Mariana.

Nos encontrábamos en las calles de París. Pero era otro París. Un París mágico. Unas calles que despedían olor a ensoñación, a regocijo. Llegábamos a una plaza. En mi vida había visto una plaza así. Las calles eran empedradas. No había autos, sólo gente caminando, y era de noche. Los edificios eran antiguos, de piedra, majestuosos, y enmarcaban la plaza. Estaba extasiado con una serie de estatuas que medirían treinta, cuarenta

metros de altura. Eran de piedra y tenían por lo menos mil años de antigüedad. Eran figuras de pie. Habría seis u ocho de ellas, no sé decirlo. Supongo que serían guerreros o nobles de la antigüedad, y transmitían energía, una fuerza imponente. Esa fuerza contrastaba con la amargura de despertar en estas cuatro paredes inmundas...

Al recuerdo del sueño lo interrumpió la amargura.

¡Estos hijos de puta no sólo me tienen encerrado, sino que también me tienen cagado de hambre y de sed! Si esta gente quiere guita, si no pidió aún el rescate, lo tendrá que hacer cuanto antes, supongo. Ahora, siendo por guita se equivocaron. ¿De dónde va a sacar guita el viejo? No me van a secuestrar por dos, tres, cinco o diez mil dólares. ¿Qué otro móvil puede haber si no?

De repente, sintió un ruido de motor diésel y se dio cuenta de que era similar al del auto en que lo habían llevado hasta allí. Siguió oyendo cómo el ruido se iba desvaneciendo en la distancia. Sintió también el golpe de una puerta no muy lejos de allí.

—¡¿Hay alguien ahí?! —gritó.

Al minuto entró el Chino.

—¿Ya andamos jodiendo a estas horas de la madrugada? ¿Necesita algo, amigo?

—¿Tenés agua y algo para comer? Me siento mal. Tengo el estómago pegado. ¿Cuándo piden el rescate?

—¿Rescate? ¿De dónde sacaste eso?

—No sé, supongo, estoy secuestrado, ¿no?

—Sí, podríamos decir que estás secuestrado.

—Mi viejo no tiene guita. Lo que tiene es una inmobiliaria y no es grande. Da para vivir, pero no para…

—Nosotros estamos haciendo un mandado, ¿entendés?

—No, la verdad es que no entiendo nada…

—Bancátela y portate bien.

Así el Chino salió, mientras Martín le mostraba a sus espaldas el dedo mayor de la mano derecha extendido hacia arriba. Ya se habían hecho las siete de la mañana y los rayos del sol se dejaban ver horizontales contra la puerta del baño, formando un paralelogramo de luz rugosa. Prometía ser un lindo día. La pieza ganaba en claridad por la luz que venía del baño, ya que no tenía ventanas. Era un típico cuarto de servicio con un baño al lado. O tal

vez un galponcito. ¿Sería parte de una estancia? ¿O de una casa en un pueblo desierto? De lo que estaba seguro era de que estaba lejos de Montevideo, pero dentro del país. Sintió de nuevo el auto, esta vez acercándose. Al rato, la puerta se abrió.

—¿Y, Martín, dormiste? —le dijo Eliomar.

—Unas pocas horas.

—Para que no hables mal de nosotros, te traje esto. En un rato va a venir mi compañero que te va a explicar lo que vamos a hacer hoy. Comé tranquilo.

Le acercó una bolsa de papel, una botella de plástico con agua y luego se retiró. Martín palpó la bolsa y notó que había unas galletas de campaña. Le dio un mordisco a una de ellas y recordó el desayuno que Mariana le había preparado la mañana anterior. Ese tenía mucho valor. Este también. Le traía a la conciencia lo jodidos que somos los seres humanos. Nos quejamos de llenos. Saturados de bienestar, pero girando en la muela de la rutina. Las cosas parecen disfrutarse y desearse más cuando no se tienen.

Pasada una media hora apareció el Chino en la habitación con un diario en una mano y una cámara de fotos en la otra.

—Martín, agarrá esto. No es para que lo leas —dijo el Chino riéndose—. Ahora te voy a filmar con el diario en la mano, ¿me entendés? Acercate un poco a la puerta del baño, que ahí está más claro, si no no se ve nada. Lo vas a mostrar con las dos manos para adelante. Vas a decir que estás bien y nada más, ¿tamos?

—Está bien.

Martín se incorporó y se acercó a la puerta del baño con el diario. El Chino lo filmó por unos quince segundos.

—Dame un email de alguien de tu familia y el tuyo con tu clave.

—Te doy el de mi hermano, Juan Pablo, que anda todo el día en la computadora. Es juanpflores90@gmail.com. Mi email es mflores@grant.com.uy y la clave… no estoy seguro de si es *rubbersoul* o *revolver*. ¿Van a mandar el mensaje hoy?

—No sé —le dijo el Chino, y se retiró como había entrado, con diario y cámara.

Martín tanteó las galletas sobre la bolsa de papel. Ya no tenía hambre.

Capítulo 4

Nunca digas nunca jamás
(Película de Irvin Kershner, 1961)

Mariana amaneció con dolor de cabeza, se levantó, se preparó un café y buscó un calmante, mientras Lucía dormía plácidamente. Eran las nueve y media de la mañana. Sosteniendo la taza de café con su mano izquierda, mientras se sentaba en el sofá, llamó una vez más a Martín, pero obtuvo el mismo resultado que el día anterior. Enseguida discó el número de los padres de Martín. Si bien no tenía por costumbre fumar, tomó de la mesa una caja de cigarrillos de Lucía, sacó uno, se lo llevó a la boca y lo encendió con un Zippo que tenía un logo de Harley Davidson. Contestó Eugenia, mientras del dormitorio aparecía la figura de Lucía desperezándose, con el rímel corrido y los ojos hinchados de sueño. Se dirigió al sofá, se prendió un cigarrillo usando el de Mariana y se sentó expectante, tratando de seguir con atención la conversación.

Al otro lado de la línea, Mariana habló atropelladamente. Eugenia apenas alcanzó a intercalar un par de preguntas antes de prometer que hablaría con Fernando y empezaría a llamar a todo el mundo para ver si alguien sabía algo de Martín. Quedaron en volver a hablar más tarde.

Eugenia tenía una pila de escritos de quinto año de liceo para corregir. La temática era Macbeth. Un alumno la había convencido de invertir el orden del programa para poder dar Shakespeare antes de que terminaran los cursos. Se quitó el lápiz del rodete y dejó caer su cabellera cobriza sobre los hombros. Se levantó, dejó los escritos sobre la mesa y fue hasta el jardín del fondo, donde su marido se encontraba podando las ramas más bajas del tilo. Cuando el viento las movía, tocaban la cerca eléctrica de su vecino y se disparaba la alarma. La noche anterior se había disparado a las cuatro de la mañana.

—Martín no aparece.

—¿Que no aparece? ¿Y dónde se habrá metido? —contestó Fernando, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Sobre la cabellera entrecana tenía algunos brotes del tilo.

—No durmió en su casa, no fue a trabajar, no se comunicó con Mariana.

—Ah, ah, ah, esto me huele mal. Martín no es de desaparecer sin avisar.

—No, algo pasó. Algo le pasó. Tengo miedo.

Eugenia empezó a caminar frenéticamente por el jardín. Resoplaba de la impotencia mientras sus ojos, que no miraban a nada en concreto, daban a entender que escrutaba en su mente el lugar donde podría estar su hijo.

—¡Tenemos que ir a la policía!

—Esperá un poco, si vamos a la seccional nos va a atender un subalterno y no nos va a dar corte. Va a quedar la denuncia por escrito y vamos a tener que esperar sentados una vida antes de que empiecen a moverse —replicó Fernando—. A mí me parece que sería mejor llamar a Ramiro. Tal vez él pueda darnos una mano.

—Bueno, dale, pero no nos podemos quedar quietos.

Ramiro Gómez tenía un cargo de inspector en la Jefatura de Policía y era el padrino de Juan Pablo, hermano de Martín. Seguramente conocía el entorno y podría influir para que la policía fuera expeditiva. Fernando tomó el celular y desde el mismo jardín lo llamó.

—Ramiro, estamos con un problemita. Martín está desaparecido desde la mañana de ayer, no fue a trabajar y tiene el celular apagado. Nadie sabe nada de él.

—No te puedo creer. ¿Y vos qué pensás que le pasó?

—¡Y yo qué sé! Lo que más me extraña es que no haya ido a trabajar. Tampoco durmió en su apartamento y su novia no sabe absolutamente nada.

—Andá a saber en el lío en que está metido. Estos muchachos tienen la costumbre de hacer planes raros y después no avisar. Dejá el tema en mis manos que yo veo qué puedo hacer. Vamos a necesitar que nos den los lugares que frecuenta y las amistades, con quiénes estuvo en los últimos días, cuáles fueron sus rutinas, si tuvo algún problema con alguien o si estuvo por hacer alguna transacción. Todo ayuda para poder aclarar el panorama. Tengan todas las vías de comunicación abiertas.

Después de cortar, Fernando se fue hasta el apartamento de Martín. Mientras tanto, Eugenia llamaba a familiares y amigos para ponerlos al tanto de la situación. Apenas Fernando llegó al apartamento, empezó a golpear la puerta de los vecinos para ver si lo habían visto. Obtuvo una respuesta negativa de cada uno de ellos. Siguió por los comercios que estaban en las calles que formaban parte de la ruta diaria de su hijo al trabajo. No tuvo suerte, nadie había visto nada. Al salir de un salón que

estaba a escasos veinte metros de la entrada del edificio, oyó sonar su celular. Era Ramiro.

—Oíme, Fernando, primero vas a tener que hacer la denuncia de desaparición en la seccional de tu barrio. Si te parece, te paso a buscar en quince minutos, te acompaño y después pasamos por la casa de Mario Pereyra, que es el director del Departamento de Delitos Complejos de la Policía. Es un amigo de muchos años y nos puede dar una mano.

—Dale. Te juro que nunca pensé en llegar a este punto. Para mí está pasando algo malo que prefiero no imaginar.

—Quedate tranquilo, hay que esperar. Yo sé que en tu lugar estaría hecho un saco de nervios, pero entendeme que tenemos que ser cautelosos. Ahora no tenemos idea de nada. Estamos andando a ciegas. Necesitamos agarrarnos de algo. Martín es un buen chico. Habría que ver si no anda con malas juntas, vos sabés, si algún amigo está en el tema de la merca y le pide un favor, de repente de inocente se come un garrón mal sin quererlo.

—Eso lo descarto, conozco bien a sus amigos y son chicos con otro perfil.

—No sabés, nunca digas nunca.

—No sé, no sé qué pensar.

—Tranquilo, Fernando, paso por tu casa en quince minutos.

Después de hablar con Eugenia, Mariana le pidió a Lucía el teléfono de Sergio, compañero de facultad de Martín, ya que ella había salido con él un año atrás. Mientras buscaba el número en la agenda de su celular y mordía una manzana de la cocina, Lucía se ofreció a llamarlo ella y le sugirió que Mariana aprovechara para comunicarse con Daniel y Gerardo, los amigos más cercanos de Martín. Lucía consiguió hablar con Sergio enseguida. Por lo que Mariana alcanzó a oír, Martín tampoco había aparecido en facultad el día anterior, a pesar de que habían quedado en encontrarse para pasarse unos apuntes de Derecho Procesal. Sergio incluso había intentado llamarlo, pero el teléfono estaba apagado. La noticia también lo tomó por sorpresa, aunque prometió contactar a otros amigos en común por si alguien sabía algo. Cuando Mariana dejó el teléfono sobre la mesa, con un nudo cada vez más apretado en el estómago, tuvo la sensación de que la ausencia de Martín empezaba a volverse real para todos.

Capítulo 5

Behind Blue Eyes —Detrás de los ojos azules—
(Canción de The Who, 1971)

Fernando se quedó en el jardín del frente de la casa esperando la llegada de Ramiro. La mañana le parecía espantosa y, aunque la temperatura no fuera invernal, sentía un frío descorazonado. Poco a poco iba cayendo en la cuenta del peligro que podía estar corriendo su hijo. Se mordía los labios y respiraba de forma agitada. Su rostro estaba rojo de furia, temor, pasión y dolor. Pasaban por su mente los recuerdos más variados, con Martín en su primer día de escuela, una caída en bicicleta, sus abrazos afectuosos y los partidos del colegio. Todos los recuerdos paralizados por un freezer. Un hielo clavado en la espalda que paraba el reloj y ponía la vida en punto muerto.

Que no me toquen a Martín, se decía para sí. Si tan solo pudiera estar en su lugar… ¿Dónde estaría su hijo? Tal vez lo habían asaltado o herido, pensaba. Pero si es que iba a trabajar como le había dicho a Mariana, entonces había mentido o alguien lo tenía retenido contra su voluntad. Ojalá se equivocara; ojalá que todo esto fuera solo producto de la locura propia de la juventud. Una escapada con una muchacha por el fin de semana o algo así. A esa altura Fernando pensaba cualquier cosa. Pero si hubiera tenido un accidente, ya se tendrían que haber enterado…

Ramiro estacionó su Volkswagen Golf en el frente de la casa. Fernando dio unos pasos rápidos hasta abrir la puerta del acompañante y subirse al coche. Sin demora, salieron por la calle arbolada con timbós, plátanos, palos borrachos y cerezos. Los plátanos también contribuían para que Fernando tuviera los ojos rojos. Era una mañana en la que sol y luna eran visibles en el cielo despejado, pero desde el coche eran esquivos por el arco que formaba el follaje de los árboles rodeando a modo de techo la calle.

La comisaría estaba muy cerca, apenas a dos cuadras. Ramiro pidió al agente que estaba frente al mostrador para hablar con el comisario. Luego de cinco minutos de espera, los recibió en su despacho. Ramiro se presentó como colega y le explicó la situación. Le mencionó también que el director

del Departamento de Delitos Complejos de la jefatura estaba al tanto del tema, dado el vínculo de amistad que tenía con él. De este modo radicaron formalmente la denuncia de desaparición.

A continuación, se dirigieron a la casa del inspector Pereyra. Los atendió él mismo, haciéndolos pasar a su escritorio. Era un hombre alto, delgado, de unos cincuenta y tantos, narigueta y bastante pelado. Había sido nombrado un mes atrás como director del Departamento de Delitos Complejos de la Jefatura de Policía y aún no se había adaptado a las vicisitudes de un cargo de esa naturaleza. Ya estaba al tanto del asunto por una llamada que Ramiro le había hecho. Los invitó a sentarse en el sofá que estaba al costado de su escritorio. La sala contaba con unos viejos sillones de cuero, bastante curtidos por el uso. Al sentarse se sentía la presión de los resortes. La esposa del inspector se asomó por la puerta y saludó a los recién llegados, preguntándoles si gustarían un café, un té o algún refresco. Los tres aceptaron de buen grado una taza de café. Apenas la señora traspasó la puerta para dirigirse a la cocina, Ramiro tomó la palabra y brindó al inspector detalles pormenorizados de la situación.

—Evidentemente es pronto para tomar alguna determinación. Yo sería de la idea de esperar otras veinticuatro horas. Es lo usual en este tipo de casos. El noventa por ciento de ellos se resuelve en las primeras cuarenta y ocho horas —respondió Pereyra.

Su esposa apareció con una bandeja con los tres pocillos de café y, sin emitir sonido alguno, los dejó en la mesa ratona alrededor de la cual estaban sentados.

—Por lo que ustedes me dicen, han estado contactando a todas las personas que conocen al chico, y eso está bien, es lo que se puede hacer en estas primeras horas. Si desapareció por voluntad propia, tendríamos que encontrar una lógica, y para eso vamos a necesitar información por parte de ustedes y de su entorno en general. Si la desaparición fue ajena a su voluntad, podríamos llegar a sospechar de un secuestro y, ante esta posibilidad, habría que esperar la demanda por parte de los secuestradores. Esto generalmente sucede dentro de los dos primeros días. Estamos siempre pensando en la hipótesis de que el muchacho esté vivo y que no haya sufrido algún tipo de agresión que haga suponer lo peor.

—¡Ni pensarlo! —le contestó Fernando.

—Todo esto que estoy diciendo lo tenemos que empezar a plantear recién a partir de la mañana del lunes, si es que no se presenta alguna novedad antes. Sepa comprender, señor Flores, que además de ser fin de semana, el paso de estas horas puede llegar a ser importante para que se puedan aclarar las cosas.

Al escuchar esas palabras, Fernando sintió cómo se le erizaba la piel y se apuró a terminar de un sorbo el café, sin reparar en que se estaba quemando el paladar. Si bien el inspector Pereyra se mostró amable, su expresión y postura marcaban una cierta distancia.

—¿Y qué podemos hacer mientras tanto? —dijo Fernando con preocupación, inclinándose hacia adelante.

—Nada, esperar. Solamente corran la voz entre la gente conocida, como me han dicho que lo están haciendo. Créame que entiendo su preocupación, pero la experiencia me dice que buena parte de este tipo de temas se resuelven solos en dos o tres días.

Mientras se expresaba, dirigía una cortés sonrisa a Fernando y con la vista parecía decirle que el tiempo se terminaba. Fernando recogió ese lenguaje corporal y se incorporó.

—Muchas gracias. Esperemos que esto se resuelva cuanto antes y no tengamos que molestarlo nuevamente.

Estrechó la mano a ambos y los despidió. Ya en el coche, Fernando recriminaba la actitud de Pereyra, chocando el puño de la mano derecha contra la palma de la izquierda.

—¡No puede ser que diga que hay que quedarse cruzado de brazos hasta el lunes! ¡Así anda este país! ¡Todo para después, todo para después! ¡Seguro que si esto le pasaba a él ya estaba movilizando a todo el mundo!

—Escuchame, Fernando, el hombre tiene razón. Vos estás con la adrenalina a tope y eso te impide razonar correctamente. Lo que dijo Pereyra tiene su fundamento. Si bien hay que esperar, obviamente no te vas a quedar esperando de brazos cruzados. Por lo pronto, asegúrense de llegar a todos los conocidos.

—Te juro, Ramiro, que todo esto me desborda, y el hecho de no tener la más mínima pista de lo que pueda haber sucedido me tiene desnorteado.

—Entonces con más razón vas a tener que esperar, no tenés otra alternativa… ¡Vamos, macho, ánimo! Vos sabés que tu amigo va a estar siempre a tu lado, tanto en las buenas como en las malas.

De pronto, a Fernando le pareció ver a la distancia a Martín caminando por la vereda, pero la sorpresa e ilusión se desvaneció cuando, al acercarse el sujeto, vio que no era él. Tenía la constante sensación de que Martín se iba a aparecer detrás de cualquier esquina, a la salida de un edificio, bajando de algún auto. Era un pálpito continuo que lo mantenía rígido como si estuviera posado sobre una fina capa de hielo. Absorto en su preocupación, no se dio cuenta de que habían llegado a su casa.

Fernando entró y al hacer contacto visual con su esposa Eugenia, que estaba sentada en el living revisando la agenda telefónica, ambos captaron que ninguno de los dos tenía noticias que iluminaran el panorama. El silencio volvió a ocuparlo todo.

Capítulo 6

Noticia de un secuestro
(Novela de Gabriel García Márquez, 1995)

Juan Pablo, el mayor de los hermanos de Martín, estaba sentado frente a su computadora desde hacía varias horas. Eran ya las seis de la tarde del sábado. Mientras chateaba con varios amigos a la vez, pudo ver que en la barra horizontal inferior del monitor se había activado la señal de entrada de un email. Cuando vio el remitente pegó un grito.

–¡Martín mandó un mensaje! ¡Me llegó un mail de Martín!

Antes de abrir el mensaje fue a buscar a sus padres y a su hermano, que ya iban camino al cuarto en respuesta a su aviso. Se juntaron en el corredor y sin demorarse se agolparon frente al monitor de la computadora. El mensaje era el siguiente:

"SR. FERNANDO FLORES: TENEMOS A SU HIJO. VALE 500.000 DÓLARES VIVO. MIRE EL VIDEO. NI PRENSA NI POLICÍA SI LO QUIERE VIVO".

Juan Pablo abrió el archivo de video adjunto al mensaje y pudieron ver a Martín con los ojos vendados, un diario en la mano y una cadena colgando de la otra. Lo único que dijo fue "Viejos, estoy bien", levantando el pulgar de su mano derecha y nada más. Tan solo quince segundos.

—¡Está secuestrado! —gimió la madre, desplomándose sobre una de las camas, rompiendo en llanto.

—Esto parece una película... —dijo Federico, consolando a su madre, abrazándola.

Fernando quedó parado mirando el monitor, pasándose las manos por el cabello entrecano, tratando de absorber el impacto. Secuestrado. El mensaje venía de su casilla de correo. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de que fuera un autosecuestro en complicidad con algún amigo, pero Martín jamás podría hacer algo así. Y menos pedir esa cifra. Martín estaba secuestrado y pedían quinientos mil dólares. Había un enemigo y Fernando trataba de descifrar quién era. Mientras tanto, en el monitor se reproducía una y otra vez el video y en los parlantes la voz de Martín cuatro veces por minuto. Estaban en caída libre y no habían llegado aún al fondo.

—¿Y de dónde sacamos esa plata? —dijo Eugenia dirigiéndose a Fernando.

—No sé. Lo importante ahora es que no le hagan nada. Voy a hablar con Ramiro para contarle.

—Se puede saber de dónde mandaron el mail. Yo no puedo, pero entre la policía y la compañía telefónica lo pueden hacer —dijo Juan Pablo—. Aunque no serviría de mucho, porque un mail se puede mandar desde cualquier lado. Seguramente le sacaron la clave. De esa forma usan la dirección de mail suya para no dejar ninguna pista. Déjenme googlear cómo poder conocer el lugar de origen de un mail. A ver… ¡Acá encontré algo! Tengo que sacar la dirección IP y después buscar un *IP Tracer* para dar con la localización geográfica.

—No entiendo nada de lo que decís, pero dale, dale para adelante —dijo Fernando, exteriorizando su ansiedad, mientras se acercaba al monitor de la computadora apoyando una mano en el escritorio y la otra en el respaldo de la silla *gamer* sobre la que Juan Pablo estaba sentado. Eugenia y Federico se incorporaron y también se le acercaron.

Resultó más fácil de lo que Juan Pablo pensaba. Había una vasta gama de programas que serían de utilidad. Eligió uno y pudo ver cómo detectaba su propia dirección IP y mostraba un mapa del sur de Uruguay y una flecha posada sobre Montevideo, señalando el lugar de ubicación de su propia computadora. A la derecha del mapa encontró una celda para poner otra dirección IP. Escribió la dirección del mail que habían recibido. Presionó la tecla Enter. Tras un par de segundos, la pantalla dio lugar a un mapa diferente. Con una mezcla de asombro, curiosidad y tensión, los cuatro clavaron la vista sobre el monitor. Se podía ver el litoral uruguayo, el río Uruguay dividiendo el mapa en dos y la flecha señalando el centro.

—¡Paysandú! Voy a ampliar el mapa para ver bien el lugar —exclamó Juan Pablo.

En el mapa la ciudad era apenas un punto. Al irse ampliando, vieron con decepción que no tenía buena definición y, por lo tanto, no se podían ver las calles de la ciudad si no tan solo las rutas de acceso.

—¿Por qué no abrís Google Earth y comparás los mapas? —acotó Federico—. Tiene la imagen satelital detallada de todas las ciudades y un plano con los nombres de las calles.

—¡Manga de hijos de puta! ¡Más vale que no le hayan hecho nada! —exclamó Fernando a modo de desahogo al imaginarse a su hijo en algún

lugar dentro de ese mapa.

—Sería un golpe de suerte si podemos descubrir dónde lo tienen —reflexionó Federico.

—Si mandaron el mail desde el mismo lugar donde tienen a Martín, esos tipos tienen el coeficiente intelectual de una ameba. Para mí esto es parte del juego para despistarnos. Voy a llamar a Ramiro para ponerlo al tanto de estas novedades.

—Yo no sé si es bueno saber dónde está —le contestó Eugenia—. Lo que sabemos es que está secuestrado y que están pidiendo un rescate. Saber dónde está puede llegar a ser un arma de doble filo. Vos sabés que en estos casos cuando la policía localiza el lugar y decide tomarlo por asalto, el que se lleva la peor parte es el rehén. Realmente no sé qué es lo mejor.

Eugenia no daba crédito a lo que les tocaba vivir y buscaba una luz en medio del caos mientras trataba de contener las lágrimas.

Ramiro bajaba las escaleras de la tribuna José María Delgado del Parque Central tras el triunfo de Nacional contra Defensor por 3 a 1. Ambos equipos disputaban la punta del campeonato y tanto la expectativa creada como la tarde soleada habían contribuido para que la concurrencia fuera elevada. Antes de llegar a la calle sintió su celular en el bolsillo de la campera.

—Fernando, ¿qué pasa? ¿Un mail? ¿Secuestrado? ¡Pero la puta madre que lo parió! ¡No puede ser! ¡Qué mierda! No me digas nada más. Corto contigo y me pongo en contacto con Pereyra. Él va a poder atender bien el caso. Seguramente en las próximas horas llegue a tu casa el oficial que asigne. Vos quedate en tu casa. Nada de dar aviso a la prensa y, si aparecen, no digas palabra, puede llegar a ser contraproducente. Yo me voy a dar una vuelta en un rato. Un abrazo, viejo. Nos vemos luego.

Había tenido que dejar el auto a tres cuadras de la cancha. Ya estaba adentro cuando cortó con Fernando y llamó al inspector Pereyra. Ante la urgencia del caso, el inspector decidió poner a cargo a Roberto Soria.

Roberto Soria era subcomisario del Departamento de Delitos Complejos, con quince años de experiencia en el departamento. Se caracterizaba por ser una persona ambiciosa y su reputación dentro de la fuerza era la de alguien de temer. Más valía estar de su lado que en su contra. Con un coeficiente intelectual superior al promedio, parecía contar con un sexto sentido que le hacía percibir lo que otros pasaban por alto. Sus superiores preferían

argumentar que su tesón era el diferencial que estaba a su favor a la hora de compararlo con sus pares. Aficionado al gimnasio, mantenía un excelente estado físico. Usaba el pelo bien corto, casi rapado en los costados y siempre estaba con una remera negra ajustada al cuerpo. Era soltero y sus relaciones de pareja no eran estables. Su espíritu indómito le impedía asentarse y formar una familia. Así estaba bien y no cambiaba su estilo de vida por nada.

Tenía la mitad del cuerpo sobre el motor de su viejo Ford Escort. Con una linterna en una mano y una llave inglesa en la otra, aflojaba las conexiones de los bornes de la batería. El coche no arrancaba debido a la calcificación que se había formado alrededor de uno de los bornes. Era un modelo que ya tenía treinta años y que dos por tres le daba alguna sorpresa. No hacía un año que tenía puesta esa batería, pero ya le estaba dando problemas. Aprovechó la ocasión para ajustar la correa del ventilador, ya que no podía soportar el chillido que la falta de tensión provocaba.

Escuchó que el celular sonaba dentro del auto. Giró hacia la puerta, la abrió y entró. Al tomar el teléfono se dio cuenta de que tenía las manos sucias de grasa. Ya era tarde. La pantalla había quedado manchada, pero tenía bien claro que no se podía dar el lujo de ignorar el teléfono cuando estaba de servicio.

—Subcomisario Soria, le asigno a usted y su equipo un 470. Tome nota. Debe dirigirse a la calle Verdi 5856, familia Flores. Nombre del referido: Martín Flores. Cuando llegue se va a contactar con su padre, el señor Fernando Flores. Sondee canales de comunicación, recibieron mensaje por correo electrónico. Repórtese a las 2200.

—Comprendido, inspector. Iré con Fleitas.

—Pónganse ya en acción. Estén atentos a todos los detalles. Quiero eliminar toda posibilidad de fracaso en esta operación.

—De acuerdo, estamos en contacto.

Carlos Fleitas era un oficial de treinta y ocho años, compañero de generación de Soria en la Escuela Nacional de Policía. Ambos habían egresado luego de haber cumplido los veinticuatro años. Hacía tres años que el Departamento de Delitos Complejos los había vuelto a reunir. Fleitas era conocido como un tipo de perfil bajo, callado pero observador, mesurado en sus opiniones pero cortante como una navaja. Todos decían que era muy tranquilo, pero sabían que cuando la cosa se ponía caliente era de los peores, se transformaba al punto de convertirse en un toro salvaje.

Era de complexión mediana, más bien menudo en comparación con Soria. Se vestía en forma clásica y su cabello castaño claro lucía un corte estándar. Hacía trece años que estaba casado y tenía tres hijos pequeños.

Roberto Soria entró a su casa para lavarse las manos y cambiarse de ropa. Demoró tan solo diez minutos. Subió al auto y se dirigió con rapidez hacia lo de Fleitas. Mientras tanto, digitó su teléfono y lo dejó en manos libres.

—Carlos, es Roberto, tenemos un 470. En cinco estoy en tu casa. ¿Estás pronto o te tengo que esperar?

—Vos sabés cómo es esto. Uno siempre tiene que estar pronto. Tocá bocina. Hasta ahora.

—Ya estoy en camino.

Soria aceleró. Había mucho en juego.

Capítulo 7

Searching —Buscando—
(Canción de Titanic, 1970)

—Mariana, secuestraron a Martín. Recibimos un mail con imágenes. Piden rescate…

El hecho de decirlo hizo que una vez más se quebrara. Del otro lado de la línea, Mariana acusó el golpe y tardó en reaccionar.

—¿Qué? ¿Saben dónde está?

—No tenemos idea. Juan Pablo está tratando de ver si puede localizar desde dónde enviaron el mensaje. Lo filmaron con un diario en la mano. Lo único que dice es que está bien, pero tiene los ojos vendados y está encadenado.

—No lo puedo creer, no caigo… Entonces lo secuestraron ayer de mañana y por eso no llegó al trabajo… Y los que me enviaron el mensaje de texto fueron en realidad los que lo agarraron, no pudo haber sido él, pero no sé con qué fin lo hicieron.

—No sé. Estoy apabullada…

—Eugenia, si te parece voy para allá. Siento una impotencia tremenda acá. Prefiero estar con ustedes.

Juan Pablo seguía frente a la computadora. Inició Google Earth y la imagen del planeta dominó la pantalla sobre un fondo oscuro cubierto de estrellas. Hizo que la Tierra rotara con el mouse hasta tener a América de frente. Ahí aplicó el zoom. América del sur iba dando lugar a Uruguay, como si uno estuviera a bordo de una nave espacial ingresando a la atmósfera desde el espacio exterior. Siguió orientando el acercamiento hasta que se pudo ver la ciudad de Paysandú. Cuando vio las rutas, fijó esa imagen en la misma escala que el otro mapa, el que le señalaba el lugar de origen del email. Se fijó dónde estaba la flecha indicativa, volvió al Google Earth y puso una marca en ese lugar. Siguió ampliando. Se veía una ciudad cuadriculada, con manzanas casi perfectamente cuadradas, todas las calles paralelas y perpendiculares, todas las esquinas de noventa grados, sin calles diagonales, sin Broadway ni Avenida del Libertador. Logró ver que la señal indicadora apuntaba a una plaza. Vio que era la Plaza Constitución, un

punto de referencia de la ciudad de Paysandú. Por la cantidad de fotos que estaban insertas en esa zona, era obvio que se trataba del centro. No conforme con ver que la señal apuntaba a una plaza, intentó probar el grado de precisión del localizador consultando la ubicación de la dirección IP de su propia computadora. Si el localizador era preciso, apuntaría a su casa. Con pesar vio que si bien la flecha apuntaba a Montevideo, no señalaba la calle Verdi ni el barrio de Malvín. Estaba posada sobre el Cerrito de la Victoria. Sin dudas podía indicar la ciudad, pero dentro de ella no era preciso.

—Por ahora no podemos decir más que el email salió de Paysandú. Calculo que Antel le puede dar a la policía los datos del usuario de esa dirección IP —comentó Juan Pablo a su madre y a Federico mientras Fernando se acercaba luego de haber hablado con Ramiro.

—Va a venir la policía para acá. Me dijo que no demos ningún tipo de información a la prensa, que puede llegar a ser contraproducente.

Eugenia salió del cuarto de los chicos y se dirigió a la cocina. Fernando la siguió con las manos en los bolsillos, callado y mirando al piso. Eugenia llenó la caldera con agua y la puso al fuego. Mientras tanto, Fernando tomó el paquete de yerba y vertió sobre el mate la cantidad suficiente como para una cebada corta. Se apoyó contra la mesada y Eugenia se puso contra su pecho. Él no pudo más que abrazarla. Les habían puesto una soga invisible al cuello y cada vez apretaba más fuerte. Se les hacía difícil respirar. Pasaron unos minutos y la caldera comenzó a pitar. Eugenia se preparó un café y Fernando llenó el termo con agua caliente y le agregó medio vaso de agua de la canilla, para que no le quemara el esófago. Empezó el mate y se fue con Eugenia a la sala de estar. Se sentaron frente al televisor, esperando que no se hubiera hecho público el secuestro.

Media hora después de haber hablado con Fernando llegó Ramiro a la casa. Apenas quince minutos después sonó el timbre. Eran los oficiales Soria y Fleitas.

—Estamos a cargo del caso de su hijo. Nos informaron que los secuestradores se comunicaron con ustedes —Soria le extendió una tarjeta personal mientras hablaba.

—¿Se refiere al mail? —preguntó Fernando.

—Sí. ¿Recibieron algún otro tipo de información?

—No, solo fue ese mensaje. Por favor, pasen. Se imaginarán cómo estamos, es algo que todavía no podemos creer. Esta gente dice que no

quiere a la policía en el medio…

—Quédese tranquilo, señor Flores. Tenemos en cuenta eso, hemos venido de particular y probablemente esta sea la única visita que les hagamos. Le vamos a dejar este celular. Cada vez que usted quiera comunicarse con nosotros lo va a hacer a través de este teléfono. No use ni su celular ni el teléfono de línea.

—Para llamarnos mantenga oprimida la tecla uno. Las llamadas que nosotros le hagamos van a ser también a través de este celular. El oficial Fleitas les irá tomando declaraciones. Mientras tanto, le agradezco si me muestra la computadora en la que recibieron el mensaje.

—Sí, sí, claro, lo acompaño. Juan Pablo, por favor, venite para mostrarle el mail al oficial y de paso le explicás lo que averiguaste.

—Estuve viendo que el mail parece haber sido mandado desde algún lugar de Paysandú —dijo Juan Pablo al oficial mientras se acercaban al cuarto.

La computadora estaba prendida y se podía ver en la pantalla la imagen del centro de Paysandú con una flecha señalando la Plaza Constitución. De inmediato, Juan Pablo se sentó y abrió el mensaje. El oficial lo leyó rápidamente y le pidió que abriera el archivo adjunto. Se reprodujo el video una vez más sobre pantalla y parlantes.

—De acuerdo, suficiente —dijo Soria—, te voy a pedir para hacer unas copias.

—Si quiere puede ver el mapa del lugar del que parece haber salido el mail. Está en segundo plano.

Juan Pablo se levantó y le dio el lugar. Soria conectó un disco externo en uno de los puertos USB e hizo la copia. Miró la imagen satelital de Paysandú por un par de segundos, pero pareció no darle mayor importancia. Se incorporó y con una seña con el dedo índice de la mano derecha sugirió ir para el living. Una vez todos reunidos allí, les previno acerca de la prensa.

—Va a ser mejor que se alejen de micrófonos y cámaras. La prensa suele complicar las cosas. Los captores ya hicieron contacto. Ahora nuestra tarea es preservar la integridad de Martín y lograr su libertad —les dijo Soria.

—Vamos a intervenir tanto el teléfono de esta casa como los celulares de cada uno de ustedes —continuó Fleitas—. Tenemos que agotar todas las vías para poder dar con ellos. A pesar de que suene duro, debo decirles que no nos podemos confiar solamente con el pago del rescate.

—Obviamente va a tener que haber un proceso de negociación —prosiguió Soria—. Nunca se paga la cifra que se solicita en una primera instancia. El problema es que muchos secuestros terminan con la muerte del rehén por más que se haya hecho el pago del rescate. Es una forma de eliminar testigos, de eliminar al testigo principal. Por esa razón va a ser fundamental tratar de saber quién está detrás de esto y en lo posible hacer una operación de rescate, si es que damos con ellos. Sé que esto suena duro, pero me siento en la obligación de presentarles la situación con realismo y con todas las derivaciones que puedan llegar a generarse.

Mientras hablaba Soria sonó el timbre. Eugenia se levantó y vio por la mirilla de la puerta que era Mariana. Le abrió y, tras darle un beso fuerte, la hizo pasar y la presentó a los oficiales.

—Venía para acá y me preguntaba por el mensaje de texto que recibí en el celular el viernes de tarde. Tal vez puedan averiguar desde qué zona se mandó. No sé si se puede hacer eso. De lo que estoy segura es que él no lo mandó. Aquí está.

El subcomisario Soria tomó el celular y leyó el mensaje.

—Vamos a tratar de rastrear este mensaje también. No estoy seguro si pueda ser de utilidad. Vamos a tener que verificarlo con la compañía telefónica. Servite una tarjeta con mi teléfono. Si llegás a tener algún otro tipo de mensaje me lo hacés saber —Mariana tomó la tarjeta y le respondió con una sonrisa en señal de agradecimiento.

Soria continuó tomando declaraciones a Fernando y a Mariana, tanto sobre sus actividades como sobre las de Martín y sus últimos pasos conocidos.

—¿Martín tiene computadora en su apartamento? —preguntó Soria.

—Sí —contestó Mariana.

—Entonces les vamos a pedir si nos permiten revisar esa computadora. Queremos ver si podemos encontrar algún indicio que nos permita poner luz sobre este asunto. ¿Será posible mañana por la mañana?

—Cuando ustedes digan —respondió Fernando.

—Con respecto al mail que recibieron, les sugiero que no lo contesten. Esperen a un nuevo contacto. Conténganse y esperen. Ellos también necesitan oírlos a ustedes y no pueden estar seguros de que ustedes han leído el mail que mandaron.

Una vez que los oficiales se retiraron, Mariana le pidió a Juan Pablo para ver el mail. Cuando vio la imagen de Martín con los ojos tapados y

encadenado, comenzó a llorar espasmódicamente, luego se puso blanca y se desplomó. Federico trató de agarrarla pero no pudo evitar que se golpeara la cabeza contra los pies de la cama de Juan Pablo. Una vez en el piso, Juan Pablo atinó a levantarle los pies. Casi instantáneamente Mariana abrió los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó con expresión de extrañeza en el rostro.

—Te desmayaste —le dijo Eugenia —ya te vas a poner bien.

Fernando se acercó con un vaso de refresco para que se reanimara.

—Sentí que todo empezaba a dar vueltas, se me nubló la vista y después no me acuerdo de nada más. Me duele la cabeza.

—Te golpeaste con la cama al caer —le dijo Federico.

—No comí nada en todo el día, tal vez haya sido eso. Se me cerró el estómago y no me entra nada.

—Te va a venir bien que te tires en la cama hasta que te sientas mejor —dijo Eugenia, acariciándole la frente y señalándole la cama de Federico, que estaba a la izquierda de la de Juan Pablo.

Mariana fue reanimándose de a poco, pero, a medida que mejoraba, veía cómo la realidad se le venía encima como una piedra de diez mil toneladas.

Capítulo 8

El Origen
(Película de Cristopher Nolan, 2010)

Martín optó por quedarse tirado en la cama buena parte del sábado dormitando, tratando de aislarse de la realidad. Se daba cuenta de que el grado de impotencia era tal que no valía la pena intentar nada raro. Por momentos se hacía la película de su familia recibiendo el email con el video y sus reacciones. No podía imaginar más, había algo que no se lo permitía, algún mecanismo inconsciente lo bloqueaba. Algo le decía "no pienses, abstraete" y lo llevaba a un estado de letargo, como quien duerme más de lo acostumbrado y siente más sueño todavía. Acababa de soñar que debía reparar unas cañerías rotas que inundaban el jardín, justo minutos antes de que sus padres fueran anfitriones de una importante fiesta. Él era el culpable por haber pisado una canilla que estaba debajo de un escalón. El resultado de esa fatalidad era el desvencijamiento de una larga cañería que por tramos estaba compuesta de caña y telas que hacían imposible repararlas rápidamente. Los sueños eran refugios contra la agresividad de la realidad y él los prefería. Podía transportarse a cualquier lugar más seguro, pacífico y relajado que donde en realidad estaba.

Se fue haciendo la noche y especulaba con que ese tormento se terminara a más tardar en dos días, por hacer una estimación simplista. El pago de un rescate y la entrega del rehén. ¿Tendrían que pasar más de dos días? De todas formas, trataba de convencerse de ello, de pensar que las cosas iban a terminar bien. Otra forma de aislarse que había encontrado era imaginar qué iba a ser de su futuro una vez que saliera de esa situación. Se veía junto a Mariana en una casa humilde pero que sería su hogar. También imaginaba hijos, más de uno, una nena, dos varones, un perro. Tendría su propio estudio jurídico y un auto. Le fascinaban los autos. Desde chico tenía un fanatismo tal que no había cumpleaños, Papá Noel o Reyes en que no recibiera un auto de regalo. La imaginación entró a correr a velocidad extrema en su pasión no realizada, ser piloto de carrera. Se veía en un auto de rally, derrapando y levantando tierra en las curvas o saltando en cada desnivel del camino. También se soñaba arriba de un monoplaza esperando

la señal de los semáforos para comenzar la carrera. Se veía en el tercer lugar, detrás del coche que había hecho la *pole position*. El verde señalaba la largada y él, en una magnífica maniobra, dejaba atrás al primer y segundo coche para pasar a liderar. Sintió un poco de hambre y tomó la bolsa con galletas de campaña. Estaban bien secas, pero el hambre atenuaba su aspereza.

En casa de los Flores, Juan Pablo volvió a la computadora y buscó en internet el manual del celular de Martín. Descargó el archivo y pudo leer que disponía de un sistema de posicionamiento global cuyas coordenadas se expresaban en grados y en decimales de grados de acuerdo con el sistema internacional de coordenadas WGS–84. Le llamó la atención que el sistema GPS dependiera del gobierno de los Estados Unidos y que este fuera el único responsable de su precisión y mantenimiento. Pensaba que era algo que estaba en manos privadas. De todas formas, eso no aportaba nada a la búsqueda. Llamó a Ramiro.

—Ramiro, vení por favor un rato.

—Sí, viejo, ¿qué pasa?

—Este es el manual del teléfono que tiene Martín. Una de las funciones es el GPS, o sea la localización geográfica por satélite. Tiene una precisión de metros. Lo que no pude averiguar es si los datos de localización quedan solo en el teléfono o si desde la compañía telefónica se puede dar con la ubicación del aparato.

—Quedate tranquilo que el equipo policial que está encarando el tema es de primera. Ya tomaron nota del modelo de teléfono y tienen el número como para hacer un rastreo a fondo. Te movés como pez en el agua con esta máquina, ¿eh?

—No es difícil. Ahora todo está al alcance de la mano. Espero que sirva de algo.

Pasadas las diez de la noche Ramiro se despidió de la familia y se retiró de la casa. Esa noche se mantuvieron todos en vela. La ansiedad era creciente con cada minuto que pasaba. Fernando se acercaba a la computadora y le preguntaba a Juan Pablo si había algo nuevo.

—No, papá, si hay algo te vas a enterar.

—Vamos a contestar el mensaje.

—Pero el oficial dijo que era mejor…

—Sí, pero el que está secuestrado no es el hijo del oficial, es mi hijo. Dejame contestarles.

Juan Pablo le cedió el lugar a su padre, quien comenzó a escribir.

"NO TENGO ESA PLATA. SE EQUIVOCARON DE OBJETIVO. POR FAVOR, LIBÉRENLO. FERNANDO FLORES".

Oprimió con el mouse el botón Enviar y se quedó esperando. Pasaron diez minutos, veinte, una hora, y nada. La ansiedad de toda la familia se iba multiplicando con el paso de cada minuto. No había respuesta y la noche avanzaba. Fernando miraba hacia el teléfono y percibía su propia impotencia, ya que no le servía de nada, pues hasta ese momento las comunicaciones habían sido en un solo sentido. Juan Pablo se tiró en su cama hecho casi un ovillo, abrazando la almohada, apretándola con fuerza, descargando la tensión. Era un arco tenso, contraído por la angustia. Desde su cama podía ver el monitor. Además, los parlantes estaban prendidos con volumen alto y, si llegaba a entrar algún tipo de mensaje, el sonido lo haría saltar de la cama. Eran las cuatro menos cuarto de la mañana. Fernando le dijo a Eugenia y a los chicos que se tiraran un rato que él se quedaría levantado. A regañadientes Eugenia aceptó, pero sabía que no pegaría un ojo por el resto de la noche. Boca arriba sobre su cama dejaba brotar las lágrimas, que rodeaban sus mejillas y pasaban humedeciendo el lóbulo de las orejas hasta el cuello. Todas sus energías estaban con Martín, donde fuera que estuviese, con los ojos vendados y una cadena sujetándole una mano. Federico decidió tirarse en el sofá del living, ya que en su cama estaba Mariana. La almohada de Juan Pablo, presionada ahora contra su cara, era el silenciador de su llanto. No se había permitido derramar una lágrima hasta ese momento. Federico, en cambio, más temprano, había preferido desahogar su angustia encerrándose en el baño. Mariana se dormía por momentos, pero trataba de permanecer despierta, con la atención puesta en la computadora y el celular, que guardaba en el bolsillo de su pantalón.

La casa permanecía en silencio. Solo se escuchaba la espera.

Capítulo 9

Retirada
(Canción de Jaime Roos, 1985)

La noche fue dando lugar a las primeras luces de la mañana. No eran las siete cuando Eugenia se disponía a preparar café. Fernando se acercó a la puerta de la cocina.

—¿Por qué piden un rescate tan alto? —preguntó Eugenia.

—Y yo qué sé... Será tal vez para transar en un diez por ciento, no sé.

—Alguna razón tiene que haber. Están pidiendo mucha plata.

—¿Y cuál te parece que es la razón? Yo no la encuentro.

—Eso es lo que te estoy preguntando. Así se negocie el rescate por cincuenta mil dólares, por poner una cifra, ¿de dónde los sacamos?

—Durante toda la noche ese tema me dio vueltas por la cabeza. Pensaba pedir prestado.

—¿A quién?

—A un inversor brasileño.

—¿Un inversor brasileño? Vos me estás jodiendo.

—El hombre ha comprado ya una casa en Punta del Este por ochocientos mil dólares, y ahora quiere comprar un apartamento que vale más de quinientos mil. Mi idea es plantearle la situación y ofrecerle la casa en garantía.

—La casa no vale más de ciento cincuenta mil.

—Y bueno, ciento cincuenta mil ya es bastante.

—Ojalá que los desgraciados que tienen a Martín piensen lo mismo. De quinientos mil a cien mil hay una distancia más que considerable…

—El hombre está en Montevideo y podría ver de hablar hoy con él. Es una persona comprensiva y tengo el pálpito de que nos va a ayudar.

El sol que daba sobre el ventanal del comedor, con su calidez primaveral, invitaba a salir al jardín para disfrutar la mañana del domingo. Fernando hacía surcos por corredores, comedor y living. Estaba parado contra el ventanal, mirando hacia el fondo, cuando sintió el timbre del celular.

—Señor Flores, estamos estacionados a dos cuadras por Rivera en dirección al Centro, ¿pueden salir ahora para ir al apartamento de Martín?

—Sí, claro, no hay problema, a más tardar en menos de diez minutos pasamos por ahí.

—No queremos ir hasta allá para no despertar sospechas. La de ayer fue y va a ser nuestra única visita a su casa. Pasen por acá y no se detengan, nosotros los seguimos. Cuando lleguen, entren ustedes primero y después nosotros tocamos timbre.

Sin hacerlos esperar, Fernando subió junto a Mariana a su Peugeot verde. Una vez que pasaron el primer semáforo, Fernando pudo ver por el espejo retrovisor que Soria y Fleitas lo seguían. Les tomó menos de quince minutos llegar al edificio que estaba ubicado en pleno Barrio Sur. El tráfico de los domingos era sensiblemente menor al del resto de los días de la semana. Los oficiales estacionaron a más de veinte metros de distancia del apartamento mientras que Fernando lo hizo sobre la entrada. La puerta de calle estaba abierta ya que el portero estaba haciendo la limpieza de la recepción. Abrieron la doble puerta de tijera y subieron al ascensor. Olía a maquinaria, a grasa, a ascensor antiguo. Era un edificio de más de cincuenta años. Mariana, que fue la primera en salir, hurgó su cartera buscando las llaves. Demoró un instante, ya que llevaba muchas cosas en ella. Entraron al 903 y los ganó el silencio denso y apretado de la ausencia, del vacío, de lo inerte e inanimado. No pasaron cinco minutos cuando sonó el timbre de la puerta. Mariana les abrió, y así como pasaron el umbral, Soria se dirigió a Fernando.

—Le voy a pedir que siga nuestras recomendaciones. Ayer le pedimos que no contestara el mensaje.

Fernando se quedó mirándolo sin atinar a responderle nada.

—Recuerde que estamos monitoreando tanto los teléfonos como las conexiones de Internet. Toda comunicación que ustedes reciban, nosotros vamos a tener acceso directo a ellas.

—Solo te voy a pedir que te pongas en mi lugar. Entiendo que tenés que cumplir con tu deber, pero quien decida lo que se hace respecto de esta situación voy a ser yo, el que está secuestrado es mi hijo.

—Es su hijo, sí, su hijo, y es su hijo el que corre riesgo de vida. Es su hijo el que morirá si se hacen las cosas mal. Y nosotros nos dedicamos exclusivamente a este tipo de cosas. Estamos investigando en estos precisos momentos el perfil de los secuestradores. Es fundamental saber con quiénes tratamos. Vamos a ver si podemos obtener algún tipo de información en la computadora de Martín. Ahora que usted contestó el mail, vamos a tener

que esperar la respuesta de ellos, que probablemente sea también por mail. Eso seguramente va a enlentecer nuestra investigación. Para nosotros no es bueno que se comuniquen por mail. Si lo llegan a hacer por teléfono vamos a tener mayores posibilidades de localizarlos.

Así como había hecho el día anterior en casa de Fernando, Soria conectó el disco externo a la computadora y procedió a copiar el disco duro en su totalidad. Mientras tanto, Mariana miraba a su alrededor con la remota e irreal esperanza de ver algo cambiado, de ver alguna pista que le dijera que Martín había estado ahí momentos atrás, de verlo aparecer saliendo del dormitorio, o del baño, o de la cocina. Los oficiales continuaron registrando el apartamento, tarea que no les llevó más de quince minutos por sus reducidas dimensiones y escaso mobiliario.

A veinticinco kilómetros al sur de la ciudad de Paysandú, el Chino se aprestaba a subir al Fiat Palio gris con el que habían llegado hasta el campo donde tenían secuestrado a Martín. Debía abrir dos tranqueras antes de llegar a la ruta 3. Eran las diez de la mañana, el día había amanecido espléndido, con un sol radiante y sin nubes. La carretera estaba desierta. Por los parlantes del auto sonaba un CD de Jaime Roos. Abrió ambas ventanas para que corriera el aire, ya que los rayos del sol que caían sobre su derecha hacían sentir su rigor y calentaban el aire del interior del vehículo. En pocos minutos llegó al centro de la ciudad y tal como lo había ordenado su jefe, el Jota, se dirigió a un ciber café. El local estaba ubicado a metros de la Plaza Constitución. Una vez frente al monitor, abrió la casilla de correo de Martín. Leyó el mensaje que había mandado Fernando, hizo doble clic en el ícono para responderlo y sacó de un bolsillo de su pantalón un papel arrugado, escrito a lapicera en forma muy desprolija. Era su propia letra, pero en algunos tramos le había costado entender qué era lo que había escrito. La llamada telefónica de Jota había sido breve y había escrito tan rápido como fue oyendo el mensaje. Una vez que terminó de escribir lo envió, pagó veinte pesos por los escasos minutos utilizados y volvió al auto. Luego fue hasta un supermercado para hacer algunas compras antes de volver al aguantadero.

El Chino, en realidad llamado Héctor Fernández, había estado varios años preso en el Comcar por el asalto y asesinato de una pareja propietaria de un minimercado en La Teja. Entre su aparente buena conducta, que no era tal, y una amnistía que había otorgado la liberación a algunos presos que

habían cumplido más de la mitad de la pena, logró salir de la prisión. La cárcel, una de las universidades más eficientes en lo que a delitos se refiere, fue una inestimable fuente de contactos. Entre sus compañeros de reclusión se comentaba y valoraba la sangre fría con que había matado. Primero, ejecutó al hombre. Con una pistola calibre 44 que portaba en su mano derecha le dio un balazo en el abdomen, dejó que cayera al piso y lo remató con un tiro que le deshizo el ojo izquierdo, salió por la nuca y salpicó de sangre y masa encefálica todo alrededor. La esposa, ahogada en un grito que no podía emitir, no tuvo tiempo a nada cuando el Chino le apuntó derecho a la frente y le abrió literalmente la tapa de los sesos. Dicen que después de ejecutarlos vació tranquilamente la caja y salió comiendo una manzana como si nada hubiera pasado. Al sentir el primer disparo, los vecinos llamaron alarmados al 911. El Chino se subió a una moto que lo estaba esperando en la puerta del negocio, pero la policía logró reducirlos a pocas cuadras de allí. Tras una corta persecución, fueron cercados por dos patrulleros. El Chino intentó resistirse, pero antes de poder empuñar el arma, fue alcanzado por un disparo en una pierna. En medio de la refriega, quien conducía la moto, un joven que apenas llegaba a los diecisiete años, recibió cuatro tiros, llegando sin vida al hospital. Sobraban las pruebas para inculpar al Chino de las muertes de aquella pareja. Las más notorias eran las salpicaduras de sangre que tenía en su ropa además del porte del arma homicida. A poco tiempo de estar en el Penal de Santiago Vázquez ya gozaba de un estatus que lo posicionaba dentro del segmento de presos con mayor poder. Así fue tejiendo vínculos con narcotraficantes, asesinos, asaltantes y también con varios de los policías que trabajaban en el Penal. Antes de ingresar a la cárcel tenía una pareja con quien había tenido tres hijos. Cuando salió, ella estaba con otro hombre y se había ido a otra ciudad del interior del país. No tenía un sentimiento de familia que lo afectara, sino que le resultaba absolutamente indiferente si sus hijos estaban vivos o no, y mucho más su anterior pareja. Fue dentro de la cárcel que conoció a Eliomar, que en realidad se llamaba Jorge Pastor. Por más de dos años estuvo asignado como guardia en el Comcar hasta que fue dado de baja por su presunta complicidad en el robo a una estación de servicio. Eliomar, a diferencia del Chino, era un hombre que valoraba mucho a su familia, a su esposa y sus dos pequeños hijos, un varón de siete años y una niña de cuatro, todos morenos. Entre su esposa, que era empleada doméstica, y él con su trabajo de policía y el servicio 222 que realizaba en horas de la

noche, podían vivir en forma sumamente humilde pero decorosa. El tema de la estación de servicio había sido un error, un gran error, pero había sido tentado por la posibilidad de obtener dinero extra. Él debía ingresar uniformado a la estación cuando viera que el delincuente vaciaba el contenido de la caja en su bolso. Ahí simularía que lo detenía, se lo llevaría junto con el botín y le diría al encargado de la estación que debía pasar por la seccional para retirar el dinero. No había tomado en cuenta que las cámaras de video lo estaban filmando. Más allá de que la filmación lo atestiguaba, el encargado de la estación decía que el policía era moreno. Había pocos policías morenos en la ciudad. Eliomar tenía una coartada, él confesaría que antes de pedir apoyo, ya fuera de la estación, el delincuente había sido rescatado a punta de pistola desde un auto blanco y después de eso ya nada había podido hacer. Trató de seguirlos con su moto, pero les perdió el rastro. Con esa declaración no se apartaba de la verdad. El testimonio de un vecino corroboraba las palabras de Eliomar. La parte de la historia que no contó fue cómo después de la aparente persecución, terminó reuniéndose con el autor material del robo, y la forma en que repartieron el botín. Su primer error fue no reportar inmediatamente el hecho y el segundo fue la adquisición al día siguiente de una moto cero kilómetro. Como era costumbre, entre los adelantos a cuenta del sueldo más los débitos por un préstamo, casi nunca cobraba más de mil pesos a fin de mes, y en ese momento faltaban diez días para el cobro del sueldo, por lo que era de plano imposible que pudiera haberla comprado con su humilde sueldo de policía. Una vez que se investigó el hecho, fue sumariado y finalmente dado de baja. No se pudo probar en ningún momento su complicidad en el robo, ya que había sido bien pensado, pero al no rendir cuentas a sus superiores del hecho, levantó sospechas que, aunque no se pudieron confirmar, ameritaron su baja, apoyada en su contravención al protocolo que debe seguir un policía cuando estando en servicio se enfrenta a un hecho delictivo. Sin trabajo, el alquiler de la pequeña casa era insostenible. Su esposa no llegaba a los quince mil pesos con sus dos empleos de doméstica. El alquiler había subido a diez mil pesos. No les quedaría para pagar los insumos básicos y menos para comer. No dudó en ir a ver al Chino para pedirle ayuda. Ambos se podían beneficiar mutuamente.

Néstor era cuñado de Eliomar, hermano de su esposa, y hacía ya un par de años que había pasado los veinte. No había terminado la escuela y si bien nunca había sido diagnosticado, adolecía de un leve retardo. Admiraba a su

cuñado y trataba de emularlo en cada cosa que hacía y trataba a toda costa de demostrarle su aprecio. No tenía antecedentes, aunque ya había participado en un puñado de hurtos. Era muy hábil abriendo autos y haciéndolos encender sin contar con la llave para ello. Fue él quien había hurtado la camioneta en la que finalmente se llevó a cabo el secuestro.

Así había empezado todo.

Capítulo 10

La guerra de los mundos
(Película de Byron Haskin, 1953)

Luego de que los oficiales se retiraran, Fernando y Mariana esperaron diez minutos para bajar. Ya en el ascensor, Fernando tenía la frente tensa, los ojos bien abiertos con una expresión que denotaba un constante estado de vigilia, con los sentidos en alerta. Tenía todas sus energías puestas en Martín. La desaceleración del ascensor al llegar a la planta baja lo devolvió a la realidad. Miró el reloj y vio que habían pasado cinco minutos de las nueve de la mañana. Debía apurarse. Abrió las puertas tijera del ascensor, dejó salir primero a Mariana y luego de salir, le cedió la entrada a un anciano con su perro, que forzaba la correa por entrar. Al subir al auto, Fernando le preguntó a Mariana si quería que la llevara a su casa o prefería permanecer con ellos.

—Prefiero estar con ustedes.

—Te entiendo. Te dejo en casa y yo sigo porque tengo que dar unas vueltas.

Mariana, que no se había puesto el cinturón, al ver cómo Fernando pisaba el acelerador tomó conciencia de ello y lo hizo, temiendo que esa forma temeraria de conducir los pudiera llevar a tener un accidente, que de eso ya tenía memoria. Mientras conducía, tomó el celular, llamó a Eugenia y le avisó que iba a reunirse con el inversor brasileño del que le había hablado temprano en la mañana, por lo que iba a demorar por lo menos dos o tres horas más. Quince minutos después estaban en la puerta de la casa. Sin bajarse del auto, dejó a Mariana y siguió. Tomó Avenida Italia y, apenas pasado el primer semáforo, la avenida se reducía a dos carriles. En el de la derecha iba una camioneta de fletes bien cargada, a tal punto que estaba inclinada hacia un lado. En el de la izquierda iba un Opel Record del año ochenta, inmaculado, como sacado de un museo, transportado a través del tiempo. Por la calva del chofer y el pelo blanco de su acompañante, se trataba de personas mayores, lejos de las urgencias y los sobresaltos de la vida, tal vez preocupados por sus nietos o las desventuras de alguno de sus hijos. El Opel parecía querer pasar a la camioneta, pero nunca terminaba de

hacerlo, y ambos vehículos no iban a más de cuarenta kilómetros por hora. Fernando comenzó a hacer cambio de luces para que le cediera el paso, pero el anciano no parecía percibirlo. El hilo de paciencia se le iba afinando cada vez más.

—¡La puta que lo parió, me tengo que clavar justo hoy con este par de domingueros! —se decía en voz alta mientras tocaba la bocina.

Por fin, la camioneta desaceleró, lo que le dio margen para pasar al Opel por la derecha. En el momento en que lo hacía, se dirigió con la mirada al chofer y le mostró el puño de la mano izquierda semicerrado agitándolo hacia arriba y hacia abajo. Ahí aceleró hasta alcanzar los cien kilómetros por hora. Tenía la radio prendida por si la noticia se filtraba a la prensa. De todas formas, Juan Pablo chequeaba constantemente las versiones digitales de los diarios y también tenía activadas las alertas de noticias con palabras clave tales como Martín Flores, secuestro o rescate. Cada vez que una noticia contuviera alguna de esas palabras, la recibiría en su casilla de mail. Al pasar por Portones Shopping miró su reloj y se dio cuenta de que faltaban cincuenta minutos para que el vuelo 6013 de Iberia proveniente de Madrid aterrizara en el aeropuerto internacional de Carrasco, siempre y cuando estuviera llegando en horario. Se tranquilizó un poco al saber que disponía de tiempo suficiente para llegar antes que el avión aterrizara. Puso el señalero hacia la izquierda y dobló por el segundo acceso al Shopping. Se aproximó a un restaurante de comida rápida y desde la ventanilla pidió un café. Sentía como si tuviera arena en los ojos. La noche en vela, la angustia y la tensión le pedían cafeína. Siguió camino por Avenida Italia al este, tratando de no manejar en forma brusca, para que el café se mantuviera dentro del vaso. En el siguiente semáforo compró tres diarios. Le dio una mirada a las tres tapas en cada semáforo que lo obligaba a detenerse, pero no había nada sobre el secuestro. Le vino a la mente el día que había comprado todos los diarios porque Martín aparecía como mascota con el plantel de Nacional. Llegó al aeropuerto a las diez menos cinco. La forma del techo le recordó a las naves extraterrestres de la película *La Guerra de los Mundos* de 1953. En viajes largos, a veces, los vuelos pueden adelantarse, y eso lo sabía, por lo que apenas estacionó, salió con el vaso de café e ingresó al sector arribos. En la pantalla que informaba los horarios pudo ver que estaba confirmado que el avión aterrizaría a las diez y treinta y cinco, o sea diez minutos después de lo previsto. Terminó de tomar el café y volvió al auto. Abrió la puerta trasera y sacó una valija vertical tamaño

cabina, de color negro y no más de cincuenta centímetros de alto, con mango retráctil y dos ruedas pequeñas. Volvió a la terminal de arribos junto con la valija y los diarios y se sentó a la espera del arribo del vuelo. Mientras tanto, hojeó los diarios minuciosamente, especialmente las secciones correspondientes a actualidad nacional. Cada tanto miraba la pantalla de arribos por si se producía algún cambio. A cinco minutos de la hora prevista para el aterrizaje, hizo los diarios a un lado, dejándolos en el asiento de su derecha, para fijar la mirada en la puerta de salida de pasajeros. A las diez y treinta y dos el estatus del vuelo cambió de "En Horario" a "Aterrizado" y a las once menos cuarto vio salir a la tripulación del vuelo. El comandante, inconfundiblemente identificado por las cuatro bandas doradas en la manga de su blazer, se separó del resto y se dirigió al baño. Acto seguido, Fernando se incorporó, tomó la valija y fue también hasta allí. El café había forzado su vejiga. Luego de orinar se acercó a la mesada de los lavatorios, de color jade. A su izquierda estaba el comandante español. Mientras se enjuagaba las manos, le hizo la pregunta de rigor.

—¿Cómo salieron el Real con el Osasuna?

—No han jugado aún, lo hacen esta tarde.

Ambos se acercaron al dispensador de papel para secar sus manos. El comandante, un hombre de unos cuarenta y cinco años, rubio y delgado, se retiró, llevándose la valija que había llevado Fernando, que era muy similar a la suya, si no igual. Fernando tomó la que había dejado el comandante, salió del baño y volvió a su auto. Una vez que ingresó en Montevideo, tomó la rambla porque pensaba que así despejaría la mente. Así fue atravesando los diversos barrios desde Carrasco hasta Punta Carretas. Rodeó el Club de Golf, pasó luego por el costado de un Parque Rodó muy venido a menos y, cuando llegó al Parque Hotel, dobló a la derecha hacia el norte. A las diez cuadras detuvo la marcha y estacionó. Se bajó y retiró la valija del baúl. Sacó de su bolsillo un llavero y abrió la puerta de entrada de un edificio. El ascensor estaba vacío en la planta baja. Ingresó y oprimió el botón del cuarto piso. Al llegar, atravesó un pequeño y oscuro corredor hasta alcanzar la última puerta. Abrió las tres cerraduras e ingresó. Era un apartamento pequeño. En el living había tan solo un sillón cama, una mesa redonda y cuatro sillas. A la derecha había una *kitchenette* y la puerta de un baño. Al fondo había otra habitación. Trancó la puerta de entrada y puso la valija sobre la mesa, que tenía un candado con combinación. El código para abrirlo era el número de vuelo, 6013. Alineó las rueditas con esos números

y con un pequeño clic se abrió. Con la esmerada delicadeza de un cirujano abriendo el pecho de un paciente con su bisturí, procedió a abrir los cierres. Una vez que dio vuelta la tapa de la valija, se encontró con un paquete de papel blanco. Lo sacó, puso la valija vacía en el piso y procedió a abrirlo. Las manos le temblaban al hacerlo. Cuando quitó el envoltorio vio los doce rostros de un Benjamin Franklin ojeroso y tal vez cansado o preocupado que lo miraban. Eran doce pilas de billetes de cien dólares atados en paquetes de cien. Comenzó a contarlos y comprobó que había cincuenta paquetes. Era un total de quinientos mil dólares. Volvió a poner el dinero en la valija y la llevó a la habitación. Además de la puerta, tenía una gruesa reja con dos cerraduras convencionales y una electromagnética que se abría con una tarjeta. Abrió ambas y entró. El olor a humedad por el encierro era notorio. Allí había una caja fuerte de considerable tamaño. La abrió y puso todos los billetes dentro. Dejó la valija en la habitación junto a la caja fuerte y salió hacia el living. Se sentó en el sillón cama y quedó como paralizado, con la vista en la pared. Estaba en una encrucijada. Obviamente, no era el dueño de ese dinero y no podía disponer de él. Tenía que seguir órdenes, pero la vida de su hijo estaba pendiendo de un hilo. Esa era la urgencia y no podía pensarlo dos veces. Daría la vida por Martín.

Capítulo 11

Avatar
(Película de James Cameron, 2009)

Habían pasado diez minutos de las doce cuando Fernando llegó a su casa. Eugenia estaba ansiosa por tener cualquier novedad que le devolviera aunque fuera un poco la esperanza. Vio a Fernando y sin decir palabra, solo con la mirada, lo inquirió.

—Nos puede ayudar, pero no me preguntes más. Vos quedate tranquila que este hombre nos puede ayudar. ¿Hubo alguna novedad, algún mail, alguna respuesta? —le dijo Fernando.

—Nada, seguimos pendientes, pero nada. Tienen que contestar en cualquier momento… ¿Vos decís que se puede conseguir toda esa plata?

—Sí, olvidate del tema, después veremos cómo hacer para devolverla, hoy mismo ya vamos a poder contar con ella.

—¿Ya hoy domingo? Los bancos están cerrados.

—Este inversor maneja mucha guita, muchísima, no te imaginás la guita que mueve. En inversiones inmobiliarias en Uruguay solamente debe tener más de diez millones de dólares, casas en Punta del Este, hoteles, chacras en José Ignacio, campos en Florida, Lavalleja, Durazno. Esto es cambio chico para el hombre. Cuenta con muchísimo efectivo. Además, yo le hice muchos favores, lo representé en más de una de esas compras.

—Me cuesta entender, creer y asimilar todo esto, te juro que no entiendo nada.

—Tenemos que rezar para que todo salga bien.

Mientras conversaban, Fernando se adelantó a la cocina, abrió la heladera y sacó una cubetera como para servirse un whisky. Resopló al ver que estaba vacía. Sacó la otra que por suerte estaba llena, tomó tres cubitos y los puso en un vaso. Buscó la botella y se sirvió una generosa medida. Fue a sentarse directamente al fondo, en un banco de plaza que a esa hora del mediodía estaba bajo los rayos de un agradable sol primaveral. Mariana, Juan Pablo y Federico revoloteaban por la casa. Juan Pablo, el más expresivo y afectuoso, abrazaba cariñosamente a su madre. Federico había salido al fondo y estaba pateando una pelota contra una de las paredes

linderas. Era como un ejercicio de desintoxicación después de haber estado una cantidad de horas tras la pantalla. Mariana, luego de volver del apartamento de Martín, lo había reemplazado en la computadora. Fernando encendió un cigarrillo, dejando la cajilla en el banco a su derecha. Eugenia, que no fumaba nunca, se sentó a su lado y tomó uno. Apoyó los codos sobre sus muslos mientras miraba en silencio a un escarabajo que se esforzaba por atravesar la gramilla y alcanzar la sombra. El grito de Mariana hizo que pelota, vaso de whisky y cigarrillos a medio fumar quedaran esparcidos por el jardín, mientras el escarabajo, en su propio universo, seguía pugnando por llegar a la sombra. Como la primera vez, estaban todos reunidos en torno al monitor de la computadora, y el email que había entrado tenía el siguiente mensaje:

"¿CONOCE LAS PÓLIZAS DE SEGUROS DE VIDA? SI QUIERE REGATEAR, POR 50.000 DOLARES LE ENTREGAMOS UNA MANO, POR 70.000 UNA MANO Y UN PIE, POR 100.000 LOS DOS BRAZOS, POR 200.000 LOS DOS BRAZOS Y LAS DOS PIERNAS, POR 300.000 EL CUERPO SIN BRAZOS NI PIERNAS. SI LO QUIEREN VOLVER A VER VIVO Y ENTERO, 500.000 DÓLARES, NI UN BILLETE MENOS. VA A RECIBIR PAQUETE CON CELULAR, AHÍ RECIBIRÁ INSTRUCCIONES PARA ENTREGAR EL DINERO, QUE DEBERÁ PONER EN UNA MOCHILA. EL PLAZO ES HOY A LAS 12 DE LA NOCHE. NADA DE POLICÍA, SI NO EMPEZAMOS A DESMEMBRARLO".

No habían terminado de leer el mensaje cuando empezó a sonar el celular que la policía le había dado a Fernando.

—¿Han leído el mensaje?

—Sí, acabamos de verlo.

—Lo del paquete con el celular es para que nosotros no los podamos rastrear.

—Voy a tener que ir solo, ustedes no se pueden meter en el medio.

—Quédese tranquilo que nosotros no vamos a interferir. ¿Puede conseguir ese dinero?

—Sí, es posible, tengo contactos con un gran inversor que está dispuesto a darme una mano.

—Avísenos cuando reciba la caja con el teléfono. Cuando lo hagan salir, trate de mantenernos informado.

Una vez que cortó, Fernando se descargó con su familia.

—Estos pelotudos… se creen que son el FBI. ¿Y estos otros soretes qué dicen? ¿Qué es eso de una mano, un pie? ¡Qué hijos de puta! Me voy a ver al brasilero. Ustedes traten de conseguirme una mochila.

—¿Querés que vaya contigo? —le preguntó Eugenia.

—No, no, vos quedate acá, dejame solo que es un tipo muy especial.

—Me quedo en el auto, no bajo.

—No, dejame manejar esto a mí.

Le dio un beso en la mejilla y salió. Tenía los dientes apretados y los músculos de la espalda se iban tensando cada vez más. Mientras iba pasando por la rambla del Buceo, sentía un sudor frío que empezaba a apoderarse de su cuerpo. Tal vez pudiera salvar a su hijo, pero sentía que su vida entraba en una espiral descendente sin resolución. Estaba rodeado, los secuestradores sabían del dinero que iba a recibir ese día. Eso era una entrega, ¿pero de quién? Los pensamientos giraban y giraban sobre su cabeza, abrumándolo, porque sabía que tarde o temprano sentiría el rigor del metal sobre la nuca. Estuvo a punto de provocar un accidente al no percatarse de que un semáforo en rojo. Una frenada providencial de un auto que estaba entrando a la rambla evitó lo que bien pudiera haber sido una tragedia.

—¿Para qué mierda me presté a esto? ¡No tengo manera de salir, y ahora estoy ensartado hasta la manija! —se decía en voz alta como forma de desahogo.

La amargura iba ganando cada parte de su cuerpo y parecía que se pudiera medir en kilos. Le pesaban las piernas, le pesaban los brazos, le pesaba moverse. El desgano le carcomía como un cáncer cada célula. Llegó al apartamento, abrió la caja fuerte y lastimosamente puso los cincuenta paquetes que conformaban los quinientos mil dólares dentro de la valija. No sabía si quedarse allí para no estar paseando con el dinero. Se convenció de que debía esperar la caja con el celular, tenía que estar en su casa.

Eugenia lo estaba esperando con unos sándwiches que rápidamente había hecho con fiambre que tenía en la heladera. Lo vio entrar con la valija y no dijo nada. Él fue hasta el dormitorio y la dejó al lado de su mesa de luz. Volvió a la cocina y se sentó en la mesa.

—Si no te importa, me voy a tirar un rato, estoy rendido. Quiero descansar un poco, por lo menos hasta que entreguen el paquete.

Tomó la mochila que Eugenia le había dejado arriba de la cama e introdujo en ella los billetes que fue sacando de la valija. Deseaba tomarse una pastilla que lo transportara a un mundo ficticio, al planeta Pandora de James Cameron, ser el sombrerero de Alicia en el país de las maravillas o uno de los protagonistas de *Lost*, pero no ser Fernando Flores, propietario de una inmobiliaria en Montevideo, padre de tres hijos, casado con una mujer ejemplar, pero inmerso en un infierno que ni el propio Dante en su prolífica imaginación hubiera sido capaz de recrear. Quedó tendido boca arriba en la cama abrazando la mochila hasta quedarse dormido.

Lo despertó el timbre. Era un muchacho de una empresa de mensajería que traía la esperada encomienda. Fernando tenía la caja en sus manos y tanto Eugenia como los chicos lo rodeaban expectantes. Lo desenvolvió y vio que sólo había un celular. No pasaron dos minutos cuando el teléfono comenzó a sonar. Oprimió la tecla verde y se lo llevó a su oído izquierdo dispuesto a escuchar.

—¿Conseguiste la guita?

—¿Cómo está Martín?

—Está bien. ¿Tenés la plata?

—Sí, la tengo conmigo en una mochila. ¿Puedo hablar con Martín?

—Imposible, no está conmigo. Martín está en otro lado. Si vos cumplís, nosotros también. Ahora salí y subí a tu auto.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, vos y la mochila. Colgátela, dale, mové el culo. Y vas vos solo, ¿me oíste?

—Bueno, estoy saliendo, ¿pero cómo sé que Martín está bien? Necesito una prueba de vida, necesito oírlo.

—Nada de pruebas. Si querés volver a verlo vivo, vas a hacer lo que te decimos.

—Necesito saber que está vivo.

—No jodas más. Si seguís insistiendo con eso lo vamos a terminar matando, ¿entendiste? Ahora subite al auto y agarrá Rivera para abajo.

—¿Hasta dónde voy?

—Tranquilo que tenemos tiempo. No cortes.

Ya desde el auto, siguió hablando con los secuestradores con la voz entrecortada.

—¿No le hicieron nada a Martín?

—No, está bien, lo que queremos es la guita.

—¿Cuándo lo van a soltar?

—Cuando tengamos la guita.

—Está bien. No le hagan nada, por favor te lo pido, tengo la plata conmigo, decime a dónde tengo que llevarla, por favor.

—No te voy a dar una dirección, ¿me entendés?

Al escuchar esto, tomó conciencia de que no llevaba consigo el celular que le había dado la policía. Había salido con tanta urgencia que lo había olvidado. Se daba cuenta de que ese olvido no había sido del todo casual. Temía que una intervención terminara siendo fatal y no estaba dispuesto a correr ese riesgo.

Capítulo 12

La Odisea
(Poema épico de Homero, VIII A.C.)

Eugenia sintió que desde el dormitorio sonaba un celular. Fernando acababa de salir. Cuando llegó ya habían cortado y no pudo tomar la llamada a tiempo. Se dio cuenta de que era el teléfono que había dejado la policía. Enseguida volvió a sonar y atendió al primer timbre.

—Soy Soria… por lo que veo el señor Flores dejó el teléfono que le dimos.

—Acaba de salir, no hace ni un minuto —mientras sostenía el teléfono con una mano, con la otra peinaba su cabello cobrizo como tratando de espantar malos presagios—. Salió a las corridas cuando llegó el paquete, no se dio cuenta, estaba tan nervioso… También dejó su celular acá.

Después de cortar abruptamente la comunicación, el subcomisario Soria que estaba con Fleitas a una cuadra de la casa de Fernando, soltó una puteada golpeando el volante y emprendiendo la marcha.

Un golpe de suerte hizo que pudieran ver el auto de Fernando. Era muy riesgoso seguirlo de cerca. De todas formas, se esforzaron por mantenerlo en la mira. La cuerda de tambores de La Gozadera se dejaba oír a la distancia. No podían permitir que el auto se fuera a más de una cuadra porque corrían el riesgo de perderle el rastro. El siguiente semáforo los obligaría a doblar a la derecha si no lo hacía una cuadra antes por Mississippi. Finalmente, dobló en el semáforo y apenas lo hizo aceleraron para llegar a la esquina y ver qué hacía.

—Doblá a la izquierda ahora —oyó Fernando—, y seguí una cuadra. Ahora doblá otra vez a la izquierda y seguí para arriba.

Soria tuvo que maniobrar con sumo cuidado ya que el hecho de que lo hicieran doblar de cuadra en cuadra lo obligaba a mantenerse peligrosamente cerca para no perderlo de vista.

—Estamos regalados —dijo Soria a Fleitas—. Si Flores hubiera llevado el celular, no habríamos tenido que seguirlo tan de cerca. La primera vez que lo vi me dio la impresión de que con este tipo íbamos a tener

problemas. No me preguntes por qué, pero lo sentí. Habrá sido la expresión, la mirada... Ya a esta altura del partido y con las horas de calle que tenemos, pocas veces le erro cuando intuyo algo.

El sol ya se estaba recostando sobre el oeste de la ciudad y el aire circundante presagiaba una noche un poco más fresca que las anteriores. Fernando seguía circulando hacia el norte. Se detuvo en un cruce hasta que obtuvo paso. Lo hicieron doblar en la siguiente calle a la derecha y luego de nuevo a la izquierda, al norte. Rápidamente llegó a los semáforos de Avenida Italia, pero no se detuvo ya que la luz lo habilitaba. Le dijeron que siguiera derecho. Al llegar a Camino Carrasco, le ordenaron que doblara a la izquierda en dirección al oeste. Anduvo así poco menos de un kilómetro hasta que le pidieron que doblara a la izquierda y rodeara la manzana para volver a Camino Carrasco al este. Tuvo que esquivar a unos niños y adolescentes que estaban jugando al fútbol en la calle. En la esquina siguiente había una barra de muchachotes con botellas de cerveza y alguna que otra caja de vino. Volviendo a Camino Carrasco lo hicieron doblar hacia el sur. Hacía aproximadamente veinte minutos que había salido de su casa y no tenía la más pálida idea a dónde lo pretendían llevar. A decir verdad, lo estaban paseando. Las estrellas fueron ganando el cielo. Un aire un poco más que fresco entraba por la ventanilla, por lo que la subió, dejando una pequeña abertura, ya que había salido con una camisa de manga corta y bermudas. Se estaba destemplando, ya fuera por el fresco de la noche como por su estado de tensión. Por otra parte, el ruido del tránsito al aproximarse nuevamente a Avenida Italia no le dejaba oír con claridad las instrucciones que iba recibiendo.

—Doblá ahora a la derecha como para el Centro.

—Disculpame, no entiendo. ¿Para qué dimos toda esta vuelta?

—¿Vos qué pensás? ¿Sos inteligente? Eso vos lo sabrás. Lo que sí que sabemos es que sos muy ambicioso.

—Tal vez no sea inteligente. No entiendo nada de todo esto.

—Queremos estar seguros de algo.

—Lo único que quiero es que liberen a Martín. Les entrego el dinero y me lo entregan.

—Sí, es claro que querés que lo liberemos, pero nosotros tenemos que estar seguros de que no corremos peligro. ¿Ahora entendés?

—Sí, entiendo. Lo que te puedo decir es que de mi parte tengas confianza, tengo la plata encima, decime por favor dónde te lo dejo, por

favor te pido.

—Doblá ahora a la derecha. Si te ponés nervioso, peor para vos.

—¿Falta mucho para llegar?

—Hasta acá llegamos. Te dijimos que nada de policía, ¿verdad?, pero no nos diste pelota. Vas a tener que deshacerte del teléfono. Qué casualidad que un auto blanco con dos tipos adentro hiciera el mismo recorrido, una tremenda casualidad. Esos tipos jodieron el asunto. Tirá el teléfono en la boca de tormenta de la esquina, andate a tu casa y esperá.

—¿No podemos…? ¿Hola, hola…? —la comunicación se había cortado —. ¡Este par de imbéciles arruinaron todo, me quiero morir!

Paró el auto y tiró el teléfono en la boca de tormenta como le indicaron. Tenía la cara roja de furia. Miró a los alrededores para ver si encontraba el Escort de Soria pero no vio nada. Deseaba encontrarlos y desfigurarlos a puñetazos, romperles el auto con una barreta, golpearles la cabeza contra la pared hasta dejarlos inconscientes. Se preguntaba a dónde iba ahora con el dinero encima. Tendría que volver a su casa.

Cuando estuvo al alcance de la vista de Soria y Fleitas, ya estaba subiendo al auto después de haber tirado el celular a la alcantarilla. Para regresar, dio una vuelta en U sobre la misma calle. La relativa oscuridad de la noche, sumada al hecho de que los policías no iban en el Escort sino en un Volkswagen Gol blanco, hicieron que Fernando no se diera cuenta cuando pasó a menos de dos metros de ellos.

Fernando llegó a su casa encolerizado, con la furia a punto de estallar. Tenía el rostro desencajado. Entró con la mochila en la mano y, sin saludar, fue a buscar el celular que le había dado Soria. Oprimió el uno ante la mirada angustiada de Eugenia y más atrás la de los chicos.

—¡La puta madre que te parió, imbécil! ¡Lo echaste todo a perder! ¡¿Por qué mierda te creés que no llevé este puto teléfono?! ¡Ustedes no son ningunos novatos, pero me confirman que no sirven para nada, no sirven para una mierda! ¿Para qué se creen que me hicieron dar vueltas por la ciudad como en una calesita? ¿Se creían que me había ganado un paquete turístico por la ciudad?... —hizo una breve pausa para respirar—. ¡No se les ocurra acercarse porque los hago mierda!

—Tranquilícese…

—¡Tranquilícese las pelotas! ¿Qué parte no entendieron cuando dijeron que no querían a la policía en el medio? ¡Nada de policía! ¡Nada! —entre

rabia, ira y llanto se iba desahogando y descargando tanto veneno inoculado por la pesadilla en la que se encontraba metido—. ¡Les juro, les prometo que lo que le lleguen a hacer a Martín me encargaré personalmente de hacérselo a ustedes dos, lo mismo, y no voy a retirar ni una sola letra de todo lo que estoy diciendo! ¿Entendido?... ¿Ustedes saben quiénes son los secuestradores? No saben, ¿no? ¡No saben una mierda! Entonces les pido encarecidamente que no jodan, ¡no jo–dan!

—Si usted hubiera llevado el celular como le recomendamos, no hubiéramos tenido necesidad de estarlo siguiendo. Esto lo hicimos por su seguridad y por la de su hijo.

—Sí, seguro —le contestó irónico—. Mire, señor, no estoy dispuesto a seguir conversando con usted. Seguramente me llamen para combinar nuevamente la entrega del dinero, si es que no lo matan antes porque ustedes se metieron en el medio. No quiero que me sigan ni de lejos, nada.

Y cortó, sin darle oportunidad al oficial de replicarle. Eugenia captó lo que había sucedido a través de todo lo que acababa de oír.

—¿Ahora vamos a tener que volver a sentarnos frente a la computadora?

—Y sí, esta gente se dio cuenta de que había un auto que seguía la ruta que ellos me iban diciendo. Yo no me di cuenta en ningún momento, tal vez porque no se me dio por mirar para atrás ni un instante. Estaba pendiente de lo que pudiera ver adelante.

—Apenas saliste llamaron a ese celular pensando que lo tenías encima.

—Son un par de pelotudos, arruinaron todo.

—Esperemos que esto se resuelva pronto. Tené fe de que las cosas van a terminar bien. No creo que esperen mucho tiempo más para volver a contactarse.

—Voy a llamar a Ramiro y le voy a contar todo esto. ¿No sabés dónde dejé mi celular?

—Dejaste los dos teléfonos en tu mesa de luz. Este lo traje hasta el living cuando llamó la policía. El otro quedó allá.

Fernando fue rápidamente al dormitorio, tomó el celular y llamó a Ramiro.

—Viejo, ¿cómo van las cosas?

—Como el reverendo ojete. Se frustró la entrega porque los ineptos de tus colegas metieron las narices. Me entraron a seguir y los secuestradores, que se ve que no se chupan el dedo, me hicieron pasear por un buen rato, doblando de aquí para allá, evidentemente para ver si la policía andaba en la

vuelta. Vieron que un auto seguía tal cual la ruta y abortaron la operación. Te juro que si los veo a esos milicos acá los deshago a golpes, no pueden ser tan imbéciles de regalarse de esa forma. Ya les dije que no los quiero ver más.

—Mirá, Fernando, en estos momentos lo que necesitás es serenarte. Cuanto más te alteres va a ser peor. Dejame hablar con Pereyra así veo cómo están encarando el tema.

Una vez que cortó la comunicación, aspiró y exhaló profunda y lentamente, en un esfuerzo consciente por recobrar la calma, tal como su amigo le había aconsejado. Eugenia lo miraba con toda la intención de sostenerlo, de consolarlo.

—Quiero tomar un mate, creo que es lo único que me puede tener bajo control.

Puso agua en la caldera y encendió la hornalla grande de la cocina para que hirviera rápido. No era demasiado matero, pero lo elegía cuando quería bajar la pelota al piso, cuando quería reflexionar.

—No te puedo decir los nervios que pasé con toda esa guita a la espalda, andando de aquí para allá por Malvín, Malvín Norte, Buceo, no tenía idea para dónde me llevaban. Cuando vi que estábamos frente a lo que habían sido las fábricas de ladrillos, por momentos pensé que me iban a llevar para el lado de la usina de residuos y me temblaron las piernas. Si me paraban y me robaban ahí sí que estábamos fritos.

—Y ahí la policía hubiera sido útil, te hubieran protegido.

—No sé. Lo que me pregunto yo ahora es cuánto habrá que esperar.

—De repente llaman en el correr de la noche, menos gente en la vuelta, la oscuridad los va a ayudar a esconderse mejor. No creo que esperen a mañana de mañana.

—Tenemos que seguir alertas, no podemos bajar la guardia. Además, ahora no se van a confiar, estos putos de la policía la terminaron de pudrir. Ahora más que nunca Martín quema, ¿entendés? ¿Para qué lo van a mantener vivo? Piden el rescate, lo limpian y de ese modo eliminan las pruebas, y quedan impunes. Tenemos que pedir otra prueba de vida.

Nadie quería decir en voz alta lo que todos estaban pensando.

Capítulo 13

Message in a Bottle —Mensaje en una botella—
(Canción de The Police, 1979)

Avanzados ya los primeros minutos del lunes, reunidos en la sede del Departamento de Delitos Complejos, el subcomisario Soria y su equipo delineaban los pasos a seguir. El Departamento estaba integrado por veintitrés funcionarios y Soria tenía tres oficiales a su cargo. La sala tenía una ventana que daba a un corredor interior en la que cuatro oficiales, entre los que se encontraba Fleitas, estaban sentados a los costados de la mesa rectangular, atendiendo a Soria que, parado desde la cabecera, se dirigía a ellos.

—No nos podemos demorar un segundo. Es muy probable que las cosas se compliquen. En las próximas veinticuatro horas seguramente intenten hacerse nuevamente con el dinero. Lo que vamos a hacer va a ser ponerle un localizador al auto de Flores. Después de lo de anoche no nos podemos permitir que se entere.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó Fleitas.

—Se va a encargar el Colorado —al decirlo, dirigía su mirada sobre el oficial que estaba a su derecha. Era la persona más idónea para eso dentro del departamento; quien con su rostro delgado, alargado y pecoso, con un pronunciado mentón que terminaba casi en punta, siguió su mirada y bajó la cabeza a modo de asentimiento, con una leve sonrisa inspiradora de confianza propia de quien sabe cómo hacer las cosas—. Fleitas va a estar conmigo en un móvil con una laptop que nos va a dar la ubicación del auto. El Colorado García y el Sombra Píriz van a estar acá monitoreando las comunicaciones. El resto va a estar con sus equipos en la calle esperando mis órdenes. El dinero no se va a entregar en el aguantadero. De eso estamos noventa y nueve coma nueve por ciento seguros. Primero vigilaremos la entrega y después vendrá lo más duro: liberar al rehén. No tenemos pistas del aguantadero, como mucho mañana a primera hora empezaremos a tener algo. Por ahora sólo queda estar listos y esperar. No perdamos más tiempo. ¡Vamos!

El Colorado García apareció caminando sobre la esquina de Verdi y la plaza Fabini. La noche estaba quieta y a esa hora ya no se veían autos circulando por la calle. En su bolsillo tenía el dispositivo que contaba con un potente adhesivo. No tenía más que despegar el papel parafinado y pegarlo en algún lugar del chasis. Como habían previsto, el auto estaba estacionado en el jardín, y la casa de Flores era una de las pocas que no tenían reja perimetral, lo que le haría la tarea sumamente fácil. Sólo debía cuidarse de no ser visto por nadie. A escasos diez metros de la casa, vio que el terreno estaba preparado. No había moros en la costa. Saltó un pequeño portón, se agachó bajo el auto, colocó el dispositivo y salió tranquilamente caminando por la vereda como si nada hubiera pasado. Siguió hasta la otra esquina, dobló a la izquierda y subió al auto que lo esperaba.

Poco después del amanecer del lunes, a varios kilómetros de allí, Martín estaba en plena rutina de ejercicios. Había pasado su tercera noche en cautiverio y, a ciencia cierta, no sabía cuántos días más tendría que soportar esa situación. Por eso pensaba que para quemar las horas debía hacer mucho ejercicio físico. Por la noche hacía estiramiento y por la mañana tonificación muscular. En las tardes tenía planificado dedicar un rato a hacer abdominales. Fuera de su mundo de tres por cuatro, a Eliomar le había tocado quedarse levantado en la noche. El Chino dormía profundamente cuando el timbre de su celular lo despertó.

—¿Chino?, soy yo, el Jota.

—Sí…

—¿Me escuchás?

—Sí, claro…

—Escuchame bien, tenemos que ir por el plan B.

—Ta bien, tenemos que mostrarles que con nosotros no se jode.

—Eso mismo. Quiero que les llegue el mensaje a más tardar a primeras horas de la tarde.

—No te preocupés, empezamos en un rato.

Sobre las ocho de la mañana, Mariana, que seguía en casa de los Flores, recibió la llamada de Lucía, su amiga del alma.

—Hola, Mariana, ¿te desperté?

—No, para nada, duermo de a ratos. Hace ya más de una hora que estoy despierta.

—Mirá, te llamo porque quiero hablar contigo personalmente. Quiero decirte algo que tal vez te pueda interesar, pero no te lo quiero decir por teléfono.

—Bueno, está bien. ¿Querés que vaya a tu casa?

—No, mejor voy yo para allá. A más tardar llego en media hora.

—Dale, te espero. Hacé una cosa, cuando estés por llegar, mandame un mensaje al celular. No toques timbre. Cuando reciba el mensaje, salgo y conversamos en la vereda, ¿te parece?

—Sí, claro. Nos vemos en un rato.

Eran las ocho y media de la mañana cuando el mensaje de Lucía entró en el celular de Mariana. Se puso un saquito liviano y salió a la vereda. Apenas se sentó en el muro vio que Lucía se acercaba con su melena corta rubia y un bronceado que no era propio para la época, lo que sugería que había pasado algunas horas en una cama solar. Se dieron un afectuoso beso con un apretado abrazo.

—¿Cómo estamos? —le dijo Lucía.

—Acá me ves —la última palabra se extendió como en un suspiro, mientras miraba las baldosas grises de la vereda, de tres cuadrados por tres, tan típicas de los barrios de Montevideo. Lucía se sentó a su izquierda—. Parece que hubieran pasado siglos y solo pasaron poco más de dos días. No sé, tal vez sea que estoy mal dormida y toda la tensión nerviosa. No saber cómo está, dónde está….

Mariana se llevó el dorso de la mano derecha contra la nariz, tratando de contener el llanto.

—De eso te quería hablar… dónde está. Vos recibiste un mensaje el viernes y de repente se podría saber desde dónde se envió.

—¿Pero cómo?

—Un amigo de mi hermano trabaja en Antel. Se llama Diego y es ingeniero de sistemas. Yo no lo conozco, pero lo llamé ayer, le conté todo y le pregunté si es posible saber de dónde mandaron el mensaje. Me dijo que sí, que fuéramos a su oficina. En principio no lo puede saber nadie, porque si se enteran sus jefes puede llegar a meterse en problemas.

—Nos daría tremenda mano pero me genera algunas dudas…

—¿Te da miedo que la policía sepa dónde está y se mande alguna cagada?

—Sí, eso.

—Mirá, te doy una opinión muy personal, no te quiero influir, tampoco te quiero llenar la cabeza, pero me siento en el deber como amiga de darte una opinión realista. Yo pienso que quien es capaz de secuestrar a alguien no es alguien tipo la Madre Teresa de Calcuta o Gandhi, son delincuentes, son unos hijos de puta que están fuera de la ley. Yo le daría la información a la policía. Con lo que me dijiste que pasó anoche, para mí es obvio que van a cambiar la estrategia, los dos te digo, la policía y los secuestradores.

—Lo que pasa es que si le digo eso al papá de Martín me va a sacar carpiendo. No te puedo decir cómo llegó ayer, jamás en mi vida vi a alguien tan sacado. Era todo furia y no sé si va a aceptar que le demos a la policía la información que nos dé Diego. Pero yo digo… la policía, ¿no puede obtener esta información?

—Tal vez sí, tal vez nos estemos superponiendo, pero lo que abunda no estorba. No va a estar de más intentarlo. Yo le dije ayer a Diego que lo íbamos a ver hoy a primera hora, vos disculpá mi impulsividad, pero sabés que soy así.

—Entonces vamos a tener que salir cuanto antes, ¿a qué hora abren?

—A las nueve.

—Bueno, entonces dame unos minutos que le digo a Eugenia que tengo que salir un rato y ya salimos para allá.

Podía ser una buena idea… o un grave error.

Capítulo 14

Ôdishon —Audición—
(Película de Takashi Miike, 1999)

El Chino terminó de calzarse y fue con un balde hasta la bomba a buscar agua. Era una mañana fresca y algo ventosa. No se veía edificación alguna si se miraba hacia cualquiera de los cuatro puntos cardinales. Había varios montes diseminados por el campo. El lugar era una vieja casona que varios años atrás había servido como vivienda del capataz de un establecimiento rural. Desde que había sido adquirido por inversores extranjeros, esa edificación había quedado en desuso y muy lejos del nuevo casco de estancia. Carecía de agua y luz. Tenía un dormitorio y, al costado, un galpón, al que se accedía desde afuera. En ese galpón tenían a Martín. Una vez que llenó el balde, se dirigió al baño, se lavó la cara, se miró en el espejo que más allá del deterioro le devolvía su imagen y comenzó a afeitarse. Al salir, pateó a Néstor que dormía a pata suelta en un catre.

—Levantate, pendejo, no viniste acá de vacaciones.

Se preguntaba para qué lo habían traído. Habían confiado en Eliomar pero, en los hechos, Néstor terminó demostrando que no servía para nada. Salió de la casa, dio la vuelta y se acercó al galpón. Eliomar estaba sentado a la entrada.

—Negro, sale plan B —dijo haciéndole una seña con la mano izquierda.

—Me lo imaginaba, con lo que pasó ayer… ¿Hay que hacerlo ahora?

—Sí, no podemos perder tiempo, quieren que el paquete llegue de tarde.

—¿Te encargás vos y yo te ayudo?

—Sí, vos me lo aguantás.

—Junto las cosas y entramos.

El Chino fue hasta el auto, abrió la valija y sacó una caja de herramientas. Entró nuevamente en la casa y la puso sobre la mesa. La abrió y sacó un alicate de corte y una trincheta. Del compartimiento interior tomó estopa, unos trapos y cinta pato. Tomó el alicate con una mano y la trincheta con la otra. Se preguntaba con qué herramienta lo haría. Probó el filo de la trincheta y vio que con ella podría hacerlo en un santiamén. Decidió llevar

también el alicate por las dudas. Salió resueltamente de la casa y dobló a la izquierda hacia el galpón. Eliomar lo vio llegar y le abrió la puerta. Martín estaba tendido boca arriba sobre la cama, con camisa, pantalón y medias. Escuchó que la puerta se abría y se incorporó, quedando sentado, apoyando los pies sobre el piso de hormigón.

—Venite hasta la silla y sentate —le dijo Eliomar.

Martín se acercó a tientas. Sin poder ver por tres días, sus otros sentidos trataban de suplir la vista. Tenía una buena noción del espacio que había a su alrededor. Sus pies marcaban un ritmo inquieto contra el piso.

—Quedate quieto y no jodas. Si empezás a rompernos las pelotas te va a ir mal, pero bien mal, ¿tamos? —dijo el Chino.

Martín sintió un sudor frío por la espalda. Nada bueno estaba por pasar. De pronto, sintió que empezaban a atarle la pierna izquierda contra una pata de la silla, y enseguida la otra.

—¿Qué hacen? —preguntó sobresaltado—. No necesitan atarme, no les voy a dar problemas.

—Yo ahora te ato, vos me lo vas a agradecer después —contestó el Chino, mientras le inmovilizaba la cintura y los brazos con la cinta pato contra el respaldo de la silla. Por último, le inmovilizó las muñecas contra la base inferior del respaldo, atando cada una con cuatro vueltas de cinta. Tomó un trozo de estopa, se lo puso en la boca y luego le pasó otra cinta alrededor, con un espacio mínimo para no obstruirle la nariz. Martín, en un gesto de impotencia, gruñía y trataba de moverse. Sintió que no se iban, que seguían ahí, y eso lo inquietó hasta la desesperación. Comenzó a corcovear, oprimiendo sus abdominales y dando cabezazos hacia adelante y hacia atrás, pero sintió que lo sujetaban por la espalda.

—¡Quieto, dije!

En el mismo instante que dijo estas palabras, el Chino le dio un furibundo golpe en el pómulo izquierdo con su pesada mano. Eliomar estaba a sus espaldas, sosteniéndolo por los hombros. Néstor había quedado en la puerta, alerta por si llegaba a aparecer alguien. Era extraña esa posibilidad, pero no imposible.

El Chino desenvainó la trincheta, se acercó al costado izquierdo de Martín y le tomó fuertemente el dedo meñique de la mano izquierda por la coyuntura entre la segunda y tercera falange. Martín comenzó a temblar y gemir lastimosamente. Sonaba aterrador y parecía incomprensible que alguien amordazado pudiera de todas formas emitir ese sonido. Eliomar

utilizó sus brazos a modo de pinza alrededor de su pecho para que el Chino pudiera hacer su tarea. Tomando el dedo meñique con su mano izquierda y la trincheta con la derecha, comenzó a cortar entre la primera y segunda falange. Martín sintió el filo atravesándole la piel y el ardor frío inicial se convirtió en un dolor punzante y hondo hasta convertirse en un escalofrío que le recorría todo el cuerpo. Gemía y jadeaba, un sudor frío bajaba por sus sienes y luchaba por no desmayarse del dolor y la impresión.

"No me voy a rendir" –se decía–. "Tengo que vivir, tengo que vivir". La sangre, densa y oscura goteaba formando un pequeño charco que crecía con cada gota. El Chino salió rápidamente del galpón sin decir una palabra. En sus manos llevaba una caja en la que había puesto el dedo. Ahora tenía que viajar hasta Montevideo para entregarlo. Era temprano y pensaba que llegaría antes del mediodía.

Mientras tanto, dentro del galpón, Eliomar comenzó a vendarle la mano, por lo menos para cortar el sangrado. Martín seguía gimiendo, en un umbral de angustia que lo dominaba. Sentía como si una mano invisible le oprimiera el cuello.

—Te voy a soltar y vas a quedar con la cadena como antes y con los ojos vendados.

Con la misma trincheta con la que el Chino le cortó el dedo, cortó las cintas pato que lo retenían a la silla. Luego le quitó la que tenía tapándole la boca y la estopa que tenía dentro. Inmediatamente una bocanada de aire entró en los pulmones mientras los espasmos de sus gemidos se desahogaron en un llanto amargo y desconsolado. Eliomar lo guió hasta la cama y se quedó a su lado. Estuvieron en silencio unos largos minutos. Martín estaba tendido en la cama con el brazo izquierdo elevado, con el codo apoyado en el colchón. Su esfuerzo y atención estaban centrados en contener el dolor, en controlarlo, en llevarlo sin que lo venciera. Nada se podía comparar a eso. Le vino a la mente aquel dentista torturador que en su adolescencia usaba la anestesia "ya va a pasar, ya va a pasar", y él, como técnica para controlarse, se mentalizaba que el dolor que estaba sintiendo no era el peor, sino que el más fuerte era el que estaba por venir. De esa manera, su mente estaba siempre por encima de lo que estuviera soportando. Ahora, sobre la cama, aplicaba su técnica. Sentía que el dolor iba y venía como en oleadas. El dolor físico no lo era todo, sentía por sobre todas las cosas un dolor vital, inexplicable, profundo, porque tenía en sus manos la vida, nada menos que la vida. Esto del dedo no era el final. El

final era la libertad o la muerte. Eliomar lo observaba sentado en silencio a escasos dos metros de la cama.

—¿Tomás mate? —le preguntó.

—No.

—¿Querés comer algo?

—Sería bueno —contestó Martín con un dejo de ironía y malestar.

—Voy a buscarte algo, entonces, ya vengo.

A los diez minutos entró con termo y mate y un plato con unos sándwiches de pan de miga y fiambre que el Chino había comprado en su último viaje a Paysandú.

—Acá hay unos sánguches —Martín agarró uno con la mano sana mientras Eliomar se cebaba los primeros mates. Recién después de la tercera cebada le ofreció uno a Martín, quien se sentó en la cama y lo aceptó, tomándolo con su mano derecha.

—¿Cómo sentís esa mano?

—¿Cómo querés que la sienta?

Martín se daba cuenta de que Eliomar no era como el Chino. Había algo de humanidad en él.

—¿Tenés novia?

—Sí

—Yo estoy casado y tengo dos hijos, un varón de siete y una niña de cuatro. El mayor ya está en segundo de escuela. Quiero que tengan educación.

—¿Y por qué estás metido en esto?

—Pah, es medio difícil de explicar. Un día perdí el laburo y me quedé en bolas, sin un mango. Andaba por la calle tratando de conseguir alguna changa, después se hacía de noche y no quería llegar a casa con las manos vacías. Yo sé lo que es pasar hambre. Y acá estoy.

—Podrías estar haciendo otra cosa.

—Puede ser, no te digo que no, pero bien o mal estoy acá, vos me preguntaste.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Esperemos que tu viejo entregue la guita.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—No sé, de repente esta noche. Yo estoy acá. No participo de eso.

—¿Y me liberan enseguida?

—Cuando nos avisen te soltamos. Cuanto antes te soltemos es mejor para nosotros.

Eliomar se retiró palmeándole el hombro.

Ojalá tuviera razón.

Capítulo 15

La Colmena
(Novela de Camilo José Cela, 1945)

Para llegar hasta la torre de las Telecomunicaciones, Mariana y Lucía decidieron tomar un taxi. A las nueve de la mañana del lunes, cuando circundaban el Palacio Legislativo, el tránsito estaba bastante pesado, pero eso era lógico, ya que era una hora pico. Dentro de cada auto había un empleado que no quería llegar tarde a su trabajo.

Llegaron al edificio y subieron al segundo piso. Cuando salieron del ascensor, él las esperaba apoyado contra una columna con su metro ochenta y cinco y su elegante porte. No había cumplido los treinta y en sus cinco años en la estatal telefónica había aprovechado cada oportunidad que se le había presentado para ascender. Era uno de los empleados más destacados dentro del área de informática. Más allá de la circunstancia, ya que este tipo de cosas son imprevisibles, hubo un instante, un infinitesimal instante en el que el cruce de miradas inicial entre Lucía y Diego pareció interconectarlos, algo así como un impulso magnético mutuo. Luego de saludarlas las hizo pasar a su despacho privado. Siendo jefe de departamento le correspondía tener un block con buen grado de privacidad. Estando los tres sentados, Diego comenzó a explicarles la información que se podría obtener a partir de llamadas, mensajes de texto o emails.

—Lucía me comentó ayer la situación. Me habló de un mensaje de texto que recibiste el viernes en tu celular.

—Sí, también recibimos unos mails y queremos saber de dónde los mandaron.

—Todo eso se puede saber. Primero les voy a comentar qué hace la policía cuando quiere rastrear una llamada, un mensaje o un mail. Ellos tienen la tecnología como para pinchar teléfonos, pero no tienen acceso a la información de una comunicación ya hecha, a menos que nosotros se la facilitemos. Ahí entra a jugar la burocracia, porque sin una orden de un juez nosotros no podemos dar ninguna información. Estamos empezando la semana y, con suerte, en el mejor de los casos hoy nos llegue un pedido con

la firma de un juez, si es que la policía piensa que pueda ser relevante para ellos. Mientras, lo que podemos es hacer un rastreo de las comunicaciones que me dicen. ¿Tenés el mensaje ahí en tu celular?

—Sí —contestó Mariana, abriéndolo presurosa en la pantalla de su teléfono —, aquí está.

—Primero voy a ver si el teléfono que lo envió está activo —mientras hablaba, digitaba en su computadora y miraba atento el monitor—. No, no está, figura como apagado. No tiene actividad desde el viernes. Además, me aparece como que tenía desactivada la conexión de datos móviles. Si estaba activo era una papa saber dónde está. El error en el GPS es de apenas centímetros o como máximo algunos metros. La otra alternativa es ver si tiene activada "Encuentra mi teléfono"… Tampoco tenemos suerte acá. Pero hay una más, que es la información que está almacenada en la base de datos sobre ese mensaje de texto. Les cuento un poco cómo es la cosa. ¿Saben por qué se llaman teléfonos celulares?

—No —contestó Mariana.

—Ni idea —dijo a su vez Lucía.

—Para que la señal llegue a cada teléfono a medida que uno se mueve de un lado a otro, es necesario contar con una gran cantidad de antenas que van repitiendo la señal, ya que cada una tiene un alcance limitado —mientras les explicaba, iba haciendo dibujos en una hoja—. El área de superficie que cubre cada antena se puede asimilar a un hexágono. Imagínense un mapa en el que puedan ver cada antena con su respectivo hexágono alrededor. Lo que van a ver va a ser algo parecido a un panal de abejas, un hexágono pegado al otro y así. Alguien dijo que se parecía a células vistas desde un microscopio, y de ahí quedó el nombre de teléfono celular. Ustedes me dirán, ¿a qué viene todo esto? El tema es que ese teléfono, cuando mandó el mensaje, captó la señal de las antenas más próximas. En el lugar que se encontrara, iba a estar dentro de un área triangular delimitada por tres antenas. Cada una de ellas captó el teléfono y, en base a las señales de cada antena y de los ángulos de cada una con respecto al punto de ubicación del celular, es que se logra la ubicación física del aparato en coordenadas geográficas. Eso se llama triangulación o trigonometría de triángulos, se ve en matemática de sexto de liceo. Tenemos un par de bases de datos, el registro de posiciones base y el registro de posiciones de visitantes. En la primera base de datos es que tiene que estar almacenado lo que buscamos —volvió a concentrarse en el monitor mientras digitaba con rapidez—. Un

minuto y ya lo tengo…Acá está…Latitud Sur treinta y dos grados, veintinueve minutos con seis segundos y longitud Oeste cincuenta y siete grados, cincuenta y un minutos con veinticinco segundos.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Lucía, sin darle tiempo a Mariana de pronunciar palabra.

—Esas coordenadas marcan un punto. Lo pueden ver en un mapa. Denme un segundo que lo abro y les muestro.

Abrió rápidamente el programa y activó las líneas de latitud y longitud. En la pantalla estaban viendo el mapa de Uruguay superpuesto por una cuadrícula. Ellas se acercaron al monitor para ver más de cerca.

—Si miran acá, van a ver que Montevideo está aproximadamente en latitud Sur treinta y cinco grados y longitud Oeste cincuenta y seis grados, por lo que el lugar que estamos buscando está más al norte y al oeste.

Fue moviendo el *mouse* hasta llegar al sur de Paysandú, a escasos kilómetros de la frontera con Río Negro. Con el *zoom* fue acercando la imagen hasta dar con el cruce de las coordenadas de longitud y latitud.

—El mensaje fue enviado desde esta área. De eso tengan seguridad. Los datos nunca mienten.

—Es en el medio del campo –exclamó Mariana.

—Sí, está cerca de la ciudad de Paysandú. Lo que pasa acá en el campo es que como las antenas están más distantes que en las ciudades, las coordenadas pueden llegar a tener un margen de error de algunos cientos de metros. De todas formas, casi no hay edificaciones. Vamos a acercarnos un poco más. Ahí hay algo. ¿Ven que hay un arroyo a la izquierda?

—Y un monte. Hay algo edificado ahí –dijo Mariana, intrigada.

—Está un poco tapado por los árboles —continuó Diego—. La construcción más cercana está a poco menos de un kilómetro, lo que me da la espina de que este puede ser el lugar. Vamos a marcarlo e imprimirlo con distinto *zoom*, primero de cerca y después de más arriba. Esto está a casi treinta kilómetros de Paysandú.

—Ahora que decís esto me cierra un poco más lo que dijo el hermano de Martín sobre el primer mail que mandaron. Me dijo que por un código que tiene, él vio que podía haber salido de Paysandú. Usaron la cuenta de Martín y lo enviaron a la cuenta del hermano.

—Anotame las dos direcciones que con eso puedo revisar. En este caso es más fácil, ya que los datos que puedo obtener son los de las computadoras desde las que salieron, y esas computadoras usan un servicio

de Internet. Ese servicio tiene un contrato en un domicilio concreto y a nombre de alguien en particular. Voy a ver si el dominio del mail de Martín es administrado por nosotros… Sí, efectivamente, puedo entrar.

Diego comenzó a digitar nuevamente con suma rapidez mientras la pantalla iba mostrando procesos que se desplazaban de abajo hacia arriba. Hizo un alto y escribió algunos números en una libreta.

—Bueno, tengo los dígitos alfanuméricos correspondientes a los usuarios de los servicios de Internet de origen. Ahora tengo que ir a la base de datos de identificación… El primero es un contrato de ADSL empresarial. Es un cibercafé. El segundo también, no es el mismo que el primero pero también es un ciber. No aporta mucho esta información. Sería interesante saber si cuentan con cámara de seguridad. En ese caso, sí sería importante —dejó la pantalla y dirigió su mirada a Mariana—. Les sugiero que vayan con esta información a la policía. Como les decía, es muy probable que nos la pidan a través de un juez, pero en este país eso lleva tiempo y me imagino que justamente el factor tiempo en estos casos es clave.

—Salimos de acá y vamos derecho a hablar con la gente que está llevando el caso —respondió Mariana.

Se incorporó para saludarlo mientras Lucía, antes de hacerlo, buscó el contacto visual, mirándolo con una sonrisa tímida y a la vez seductora.

La puerta del ascensor se abrió en la planta baja y salieron para buscar un taxi.

—¿Qué sensación tenés ahora?

—No sé, siento como que ahora me puedo agarrar de algo. Por lo menos podemos suponer que Martín está ahí. Ahora tengo que ir con esto a Jefatura. Andate que bastantes cosas debés de tener que hacer.

—Te acompaño. Estás loca si pensás que te voy a dejar sola.

Por primera vez tenían algo a lo que aferrarse.

Capítulo 16

Amándote
(Canción de Jaime Roos, 1987)

La ruta estaba despejada. Sólo algunos camiones alteraban la monotonía de la mañana. El Chino iba en el Palio gris hacia Montevideo. Apoyada sobre el asiento del acompañante estaba la caja con su mórbido contenido. Al pasar por Young, paró para comprarse algo para comer. Vio que había un almacén en una esquina y estacionó. Atravesó la cortina de tiras de plástico de colores que había en la puerta de entrada y se paró frente a la heladera vitrina para ver si había algo que le tentara. Nuevamente en la ruta, con una bandeja que contenía una medialuna al lado de la funesta caja y con una lata de cerveza en la mano, parecía disfrutar del viaje como quien comienza unas vacaciones. El disco de Jaime Roos había terminado de reproducirse y, a falta de buenas señales de radio, optó por escucharlo de nuevo.

Ya llevaba una hora de viaje y, tras cien kilómetros recorridos, se aprestaba a cruzar el puente del lago de Palmar, la zona de la triple frontera departamental entre Río Negro, Flores y Soriano. Pasó por el parque Bartolomé Hidalgo, una suerte de isla, aunque en realidad era una lengua de tierra de un kilómetro y medio de extensión, y el ambiente le hizo pensar en la idea de pescar en esas aguas. Era un gusto que pronto se iba a dar. A pocos kilómetros de haber ingresado en el departamento de Flores, el celular comenzó a vibrar dentro del bolsillo de su camisa (si no lo llevaba encima difícilmente lo hubiera oído, entre el volumen de la música y el ruido del motor) y vio que no podía dejar de atender.

—Estoy viajando con el paquete.

—Perfecto —oyó del otro lado de la línea—. Quiero que le pongas una nota en la caja. ¿Tenés para escribir?

—Aguantame un cacho que voy a parar… —miró por el espejo retrovisor y, al ver que podía hacerlo, viró a la derecha y detuvo la marcha sobre la banquina. Hurgó en la guantera hasta que encontró un bloc y una lapicera—. Dale, te escucho.

El Jota le fue dictando el texto, que fue escribiendo cuidadosamente en letra de imprenta. Luego arrancó la hoja, la dobló y la introdujo en la caja.

Con cinta de embalaje terminó de cerrarla, escribiendo en la parte superior el destinatario y la dirección. Media hora después entró en Trinidad, la capital de Flores. A dos cuadras de haber dejado la ruta, vio una estación de servicio y decidió cargar combustible. Aprovechó también para pasar por el baño, ya que las dos latas de cerveza se hacían sentir. Siguió por la ciudad buscando la continuación de la ruta hacia Montevideo. Ante sus ojos, la ciudad se mostraba uniforme, monótona, todas las cuadras eran iguales y las veredas eran todas cortitas, de escasos dos metros de ancho, sin jardines.

Sobre la una de la tarde llegó a Montevideo. Lo que debía hacer era simple. Fue hasta una empresa de correo privado en la rambla portuaria y despachó el paquete. Se aseguró de que lo enviaran a más tardar en un lapso de tres horas. Tras ese trámite emprendió el regreso a Paysandú.

Mariana y Lucía tomaron otro taxi para ir hasta la Jefatura de Policía y entrevistarse con el subcomisario Soria. Una vez que ingresaron, un agente las condujo hasta su despacho. Soria las recibió y les estrechó la mano, invitándolas a sentarse frente a su escritorio. La oficina era austera. Un escritorio de chapa con varias carpetas encima, tres sillas de madera, un cuadro con una lámina de Artigas y un archivador metálico gris.

—Soy todo oídos.

—Pude conseguir esto —dijo Mariana, sacando de su cartera las hojas impresas con las imágenes satelitales del sitio donde probablemente estuviera Martín.

—¿Es lo que imagino?

—En ese lugar estaba el celular de Martín cuando me mandaron el mensaje el viernes.

—Nosotros ya hicimos el pedido al juez del caso y estamos esperando que nos habiliten. No se dan cuenta de que una hora puede llegar a ser la diferencia entre la vida y la muerte.

—No te puedo decir quién me la dio, pero mi idea era dejarte todo esto por si llega a ser de ayuda.

—No hay problema, lo importante es contar con esto y ver si nos es de utilidad.

—También tengo el lugar desde donde mandaron los mails. Parece que son cibercafés en Paysandú. Te dejo esto. Acá está todo detallado.

—Mensajes mandados desde un cibercafé… Parece lógico, por lo menos lo pensaron. Hubiera sido un error infantil que mandaran un mail desde una

computadora particular o desde un móvil.

—Tal vez alguno de los cibercafés pueda tener cámaras de seguridad —inquirió Mariana.

—Es posible, pero, a juzgar por mi experiencia, muy pocos tienen. Son pequeños negocios que se montan en su mayoría con mucho esfuerzo y tratan de minimizar costos. De todas formas, lo vamos a verificar…Vamos a ver qué se puede hacer.

Roberto Soria se incorporó, abrió la puerta de su despacho y las despidió. Al salir, fueron hasta 18 de Julio para conseguir un taxi. Mariana quería estar cerca de las noticias, por lo que no veía otro lugar para estar más que la casa de los padres de Martín. Lucía esperó que Mariana se tomara el taxi para luego irse a su casa, tomándose el 121. Se fue caminando hasta la parada del ómnibus mientras se cuestionaba si era apropiado lo que había experimentado con el amigo de su hermano, dada la situación que estaba viviendo su amiga. No podía ignorar el cosquilleo en el estómago cuando lo miró a los ojos. Imposible. Él tenía su teléfono, por lo menos lo habría captado con la llamada que le había hecho esa mañana. Si él no la llamaba, podría hacerlo ella, agradeciéndole el gesto que tuvo de atenderlas, o tal vez para contarle cómo iban las cosas. Era una tontería cuestionarse si era apropiado o no, se daba cuenta de que las cosas pasan cuando tienen que pasar. El ómnibus iba bastante vacío. Casi sin proponérselo, se reproducía en su imaginación el rostro de Diego, sus ojos y su sonrisa, su elegancia y su magnetismo, y la invadía una extraña alegría que se confundía con el aire enrarecido por el secuestro del novio de su amiga.

En el galpón, a treinta kilómetros de Paysandú, la lluvia pareja y constante se hacía oír sobre el techo de zinc. Martín tenía la sensación de que el dedo estaba ahí, que lo podía sentir. Los sentidos le jugaban una mala pasada, a la vez traicionera y engañosa. Y pensaba. Pensaba en el día después. No había otro pensamiento en su mente que el de su liberación. Se veía corriendo, corriendo a través del campo, sacándose la venda de los ojos y respirando fuerte, volviendo a ver a los ojos a otra persona. Eso sería una bendición, un nuevo nacimiento. El útero del secuestro, la placenta de su dedo amputado, presagiaban un nuevo nacimiento si lograba salir de ahí con vida. Creía que a las cosas buenas había que atraerlas con el deseo y él quería volver a nacer, quería volver a vivir. Por eso no podía pensar en otra cosa más que en volver a la libertad. ¡Cuántas cosas cambiaría! De pronto sentía que había

estado tomando la vida con una ligereza tremenda. Se daba cuenta de que se había pasado años haciendo la plancha. Y pensar en Mariana, en sus viejos y en sus hermanos, le hacía replantearse las palabras afecto, amor, lazos. Todo tendría otra profundidad, lo sabía, y se prometía ser mucho más agradecido. Definitivamente la vida sería diferente si llegaba a contar con la oportunidad de salir de esa celda. En otra circunstancia, la amputación de un dedo hubiera sido una tragedia, pero sentía ahora que podía llegar a ser el salvoconducto hacia su libertad, la llave para abrir la cadena que lo estaba reteniendo.

¿Cómo sería la liberación?, se preguntaba. E imaginaba que vendría Eliomar a sacarle la cadena, que lo llevaría afuera y lo haría subir a un auto. Obviamente tendría que permanecer con los ojos vendados para no verles los rostros a los secuestradores. Luego, lo dejarían en algún lugar descampado y se irían dejándolo solo. Él tendría que encontrar un camino, una calle, una ruta; o ver un auto, una persona, como había sido el arriero para Canessa y Parrado en la tragedia de los Andes. Y volver... Volver a abrazar a Mariana, a los viejos, a Juampa y a Fede, a todos, todos, todo... Imaginar lo distraía y también lo esperanzaba, pero el dolor estaba. También un profundo ardor. El vendaje que le había hecho Eliomar era lo suficientemente firme como para que no perdiera más sangre. Evidentemente, cuando saliera tendría que ser asistido. Había que evitar una infección. Necesitaría antibióticos. Era otra de las razones por la que no se le pasaba por la cabeza la idea de estar un día más en esa situación. ¿Y si la cosa empeoraba? ¿Le amputarían otro dedo? ¿Lo matarían? No, nada de eso, fuera, lejos todos esos pensamientos, no podía desperdiciar energía en siquiera un atisbo de negatividad.

La lluvia seguía martillando el techo de zinc.

Capítulo 17

La tempestad
(Obra de teatro de William Shakespeare, 1611)

El aire de las primeras horas de la tarde estaba cambiando, comenzaba a refrescar y en el jardín trasero de los Flores se podía apreciar cómo se formaban remolinos que recogían algunas hojas y las elevaban de la gramilla con caprichosos movimientos circulares. Unos nubarrones grises color plomo se acercaban desde el oeste y anunciaban una segura lluvia y muy probable tormenta eléctrica. No se recordaba una primavera tan lluviosa como la de ese año. Decían que había que remontarse a quince años atrás para encontrar en los registros un octubre con un nivel de lluvias semejante.

En casa de los Flores el clima seguía siendo de expectación. Los teléfonos y la computadora eran objeto de constante atención, y todos en esa casa tenían la percepción de que el tiempo no pasaba, como si estuviera pautado por un reloj de arena húmeda, haciendo que por momentos la misma humedad obstruyera el paso de la arena del bulbo superior al inferior. Paradójicamente, el tiempo no pasaba en la casa, pero eran conscientes de que el reloj de la vida de Martín corría serio riesgo de agotar su arena antes de lo que jamás hubieran podido prever.

El timbre de la puerta sonó dos veces. Fernando se acercó a la mirilla y pudo ver que era don Walter, su vecino. Era un anciano que ya había pasado los 85 años y vivía solo en una de las casas linderas. Hacía un año que había enviudado y era usual verlo en sus frecuentes caminatas hasta la playa Malvín para jugar al tejo, aun en los días más fríos del invierno. Llevaba una caja en sus manos.

—Hola, Fernando, me llegó esto a casa. Lo acepté sin darme cuenta de que en realidad era para vos. Fijate que está mi nombre y mi dirección, pero más abajo dice que es para entregar al señor Fernando Flores.

—Qué raro… Muchas gracias, Walter.

Fernando lo despidió sin mayores formalidades antes de cerrar la puerta. Se acercó a la mesa del comedor, seguido de su esposa, de sus hijos y de Mariana.

—Parece que voy a tener que salir de un momento a otro —le dijo a Eugenia, imaginando que la caja traería consigo un segundo celular para poder concretar definitivamente la entrega del dinero—. ¿No me traés un cuchillo para abrirla?

Realmente era un alivio ver que había novedades, porque eso no podía suponer otra cosa más que la inminente liberación de Martín. Era una caja de cartón corrugado de doce centímetros por veinte de lado y unos diez de altura. La cinta beige de embalaje cubría todas sus uniones. Pasó el cuchillo por los costados y luego en la unión de las dos aletas superiores. Con la ansiedad propia del momento, introdujo su mano para tomar lo que él suponía que era. Su rostro se congeló cuando palpó que había un dedo, la forma de la uña era inconfundible. Cerró la caja rápidamente. Las manos y piernas le temblaban y empezó a sentirse mareado. No quería llorar, pero el mundo a su alrededor comenzaba a dar vueltas. Sus ojos no reflejaban otra cosa más que un pánico aterrador. La realidad confundía las ideas al punto de alterar las percepciones sensoriales.

—¡¿Qué es?! ¿¿Qué hay en la caja?! —gritó Eugenia mientras lo seguía hasta el fondo.

—¡No puede ser, no puede ser, la concha de mi putísima madre! —sollozaba Fernando agarrándose la cara con las manos.

Los ojos abiertos de Federico y Juan Pablo no daban crédito a la situación y estaban paralizados como estatuas de sal. Mariana, en cambio, no tuvo reparos en acercarse a la mesa y abrir la caja. Lanzó un grito sin poder quitar la vista del interior, gritando y llorando.

—¡Le cortaron un dedo! ¡Le cortaron un dedo! —vociferó, llevándose la mano a la boca para ahogar de alguna manera el llanto. Notó que además del dedo había un papel doblado. Era una hoja de cuaderno—. ¡Hay una carta! ¡Dejaron una carta!

Unas gotas gruesas precedieron un gran chaparrón. La lluvia era torrencial y mojaba el ventanal que daba al fondo. Los relámpagos se adelantaban al sonido de los truenos que variaban en intensidad. Se escuchó una gran descarga. Un rayo había caído en algún lugar cercano a la casa. Fernando se dejó mojar un poco y, al oír a Mariana, entró para ver qué decía la carta. Mientras tanto, Eugenia se armó de coraje, tomó la caja, la llevó a la cocina, buscó una heladerita, la llenó con hielo, envolvió el dedo en un repasador limpio y lo puso dentro. Era un intento desesperado de madre por salvarlo, para un eventual futuro implante, sin tener idea de si eso sería

materialmente posible. El dedo era de su hijo, era su hijo, y le daría el mayor de los cuidados, aunque pareciera que estuviera perdiendo los cabales. Mariana le acercó la carta a Fernando, que comenzó a leerla en voz baja.

"DIJE QE NO QIERO POLISIA Y NO CUNPLIERON. ESTA ES LA PRUEBA DE BIDA QUE PIDIO. NO CREO QE QIERA PEDIR OTRA. NO QIERO A LA POLISIA EN EL MEDIO, NADA DE POLISIA, NO POLISIA, NO POLISIA. UNA SOSPECHA MÁS Y LO MATAMOS. ESPEREN NUEVO CONTACTO".

Fue Eugenia la que quedó en blanco después de escuchar el mensaje, con la mirada perdida, sin hablar, en shock. La frase "Una sospecha más y lo matamos" no hacía más que rebotar en su cabeza. "Y lo matamos", se repetía, golpeándola cual martillo neumático. Federico atinó a abrazarla mientras Juan Pablo tomaba a Mariana por los hombros para consolarla.

—Voy a llamar a Ramiro —dijo Fernando, consciente de que no se podía dejar caer.

Tomó el celular sin demorarse. Por el tono de voz del saludo inicial, Ramiro supo que había ocurrido algo grave.

—Fernando, ¿qué pasó?

—Le cortaron un dedo y lo trajeron acá en una caja con una carta. No sé qué hacer, viejo. Dicen que es una prueba de vida pero que es porque la policía intervino cuando ellos dijeron que la querían al margen. Y dicen ahora que a la más mínima sospecha lo matan.

—A ver… Necesitás una mente fría que te ayude. Se me ocurre algo. Vos no llames a nadie. Yo voy para allá y hablamos.

Veinte minutos después Ramiro estaba tocando el timbre en casa de los Flores.

—Pasá, viejo –Fernando lo hacía pasar mientras su amigo lo saludaba palmeándole la nuca y mirándolo a los ojos, transmitiéndole todo su afecto —, la carta está arriba de la mesa.

—Mirá, Fernando, más que nunca Martín corre un riesgo de vida importante. La policía tiene que estar al tanto. Si le hicieron esto, ¿quién te asegura que no vayan a hacerle nada peor? Si lo matan no va a ser por la policía, ¿me entendés?

—Sí —respondió Fernando, abrumado por la confusión—, ya no sé qué pensar, me siento superado.

—Por eso te digo que yo hablo con Soria y también con Pereyra. Dejame todo a mí, me llevo la carta y se las doy. Vos quedate acá, porque si son coherentes con lo que escribieron, tarde o temprano van a tener que llamarte.

—No veo la hora de que esto se termine…

—Fuerza, Fernando, tenés que ser fuerte, las fuerzas las tenés; tenés que hacer de tripas corazón.

Ramiro se retiró y corrió hacia su coche para evitar la lluvia, ya que lo había sorprendido a la ida y no llevaba un paraguas encima. Ya dentro del auto, llamó al inspector Pereyra, le informó las novedades y le transmitió su impresión sobre el estado de la familia. Luego se comunicó con el subcomisario Soria, se presentó y le explicó la situación. Le dijo que tenía en su poder la carta que había llegado con el envío y se ofreció a llevársela de inmediato. Soria le pidió que fuera a jefatura. Ramiro le aseguró que estaría allí en veinte minutos.

En la sede del Departamento de Delitos Complejos, reunidos en torno a la mesa rectangular, estaban el subcomisario Soria y su equipo. Una agente golpeó el ventanal para avisarle que el inspector Gómez lo buscaba. Lo hizo pasar a su despacho, contiguo a la sala.

—Acá tiene la carta —dijo Ramiro sacándola del bolsillo interior de su campera de cuero.

La carta tenía pequeñas manchas marrones de sangre por haber estado en contacto con el dedo dentro de la caja. El subcomisario la leyó, permaneció un instante en silencio con la mirada fija en el papel y luego miró a Ramiro a los ojos.

—Quiero mandar a alguien de mi equipo a la casa. Necesitamos información de primera mano. No podemos manejar el tema a distancia.

—Después de lo de ayer y sumado al paquete que recibieron hoy, esta familia, vuelvo a decirle, está aterrorizada. Tienen pánico de que los secuestradores se den cuenta de que la policía está al acecho y terminen matándolo. Me ofrezco para ser el enlace que sirva de nexo con ustedes. Ellos me tienen confianza.

—Acepto la sugerencia. Eso sí, necesito que vaya cuanto antes y que ante cualquier movimiento me llame al celular.

No había margen para equivocarse.

Capítulo 18

La espera
(Relato de Jorge Luis Borges, 1952)

Mientras don Walter, el vecino de los Flores, estaría disfrutando de la lectura de algún libro, escuchando la tormenta, en la casa de al lado el clima era peor que el de afuera. Juan Pablo y Federico habían vuelto a cubrir el puesto frente a la computadora por si llegaban a mandar un nuevo email. Fernando, Eugenia y Mariana se encontraban en la cocina.

—Les quiero comentar algo que averigüé hoy —dijo Mariana—. Estuve en la torre de las Telecomunicaciones y pude confirmar desde dónde mandaron los mensajes. Los mails fueron enviados desde dos cibercafés diferentes de Paysandú, y el mensaje de texto que recibí en mi celular lo mandaron desde un campo a treinta kilómetros del departamento.

—Yo me pregunto para qué se lo llevaron tan lejos… —reflexionó Fernando.

—No es seguro que esté por la zona, pero todos los mensajes salieron de ahí... El lugar da para sospechar, está a un kilómetro de la ruta 3, junto a un arroyo. Hay un monte y una construcción pequeña. También estuve con Soria.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —reprochó Fernando.

—Pasaron tantas cosas hoy que me sentí abrumada. Soria me dijo que ya contaban con esos datos, que piden la información a través de una orden de un juez.

—Está bien —suavizó Eugenia—, por lo menos tenemos a Ramiro interviniendo. Eso a mí me da un cierto grado de tranquilidad.

—¿Lo largarán por ahí? Tampoco lo pueden dejar muy cerca de donde lo tienen, ni traerlo para acá, porque sería un riesgo para ellos. ¿Ves?, quiero a la policía alerta para que pueda encontrarlo después de que lo liberen —dijo Fernando dirigiendo la mirada a Eugenia—, para que cuanto antes pueda ser llevado a un hospital. Eso es lo que quiero de la policía, no que esté jodiendo alrededor de la entrega del dinero o mandándose cualquier otra cagada.

El timbre interrumpió su reflexión. Era Ramiro que regresaba a la casa. Fernando lo invitó a sentarse en los sillones del living.

—¿Tenés alguna novedad? —le preguntó.

–En estos momentos están tratando de determinar bien dónde lo tienen. Hay algunas pistas que deben verificar.

—Sí, algo de eso sé —Eugenia y Mariana se acercaron con los cafés y se incorporaron a la conversación—, por Mariana, que tiene un conocido que averiguó el origen de los mensajes.

—La mejor de las hipótesis es que lo liberen luego del pago del rescate, pero, si eso no pasa, la policía estudia la posibilidad de abordar el lugar tras un plazo prudencial. Quedate tranquilo que si llegan a ese punto la prioridad va a ser Martín.

—¡La reputa madre! —exclamó Fernando terminando con un suspiro.

—Mientras tanto yo me voy a quedar acá con ustedes, así pongo al tanto de todo a la policía y a la vez sabemos de primera mano cuáles son los pasos que van dando. Quedate tranquilo que esta gente está poniendo todo para que esto tenga un final feliz.

—Dios te oiga —contestó Fernando con pesadumbre—, nunca fui muy creyente pero ahora siento que todo está en manos de Dios.

A trescientos cuarenta kilómetros de allí, Martín seguía tendido en la cama, con el brazo izquierdo hacia arriba. Hacía varios minutos que una comezón había empezado a incomodarlo. Más precisamente en la zona del dedo amputado. Llevó la mano derecha hacia la izquierda para rascarse y ahí se dio cuenta de que lo que le picaba era la punta del dedo que ya no tenía; era algo muy extraño que lo desesperaba. Poco a poco la comezón fue cediendo y dando lugar a otros tipos de sensaciones. Además del fuerte dolor en la zona del corte, comenzó a sentir una puntada en la parte del dedo que ya no tenía. Esta vez no era en la punta sino más abajo, en lo que sería la articulación entre la segunda y tercera falange. Se palpaba con su mano derecha la zona vendada y al tacto verificaba que las dos primeras falanges ya no estaban, sin embargo, estaba sufriendo dolores y teniendo sensaciones como si siguiera teniendo el dedo entero. Cuando el dolor cedía, llegaba a sentir un ardor que podía asimilar al de una quemazón.

En el departamento de Delitos Complejos, el subcomisario Soria seguía en la sala con su grupo, parado frente a la cabecera de la mesa, sobre la que estaba desplegado un gran plano del Uruguay con las rutas y caminos

vecinales. También había una impresión a color de la vista satelital del lugar dado por las coordenadas aportadas por la compañía telefónica. La superficie que abarcaba la imagen era de cuatro por tres kilómetros.

—Como ustedes ven acá, si trazamos una línea recta entre la ruta 3 y el lugar, hay aproximadamente dos kilómetros. Desde la ruta no es posible verlo por la vegetación que hay a esa altura en la cañada que pasa a escasos cien metros de ahí. Por el tamaño, esto tendría que ser algo así como un galpón, y el rectángulo marrón que se ve al lado parece ser un corral para ganado. Ahora vamos a ver las otras edificaciones que hay en la zona. A un kilómetro de ahí, y a uno y medio de la ruta, hay cuatro edificaciones juntas, con un tanque australiano de diez metros y una arbolada importante, todo ese conjunto es el casco de una estancia. La cañada que ven acá divide dos establecimientos ganaderos, por lo que este casco de estancia no pertenece a los mismos dueños que este galpón. Los dos están a títulos de sociedades anónimas y, por más que consigamos los nombres de los accionistas, que seguramente sean testaferros, no va a ser factible dar con los propietarios reales en el corto plazo, y en esto no tenemos más que horas. Va a ser muy riesgoso abordar el lugar con luz natural. Arriesgaríamos no solo la vida de Martín sino también la de nuestros compañeros del grupo G.E.O. que intervenga. Ahora les pregunto yo a ustedes, ¿qué les hace pensar el hecho de que hayan ido a esconderse en este lugar? Es una zona de establecimientos rurales de extensión considerable. ¿Qué piensan que hay detrás de todo esto?

—Yo pienso que es muy difícil que un productor rural se preste para secuestrar a alguien —contestó Fleitas—, no veo ese perfil de persona protagonizando un secuestro. Pienso más bien que el dueño de la estancia consiente el hecho, porque sería imposible que lo hagan sin el conocimiento de quienes trabajan ahí. Puede que el dueño no se dedique a la producción rural por más que tenga a alguien trabajando el lugar... que lavó guita comprando el campo y el verdadero negocio es otro. Además, ¿alguien me puede explicar de dónde sacó Flores la guita para el rescate? No dudo que está en algo turbio y la razón del secuestro tiene que ver con esto.

—Es posible, pero no tenemos tiempo para obtener lo que el señor Flores no nos facilita, si es que realmente está en algo turbio. Estamos contra reloj y tenemos que manejarnos con lo que hay. En principio vamos a ver si se concreta la entrega del dinero en las próximas horas. Estamos en la fase uno. Hasta que no se supere la fase dos (o sea, la liberación del

secuestrado), no vamos a poder apretarlo. Recién en la tercera veremos qué nos dejan las anteriores y buscaremos a los responsables. Hasta ahora podemos decir que venimos bastante desguarnecidos o, mejor dicho, en desventaja, porque esta gente se ha cuidado de no dejar pistas. Ni siquiera sabemos si el mensaje de texto fue enviado mientras se iban trasladando o si efectivamente lo mandaron desde el lugar en el que están ahora. Una de las puntas que puede llegar a desenredar esta madeja es la posibilidad de interceptar todas las comunicaciones que se realicen dentro de esa área —decía Soria mientras señalaba la impresión de la imagen satelital.

—Ya tenemos la autorización judicial —acotó el Colorado García—. Vamos a estar en condiciones de hacerlo de un momento a otro. Llegar a captar alguna conversación desde ese lugar puede confirmarnos no sólo si lo tienen ahí, sino que también nos va a permitir conocer sus movimientos.

—Con respecto a la fase uno, tenemos a Ramiro Gómez en la casa de los Flores —continuó Soria—. Es un colega que por ser casi como un familiar para ellos se prestó para ser nexo. Él nos va a avisar cuando Fernando Flores salga para pagar el rescate. De todas formas, los sistemas ya están activos y tanto el Colorado García como Píriz están en condiciones de monitorear el GPS que pusimos en el auto. En cuanto a la fase dos, el jefe de Policía de Paysandú está informado y ya tiene personal a disposición para cuando nosotros le demos el aviso. El grupo G.E.O. también está en conocimiento del tema.

Las piezas ya estaban en el tablero.

Capítulo 19

Riders on the Storm —Jinetes en la tormenta—
(Canción de The Doors, 1971)

La tormenta continuó su desplazamiento hacia el este, cediéndole el lugar a un viento suave y fresco. Desde la ventana del living se veían los focos del alumbrado público encendidos. El mate ya circulaba por la enésima vuelta. Eugenia no tomaba, pero entre Fernando y Ramiro habían terminado dos termos de un litro y estaban empezando el tercero. La lámpara en la mesa esquinera aportaba una luz tenue y cálida. Los teléfonos esperaban en la mesa ratona; la mochila con el dinero, a los pies; en la estufa a leña ardían tres astillas de eucaliptus y Fernando tenía la mirada perdida en el movimiento de las llamas. De la cocina llegaba un aroma agradable y dulzón. Eugenia había optado por hacer una torta de chocolate para distraerse y evadir la angustia lacerante que la dominaba. Juan Pablo y Federico seguían en su cuarto con la computadora, mientras Mariana iba y venía de un lado a otro. Ramiro se esforzaba por animarlos y, sobre todo, por distraerlos con una catarata de anécdotas y retazos de historias compartidas. Tanto Fernando como Eugenia aceptaban de buen grado su compañía como quien toma confiadamente el calmante que le prescribe su médico de cabecera. Los ánimos estaban muy marchitos y parecía como si la inclemencia del tiempo estuviera conspirando para que la situación se hiciese aún más pesada. Eugenia miró su reloj y fue hasta la cocina para retirar la torta del horno. Mariana la siguió y la ayudó a cortarla, la puso en una bandeja y la llevó al living. Ramiro fue el único que se sirvió y comprobó una vez más la buena mano de Eugenia para la cocina. Fernando tenía el estómago cerrado y no se le pasaba por la cabeza siquiera intentar probar un bocado. La tensa calma fue interrumpida abiertamente por el celular de Fernando. Comenzó a sonar y vibrar sobre la mesa, mientras la pantalla se iluminaba con una foto de Martín. Fernando atinó a dar un zarpazo con su mano derecha para agarrarlo y atender.

—¡Es Martín! —dijo ingenuamente Mariana.

Eugenia y Ramiro miraban fijamente a Fernando. Federico y Juan Pablo saltaron como una estampida del dormitorio y se aparecieron en el living.

—Agarrá la guita y subite al auto ya —escuchó Fernando que le decían del otro lado del teléfono.

—¿Cómo está Martín? —atinó a decir.

Al oír estas palabras, todos aterrizaron en la realidad. Obviamente no era Martín, lo imaginaban, pero no perdían la fantasiosa esperanza de que por esas cosas de la vida lo liberaran y estuviera deambulando por alguna parte; esa triste y traicionera esperanza que nos resistimos a abandonar en los momentos más duros.

—Está bien. Subite al auto, dale. Nada de policía, eso está claro, ¿no?

—Está bien, claro, está claro, ya salgo —la voz de Fernando temblaba al contestar.

Tomó la mochila, se puso en el bolsillo el celular que le había dado Soria, salió y subió a su coche.

—¿Para dónde agarro?

—Salí para la plaza, rápido.

Apenas Fernando cerró la puerta de su casa, Ramiro se comunicó con Soria. La policía ya había interceptado la llamada.

A treinta segundos de haber salido de su casa, Fernando llegó a la esquina de Verdi con la plaza Fabini.

—Andá hasta las hamacas, pará y bajá con todo —escuchó nuevamente.

Ya era de noche y la plaza Fabini estaba escasamente alumbrada. Era difícil distinguir a alguien a la distancia.

—Ya estoy acá —anunció al salir del auto.

Mientras tanto, en la jefatura de policía, Soria escuchaba la comunicación junto a Fleitas y otros tres oficiales de su equipo. El monitor de la computadora iba mostrando la frecuencia de onda de la comunicación, que simultáneamente estaba siendo grabada.

—¡Los tenemos! Están usando el chip de Martín. Los podemos localizar. Algún descuido tenían que tener. Se creen muy vivos, pero son una manga de ignorantes.

El Colorado García estaba en la computadora de al lado tratando de localizar el lugar desde el que llamaban. Apareció en la pantalla un plano de la ciudad y un círculo rojo intermitente que se iba desplazando.

—Roberto, están haciendo la llamada desde un auto —dijo García a Soria—. Están circulando por la rambla de Pocitos, ahora subieron por Pereira.

—Quiero que identifiquen la matrícula de ese auto ya —ordenó Soria al oficial Píriz, a quien apodaban el Sombra por el color de su piel.

Los pies de Fernando estaban ya pisando la gramilla de la plaza. A veinte metros, en medio de la penumbra, pudo divisar los juegos infantiles.

—Hay algo para vos en una de las hamacas —escuchó que le decía la voz del otro lado de la línea—. Antes dejá en el suelo tu celular y el otro que te dieron. Dejalos ahora. No hagas trampa que te estamos viendo.

Fernando escuchó esas últimas palabras y se cortó la comunicación. Estaba aterrado mientras se iba acercando. Tuvo que dejar su teléfono y también el que le había dado Soria. ¿Cómo sabían que tenía otro teléfono? ¿Sería esta otra jugada perversa? ¿Qué tenía esa caja, por Dios? Sentía cómo se iban erizando sus brazos y piernas. Esa tarde se habían encargado de demostrarle lo que eran capaces de hacer. Habían cruzado ya varios límites.

La pantalla que monitoreaba la llamada, en la que se veía la frecuencia de la voz, ya no mostraba señal. La otra, que era observada por el oficial García, tampoco mostraba el círculo rojo de localización.

—Los perdimos —dijo García a Soria—. Además, apagaron el teléfono, no lo puedo siquiera localizar por GPS.

—Nos queda el auto de Fernando —le contestó Soria.

Fernando se armó de coraje y abrió la caja. Exhaló un suspiro de alivio al ver que dentro había solo un teléfono celular, que enseguida comenzó a vibrar mientras la pantalla se prendía y apagaba de forma intermitente. Atendió y escuchó la misma voz.

—Ahora volvé al auto.

—Ya estoy subiendo.

—Da vuelta la plaza y tomá la primera para el norte.

Fernando avanzó varias cuadras con el celular al oído hasta que recibió nuevas órdenes.

—Pará y bajate. Ahora. Tomate el taxi que está enfrente. Decile que vaya hasta la rambla.

Fernando subió al único taxi que había en la parada y, a través de la mampara, le indicó al chofer el rumbo a tomar. Se aferraba a la mochila como a su propia vida. Faltando una cuadra para llegar a la rambla, escuchó que le hablaban.

—Ahora decile que doble como para el Centro —y cortaron, mientras el taxi tomó la rambla y se sumó al tránsito que a esa hora hacia esa dirección

era bastante moderado.

En la jefatura comprobaron que el auto de Fernando se había detenido nuevamente. Soria tomó un teléfono y se comunicó con el móvil que tenían apostado en la zona de Malvín.

—Hagan una pasada. Quiero que me digan qué ven.

—De acuerdo, en un minuto estamos por ahí —contestó el oficial acompañante.

El móvil, ocupado por dos oficiales, llegó al lugar a segundos de haber cortado la comunicación. Pudieron ver el coche estacionado frente al restaurante de la esquina. Pararon en el estacionamiento para clientes y uno de los oficiales bajó. Iban vestidos de particular. Por ser lunes de noche, el restaurante no estaba muy concurrido. Además, era un poco temprano para cenar. Disimuladamente, el oficial dirigió una mirada general a los clientes y pasó al baño. No había nadie. Volvió al móvil y le hizo una seña negativa con la cabeza a su compañero, quien no había podido apreciar movimiento alguno durante el rato que estuvieron allí. Avanzaron hasta la parada de la esquina. Ahí se bajó uno de ellos. Tenía una buena perspectiva del auto de Fernando y a la vez no despertaba sospechas, ya que estaba en una parada de ómnibus como tantas otras personas que finalizaban su jornada de trabajo y volvían a sus hogares.

Casi tres kilómetros más adelante, Fernando sintió vibrar el celular en la palma de su mano. El taxi acababa de pasar el Museo Oceanográfico y el Cementerio del Buceo.

—Que suba por el semáforo del shopping —tan rápido como lo oyó, se lo repitió al chofer. En un abrir y cerrar de ojos estaban doblando—. Decile que te deje en la puerta.

El taxi paró por la entrada principal del Montevideo Shopping Center. Pagó al chofer y bajó, sujetando la mochila contra sus hombros.

—Entrá y andá a los baños que están en el subsuelo. Metete en la última casilla a la derecha y tirá este celular a la basura.

Bajó las escaleras y entró al baño de hombres. Cuidando que no lo viera nadie, tiró el teléfono en el cesto de las toallas de papel ya usadas. Una vez que entró al box, encontró otro celular sobre el dispensador de papel higiénico. Apenas lo agarró, estaba entrando un mensaje de texto que decía: “Salí por la entrada de la planta alta y tomate otro taxi”. A toda prisa, subió la escalera que comunicaba el subsuelo con la planta baja de dos en dos escalones y luego utilizó la escalera mecánica para acceder a la planta alta.

Iba esquivando gente mientras miraba sus rostros y cada tanto echaba una mirada hacia atrás. Tenía toda la sensación de que estaba siendo observado. Salió por la puerta superior y se subió al primer taxi que encontró. Por suerte, al no ser un día de mucha concurrencia, no tuvo que esperar. Apenas se acomodó en el asiento, recibió un nuevo mensaje: “Centro”.

—Buenas noches, maestro, voy hasta el Centro, en un par de minutos me pasan la dirección y le digo con más precisión —dijo Fernando al chofer simulando tranquilidad.

—¿Por dónde prefiere ir?

—Por la rambla va a ser mejor.

Habían pasado más de veinte minutos desde que el móvil de la policía había encontrado el auto de Fernando. Soria empezaba a olfatear algo raro. Le habían hecho dejar el celular y ahora el auto. Observó a sus costados y captó al instante que iba a tener que estar con todos los sentidos en alerta máxima. El enemigo podía no estar lejos. Tal vez ya lo estaban mirando.

Capítulo 20

The Usual Suspects —Los sospechosos de siempre—
(Película de Bryan Singer, 1995)

El Chino estaba muy concentrado revisando el cargador de su fusil. Con cada carga podía hacer setenta disparos. Tenía otros dos cargadores en los bolsillos de su campera. Eliomar, que tenía colgado otro fusil, estaba afuera con Néstor, que siempre llevaba encima una pistola. Tenían que estar preparados por si las cosas no salían como habían planificado. El teléfono del Chino comenzó a sonar. Dejó el fusil en la mesa, se sacó el teléfono del bolsillo de la camisa y atendió. La voz del otro lado le golpeó los oídos.

—¡La puta madre que los parió, che!

—¿Qué pasó, Jota?

—¡Son una manga de pajeros! Me dijiste que confiara en vos y me vengo a enterar que el guacho mandó un mensaje desde ahí con su celular —el Jota no dejaba pasarle aviso al Chino de la furia que tenía—. ¿Cuándo le sacaste el teléfono? ¿Estuviste viajando más de dos horas con el tipo y no se te ocurrió palparlo y sacárselo apenas lo agarraron?

—Lo primero que hicimos fue atarle las manos y el teléfono se le cayó cuando lo subimos al segundo auto —el Chino no solía mostrarse nervioso pero esta vez la tensión se le notaba en la voz—. Recién cuando llegamos lo encontramos en el piso del auto.

—¿A qué no sabés qué? —le replicó el Jota—. Tenés a la policía en la nuca. Por ese puto mensaje ya saben dónde están, los localizaron, ¡pedazo de pelotudo! No me extrañaría nada que tengas a la cana oliéndote el culo en estos momentos.

La noticia le cayó como un balde de agua helada. Si bien le había quitado el chip y había roto el teléfono, consideraba remotísima la posibilidad de que pudieran localizarlos por ese simple mensaje. El nivel de sus conocimientos técnicos no estaba a la altura de la situación.

—Si llega a fracasar todo por esa estupidez, te juro que me las voy a cobrar. Ahora tienen que volar. Mátenlo y tiren el cuerpo en la cañada. Ya no nos sirve para nada tenerlo.

—Está bien, está bien —atinó a contestarle el Chino y no pudo decir más nada porque Jota ya había cortado.

El taxi que llevaba a Fernando circulaba por la rambla de Pocitos cuando recibió un nuevo mensaje que decía: “Que suba por 21, bajate en Ellauri”. Le aclaró al taxista el destino mientras su cabeza se preguntaba ¿Y ahora qué? Antes de llegar, le entró un nuevo mensaje: “Tomate otro al centro”. El taxi se detuvo, pagó el importe del viaje y bajó. Vio que ahí mismo había una parada con cuatro coches esperando pasajeros para llevar. Subió al primero de la fila.

—Por favor, al Centro por la rambla —le pidió al taxista, para que no le preguntara por dónde iba—.

—¿Le parece que agarre la rambla a la altura del Parque Rodó? Son menos fichas.

—Como guste —le contestó Fernando, entregado.

El taxi dejó a su izquierda la vieja sede del Sporting y se internó en el Parque Rodó, bordeando la sede del Mercosur para tomar la rambla. El pavimento no había terminado de secarse luego de la lluvia de la tarde. Ese tramo estaba muy despejado, por lo que el chofer aprovechó para pisar un poco más el acelerador. Un nuevo mensaje entró mientras esperaban que el semáforo los habilitara a seguir: “Bajate en la Terminal de Río Branco”. Le pidió al taxista que lo dejara allí, a lo que contestó con una mueca, ya que no terminaba de entender por qué la gente a veces se complica y no dice sencillamente de una vez a dónde quiere ir. Fernando miraba una y otra vez por la ventanilla y por el parabrisas trasero, con la sensación de que lo seguían, y su temor mayor era que quien lo hiciera fuera la policía. El taxi dejó la rambla, dobló a la derecha y, luego de atravesar el Centro, frenó a metros de la terminal. Fernando pagó su tercer taxi de la noche y se bajó. Cruzó la calle y accedió a la zona de andenes. Tan pronto como llegó, recibió un nuevo mensaje: “Tomá el del andén 13 y sentate en el fondo”. En ese momento, en ese andén, estaba por salir el C5 con destino a Estación Atlántida. Había cinco personas haciendo cola para subir. Se puso detrás del último y en pocos segundos ya estaba encima del coche abonando el boleto al guarda conductor, quien le preguntó qué tipo de boleto quería y Fernando le contestó que iba a destino, sin tener idea de a dónde pretendían llevarlo. Siguió por el pasillo hasta el fondo y se sentó en la última fila a la izquierda mirando hacia adelante. Dos minutos después de haber subido, el chofer

puso marcha atrás para salir y comenzar el recorrido. Desde el fondo tenía una buena visual del ómnibus. Llevaba la mochila entre sus pies y el celular en la mano derecha. No habría más de diez pasajeros, de los que cuatro eran mujeres. Todos parecían trabajadores de clase media que volvían a sus casas. Sólo podía ver parte de sus cabezas. Se preguntaba si alguno de ellos no sería uno de los secuestradores. De pronto, vio que un hombre de alrededor de treinta años que estaba sentado adelante a la izquierda, se levantó, avanzó unas cuatro filas por el pasillo hacia el fondo y se sentó en otro asiento a la derecha contra una ventana. Fernando contuvo el aliento, creyendo que iba derecho hacia él, y sintió como si el corazón se le fuera a salir del pecho. Es más, si hubiera habido una persona a su lado, no dudaba de que hubiera escuchado sus latidos. Desde donde estaba lo podía ver. Tenía el pelo medianamente largo y negro, y una barba de pocos días. Pudo ver que el hombre se puso auriculares, reclinó el asiento y recostó la cabeza sobre el respaldo, al igual que muchos de los pasajeros, buscando conciliar algunos minutos de sueño. En la parada siguiente subió un hombre muy alto, pelado, de complexión gruesa. Tendría más de cuarenta años. Estaba vestido con una campera de cuero negra, una remera también negra, vaquero y botas. Vio que después de haber pagado el boleto se sentó bien adelante. Cualquiera podía prestarse a las sospechas de Fernando y la paranoia iba creciendo a medida que pasaban los minutos. Finalmente, recibió un último mensaje: “Meté el celular en la mochila, dejala abajo del asiento y bajate. Ya”. Apenas leyó el mensaje, puso el teléfono en el bolsillo externo de la mochila, como si estuviera ardiendo y le quemara las manos. La escondió debajo del asiento y se levantó. Se acercó a la puerta trasera y oprimió el botón para descender. El ómnibus avanzó varias cuadras antes de detenerse. Era una línea semidirecta, por lo que no se detenía en todas las paradas. Finalmente, el ómnibus se detuvo y pudo bajar. Desde la vereda, lo vio alejarse en dirección al este y con él los quinientos mil dólares, dejándole la esperanza de la liberación de Martín y una sensación de caos tremenda por no saber qué podría pasarle por haber utilizado ese dinero.

Comenzó a caminar en dirección a 18 de Julio, sin tener idea por dónde iba. Por un instante le pareció que desconocía el lugar, aunque había pasado por esas calles cien mil veces en su vida. Su desorientación llegó a tal punto que le pareció que el piso se movía. Se apoyó contra un árbol, cerró los ojos y comenzó a inspirar y exhalar profunda y lentamente. Pasaron dos personas por la vereda que ni se inmutaron, tal vez pensando que sería

alguien pasado de alcohol. El mareo fue cediendo y, al sentir que se iba recuperando, siguió caminando y buscó un taxi para regresar a su casa. Ahora había que esperar la liberación de Martín. La mezcla de sensaciones era tremenda. Tenía que avisar a su casa que ya había dejado la mochila. Como ya no tenía ningún teléfono encima, optó por entrar a un bar para hablar. Le atendió Eugenia.

—Soy yo, Fernando. Dejé la plata donde me dijeron. Estoy en un bar en la Plaza de los Bomberos, sin el auto. Tomo un taxi y voy para allá.

—Está bien, mi amor. ¿Vos estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo un poco agitado pero bien. Imaginate.

—Bueno, mi amor, tranquilizate un poco, ya hiciste tu parte. Ahora sólo nos queda esperar.

—Sí, es verdad… Salgo para allá. Te quiero mucho.

—Yo también, mi amor.

En la Jefatura de Policía el clima era de desconcierto. Le habían perdido la pista a Fernando y no sabían a ciencia cierta dónde podían tener a Martín. Todos los integrantes del equipo comandado por Soria estaban en estado de alerta. Uno de los monitores alteró la quietud de la espera mostrando una señal inequívoca de una llamada que entraba a un celular en la zona sospechosa a treinta kilómetros de Paysandú. Y comenzaron a escucharla atentamente. A medida que avanzaba la conversación, las dudas se iban despejando y los temores confirmando, pero no había tiempo que perder. Soria se comunicó directamente con el oficial a cargo del retén del Grupo Especial de Operaciones, encargado de asumir los casos que por su alta peligrosidad no podían ser afrontados por los miembros no especializados de la policía. Ese retén, compuesto por el oficial, un clase y nueve guardias, estaba apostado en las proximidades del lugar.

—Oficial, acabamos de confirmar las sospechas, están precisamente en el lugar que les indicamos. Tienen que actuar ya. Saben que los localizamos y van a eliminar a la víctima.

—Comprendido, estamos a minutos de allí y el retén está listo.

Soria cortó la comunicación y se acercó a la pantalla que monitoreaba el Sombra Píriz.

—¿Querés saber desde dónde hicieron la llamada? —preguntó Píriz.

Soria levantó las cejas, abrió los ojos y extendió sus manos denotando atención y esperando la respuesta.

—Del penal de Santiago Vázquez, del Comcar.

—¡Qué bárbaro! Eso es tierra de nadie. ¿Y se podrá llegar a identificar a alguien?

—Mirá, las líneas son todas clonadas, así que por ese lado no, pero me pareció oír un nombre. Voy a pasar la grabación de la conversación.

Píriz apretó un par de teclas y volvieron a escuchar la llamada.

—¿Qué preso tiene como alias “el Jota”? No me viene nadie a la cabeza —reaccionó Soria.

—En el Comcar hay más de tres mil presos lo que pasa...

—Se ve que el equipo que anunciaron que iban a comprar para bloquear las comunicaciones de celulares dentro de la cárcel no funciona bien o, como tantas cosas en este país, quedó en las palabras.

Nadie en la sala pareció sorprendido.

Capítulo 21

Ambush in the Night —Emboscada en la noche—
(Canción de Bob Marley, 1979)

El Chino salió hacia la puerta del galpón. Llamó a Eliomar y le pidió que se acercara. Quería hablar con él a solas.

—Negro, tenemos que rajar de acá. La cana ya sabe dónde estamos por culpa del pelotudo de Néstor. Y no vamos a poder usar el auto... Matamos al flaco ahora y nos vamos.

—¿Para qué lo querés matar? Nunca nos vio la cara. Lo dejamos acá y nos vamos. Si ya localizaron el lugar.

—El Jota dice que hay que matarlo y yo estoy de acuerdo —contestó el Chino con tono de imposición acompañado por una mirada filosa–. Aunque no me haya visto la cara, no quiero que algún día me reconozca por la voz.

—Estás loco, nos tenemos que ir de acá y listo.

—Al que también tendría que limpiar por imbécil es a tu cuñado. Si no hubiera mandado ese mensaje de mierda no teníamos que matar a nadie. Vamos a apurarnos. ¿Vas a querer hacer hablar a ese fusil?

—Hacelo vos. Yo la voy a usar para defenderme. Y si tocás a Néstor lo vas a tener que hacer encima de mi cadáver, antes me vas a tener que matar a mí.

El Chino le devolvió una mirada de desprecio.

—Voy a sacar al guacho del galpón. Que no se te ocurra hacer ninguna estupidez porque te limpio.

El Chino se acercó al galpón y abrió la puerta. Martín, que estaba acostado, se incorporó ante el chillido de las bisagras.

—Arriba, flaco, que te vas para tu casa —dijo el Chino.

Martín no le contestó, pero se puso de pie. Por la voz se dio cuenta de que era el que le había cortado el dedo. El Chino se le acercó y con una llave le abrió la esposa que le sujetaba la mano izquierda.

—Ahora te voy a atar las manos —y le puso las mismas esposas que hasta entonces lo sujetaban a la cadena—. Vamos a volar de acá y te vamos a soltar por ahí. Vas a tener que contar hasta mil, ¿me oíste? Hasta mil. Te

sentás en el pastito, contás, y cuando termines, recién ahí te sacás la venda de los ojos. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Voy a contar hasta mil sentado en el pasto y después puedo sacarme la venda de los ojos —contestó Martín sumiso, amedrentado por la agresividad que percibió en la voz del Chino.

—Muy bien, ahora vamos.

El pecho de Martín se ensanchó de alivio. Era el momento por el que había estado implorando durante tantas e interminables horas. Había perdido un dedo pero estaba cerca de empezar a vivir de nuevo.

El grupo GEO se iba acercando al lugar. Eran pasadas las diez de la noche. Para evitar ser divisados, atravesaron a campo traviesa unos dos kilómetros, la distancia que separaba la ruta 3 de la cañada, que pasaba a escasos cien metros del lugar. No había luna, el cielo estaba cubierto. La oscuridad de la noche era impenetrable. Los guardias contaban con equipos de visión nocturna, además de focos portátiles de gran potencia. Todos estaban equipados con uniformes negros, chalecos antibalas, casco, granadas con gases lacrimógenos, una pistola y un fusil semiautomático. Con ese equipamiento y uniformes se veían todos iguales, esa era la filosofía del cuerpo. Dos de los guardias eran mujeres, pero a la hora de prestar servicio en el grupo eran un guardia más, con las mismas exigencias físicas que los hombres más entrenados, mismas responsabilidades y competencias.

Para llegar a la ribera oeste de la cañada, que a esa altura tenía unos ocho metros de ancho, debían atravesar una densa arbolada de sarandíes, quebrachos, sauces y mataojos de aproximadamente cuarenta metros de largo. Del otro lado de la cañada el terreno era llano y sin árboles. A cien metros de distancia estaba el aguantadero. Los guardias se apostaron contra la ribera oeste, utilizando los árboles como defensa. El objetivo era el rescate con vida de Martín, por lo que se había descartado la posibilidad de hacer un ataque sorpresa al lugar. Por la información que habían obtenido, procuraron un posicionamiento estratégico, esperando el primer movimiento de los secuestradores.

Al salir del galpón, Martín sintió el cambio de aire en su rostro. Era una noche fresca. Debido a la herida, atinó a mantener los brazos flexionados por los codos hacia arriba, como un cirujano antes de entrar a la sala de operaciones. Sintió que una mano lo guiaba, tomándolo por el antebrazo derecho. A medida que iban caminando notó que de un piso aparentemente

de hormigón, habían pasado a uno lleno de hojarascas. En algunos tramos el colchón de hojas le tapaba los tobillos. Eso le hizo pensar en un monte de eucaliptos o algo similar. Habían caminado poco más de treinta metros. Le llamó la atención que no subieran a un auto. El viernes, cuando lo llevaron hasta allí, no había tenido que caminar más de diez metros desde que lo bajaron del auto hasta su celda.

—¿Vamos a subir a un auto? —preguntó.

—Sí, claro —contestó el Chino—. Lo que pasa es que por la lluvia de hoy el camino está imposible y tenemos que caminar un poco más.

Martín se conformó con la respuesta.

Como sospechaban que la policía estaba cerca, no podían demorarse mucho. Eliomar, que iba guiando a Martín, abría el paso mientras sostenía el fusil con su derecha. El Chino avanzaba a la derecha de Martín, un poco más retrasado, con la AK–47 apoyada en su mano izquierda y el índice de la derecha cerca del gatillo, con la vista y el oído alertas. Néstor iluminaba con una linterna mediana cada metro que estaban por pisar. Tenía la pistola ceñida a la cintura. Martín notó que el terreno se volvía cada vez más blando. Sus pies se hundían suavemente sobre la superficie. Con cada paso que daba, sus zapatos, que eran de cuero y suela, absorbían la humedad mojando sus pies. Caminar se hacía cada vez más complicado, el barro era más denso y pegajoso. Faltando diez metros para llegar a la cañada, Martín perdió el equilibrio y cayó de rodillas.

—Quedate ahí, no te levantes —dijo el Chino.

Martín comprendió al instante. Comenzó a temblar y no era por el frío ni la humedad.

—¡Por favor, no! ¡No lo hagan! —imploró.

—Iluminame acá —le dijo el Chino a Néstor, señalando la nuca de Martín.

Eliomar no quiso mirar. Martín sintió a sus espaldas un sonido metálico. Se puso en manos de Dios y presionó sus brazos contra el pecho.

Del otro lado de la cañada, el oficial a cargo del operativo, situado a la derecha de la formación, hizo la señal a los guardias francotiradores que estaban boca abajo sobre el terreno con los fusiles apoyados en soportes. Luego de los primeros disparos, prendieron un potente foco situado a veinte metros. Tenía como cometido confundir y encandilar a los secuestradores.

El Chino cayó inerte hacia atrás, sobre sus espaldas, con la cabeza impactada por tres disparos, dos de ellos en la frente y el tercero en la zona

inferior del pómulo izquierdo. Martín yacía boca abajo. Su camisa, sucia de barro, mostraba un gran lamparón de sangre. No se movía. Antes de ser abatido, el Chino había llegado a disparar. De su fusil salió una ráfaga de nueve tiros en tres segundos. Néstor, herido en una pierna, tomó su pistola para repeler el ataque. Antes de llegar a ponerla en posición, recibió dos disparos certeros en la cabeza, uno en el parietal izquierdo y el segundo en plena base del cráneo. Su cuerpo quedó en posición decúbito lateral, con los ojos abiertos. Eliomar, al sentir los disparos que alcanzaron al Chino, se tiró hacia adelante, lanzando el fusil hacia un costado. Quedó tendido boca abajo, sin mover siquiera un dedo. Ese movimiento le salvó la vida. Los disparos de los efectivos del grupo GEO habían sido selectivos y muy precisos. Si bien sabían que la policía podía estar cerca, no imaginaron nunca un operativo de esa magnitud y eso fue precisamente lo que los tomó por sorpresa, sumado a la soberbia y autosuficiencia del Chino, que subestimó la advertencia que le había realizado el Jota.

Los guardias del grupo GEO fueron atravesando la cañada y se acercaron con los fusiles en posición de ataque. Constataron en primer lugar que dos de los tres secuestradores estaban muertos. Impresionaba ver el cadáver del Chino, ya que los impactos que había recibido en la frente se la habían hecho casi desaparecer. Al tercero, que era Eliomar, lo redujeron y esposaron. Martín también estaba herido. Había recibido un impacto cerca del omóplato derecho con orificio de salida por debajo de la clavícula. La fuerza de los impactos recibidos por el Chino en su cabeza, sumados al efecto retroceso de sus disparos ya sin resistencia de su cuerpo, hicieron que la ráfaga que había comenzado a disparar se desplazara a la derecha haciendo un arco hacia arriba. El primero de los disparos fue el que alcanzó a Martín. Los restantes se perdieron lejos ganando altura. Tenía la camisa empapada en sangre, pero no sólo era la suya. Restos de masa encefálica y sangre del Chino habían terminado en su camisa. De no haber sido por la oportuna intervención del grupo GEO, el Chino hubiera tenido el tiempo suficiente como para colocarle por lo menos cuatro impactos mortales.

—Tenemos un herido —dijo uno de los guardias por el intercomunicador —, es el rehén.

—Quedate tranquilo que somos de la GEO, ya está llegando la ambulancia —dijo alguien a Martín mientras le quitaba el vendaje de los ojos y verificaba que no tuviera más heridas. Por la voz, Martín supo que era una mujer.

—Gracias, creo que estoy bien, siento un ardor frío en el hombro —contestó en sollozos.

Pocos instantes después era subido a una camilla. Dos paramédicos lo llevaron a través del campo, atravesando trescientos metros con él a cuestas hasta el camino donde lo esperaba la ambulancia, que si se acercaba corría el riesgo de quedar atrapada en el barro. Más tarde, Eliomar, ya esposado, fue llevado al móvil. La pesadilla había terminado.

Capítulo 22

Exhausted —Exhausto—
(Canción de Foo Fighters, 1995)

La ambulancia avanzó dos kilómetros y medio por el camino vecinal hasta llegar a la ruta 3. Por las heridas que había recibido, tanto por el impacto de bala como por la amputación del dedo meñique de su mano izquierda, debía ser atendido sin demora. Al llegar a la ruta, la ambulancia dobló a la derecha en dirección noroeste hacia Paysandú. Martín yacía acostado sobre la camilla, que vibraba a la par de la ambulancia. Aparentemente no estaba muy bien de amortiguadores. Una enfermera le puso una vía con suero y pasó a quitarle el vendaje improvisado y sucio que tenía alrededor de la mano izquierda. Al mismo tiempo, el paramédico le revisaba la herida de bala.

—Quedate tranquilo que va a estar todo bien. ¿Cómo te sentís? —le preguntó amablemente la enfermera sosteniéndole la mano herida.

—Me está empezando a arder el hombro, mucho, como si me hubieran atravesado un hierro al rojo vivo. Siento que me quema por dentro —contestó Martín con evidente molestia.

—La herida que tenés aparentemente no es de gravedad —dijo el paramédico—. Si hubieses recibido el balazo unos centímetros más abajo la historia podría ser otra, pero por suerte no te afectó órganos vitales.

La mano estaba cubierta de barro. La enfermera fue limpiándola cuidadosamente con un apósito humedecido hasta que llegó al dedo meñique o, en realidad, a lo que quedaba de él. Ahí optó por lavar la zona con suero fisiológico. En pocos minutos, en el hospital, recibiría atención a fondo, donde le suturarían la herida y le administrarían antibióticos.

En la Jefatura de Policía de Montevideo, Soria recibía el llamado del oficial a cargo del grupo GEO.

—Terminamos la misión en forma exitosa. El rehén recibió una herida en el operativo, pero no es de gravedad. Lo están llevando al hospital de Paysandú. Abatimos a dos delincuentes y capturamos a un tercero, que vamos a llevar a Montevideo en las próximas horas.

—Menos mal que quedó uno vivo. Lo quiero interrogar cuanto antes —contestó Soria.

—Están prontos para salir para allá. La custodia policial le avisará cuando lleguen. Hemos rastreado también toda el área sin hallazgos relevantes. Encontramos un auto con chapa de Colonia, que suponemos es el que usaban.

Cortó y se dispuso a llamar a los Flores. Faltaban pocos minutos para la medianoche. El teléfono sonó y atendió Eugenia.

—Le habla el subcomisario Soria, tengo buenas noticias. Martín fue rescatado y está siendo llevado a Paysandú.

—¡Martín fue rescatado! ¡Lo llevan a Paysandú! —gritó Eugenia a viva voz y rompió a llorar de la emoción.

Ante estas palabras, las lágrimas fueron brotando del rostro de Fernando, de Mariana y también de Juan Pablo y Federico que desde su dormitorio volvieron al comedor al sentir las exclamaciones de Eugenia y posteriormente de Mariana. Ramiro, que se caracterizaba por ser una persona que no exteriorizaba sus sentimientos, no pudo reprimir la emoción mientras sus ojos se humedecían. Soria esperó unos segundos y continuó.

—Gracias al exitoso operativo del grupo GEO se lo pudo rescatar con vida. Además de la herida que ustedes ya conocen, recibió un impacto de bala en el hombro derecho. Está estable, no reviste gravedad, pero lo han llevado a la Corporación Médica de Paysandú para atenderlo.

—¿Pero está consciente? —preguntó Eugenia con preocupación.

—Sí, está consciente y bien. Quédense tranquilos que se va a recuperar pronto. Luego de las heridas que recibió necesita curaciones, antibióticos, por eso se lo llevó a Paysandú y no a Montevideo, ya que eso hubiera supuesto trasladarlo trescientos kilómetros y demorar cuatro o cinco horas más su atención.

—Discúlpeme, pero no entiendo. ¿Usted me dice que intervino el grupo GEO? ¿Entonces los secuestradores no lo habían liberado? ¿Cómo fue herido?

—¿Usted es creyente?

—Sí, y ahora creo que más que nunca.

—Entonces agradézcale a Dios porque su hijo nació de nuevo.

Eugenia volvió a sentirse invadida por la emoción. Si bien era un temor que no la había dejado en paz, sentir que su hijo había estado tan cerca de la muerte la desbordó.

Cortó y recibió el abrazo emocionado de todos. El ambiente era de euforia. Un sentimiento común que era canal para el desahogo de tanta angustia. Martín se había salvado. El infierno se había terminado. Habían sido tres días horrorosos, de un sufrimiento indescriptible. Ahora Martín estaba libre. Eugenia había ganado a su hijo nuevamente. Federico y Juan Pablo volvían a tener un hermano. Fernando había hecho lo que creía que tenía que hacer. Su hijo estaba vivo, pero él se encontraba en un callejón sin salida. ¿Cómo haría para reponer todo ese dinero? La casa no valía más de ciento cincuenta mil dólares y, además, tenían una deuda con el Banco Hipotecario. Algo se le iba a ocurrir, pero la preocupación le horadaba la cabeza. El precio aún estaba por pagarse.

Capítulo 23

No robarás las botas de los muertos
(Novela de Mario Delgado Aparaín, 2002)

En casa de los Flores había una sensación de alegría contenida y rostros cansados, porque si bien Martín estaba vivo y fuera de peligro, lo vivido en los últimos cuatro días había sido en extremo agotador. Una gran pregunta flotaba en el aire, ¿por qué? Todos la percibían, pero nadie la exteriorizaba. Nada sería igual. Parecía como si el dolor hubiera llegado para quedarse. Martín volvería a estar bien, pero la familia había recibido un golpe soberano. ¿Cuántas personas se mudan de una casa después de sufrir un copamiento o un asalto? Tal vez porque ese hecho queda grabado como una huella en cada una de las paredes. El secuestro de Martín quedó grabado en las paredes del alma de cada uno de sus familiares, y el alma no se vende. Eugenia era la que más se preguntaba por qué había pasado todo eso. Se lo preguntaba con insistencia porque tenía una espina que no se animaba a intentar sacársela por temor a encontrar algo que la impresionara demasiado.

Decidieron salir todos para Paysandú en el auto de Fernando. Juan Pablo le dijo a su padre que sería bueno que se turnaran para manejar ya que estaban todos mal dormidos. Se ofreció para salir manejando desde Montevideo. Fernando se sentó en el asiento del acompañante, en tanto que Federico, Mariana y Eugenia lo hicieron en el asiento de atrás.

La carretera estaba bastante vacía. Federico cayó rendido por el sueño y su cabeza caía sobre su hombro izquierdo. Mariana, que estaba a su derecha, no podía entender cómo no se despertaba por el dolor que sentiría en el cuello. Eugenia tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Rezaba. Rezaba por lo que pasó y por el futuro, que veía con un signo de interrogación muy grande.

A las dos horas de haber salido de Montevideo estaban llegando a Trinidad. Fernando le pidió a Juan Pablo para conducir hasta Paysandú y se detuvieron en la estación de servicio a la salida de la ciudad. Eugenia y Mariana bajaron y fueron al minimarket. Fernando fue hasta el baño. Eugenia, previendo que iban a estar en el hospital por un buen rato, compró

algunos alimentos y bebidas. Mariana pensó en qué podría llevarle a Martín. No tenía mucho para elegir. Vio que Eugenia se dirigía a la caja y no quiso demorarse más. Se decidió por una caja de bombones. Martín elegía regalos sencillos pero con alma. Percibía el valor de la intención y muchas veces prefería una tableta de chocolate como el lenguaje de un te quiero que una camisa de marca de una persona interesada.

Subieron al auto y retomaron la ruta 3 con Fernando al volante. Otras dos horas de viaje y llegarían a Paysandú. Estarían llegando sobre las cuatro y media de la mañana. Federico seguía dormido. Ahora su cabeza estaba apoyada contra el borde de la puerta trasera. Ni se había enterado de que el auto había parado en Trinidad. Eugenia y Mariana trataron de dormir algo, pero podían más los nervios que el cansancio. Juan Pablo trataba de sintonizar la radio, pero en esa zona no se captaban bien las señales de frecuencia modulada, y las que captaba no pasaban música que le gustara. Terminó cambiando de frecuencia y poniendo la 710 en amplitud modulada, una radio argentina. De esta forma se mantenía despierto y le daba conversación a su padre para que no pestañeara.

Sobre las cinco menos diez estaban entrando en Paysandú. Fernando había preferido conducir con cuidado y tomarse un poco más de tiempo. La voz femenina con acento español de la aplicación les iba indicando por qué calles doblar. Sin dificultades llegaron al hospital. Estacionó en la vereda y bajaron.

Se trataba de una edificación moderna revestida con ladrillos. Ingresaron por la entrada principal y se dirigieron a la recepción. Era notorio que las instalaciones eran nuevas, con sillones oscuros muy modernos, paneles en madera clara, aluminio, luces dicroicas y pisos color marfil, brindando todo el conjunto un entorno apacible y cálido.

Eugenia llevó la voz cantante y preguntó a la recepcionista por Martín.

—Está en la sala 329. Si me da un minuto, llamo al médico que lo atendió. Tomen asiento, por favor.

La recepcionista tomó el teléfono y se comunicó con el médico, avisándole que la familia de Martín Flores se encontraba allí.

Juan Pablo y Federico se sentaron y comprobaron que los sillones no solo eran nuevos sino también mullidos y cómodos. Los demás prefirieron esperar de pie. Cinco minutos después vieron acercarse a un médico que mostraba una sonrisa serena. Tenía el pelo entrecano y cejas gruesas y pobladas. Llevaba las manos en los bolsillos de su túnica. Eugenia se

presentó y le tendió la mano. Mariana estaba a su lado, expectante, y tanto Juan Pablo como Federico dieron un respingo para sumarse a la ronda.

—Lo primero que les tengo que decir son buenas noticias. Martín está bien, ahora descansando. Va a necesitar un tiempo de recuperación, va a tener un tratamiento con antibióticos para alejar cualquier posibilidad de infección y después va a poder hacer una vida completamente normal. ¿Tienen alguna pregunta para hacerme?

—Sí —dijo Fernando—, ¿cuántos días piensa que deba estar internado?

—Si todo marcha como esperamos, en cinco días vamos a poder darle el alta.

—¿Está muy dolorido? —preguntó Eugenia.

—Ahora está sedado. Va a tener molestias, pero piensen que lo peor lo pasó ayer. Una amputación en frío es muy dolorosa. En cuanto al disparo que recibió, fue atendido con mucha rapidez y eso minimizó los riesgos de infecciones y hemorragias.

—¿Cuándo le parece que podremos subir a verlo? —se animó a preguntar Mariana.

—Pueden hacerlo ahora mismo si quieren. Lo van a ver dormido, pero va a ser muy bueno para él poder despertar y ver que están ahí. Y a ustedes también les va a hacer bien verlo.

Eugenia les pidió a Juan Pablo y Federico que esperaran abajo mientras ella subía con Fernando y Mariana. Tomaron el ascensor hasta el tercer piso y avanzaron por el pasillo. A diez metros del ascensor encontraron la sala. La puerta estaba entornada. Eugenia la abrió con sigilo y entró. Avanzó y lo vio. Las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas. Detrás de ella pasó Mariana y, por último, Fernando.

Por fin lo tenían de nuevo.

Capítulo 24

Let's Stay Together —Permanezcamos juntos—
(Canción de Al Green, 1972)

Eugenia se acercó mientras lo observaba. La luz tenue que venía de la antesala le permitió verlo bien. Estaba profundamente dormido. La cama estaba levemente reclinada y tenía su brazo izquierdo hacia arriba, levantado y atado con una cinta de tela a un soporte metálico que comúnmente se utiliza para poner el suero. La mano estaba vendada hasta la muñeca, con los dedos hacia afuera. En la mano derecha tenía puesta una vía por la que le administraban suero y tenía un vendaje de gasa que le cubría el hombro derecho hasta el pecho. Eugenia estaba tentada de acariciársela, pero prefirió no hacerlo por temor a despertarlo. Fernando se quedó mirándolo desde los pies de la cama. Mariana lo hizo sobre un costado, a su izquierda. Estaban todos en silencio y se intercambiaban miradas que transmitían alivio y una serena alegría. Desde el pasillo se oían los pasos de algunas enfermeras que demostraban que, a pesar de la tranquilidad de la noche, el hospital estaba tan activo como en el día. Después de diez minutos de contemplarlo en silencio, Fernando se acercó a Eugenia y le habló al oído.

—¿Te parece que haga subir a los chicos? Hay espacio en la antesala como para que puedan estar.

—Sí, me parece bien.

Si bien sabía que Martín estaba recuperándose, el hecho de verlo en esa situación lo puso muy nervioso. Por eso, la idea de buscar a Juan Pablo y Federico no fue más que una excusa para salir y tomar un poco de aire.

La sala era amplia y decorada en tonalidades beige. A cada lado de la cama había dos sillones reclinables color mostaza muy confortables. Eugenia le hizo una seña a Mariana para que se sentara. No iban a quedarse paradas esperando que despertara.

Fernando bajó y fue a buscar a Juan Pablo y a Federico. Les contó cómo había visto a Martín y salió a fumar un cigarrillo. Seguía siendo de noche, pero el cielo comenzaba a mostrar poco a poco azules más claros hacia el este. La tormenta del día anterior había remitido y el cielo estaba

completamente despejado. En menos de media hora estaría amaneciendo. Tiró la colilla en el cordón de la vereda y volvió a entrar. Se acercó a los chicos y con la mano les hizo un gesto como para que lo siguieran.

Cuando entraron en la sala todo seguía igual. Martín dormía y las mujeres estaban sentadas, sin quitarle la vista de encima. Tanto Federico como Juan Pablo entraron tímidamente y quedaron boquiabiertos al ver a su hermano con vendajes y vías. No dudaron en permanecer en la antesala. Lo mismo hizo Fernando.

Pasaron los minutos y la luz del día comenzó a entrar por la ventana a través de las rendijas de la persiana, que no estaba completamente cerrada. Martín suspiró y tanto Mariana como Eugenia se pusieron de pie de un salto, aunque tan rápido como se pararon volvieron a sentarse. Pocos minutos después, Martín despertó. Giró su cabeza a la derecha y vio a su madre.

—Mamá —dijo con una sonrisa dibujada en el rostro.

—¡Martín! —exclamó su madre mientras se incorporaba para besarlo y acariciarle la cabeza.

—¡Martín, mi amor! —dijo Mariana del otro lado de la cama.

—Mi amor, hola bebé —contestó él, con una mirada que daba a entender que no había despertado del todo. Martín inclinó la cabeza a su izquierda para besarla.

Los varones, que estaban en la antesala, entraron al oír que había despertado.

—¿Dónde estoy? Ah… —se miró la mano izquierda y recordó lo que le había sucedido la mañana del día anterior.

—Estamos en un hospital en Paysandú —le contestó su padre.

—¿Paysandú? —preguntó extrañado.

—Sí, te tuvieron en un campo a treinta kilómetros de acá.

Martín notó una molestia en el hombro derecho.

—¿Qué me pasó acá? —preguntó mirándose el vendaje sobre el hombro y pecho.

—¿No te acordás de lo de anoche? —repreguntó el padre.

—No sé, tengo imágenes borrosas. Lo último que me acuerdo es de que me iban a liberar.

—La policía te rescató y uno de los delincuentes te llegó a disparar por la espalda. Hablamos con el médico y nos dijo que te vas a recuperar pronto.

—Me cortaron un dedo… ¿Se lo mandaron a ustedes?

—Sí, lo recibimos —le contestó Eugenia, tratando de reprimir las lágrimas.

—No se preocupen que tengo nueve más —dijo Martín con el humor que lo caracterizaba y con la intención de confortarlos.

Eso despertó la risa nerviosa de sus hermanos primero y luego de los demás.

Una enfermera entró en la sala con una bandeja metálica y un envase plástico en forma de sachet con bencilpenicilina.

—A ver, ¿qué está pasando acá? —dijo como si fuera una maestra—. ¡Ah, pero se nos despertó el paciente! ¿Cómo te sentís? ¿Tenés dolor?

—Un poco, no es muy fuerte.

—Si llegás a sentir molestias peores nos avisás. Hace ya algunas horas te dimos un calmante. No tiene sentido que sufras. Ahora te voy a poner este medicamento. Es un antibiótico.

Antes de retirarse, miró el vendaje exterior que sujetaba los apósitos que cubrían la herida del hombro y vio que no era necesario cambiarlo.

—Lo que les voy a pedir es que lo dejen descansar. Si la nurse pasa y los ve a todos juntos, seguramente les diga que puede haber solo un acompañante y haga bajar al resto.

La enfermera se retiró y enseguida los varones fueron a sentarse en los sillones de la antesala. Martín no demoró en volver a dormirse.

Pasadas las nueve de la mañana entró el doctor Martirena con la misma enfermera que tres horas antes le había suministrado el antibiótico. Al sentirlos entrar, Martín despertó.

—Te voy a contar un poco cómo es la historia. Te vas a quedar acá como una semanita. Las heridas que tenés no las cosimos totalmente. Vamos a terminar de suturar dentro de cinco días. Si todo marcha como tiene que marchar, lo hacemos el domingo 31. Para Halloween.

—¿Me vas a dejar como Frankenstein? —le preguntó Martín sonriendo.

—Podría ser, pero tampoco es tanto lo que hay para suturar. Mi idea es esperar 48 horas después de las suturas para darte el alta y asegurarnos de que todo marche bien. Los puntos te los van a sacar cerca del 10 de noviembre, calculamos diez días después de las suturas. Mientras estés acá vas a recibir un tratamiento en base a antibióticos y otros medicamentos que van a ser de gran ayuda en tu recuperación.

—¿Tenés alguna otra pregunta para hacerme?

—Siento como si siguiera teniendo el dedo.

—Lo que vos sentís es lo que en medicina llamamos “dolencia fantasma”. En la corteza cerebral tenemos una representación de las diferentes partes del cuerpo. Desde cada parte del cuerpo las señales son enviadas por los nervios hasta esa parte del cerebro. Cuando hay una amputación, pueden producirse señales cuando se aprieta alguna parte del nervio que queda entre la zona afectada y la torre de control en el cerebro, y la sensación es como que saliera de la parte misma del dedo que ya no tenés, como la tercera falange o la uña, ya que el nervio no cambió mucho después de la amputación y el cerebro no recibe la información de que esa parte del dedo ya no está. Lo vas a sentir durante un tiempo. Hay personas a las que se les va después de algunos días y a otras les puede durar meses.

—La verdad es que es una sensación extraña.

—Sí, pero no dudo de que lo vas a llevar bien. Bueno, Martín, no te molesto más. Tenés que seguir descansando para recuperarte en un cien por ciento.

Luego de que el médico se retirara, Mariana levantó la persiana y la luz del día inundó la habitación.

—Hola, bombón —la saludó Martín.

—Hola, mi amor —le respondió Mariana, dándole un beso en la boca–. Creí que te perdía para siempre.

—Yo nunca bajé los brazos, siempre pensaba en vos y eso me mantuvo en pie.

Eugenia salió a la antesala para dejarlos un rato solos.

—Siento que tenemos muchas cosas para contarnos… —dijo Mariana suspirando—. Lo que vivimos en estos días fue muy fuerte. ¿Cómo te sentís ahora?

—Entero, bah, casi entero —y soltó una risa que debió contener ya que le provocaba un mayor dolor en el hombro.

—Mi amor, te amo —le contestó Mariana.

—Yo también, mi amor, te quiero con toda mi alma. Siento que nací de nuevo, porque por momentos creí que era hombre muerto. Después de todo esto, lo único que queda es simplemente amar. No me quiero poner cursi, pero es así. Es lo que vivo contigo, la familia, los amigos, la actitud ante la vida, es todo.

Mariana lo escuchaba y lagrimeaba de la emoción, porque ella también sentía que volvía a nacer.

Algo nuevo estaba empezando en ese preciso instante.

Capítulo 25

Rock and a Hard Place —Entre la espada y la pared—
(Canción de The Rolling Stones, 1989)

Minutos antes de las diez de la mañana, Fernando bajó para comprar los diarios. Le intrigaba saber qué podía llegar a decir la prensa de todo esto. Por la hora en que Martín había sido rescatado, le parecía difícil que los diarios pudieran tener alguna noticia. Fue hasta la planta baja y le preguntó a la recepcionista por el kiosco más cercano. Le indicó que en la puerta del hospital había uno. Salió y compró los cuatro diarios que había. Con ellos se fue hasta el auto y prendió la radio. Los hojeó rápidamente y vio que ninguno mencionaba el tema del secuestro. Con el paso de las horas iba a ser pan caliente para los medios periodísticos. La radio anunciaba el informativo de las diez. La primera noticia fue la que de algún modo esperaba escuchar.

"Un joven de veintidós años, que faltaba de su hogar desde la mañana del viernes, fue rescatado por efectivos del grupo GEO en la noche de ayer a treinta kilómetros de la ciudad de Paysandú. El joven había sido secuestrado aparentemente con fines extorsivos. Durante su cautiverio sufrió la amputación de un dedo y en el operativo de rescate recibió una herida de bala. Dos de los secuestradores fueron abatidos por la policía, en tanto que se logró capturar a un tercero. Se desconoce hasta el momento si se llegó a pagar rescate. Ampliaremos en nuestra edición central".

Ya se imaginaba el aluvión de periodistas que iba a caer sobre él y su familia en las próximas horas. Decidió volver al hospital y subir a la sala.

—Eugenia —dijo Fernando al entrar a la sala—, escuché en la radio la noticia del secuestro. No tiraron nombres, ni que Martín está acá, ni tampoco el tema del rescate. Lo que me veo venir es un malón de periodistas tratando de saber qué pasó y sacarnos información. Yo soy de la idea de pedir que no dejen pasar a nadie, aunque en la hora de visita puede llegar a entrar cualquiera.

—Lo que podemos hacer es mantener cerrada la puerta y hacer guardia —contestó Eugenia—. Nos turnamos y si llega a aparecer algún periodista

le decimos amablemente que no deseamos hablar y listo. Le pedimos que respeten nuestra privacidad.

—Sí, de todas formas, van a tratar de sacar información de la policía o de gente de acá, del hospital —reflexionó Fernando.

—No te hagas drama, Fernando, no te preocupes. Nosotros tenemos que concentrar las energías acá.

Lo que más le preocupaba a Fernando no era la trascendencia pública del tema sino más bien que los medios periodísticos hincaran diente en los orígenes de los fondos utilizados para el pago del rescate. Por más que pensara y pensara, se daba cuenta de que estaba entre la espada y la pared. El inversor que le había prestado el dinero tal vez pudiera ser indulgente, es más, tenía que ser indulgente. Lo que más le tenía que importar era que los negocios se siguieran realizando y así los quinientos mil dólares se recuperarían. El inversor le debía mucho y no era razonable que no comprendiera la situación. No tendría que mirar el árbol sino el bosque. En los negocios hay que tener vista de águila y no de topo. Tendría que entender, sí, tendría que entenderlo todo. Esos pensamientos eran los que le daban vueltas y vueltas en su cabeza y recreaba mentalmente el momento en que tuviera que rendir cuenta de los fondos que había utilizado para el rescate.

El subcomisario Soria esperaba que el vaso de plástico se llenara con el cortado que había seleccionado en la máquina dispensadora de bebidas calientes en la esquina de la oficina principal del Departamento de Delitos Complejos. A un costado había un papelógrafo. Tomó el vaso, lo revolvió con una cucharita de plástico y bebió un sorbo. Frente a él estaban sentados los oficiales Fleitas, García y Píriz. Soria tomó un marcador negro y comenzó a escribir un esquema en el papelógrafo.

—En primer lugar, tenemos a un tal Jota. En segundo lugar, a tres personas: Jorge Pastor, alias “Eliomar”; Néstor Suárez y Héctor Fernández, alias “el Chino” o “el Chacal”. El primero es el que fue capturado —anotó los nombres y los encerró en círculos—. Después tendríamos un tercer grupo —y dibujó abajo un tercer círculo con un signo de interrogación dentro.

Luego trazó líneas de conexión entre los círculos para continuar.

—Tenemos claro que el Jota, de quien no tenemos aún la identificación, se comunicó con Héctor Fernández alias “el Chino” y le ordenó matar a

Martín. Por otra parte, alguien se hizo con el dinero del rescate en Montevideo. Ese es el grupo que tenemos con un signo de interrogación y sería lógico que se haya comunicado también con el Jota. Una de las hipótesis que me hace pensar eso es que este Jota hace la llamada poco después de que el señor Flores deja la mochila en el ómnibus. No sabemos si ha habido conexión con este grupo de Montevideo y el de los secuestradores. Evidentemente estas tres personas —y señaló el círculo de arriba—, no pueden ser las mismas que tomaron la mochila ayer, eso es materialmente imposible, no podían estar en dos lugares tan distantes al mismo tiempo. En el mejor de los casos, tal vez Jorge Pastor nos pueda dar los nombres tanto del Jota como de los que se hicieron con el dinero.

Los oficiales atendían a las palabras de Soria sin interrumpir, con las miradas concentradas en el diagrama.

—Ahora vamos a pasar a analizar los antecedentes de estas tres personas. ¿Qué datos tenemos de Jorge Pastor?

—Fue policía —contestó Fleitas– y durante dos años fue guardia en el Comcar.

—¡Bingo! —exclamó el Sombra Píriz—. Ahí tenemos un punto de conexión.

—También hacía el servicio 222 por la noche —continuó Fleitas— y fue dado de baja hace dos años por una presunta participación en un asalto. No se pudo comprobar nada.

—Bien, ahora pasemos al segundo, Néstor Suárez.

—No tiene antecedentes. Tenía veintidós años —aportó Fleitas.

—Quiero que me averigüen más —pidió Soria—, algún otro tipo de conexión, el barrio en que vivía, familiares, quiero saber cómo se conecta con esta gente. Urgente. El tercero es Héctor Fernández.

—Este era un pez gordo —observó Fleitas—. Estuvo preso en el Comcar varios años por asalto y doble homicidio.

—El círculo se va cerrando. El Jota, el Chino y Pastor estuvieron en el Comcar. Una de las puntas que tenemos que tirar de esta madeja es lograr identificar al Jota. Las pistas nos hacen suponer que Pastor lo conoce. Vamos a ver si obtenemos su colaboración. Mientras tanto, quiero que sigan filtrando los nombres de los presos del Comcar, todos los que se llamen Juan, José, Jaime, cualquier nombre o apellido que empiece con jota.

—Ya estuvimos viendo eso —informó Fleitas—, tenemos más de doscientos que podrían ser... y muchos de ellos son pesados.

—De acuerdo, vamos a ir por partes —replicó Soria—. Cuando traigan a Pastor, lo interrogamos. No lo voy a dejar hasta que no largue todo. Después quiero hablar con Martín y, por último, con el padre. Hay muchas cosas que no me terminan de cerrar. Vamos a tener que ir hasta Paysandú. Vos, Fleitas, te venís conmigo, pero primero vamos a ver hasta dónde podemos llegar con Pastor.

Mientras hablaba, Soria escudriñaba cada rostro. Trataba de percibir, hasta en los más mínimos gestos de sus subordinados, algún indicio que le ayudara a encontrar al Judas que seguramente había vendido la información. La voz del Jota era clara: *"Tenés la policía en la nuca. Por ese puto mensaje ya saben dónde están, los localizaron. No me extrañaría nada que tengas a la cana oliéndote el culo en estos precisos instantes"*.

Era indudable que el traidor estaba cerca, pero se cuidaba de no ser visto. Estaba bien camuflado. Por eso Soria pasó por alto el tema, esperando que algún otro lo sacara a la luz. Si procedía con un mínimo grado de lógica, quien tenía las manos sucias jamás lo haría.

El Colorado García estaba concentrado en una de las computadoras, tratando de dar con algún nexo entre Néstor Suárez y los demás.

—Roberto —dijo García a Soria—, encontré algo. Revisando la información de Jorge Pastor encontré el nombre de la esposa. Se llama Rosario Suárez Mello. Mismo apellido que Néstor. Son hermanos. Era el cuñado de Jorge Pastor.

—Buena, Colorado —dijo Soria en señal de aprobación–. Entonces debería suponer que Néstor viene a ser como un satélite de Pastor. Estaba involucrado en esto por un lazo familiar y Pastor podría obedecer al Chino que, a su vez, rendía cuentas al Jota. Podía ser así, como una cadena. Una cadena que empezaba a revelarse.

Capítulo 26

Ecce Homo —He aquí el hombre—
(Óleo sobre pizarra de Tiziano, 1547)

Jorge Pastor, quien Martín conociera como Eliomar, fue conducido por un agente hasta la sala de interrogatorios en la Jefatura de Policía de Montevideo. Llevaba las manos esposadas. Su figura espigada avanzaba cansinamente por los pasillos con aire de abatimiento. El agente abrió la sala y le señaló una de las dos sillas plegables de metal. Entre las sillas había una mesa mediana de color gris. La sala tenía una ventana que parecía un espejo. Eliomar podía ver en ella el reflejo de su rostro y sus manos esposadas sobre la mesa.

La puerta, que estaba a su derecha, se abrió. Era el subcomisario Soria. Avanzó unos pasos, se sentó en la otra silla, y lo miró a los ojos un par de segundos con determinación. Eliomar le mantuvo la mirada con sus ojos negros, con expresión taciturna como quien oye llover.

—Jorge, ¿qué te parece si empezamos a aclarar un poco todo esto? —comenzó Soria.

Eliomar no contestó, seguía mirándolo lánguidamente, alternando la mirada entre el rostro de Soria y sus manos.

—Te oigo —continuó Soria.

Eliomar seguía callado. Imperturbable e impávido, reflejaba que era un espectador pasivo de la situación. Comparándolo con una máquina, se podría decir que estaba en modo de ahorro de energía.

—Te oigo —le volvió a insistir Soria—, vamos a estar acá hasta que me digas todo.

Eliomar se acomodó un poco en la silla y empezó a hablar.

—Yo soy un tipo humilde y estoy para el trabajo. Tengo familia, y como estaba pasando por una situación de mierda, me conseguí una changa de peón en un campo en Paysandú. Entonces me fui hasta allá. El viernes yo estaba trabajando, llevando unas ovejas, y vi que dos personas bajaban de un auto a un botija con los ojos vendados. El problema fue que yo estaba cerquita de ahí, y justo las ovejas empezaron a hacer ruido. No tenía dónde esconderme. Entonces fue cuando uno de los tipos, que estaba armado con

un arma larga, me apuntó y me gritó que me quedara quieto. El hombre se fue acercando y me dijo que cruzara el alambrado y que lo siguiera. Dejé las ovejas, crucé el alambrado y mientras el hombre me apuntaba, me hizo ir hasta unos galpones que había al lado de un monte. Ahí vi más de cerca al botija que llevaban con los ojos vendados y creo que tenía también las manos esposadas. Al botija ese lo metieron en uno de los galpones y a mí me mandaron a otro. Yo pensé que me iban a boletear en cualquier momento, porque los había visto. Cuando me sacaron anoche yo pensé que me mataban, y cuando vi que estaba la policía me volvió el alma al cuerpo.

—Mirá vos, qué fatalidad, ¿no? —le contestó irónicamente Soria, con una sonrisa contenida entre los labios—. ¿Así que le hacés honor a tu apellido pastoreando las ovejitas? —Soria se detuvo, le clavó la mirada por un par de segundos nuevamente y continuó—. ¿Conocés a alguien llamado Néstor Suárez?

—Claro, mi cuñado, el hermano de mi esposa. El pobre se vino desde Montevideo para ayudarme, porque también estaba sin trabajo. A él también lo agarraron, pero eso fue después, cuando vio que yo no llegaba con las ovejas. Me fue a buscar. Ahí fue que lo vieron y lo metieron en el mismo galpón conmigo.

Del otro lado del vidrio, en la sala contigua, los oficiales Fleitas, García y Píriz observaban atentamente. Estaban de pie, algunos con los brazos cruzados, otros con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me pregunto yo –le dijo Soria, mirando hacia abajo como quien busca una respuesta a una gran interrogante—, ¿qué hacías con un fusil en la mano si eras un rehén? Y tu cuñado tenía una pistola en la cintura…

—Nos dieron las armas para simular, para engañar a la policía —contestó Eliomar, esforzándose por mostrar seguridad—. Nos dijeron que las armas no estaban cargadas.

—¿Y si te digo que sí, que estaban bien cargaditas las dos? —contestó Soria, esta vez levantándose y apoyando ambos puños sobre la mesa, acercando su cabeza a la de Eliomar—. No creo que les dieran armas cargadas para simular.

—Nos dijeron que no estaban cargadas —replicó Eliomar—. Además, si hacíamos algo, los otros nos limpiaban; había más gente, yo oía las voces.

Soria golpeó la mesa de un puñetazo y se puso a caminar yendo y viniendo por el reducido espacio de la sala de interrogatorios.

—¿Los otros?, ¿los otros quiénes? —le espetó Soria—. Mirá, Jorge, me estás cansando con tu sanata. Qué lástima que naciste acá… Seguramente si hubieras nacido en Los Ángeles podrías haber sido guionista de cine, con algún que otro Oscar en tu haber por esa imaginación que tenés. Quiero creer que un expolicía no subestima a sus colegas del Departamento de Delitos Complejos. ¿Vos pensás que somos estúpidos y no tenemos otra cosa que hacer más que perder el tiempo escuchando fantasías de gente como vos? ¿Vos pensás que cualquiera viene acá, dice una sarta de estupideces y nosotros lo tomamos como si fuera la más pura verdad? Vos tenés familia. Tu mujer, Rosario, que por tu culpa va a velar a su hermano en las próximas horas, y también tenés dos hijos, Francisco y Valentina, de siete y cuatro años, ¿no? Me imagino que vos querés que estén bien, que no les pase nada, ¿verdad?

Eliomar lo observaba repantigado en la silla, con la expresión de quien se siente acorralado, y asentía a las palabras de Soria con una inclinación de cabeza.

—Si vos colaborás con nosotros —continuó Soria—, entonces nosotros nos vamos a encargar de que a tu mujer y a tus hijos no les pase nada. Te damos la garantía. Vos nos ayudás y nosotros te ayudamos a vos. Sabemos que conocías al Chino, y sabemos de dónde. Sabés bien a qué me refiero. Y también conocés al otro.

Eliomar lo miró abriendo bien los ojos e inclinando la cabeza hacia adelante, como quien no sabe de qué se está hablando.

—Sabés de quién hablo, del Jota. La información que vos nos puedas aportar es muy importante para nosotros, y en la medida en que nos ayudes, eso va a ser considerado por el juez. Tal vez podamos usarte de informante. Vas a tener toda la protección necesaria. Si no colaborás, te vas a pudrir en la cárcel. Así como estás ahora, el juez te mete una condena por una torta de años. Si ayudás, vas a tener toda la protección para vos y tu familia. Vas a estar siempre mejor si colaborás. ¿Conociste al Chino en el Comcar? —preguntó Soria apoyando la palma de sus manos en la mesa.

Eliomar miraba hacia abajo sin contestar.

—¿Lo conociste o no lo conociste? Contestame. Podemos estar acá diez horas, veinte días, cincuenta años, el tiempo que sea, y si no me contestás por las buenas, lo vas a hacer por las malas. ¿Conociste al Chino Fernández en la cárcel cuando eras guardia?

—Sí, lo conocí —contestó finalmente Eliomar, evitando el contacto visual.

—Bien, lo conociste. Y tuviste trato con él, ¿no?

—Sí.

—Y también trataste con él fuera de la cárcel —dijo Soria en forma de aseveración más que de pregunta.

Eliomar no contestó. Su mirada estaba perdida como quien se concentra en una imagen mental.

—Tenemos registros de llamadas entre tu teléfono y el del Chino —le mintió Soria para sonsacarlo—. Te voy a pedir que no des más vueltas. Vuelvo a decirte, ¿trataste con el Chino fuera de la cárcel?

—Sí —terminó reconociendo Eliomar ante las supuestas evidencias.

—Contame cómo terminaste en esto.

—Yo estaba muy mal económicamente. Desde que perdí el trabajo en la policía, todo fue para atrás. Con mi mujer veníamos alquilando una casita en Punta de Rieles. Mi mujer trabaja haciendo limpiezas. Va a dos casas. Yo sin trabajo hacía changas, pero no daba. Nos habíamos empezado a atrasar con el alquiler. El dueño ya nos había amenazado con que si no nos poníamos al día nos iba a dar el desalojo, ya me veía con los chiquilines en la calle. Yo viví en un cante y sé lo que es vivir entre la mugre, sin agua, con olor a basura y moscas todo el día, con el piso embarrado con cada lluvia. ¿Vos conocés el olor a cante? Es el olor del que no se puede bañar porque no tiene agua. No me podía hacer a la idea de volver a vivir en un lugar así. Algo tenía que hacer. Trabajo no conseguía. Estaba dispuesto a hacer de albañil, hacer jardines, limpiezas, lo que fuera, pero no salía nada. Un día me encontré con el Chino, fuimos a un bar, y entre trago y trago me dijo que tenía un trabajo. Me dijo que era limpio y solo por un fin de semana. Me había prometido diez mil dólares. Era agarrar a un muchacho, pedir rescate por él y después liberarlo. Me dio un poco de miedo, pero me di cuenta de que esa plata me salvaba, porque me iba a alcanzar para pagar los meses de alquiler que tenía atrasado y para construirme algo. Fue la peor decisión, pero estaba desesperado. Era eso o pegarme un tiro... y elegí eso. No era lo ideal, pero el Chino me dijo que iba a ser limpio, que al muchacho no se le iba a hacer nada, porque le dije que si había sangre yo no me metía. Pero no cumplió. Cuando le cortó el dedo vi que la cosa se entraba a pudrir, pero ahí yo ya estaba adentro, ya estaba en el baile y no

podía salir. Llevé a mi cuñado porque se daba maña para conseguir autos y terminó como terminó. ¿Martín está vivo?

—Martín está vivo gracias a nosotros, porque si hubiera sido por vos estaba bajo tierra ahora.

—Era un buen muchacho —dijo Eliomar tratando de mostrar sinceridad.

—Es —lo corrigió Soria—. Ahora decime cómo hicieron para secuestrarlo.

—El Chino sabía dónde vivía Martín. Néstor se robó una camioneta y lo levantamos a pocas cuadras de la casa el viernes de mañana. Éramos tres, el Chino, Néstor y yo. Manejaba Néstor. Martín no nos pudo ver en ningún momento. Luego quemamos la camioneta y seguimos en otro auto hasta Paysandú, que fue donde nos encontraron. Eran unos galpones abandonados que el Chino conocía. Según había dicho, hacía tiempo que no había nadie ahí y el dueño del campo, un extranjero, no iba nunca. Martín estuvo todo el tiempo en un galpón, encadenado y con los ojos vendados. Yo le llevaba algunas cosas para comer. Le dije que me llamaba Eliomar.

Soria ya tenía prácticamente todo lo que necesitaba saber de él.

—Ahora me vas a hablar del Jota.

Capítulo 27

Under Pressure —Bajo presión—
(Canción de Queen y David Bowie, 1981)

—Te escucho.

—No sé qué es lo que querés saber —contestó Eliomar moviendo los hombros y mirando hacia abajo.

—Todo lo que sepas sobre el Jota.

—Era un amigo del Chino.

—¿Sabés dónde se conocieron?

—Supongo que en la cárcel. No sé si se conocían de antes.

—Ajá, en la cárcel. ¿Y ahí fue que vos también lo conociste?

—No —contestó secamente Eliomar.

—¿Lo conocías de antes?

—No.

—¿Cómo que no? No me vas a decir ahora que no lo conocés —Soria revelaba su impaciencia. Se daba cuenta de que el interrogatorio comenzaba a entrar por camino empedrado.

—No, no lo conozco, no sé quién es. Lo único que sé es que le dicen el Jota, pero no sé quién es. Hablaba solo con el Chino.

—No sabés quién es…No sabés quién es y trabajaste en el Comcar durante dos años.

—Sí, ¿qué tiene que ver? ¿Sabes cuántos presos hay en el Comcar?

—Lo sé, y también sé que vos trabajabas en el módulo cuatro, que es el mismo módulo en el que estaban el Chino y el Jota.

—Si me mostrás la cara de repente lo reconozco, pero no me acuerdo de ningún preso al que llamaran Jota. Fue el Chino el que arregló todo con él.

Soria no se convencía de las palabras de Eliomar. Se daba cuenta de que cuando contestaba bajaba la mirada y evitaba el contacto visual. Era evidente que estaba mintiendo. Decidió salir de la sala de interrogatorio, dejándolo solo. Fue hasta la máquina expendedora y se sirvió un café con azúcar. Mientras lo revolvía se paró al lado de los oficiales de su equipo, que habían estado observando el interrogatorio desde la ventana polarizada.

—¿Qué me dicen de este tipo?

—Tal vez esté diciendo la verdad y no lo conoce —dijo Fleitas, su mano derecha.

—Yo lo noto nervioso, este tipo tiene miedo —opinó Píriz–. Imaginate, si este Jota es un pez gordo como parece ser, es como para estar con el culo en la mano. Sacale el tema de la protección para él y su familia.

—Sí, coincido con Píriz —dijo el Colorado García mientras se ajustaba los lentes rectangulares contra su nariz pecosa—, y si se sigue resistiendo, le cantás que el Jota ya confesó, que habló y dijo que lo conoce. De repente de esa forma empieza a hablar y nos da pistas para llegar efectivamente al famoso Jota.

—Mientras lo interrogaba tenía en mente esas dos alternativas. Como lo vi muy trancado en su posición preferí hacer un corte. Él no tiene idea de que nosotros no sabemos quién es el Jota, lo voy a seguir apretando dándole a entender que sí lo conocemos. Vamos a ver qué suerte tengo.

Terminó el café, tiró el vaso en una papelera y volvió a la sala de interrogatorios.

—¿Te ayudó este rato para refrescarte la memoria y encontrar al Jota en el módulo cuatro del Comcar? —le preguntó Soria mientras se acercaba restregándose las manos.

—No tengo idea de quién es el Jota.

Eliomar seguía con la misma actitud y parecía no estar dispuesto a moverse de su postura.

—No te creo. Sos pésimo mintiendo. La cara, el cuerpo, la mirada te vende. Tenés miedo, ¿verdad? Tenés miedo de hablar.

Eliomar no dijo ni sí ni no. Simplemente lo miró. A veces hay miradas que dicen mucho más que cientos de palabras. Esta vez Soria captó un indudable sí, aunque no estuviera viendo ni una inclinación de la cabeza ni tampoco un pestañeo.

—Nadie, absolutamente nadie va a enterarse de lo que vos puedas decir —dijo Soria tratando de transmitir confianza–. Nadie. Ni el Jota, ni sus amigos, nadie. Nosotros ya descubrimos el nexo entre el Jota y el Chino, por una llamada que el Jota hizo la mañana del lunes. Ya teníamos marcada la zona como sospechosa por un mensaje de texto que se mandó el viernes en la tarde desde el celular de Martín al de su novia.

—Ese fue Néstor cuando encontró el celular en el piso del auto —dijo Eliomar con un gesto de pesar—. Tenía un retraso, pero yo nunca pensé que llegara a hacer una estupidez así.

—Hablame de la cárcel —lo interrumpió Soria tomándolo por sorpresa.

—Estuve dos años. Siempre en el módulo cuatro del Comcar. Era complicada la gente que estaba, muy pesada. Y ahí corren la droga y las armas. Uno de los tipos pesados era el Chino. Y tenía poder ahí adentro. Era de los que tenían cama, colchón y almohada. Mató con un corte carcelario a un recluso. Yo fui el único policía testigo del crimen, pero no pude decir nada y tuve que entrar en el código de la cárcel: "No veo, no oigo, no hablo". Después que dejó el cuerpo en medio de un charco enorme de sangre, se me acercó y me dijo que si llegaba a delatarlo se iba a encargar de matar primero a mi familia y después a mí.

—¿Y en la celda del Chino quiénes dormían? —preguntó Soria tratando de ahondar—. Tenía que tener como cinco compañeros, por lo menos.

—No, los que estaban en cada celda no te los puedo decir, no me acuerdo. Es imposible. Los presos van y vienen y yo nunca fui bueno para recordar nombres. Me acuerdo de muchas caras, pero no me pidas nombres.

—Vos lo conocés al Jota —dijo Soria levantándose de la silla.

—Te dije que no —contestó Eliomar evitando su mirada.

—Más vale que te dejes de pavadas y me contestes con la verdad. El Jota ya confesó —dijo Soria sacando el segundo as de la manga—. Ya habló, ¿entendés o no entendés? Habló de la forma en que planificó el secuestro, de sus contactos, del Chino y de vos. Dijo dónde te conoció. Dijo todo. Te dejó muy mal parado. Va a ser mejor que hagas tu defensa con la verdad. No tenés que temer nada si colaborás. Te lo repito, vos colaborás con nosotros y nosotros nos encargamos de que tanto vos como tu familia estén seguros. Te escucho.

Soria decidió aplicar la táctica del silencio. Sentados frente a frente, ambos cruzaban las miradas en una tensa quietud. El segundero avanzaba y daba vueltas a la esfera del reloj una y otra vez sin que se sintiera el vuelo de una mosca. Poco a poco, Jorge Pastor, alias Eliomar, comenzaba a sentir la molestia de la combinación del silencio con el paso del tiempo. Indefectiblemente tendría que decir todo lo que sabía, se sentía en una espiral que no conducía a otro lugar que a un centro. Y habló.

—El Jota es un tipo muy, muy pesado. Es un narco pesado. Vos lo ves y no das dos pesos por él. Parece inofensivo. Le decía el Jota por jodido, porque es verdaderamente un tipo jodido. Adentro de la cárcel todo bien, pero los cuentos que tenía de afuera eran terribles. El tipo estaba preso pero seguía piloteando desde la cárcel el negocio de las drogas. Contaban que en

México, cuando había empezado con el tema allá, porque vivió muchos años en Tijuana, si no me equivoco, se encargaba de decapitar a los policías. Dos por tres aparecían los cuerpos decapitados de los que iban contra el narco. Es uruguayo, pero estuvo viviendo más de diez años allá. Te puedo decir que lo conocí, pero no puedo decirte más nada, en serio. Que es un tipo capaz de matar a su madre, no lo dudo, le chorrea la sangre por la boca. Es frío y muy calculador, un jugador de ajedrez.

—¿Y quiénes más estuvieron en esto? —siguió preguntando Soria.

—De verdad eso no lo sé —contestó Eliomar, esta vez mirándolo a los ojos sin pestañear—. Los que hicimos el secuestro fuimos tres, pero los que después se iban a hacer con la guita no tengo idea. El Chino sí sabía. Me dijo que el rescate se iba a cobrar en Montevideo, pero en ningún momento me dijo quién o quiénes. ¿Esa información no la largó el Jota?

—Te estoy preguntando a vos —le retrucó Soria.

—Yo de eso ni idea. El Chino fue el que mandó los mails pidiendo el rescate. También el dedo que le cortó al pibe. Después no sé más nada, posta.

—Vamos a hacer una cosa, te dejo otro rato solo para ver si te acordás de algo más y después la seguimos.

Soria salió raudamente de la sala de interrogatorios. Del otro lado de la ventana ya no había nadie. Imaginaba lo que estarían haciendo. Fue por el pasillo hasta la oficina del departamento de Delitos Complejos y vio que el Colorado García estaba sentado frente a una computadora. A su lado estaba el Sombra Píriz, entusiasmado ante la inminente posibilidad de identificar al Jota. Un poco más atrás, Fleitas, que observaba expectante.

—Un narcotraficante uruguayo que vivió en Tijuana, obviamente ligado a algún cártel mexicano y preso en el módulo cuatro del Comcar —dijo Fleitas al Colorado García, que digitaba a toda prisa—. No creo que haya dos con esas características.

Soria se acercó y vio que sus subordinados habían captado la información al instante. Se apoyó sobre uno de los escritorios y esperó unos segundos. Sin que le diera tiempo siquiera de realizar comentario, en el monitor apareció la ficha del Jota, con los datos identificatorios y una fotografía a color. García se dio media vuelta sonriendo y le mostró la pantalla a Soria. Un hombre delgado de piel cetrina, ojos color azabache al igual que su pelo corto y en apariencia graso, cayendo chuzo en forma

oblicua sobre la frente. Junto a sus huellas dactilares, su información personal.

Nombre: Santiago Ángel Guerrero

Fecha de nacimiento: 1º de marzo de 1984

Lugar de nacimiento: Montevideo

Observaciones: Traficante ligado al cártel de Sinaloa. Procesado por narcotráfico. Recluido en módulo IV de Complejo Carcelario de Santiago Vázquez (Comcar).

—¡Te tenemos, Jota! —exclamó Fleitas.

—El problema más importante es que no veo que haya posibilidad de recuperar el dinero del rescate —comentó Soria—. En la mejor de las hipótesis, si logramos dar con el grupo que lo cobró ayer, de la plata no vamos a ver ni un billete. Sería bueno hacer un rastreo de las llamadas que hizo el Chino con el teléfono que tenía encima cuando los de la GEO lo limpiaron —y, dirigiéndose al Sombra Píriz, agregó— Ordená que lleven a Pastor de nuevo para la celda. Con esto doy por terminado el interrogatorio. Mañana comparece ante el juez.

El Jota ya tenía rostro.

Capítulo 28

Money —Dinero—
(Canción de Pink Floyd, 1973)

—Carlos, ¿estás para salir en diez minutos? —preguntó Soria a Fleitas—. Llevá el mate y me vas cebando.

—¿No pensás comer antes de salir? Mirá que tenemos como cuatro horas de viaje.

—Tenés razón, con esto del interrogatorio quedé acelerado y no me di cuenta de la hora. Podemos ir al bar de enfrente. Yo con una mila en dos panes estoy hecho.

—Caliento el agua para el mate y arrancamos.

Salieron de Jefatura y fueron hasta el bar. En veinte minutos liquidaron el almuerzo y subieron a un auto con chapa oficial. No había necesidad de esconderse de nadie.

Entre mate y mate se fue pasando la primera mitad del viaje hasta que se acabó el agua del termo. El sol de la tarde pegaba fuerte. Luego de la lluvia del día anterior, la jornada se presentaba como la antítesis; un anticipo del verano que estaba cada vez más próximo. Era el primer día de la primavera en que el termómetro alcanzaba los 30 grados.

Llegaron a la ciudad de Paysandú cuando el reloj marcaba las cinco de la tarde. Fueron a hospital y en la recepción preguntaron por Martín Flores. De casualidad llegaron dentro del horario de visita. Subieron hasta el tercer piso y golpearon la puerta 329.

Salió Fernando y no pudo disimular la sorpresa de ver al subcomisario Soria y al oficial Fleitas. Los hizo pasar a la sala y les presentó a Martín, que estaba acompañado por su madre, su novia y sus hermanos. Estaba muy animado, siguiendo un partido de la Champions League desde el televisor colgado en la pared.

—Soy el subcomisario Soria y él es el oficial Fleitas. Desde un principio hemos estado siguiendo tu caso. Vamos a necesitar un rato a solas contigo y te vamos a pedir que nos cuentes todo lo que puedas recordar desde el viernes hasta anoche.

—Los dejamos solos, entonces —se apuró a decir Eugenia, haciéndole una seña con la vista a Fernando y los chicos.

Soria esperó a que se retiraran todos y cerraran la puerta. Al quedar solos, se volvió a Martín.

— ¿Cómo están las heridas?

—Duelen un poco, pero no es algo espantoso. Me la banco. Si me quedo quieto la voy llevando.

—Está bien... Lo que te vamos a pedir ahora es que nos cuentes qué pasó el viernes.

Martín les fue relatando lo que recordaba desde el día del secuestro.

—De las tres personas que me di cuenta que había, después identifiqué por la voz a dos. Uno era bastante tranquilo. Después había otro que era el complicado. En un momento lo llamó Chino o algo así, pero no estoy seguro. Tenía una voz ronca, que si la llego a escuchar de nuevo la identificaría sin dudar. Ese fue el que me cortó el dedo y el que estaba dispuesto a matarme. Anoche, cuando me sacaron del galpón, escuché que eran tres los que iban conmigo. Supuse que eran los mismos que me habían llevado hasta ahí.

—¿Hablaron algo del rescate? —preguntó Soria.

—Lo único que dijeron fue que mi padre tenía plata. Yo les dije que no, pero ellos insistieron diciéndome que sí. En realidad, hablaron poco conmigo. El que habló más fue el que te digo que era más manso. Leí que uno de ellos sobrevivió… —dijo más en forma de pregunta que de aseveración.

—Sí, el que vos decís que era el más manso.

—Creo que es un buen tipo que tomó una mala decisión. Francamente me alegra que no haya muerto, pero a la vez me da pena porque me da la sensación de que se arruinó la vida.

—Puede ser, pero lo que tenés que ver es que cometió un delito gravísimo como lo es un secuestro. ¿Te acordás de algo más?

—Lo que me viene a la mente ahora es el momento en que me vi muerto. El otro tipo, y ese sí que se joda, me quiso rematar cuando me caí en el barro. El muy hijo de puta me había dicho que me iba a liberar, que me sacaban caminando por el campo porque no podían usar el auto porque había llovido. Me di cuenta de que lo que pensaba era matarme cuando escuché a mis espaldas que hacía un movimiento con un arma. Me vi muerto.

—Ahí fue cuando te salvó la policía. Decime una cosa, ¿por qué te parece que te secuestraron? ¿Vos tuviste algún problema con alguien?

—¿Problema yo? ¿Como para que me secuestren? ¡No! Me dijeron que me secuestraban por la guita que tenía mi viejo o algo así, pero les dije que mi viejo no era un tipo de guita.

—Bien... Te vamos a dejar tranquilo ahora, pero cualquier cosa que recuerdes y que te parezca que pueda ayudar a esclarecer el caso, te comunicás con nosotros. Te dejo una tarjeta. Tu padre y tu novia también tienen mi teléfono.

Saludaron a Martín y salieron de la sala. Saludaron al resto de la familia y, antes de marcharse, le pidieron a Fernando que bajara con ellos.

Mientras iban caminando por el pasillo para tomar el ascensor, le preguntaron si abajo había una cafetería, así se sentaban a conversar un rato. Nadie pronunció palabra bajando los tres pisos. La cafetería era pequeña. Tan solo cuatro mesas y solo una estaba ocupada. Una vez sentados, Soria tomó la palabra.

—Necesitamos su ayuda.

—Cuenten conmigo para lo que necesiten —contestó Fernando, mirando a ambos para demostrar su disposición.

—¿Quién le parece que está detrás de todo esto? —preguntó Fleitas de una vez.

—Si hubiera tenido alguna corazonada se los hubiera comunicado. No tengo la más mínima idea.

—¿Conoce alguna de estas caras?

Soria dispuso sobre la mesa las fotografías del Chino, de Néstor y Eliomar. Fernando las observó una a una mientras negaba con la cabeza.

—Jamás los vi. ¿Son estos los que secuestraron a Martín?

—Sí, el único que está con vida es el morocho —dijo Soria.

—¿De dónde sacó el dinero? —le espetó Fleitas.

—De un inversor de mi confianza, ¿por qué?

—Por curiosidad —contestó Soria con una sonrisa disimulada—, a mí no me resulta tan fácil conseguir esa cifra de la noche a la mañana, será porque soy un pobre policía pelagatos. ¿Quién es ese inversor?

—Es un brasileño que tiene varias inversiones inmobiliarias acá en Uruguay — contestó Fernando mirando sus dedos entrelazados—. Hace años que trabajamos juntos, yo le consigo campos y casas. Es dueño de un canal de televisión en San Pablo. Se solidarizó conmigo. De palabra le puse

mi casa a su disposición como forma de pago. Con eso podré saldar una cuarta parte de la deuda. El resto no sé. Es un hombre muy especial. Pertenece a la Legión de la Buena Voluntad allá en Brasil y me dijo que esto lo hace por una razón que va más allá del dinero. Me dijo algo así como que las actitudes hacia el prójimo son las que cuentan —y mirando a los ojos a Soria, agregó— y que cuando nos vamos de este mundo, no nos llevamos nada, que las riquezas quedan acá.

—¿Me puede decir cómo se llama este inversor? —inquirió Fleitas.

—Sí, claro. Se llama Luiz Carlos de Oliveira.

—¿Dónde lo podemos encontrar? Nos interesaría hablar con él —preguntó esta vez Soria.

—Creo que este lunes se estaba volviendo para Brasil.

—¿Nos podría facilitar su número de teléfono como para llamarlo? —continuó Soria.

—Sí, pero no lo tengo encima. Van a tener que esperar a que vuelva a Montevideo.

—No hay problema, sobre el fin de semana hablamos —dijo Soria, mientras se incorporaba y le extendía la mano para despedirse dando por terminada la charla.

Ya fuera del hospital, Soria miró a Fleitas preguntándole con el gesto antes incluso que con la palabra.

—¿Qué te parece?

—Quinientas lucas verdes en efectivo… —contestó Fleitas.

—Quinientos verdes en efectivo... Vamos a ver qué tiene para decir ese brasuca, si es que lo llegamos a encontrar.

El olor a podrido se sentía a kilómetros.

Capítulo 29

Angelitos negros
(Canción de A. Eloy y M. Álvarez, 1959)

La mañana del miércoles amaneció soleada, con un cielo claro que invitaba a estar al aire libre. Los funcionarios del Departamento de Delitos Complejos estaban en plena acción. El subcomisario Soria se encontraba reunido con el inspector Pereyra, poniéndolo al tanto de los pormenores del caso, cuando tres golpes suaves se oyeron del otro lado de la puerta.

—Adelante —dijo el inspector Pereyra elevando la voz.

—Disculpe, inspector —dijo el agente que se asomaba—, se produjo un siniestro en la celda cuatro.

—¿Un siniestro en una celda? —reaccionó el inspector poniéndose de pie— ¿De qué me está hablando?

—Se trata de Jorge Pastor, se autoeliminó durante la noche.

Soria y Pereyra salieron raudamente del despacho. El primero tomó la delantera y se dirigió a las escaleras que conducían al sector de celdas. Las bajó de cuatro en cuatro escalones, giró luego a su izquierda y, al enfrentarse con la reja de la celda número cuatro, pudo apreciar la escena. Jorge Pastor yacía colgado con una soga improvisada con las sábanas de la cucheta. Su cuerpo giraba levemente en sentido antihorario, con la boca y ojos entreabiertos y la lengua amoratada sobresaliendo sobre su labio inferior. Soria no podía convencerse de que eso hubiera sucedido casi sobre sus narices. Miró hacia el techo para ver cómo había hecho para atar la sábana y vio que junto al foco de luz sobresalía un gancho de hierro. No podía entender cómo eso había estado ahí sin que nadie se percatara. Indudablemente había subido a la cucheta superior para poder atar la sábana contra el gancho. Los nudos habían sido bien hechos como para soportar el peso de una persona delgada pero que medía casi dos metros. Con el dorso de la mano atinó a tocar su abdomen, que se dejaba ver entre la remera y el pantalón. Aún conservaba la temperatura. Hizo lo mismo con las extremidades y percibió que estaban frías. La lividez presente en uñas, labios y lengua también le hacían suponer que hacía más de cuatro horas

que había muerto. Trató de flexionarle el brazo, pero no logró más que hacer girar el cuerpo, ya que había alcanzado un cierto grado de rigidez.

—No toquen nada, ya está muerto —dijo a dos agentes que estaban detrás de él. Luego, dirigiéndose al inspector Pereyra, agregó— No salgo de mi asombro. Esto nos va a traer serios problemas. No recuerdo la última vez que hubo un suicidio en Cárcel Central.

—Vamos a ver qué dicen las pericias forenses. Razones para quitarse la vida tenía. Acababa de dar información de Santiago Guerrero, el "Jota". Cuando lo interrogué lo noté abrumado. Tal vez no pudo soportar la presión de llegar a encontrarse con él en la cárcel.

Mientras contemplaba el cuerpo colgado, se le cruzó por la mente la imagen de una mujer con dos pequeños, esperando a un padre que nunca iba a llegar. Si bien siempre había tratado que lo profesional no lo afectara emocionalmente creándose una coraza que lo protegiera de tanta situación límite que le tocaba presenciar, de vez en cuando sentía que se producía alguna filtración. Era lo que solía llamar el costado humano del delito, esa faceta que pudo percibir mientras lo había interrogado el día anterior.

Una semana después, Martín caminaba por el corredor del hospital junto a su hermano Federico. Mariana y Juan Pablo habían regresado a Montevideo la noche del domingo. Juan Pablo tenía que preparar un examen y Mariana debía presentar un proyecto ese lunes. Martín no veía la hora de que llegara el médico para que le diera el alta. Un par de días atrás le habían terminado de suturar las heridas en la espalda, el pecho y el dedo. Ya no tenía más nada que hacer ahí, quería volver a Montevideo.

El doctor Martirena se acercó a ellos y le preguntó a Martín si estaba pronto para volver a Montevideo. Martín respondió que sí, que lo estaban esperando. El médico le pidió que entrara a la sala para revisarlo y darle el alta mientras se acercaban a la puerta 329.

Adentro los aguardaban Fernando y Eugenia, que se levantaron al verlos entrar. Martirena examinó primero la herida de la espalda y comentó que estaba perfecta; luego revisó la de la clavícula y el dedo, señalando que todo cicatrizaba muy bien. Finalmente le dijo que podía recoger sus cosas y marcharse, y que le dejaba la orden para retirarse los puntos en Montevideo ocho días después.

El doctor les estrechó la mano a todos y se retiró. Martín se puso una remera con ayuda de su madre, porque la herida de bala le dificultaba

mover el brazo derecho; luego se colgó el cabestrillo para sostener el izquierdo. Federico recogió un bolso y una matera de la mesita de la antesala, mientras Fernando revisaba el baño y debajo de la cama para asegurarse de que no olvidaran nada. Quince minutos después salían de Paysandú rumbo a Montevideo por la ruta 3.

Martín apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. Lo peor había pasado. O eso quería creer.

Capítulo 30

Soy todo tuyo
(Canción de Los Tucanes de Tijuana, 2008)

DOS AÑOS ANTES

Para lo que había sido el día, la noche se presentaba fresca y agradable, dejándose ver una enorme luna llena tijuanense y unas pocas estrellas que con intensidad buscaban competir con la reina de la noche. En una humilde casa próxima al fraccionamiento El Rubí, Julián Álamos estaba sentado a la mesa junto a su joven familia. La casita tenía un estar donde había una mesa de cármica símil madera con sus respectivas sillas, un televisor de catorce pulgadas y un aparador bajo sobre el que había una variedad de adornos, a cuál de ellos más colorido. Del estar se abrían tres puertas. Dos de ellas conducían a los dormitorios y la tercera al baño. La cocina se comunicaba con el estar por medio de una arcada. En el centro del aparador del estar había un portarretratos de la familia. Él, con su gran sonrisa azteca, su pelo casi rapado en los costados parado con gel y su remera ajustada al cuerpo; su esposa, de intensos ojos oscuros y rasgados, pómulos salientes y pelo lacio negro; y su pequeño hijo de cinco años, combinación casi exacta de ambos. La cena estaba servida. El televisor sintonizaba Televisa. No tenían televisión por cable ya que por aire podían ver seis canales mexicanos y nueve de San Diego. Una propaganda que anunciaba los cincuenta años del canal dio lugar al segundo bloque de Notivisa Regional. Los tres platos presentaban generosas porciones de tortillas de harina de maíz con carne, salsa y cebolla. El niño aguardaba que su madre le cortara su porción en trozos que pudiera masticar sin peligro de atragantarse.

Un golpe sordo y fuerte se oyó desde la cocina. Era la puerta que comunicaba con el patio trasero. Julián se levantó al instante de la silla, tirando al piso el tenedor con un trozo de tortilla pero sujetando el cuchillo con la mano derecha. Sin poder siquiera moverse del lugar donde estaba, tres sujetos armados con fusiles y con el rostro cubierto irrumpieron desde la cocina hacia el estar. El niño se abalanzó aterrorizado sobre su madre. Ella permaneció sentada con el rostro paralizado por el terror, arropando a

su hijo y dándoles la espalda. Al instante, tanto el niño como su madre estaban siendo encañonados. Los dos hombres que les apuntaban tenían máscaras azules, la inconfundible de Blue Demon y la no menos célebre de Huracán Ramírez, personajes que hicieron historia en la lucha libre mexicana.

—Tira ese cuchillo, güey, no te resistas o los matamos —sentenció el más robusto. Solo se le veían los ojos negros, los labios y la punta de la nariz a través de la máscara blanca de El Santo. Al dejarlo caer de sus manos, el cuchillo tintineó sobre el piso.

—¿Qué es lo que quieren?

—Te queremos a ti, Julián, nos vas a tener que acompañar. Usted, señora, se va a quedar quietecita quietecita sobre esa silla con su niño durante dos horas por lo menos, ¿me ha entendido? Mire que la vamos a estar vigilando.

—Sí, sí, por dos horas —alcanzó a decir, apretando fuerte a su hijo contra el pecho.

El que llevaba la máscara blanca se acercó a Julián y le ató las manos por la espalda utilizando un trozo de alambre. Luego, con una cinta de embalaje le dio tres vueltas alrededor de la cabeza a la altura de los ojos, tapándole finalmente la boca con la última vuelta.

—¡Vamos, pinche cabrón, muévete! —decía mientras lo empujaba hacia la puerta que daba a la calle. Los otros dos los siguieron, mientras la mujer presenciaba la escena en un estado de estupor paralizante, sin pronunciar palabra, con el rostro empapado por sus propias lágrimas. El niño, que tenía el rostro hundido contra el regazo de su madre, se dio vuelta para ver cómo su padre era llevado a la fuerza. El presentador de Notivisa anunciaba los próximos partidos del campeonato mexicano de fútbol, y las tortillas, a medio comer, se enfriaban en sus platos.

Victoria Zepeda salió de la ducha y, luego de secarse, envolvió su pelo en una toalla. Era una hermosa joven de veintiocho años. Se calzó una diminuta tanga y salió del baño para terminar de vestirse en su dormitorio. Buscó un vaquero en el placar y se lo puso. Tenía una figura privilegiada. Abrió uno de los cajones y eligió un corpiño que hiciera juego con la tanga. Medía un metro setenta y seis, tenía facciones delicadas, ojos castaños y cabello lacio oscuro. Era soltera y vivía junto a su madre en una de las tantas casas de la colonia Lomas del Porvenir. Antes de salir de su cuarto se puso una remera escotada blanca de manga corta.

—Mamá, me voy apenas termine de maquillarme —dijo a su madre, Guadalupe, sentada frente al televisor viendo una película.

—No te vayas sin cenar —le contestó mirándola con una sonrisa.

—Amá, ya estuve comiendo en la cocina antes de bañarme.

—Está bien, está bien, sólo decía nomás.

Guadalupe alternaba su vista entre la pantalla del televisor y el corpiño que tenía en las manos, al que le iba cosiendo lentejuelas color turquesa. Ya había completado una de las copas y estaba comenzando la otra. Desde que Victoria había sido elegida Miss Tijuana no había parado de recibir propuestas como modelo y promotora en clubes nocturnos. La economía del hogar había mejorado notoriamente y ahora Guadalupe podía disfrutar de un televisor de pantalla plana de 50 pulgadas gracias a su hija. Era un orgullo tener una hija que progresara y se salvara de las penurias que a ella le había tocado vivir en su época. Ese corpiño bordado con lentejuelas era su humilde contribución.

Victoria volvió al baño para secarse el pelo, maquillarse rápidamente frente al espejo, tomar un abrigo, una pequeña cartera y volver al comedor ya pronta para salir.

—¡Qué bella estás, hija! A ver si me traes un novio un día de estos.

—Ay, amá, déjate de tonteras con eso de los novios. Me voy —besó a su madre en la frente como despedida—. Mira que llego tarde, no me esperes despierta.

—Descuida, hija, ya lo sé. Trata en lo posible de que alguien te acompañe hasta aquí.

—Esta chava sabe cuidarse bien solita. No me va a pasar nada. Hasta luego, mamita.

Tomó las llaves del auto y se dirigió a la puerta. Salió muy animada y la noche agradable parecía aliarse con su estado de ánimo. Se subió en su escarabajo azul e inmediatamente después de haberlo puesto en marcha sintió una pesada mano que le tapaba la boca y una dureza de metal en la nuca.

—Pon marcha atrás y sal de aquí —dijo la voz a sus espaldas.

Victoria pensó por un instante en resistirse, pero se dio cuenta de que estaba siendo apuntada con un arma. Miró por el espejo retrovisor y sólo pudo ver a un hombre con una máscara negra.

—Toma por la próxima a la derecha, ándale, vamos.

Se habían alejado aproximadamente veinte cuadras cuando al llegar a un descampado la hizo detener la marcha.

—Frena aquí y bájate, detrás de la camioneta blanca.

Victoria lloraba y el rímel iba tiñendo sus mejillas de negro. Una vez que el coche se detuvo, abrió la puerta y se bajó. Inmediatamente fue tomada por otros dos enmascarados que le vendaron los ojos con cinta de embalaje, le ataron las muñecas con alambre y la subieron a la parte trasera de la Grand Cherokee blanca que estaba delante de su auto.

—Linda morra, te vas a quedar quietecita, si no te vamos a tener que atar también tus lindos piececitos —dijo una de las voces—. ¡Qué lindas chichis que tienes! Déjame tocarlas —la misma pesada mano que le había tapado la boca un rato antes comenzó a frotarle uno de sus turgentes senos. Victoria se sacudió y lo escupió.

—¡Hija de tu chingada madre! —dijo el mano pesada, dándole un puñetazo en pleno pómulo derecho. En la radio sonaba *Soy todo tuyo* de Los Tucanes, una banda de música norteña y corridos.

—¡Déjala ya, güey! ¡Sabes que tiene que llegar viva y no quiero que esté magullada! ¡Deja que lo que haya que hacer lo haga quien ya tú sabes! —contestó quien conducía.

—Oye, carnal, que solo le toqué una chichornia —dijo el mano pesada riéndose a carcajadas—. ¿Es que acaso crees que me puedo quedar quieto teniendo esta monada a mi lado?

—¿Qué es lo que chingas quieren? –preguntó ella, que poco a poco iba convirtiendo su angustia en odio.

—Mira, linda —contestó quien conducía—, nosotros tenemos órdenes de llevarte para que te vea una persona que tú conoces. Él quiere hacerte algunas preguntas.

—¿Y para hablar conmigo me tienen que llevar así por la fuerza, manoseándome y golpeándome cobardemente?

—Esta persona dice que quiso hablar contigo pero que tú lo has estado evitando últimamente.

—¿Quién chingas es ese cabrón?

—En un rato lo sabrás. Ya no tenemos nada más para decirte.

Apenas su compañero terminó de hablar, el mano pesada tomó la cinta de embalaje y le tapó la boca.

Capítulo 31

Such Unlikely Lovers —Amantes tan improbables—
(Canción de Elvis Costello y Burt Bacharach, 1998)

Era un día para festejar. Después de la pesadilla del secuestro, los Flores se disponían a celebrar el regreso de Martín. Ya había pasado el peligro. El aroma que venía de la parrilla era tentador. Fernando la tenía bien controlada; había tiras de asado, chorizos con morrón y aceitunas, mollejas, morcillas dulces y saladas. Más abajo, apoyada directamente sobre las brasas, había puesto una pequeña sartén de hierro, en la que se iba fundiendo un queso provolone. Sostenía un vaso de whisky en una mano y con el dorso de la otra se quitaba el sudor de la frente. Había sido previsor y se había puesto un gorro, ya que el sol caía a plomo sobre su cabeza. Procuraba distraerse haciendo cosas. Martín se había recuperado bien. Gracias a la fisioterapia había recuperado en buena medida la movilidad del hombro derecho. En tres días le quitarían los puntos. Eugenia estaba en la cocina terminando de preparar la ensalada. Mariana tomaba sol en una reposera mientras que Martín leía la sección de espectáculos del diario, sentado en una silla de jardín, a la sombra. Juan Pablo y Federico aún no se habían levantado. El timbre sonó un par de veces. Eugenia se secó las manos con un repasador y fue a abrir.

—Hola, tu amigo está en el fondo. Andá pasando —mientras Eugenia recibía a Ramiro, el anciano vecino de los Flores salía de su casa. Iba a jugar sus infaltables partidos de tejo en playa Malvín. Al pasar, saludó a Eugenia con un movimiento de la mano. Ramiro avanzó por el living hacia el fondo, donde se topó con Federico y Juan Pablo, que salían al patio con cara de dormidos, un poco despeinados. Tras saludar a Ramiro, se sirvieron un par de vasos de refrescos y se sentaron al lado de Martín bajo una linda sombrilla que Fernando había comprado para la ocasión. Después de terminar la ensalada, Eugenia salió al jardín.

Todos, salvo Fernando, se fueron sentando alrededor de la mesa. En una de las cabeceras estaban Martín y Mariana. A su derecha, Juan Pablo y Federico, y a su izquierda, Ramiro y Eugenia, quedando la otra cabecera libre para Fernando. Lo primero que salió fue el queso provolone, sobre una

tabla de madera, espolvoreado con orégano y cortado en trozos pequeños. Después fueron saliendo los chorizos, las morcillas y las mollejas, hasta que llegó la hora de ir sirviendo la carne.

—Papá, ¿cuánto fue que pagaste por mi rescate? —cuestionó Martín sin preámbulos. Fernando, que estaba frente a la parrilla, sintió la pregunta como un golpe al mentón. Giró y se sentó a la mesa.

—Esta gente pedía quinientos mil dólares, una cifra descabellada —le contestó sin mirarlo a los ojos, jugando con un trozo de pan, quitándole de a poco la miga—. Lo que pude juntar fueron cincuenta mil. Puse la plata en una mochila, me hicieron pasear por medio Montevideo hasta que me dijeron que la dejara en un ómnibus. Después pasó lo que ya sabés.

—¿Y tenías esa plata? —volvió a preguntar Martín.

Ramiro se levantó y se dirigió a la parrilla, aparentando ver cómo iba el asado, muy incómodo de quedarse como espectador de ese diálogo.

—Algo teníamos, pero un cliente de la inmobiliaria me facilitó el resto. De eso no hay que preocuparse. Está todo bajo control. Ahora hay que disfrutar y celebrar que vos volviste a nacer —dijo Fernando con una sonrisa, levantándose para volver a la parrilla.

—Voy a buscar la ensalada —dijo Eugenia, y le hizo una seña a Fernando como para que fuera con ella a la cocina. Él la siguió.

—¿Me podés explicar eso del rescate? —le espetó Eugenia, apoyada contra la mesada y con los brazos cruzados—. ¿Por qué no me dijiste que conseguiste solo cincuenta mil dólares? ¡Sabés bien que los tipos estos podrían haber matado a Martín! ¡Podrías haber tenido un mínimo de confianza en tu esposa!

—Pará un poquito, pará, dejame explicarte. Tenía que resolver la situación de alguna manera. Conseguí lo que pude y fueron cincuenta mil. ¿Qué ganaba diciéndote eso? ¿Que te pusieras más nerviosa? —mintió Fernando, pretendiendo dejar a su familia fuera del problema que se le vendría si le pedían que rindiera cuentas de los quinientos mil que realmente utilizó—. Entendeme, todo fue una locura, hice lo que estuvo a mi alcance. Si no te lo dije fue para protegerte, no quería que la incertidumbre fuera mayor para vos. Para mí fue espantoso ver que lo estaban lastimando y no dar con la plata que pedían, pero algo tenía que hacer. Ahora le tenemos que dar gracias a Dios de que todo salió bien y dar vuelta la página.

—Todavía no me puedo sacar de la cabeza lo cerca que estuvo de morir, por Dios... Si no intervenía la policía me lo mataban.

Fernando la abrazó y le besó la mejilla.

—Ahora hay que celebrar la vida. Tu hijo volvió a nacer, vení, vamos.

Salieron afuera con las ensaladas y una sonrisa como si nada hubiera pasado adentro.

Esa misma noche, en el apartamento de Martín, mientras él se duchaba, Mariana encendía velas que había comprado para la ocasión. Puso un par de copas sobre la mesa, abrió una botella de vino tinto y las sirvió. Estaba descalza, con las uñas de los pies pintadas con barniz al igual que las manos. Tenía ropa interior blanca, que se dejaba ver debajo de su deshabillé semitransparente.

Martín salió del baño y fue hasta su dormitorio para vestirse. Se puso un jean, una remera blanca y salió descalzo. Antes de que llegara al living la música empezó a sonar. Era *Such unlikely lovers* de Elvis Costello y Burt Bacharach. Mariana se le acercó con las copas de vino. Martín quedó impactado con el recibimiento.

—Estás hermosa —atinó a decirle.

—Quiero brindar por nuestro amor, porque puedo volver a abrazarte.

—Y yo brindo por nuestro futuro, porque quiero ser feliz contigo.

Cruzaron los brazos como en las bodas y la Antigua Roma, libaron las copas y las dejaron sobre la mesa. Con la mirada y un gesto con las manos, ella lo invitó a danzar suavemente al compás de la música. Él la tomó de la cintura y ella del cuello. Se miraron a los ojos con un brillo especial y se besaron en la boca suavemente, con ternura, moviéndose a pequeños pasos a derecha e izquierda. Ella le susurraba *Can you believe it's happening?* a coro con la canción. El deshabillé cayó al piso, luego el soutien y la remera de él. Mientras sus bocas estaban unidas, la hebilla del vaquero tintineó y el jean también terminó en el piso. Al compás de *My thief* siguieron celebrando en el sofá.

Y ese beso duraría toda la noche.

Capítulo 32

Still Got the Blues —Aún siento tristeza—
(Canción de Gary Moore, 1990)

DOS AÑOS ANTES

Julián y Victoria estaban arrodillados y seguían maniatados por la espalda, con los ojos vendados y sus bocas tapadas. Ella temblaba, movía la cabeza hacia adelante y gemía, en tanto que Julián estaba firme, haciendo un esfuerzo por controlarse. La loza aún conservaba el calor del recalcitrante sol del día y lo podían sentir a través de sus pantalones. Junto a ellos estaba Bernardo, quien les caminaba alrededor portando un fusil automático. Era el que había usado la máscara azul de Blue Demon en la casa de Julián. Era alto y de ojos claro. Tendría poco más de treinta años. Su pelo castaño no había visto peine o cepillo por días. Tenía una camisa a cuadros, botas tejanas y vaquero. Del otro lado de la frontera, en San Diego, pasaba por un americano más. A escasos metros de allí, sobre el camino de grava que conducía a la casa, donde estaban estacionados los vehículos, otros seis miembros de la banda que habían intervenido en los recientes operativos, esperaban tomando cerveza.

—¡Hija de la chingada, pinche cabrona, quédate quieta! —le gritó Bernardo a Victoria—. ¡Y a ti, pinche policía, te voy a dar en los ocotes con este caño, pendejo! ¡Con nosotros no se juega!

—Dejalos, Bernardo, dejámelos a mí. Ahora voy con ellos —intervino Santi acomodándose el cerquillo que le caía sobre la frente.

Estaban en una casa en las afueras de la ciudad. Se trataba de una de las tantas propiedades que el cártel había adquirido a medida que expandía su negocio. Para acceder a ella había que transitar doscientos metros por un camino de grava bordeado de árboles. Al llegar había una amplia explanada que servía de estacionamiento. La casa era de estilo español, amplia, de dos plantas, pintada en una tonalidad terracota suave. Encima de la planta baja había un amplio balcón enmarcado por una vistosa balaustrada de piedra. El segundo piso estaba rematado por un techo de tejas españolas. Lejos del bullicio de la ciudad, estaban libres de cualquier ojo que pudiera presenciar

la situación. Santiago entró en la casa y se dispuso a comenzar su ritual. Tomó la botella de vodka que estaba encima de la mesa de la cocina y se sirvió una medida generosa. Con el vaso en la mano se quedó inmóvil, concentrando energías. Juntaba el yo disperso para formar un yo central. Se acercó el vaso a la boca y tomó como si fuera agua. Se frotó las manos con energía y salió al aire libre por la puerta que comunicaba la cocina con los fondos. A cinco metros de la piscina, Victoria y Julián continuaban arrodillados, con Bernardo apuntándoles con el fusil.

—Quitale la cinta de la boca a Victoria —le ordenó a Bernardo—. Oíme, Victoria, ¿me reconocés la voz? No creo que la hayas olvidado tan pronto.

Antes de que terminara de hablar, Bernardo ya le había quitado la cinta. Julián, al oír esas palabras y darse cuenta de quién era la mujer que estaba a su lado, comenzó a enrojecerse, tensionando los músculos y arqueándose levemente para atrás.

—Santi, ¿qué es lo que haces? —contestó ella—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Que si yo me volví loco? —respondió él—. No, yo no, yo estoy muy bien de la cabeza. ¿No será que sos vos, pedazo de hija de puta, la que se portó mal? Sabés bien de qué hablo.

—No, no tengo la más pinche idea. No entiendo ni madres toda esta bronca que has armado, Santiago. Si querías hablar algo conmigo no tenías más que llamarme y lo hacíamos. ¿Me puedes decir de una vez qué chingados quieres?

—Ahora ya te lo explico, o te darás cuenta vos solita, Miss Tijuana —contestó apuntándole a la nariz con una sevillana—. ¿Sabes quién está al lado tuyo? Creo que lo conocés bien.

—¿Quién es? —preguntó Victoria, más en tono de fastidio que como pregunta.

—A ver, mi amor…

—Ya no soy tu amor, hace ya meses que dejamos de vernos.

—Y empezaste a salir con alguien.

—¿Es que acaso no tengo derecho?

—Hace tres meses por lo menos.

—No me vengas con chingaderas, ya no tengo nada que ver contigo, tengo todo el derecho del mundo de salir con quien quiera. Suéltame ya, por favor.

—No me oíste —Santiago mantenía la calma mientras se ponía en cuclillas para estar a la altura de su cara—. Hace tres meses, por lo menos,

que estás con alguien. Tres meses... y hace apenas un mes que dejamos de vernos, por lo que durante dos meses estuviste jugando conmigo.

—Corta ya con eso, mientras estuve contigo no vi a otro hombre.

—¿Ah, no? Entonces, ¿vos me decís que estoy equivocado?

—Sí, totalmente equivocado.

—Hay un montón de gente que te vio salir de las discotecas del Bulevar Revolución con alguien que estoy viendo. Sacale la cinta de la boca, Bernardo, dale.

Santi se incorporó y, de pie, se puso frente a Julián.

—Julián, te presento a Victoria. Victoria, te presento a Julián.

—¡La puta madre, pinche cabrón! –dijo Julián apenas le sacaron la cinta de la boca.

—Flaco, te presenté a Victoria, ¿no la vas a saludar? ¡Saludala, mierda! —la aparente calma se convirtió en una ira feroz, tirándole todo el aliento sobre el rostro. Julián permaneció callado—. Oíme, pedazo de maleducado, saludala, decile "Hola, mi amor".

—No conozco a la señorita.

—¿Que no la conocés? Tomá esto si no la conocés —y le asestó una soberbia patada en los testículos—. Creo que hoy vamos a comer tortilla.

Victoria lloraba y no atinaba a nada más. Se daba cuenta de la dimensión de la situación y deseaba con toda su alma no estar allí.

—¡Por favor! ¿Por qué haces esto? ¡Por favor, déjanos!

—¿Reconocés que estuviste con Julián?

—Sí, lo reconozco, he estado saliendo con él, ¡por favor, te lo suplico, déjanos!

—Entonces yo tenía razón.

—¡Déjala quieta, güey! —lo interrumpió Julián.

—¡Callate vos! —le respondió, y luego se volvió a Victoria—. Como yo tenía razón, Miss Tijuana, hermosa Miss Tijuana, por haberme metido los cuernos, te vas a llevar esto.

Se acercó, le tapó la boca con una mano y, con la otra, le hundió la sevillana sobre la mejilla izquierda, bajándola con fuerza y haciéndole un tajo de unos diez centímetros. De la boca de Victoria salió un lastimoso lamento. Luego limpió la hoja de la sevillana en su remera blanca escotada. Desde el interior de la casa llegaba la tonada triste de *Still Got The Blues*.

—¡Por favor, Santi, no más, no más, por favor! ¡Déjanos ir, déjanos ir! —sollozaba Victoria, mientras la sangre brotaba de la herida e iba tiñendo su remera blanca.

—¡Déjala ya, te he dicho! ¡No le hagas nada, arréglatelas conmigo! —le espetó Julián al darse cuenta de que la estaba lastimando.

—No te pongas ansioso, Julián, que ya vas a tener tu parte. En realidad, les quería decir a los dos que me chupa un huevo que hayan estado juntos —dijo paseándose de lado a lado dirigiéndose a ambos—. Me chupa un huevo si han estado garchando sin parar en estos tres meses. Lo que no puedo tolerar es la palabra traición. Estoy hablando de traición, pedazo de puta. ¡Te metiste con este policía y abriste de más la boca! —sin detenerse, giró su cabeza y miró a Julián—. Decime, infeliz, qué es lo que te dijo esta puta.

—No me ha dicho nada.

—No te creo, sos de lo peor mintiendo. Sabemos además para quién trabajás. Tenemos informantes repartidos por todos lados. Vos sos uno de los tantos lameculos de Horacio Ávila. ¿Y vos, mi amor, te enteraste de que ayer mataron al Toro y a Porfirio? Vos lo sabés, lo sabés bien.

—No, no lo sabía.

—Que Horacio Ávila nos quiera sacar del medio no es novedad, que usen a un policía tampoco es novedad, pero que vos te hayas prestado a esto sí que me sorprende. Vos sabés bien lo que le pasa a los que traicionan, Miss Tijuana. ¡Qué linda que sos!

Santi deslizó ahora el filo de la sevillana por la mejilla derecha de Victoria, produciendo un corte tan largo y profundo como el anterior. La sangre iba corriendo hasta caer sobre el pecho, tornando su remera de blanco a carmesí. Victoria gemía y sollozaba.

—¡Pinche cabrón, cobarde hijo de tu chingada madre! —gritó Julián.

—¡No, no, no, no, por favor, Santi, por favor! —suplicaba ella.

Con la sevillana aún en su mano derecha, caminaba lento delante de ellos con los brazos cruzados.

—Victoria, les revelaste la boca de entrada del túnel que pasa al otro lado de la frontera. El Toro y Porfirio estaban a cargo de su custodia, junto con la falopa que había adentro. Ahora ellos están muertos y lo que había ahí desapareció. Quince toneladas de marihuana que se han esfumado, ¿me entendés? Claro que me entendés, pedazo de hija de mil putas. Y vos sabés cuál es tu destino.

—Te lo suplico, si quieres mátame, pero quiero que sepas que me obligaron. Si no me matas tú me matan ellos. No tenía alternativa, ¡por favor, por Dios y la Virgen de Guadalupe, te lo suplico!

—Me cago en Dios, la Virgen y el puto Cristo. ¡Traidora de mierda!

—Déjala quieta nomás —gritó Julián—. Sabes que soy policía, y que son ustedes y los de Ávila quienes realmente mandan en esta ciudad. Horacio Ávila me perdonó la vida. Podía haberme matado, pero no lo hizo. A cambio de mi vida me pidió que trabajara para él. Fui yo quien buscó a Victoria. Busqué seducirla para obtener información. Ella fue reticente y me decía que ya estaba en pareja, pero yo insistí e insistí. Hace muy poco, menos de un mes, me dijo que estaba sola. La emborraché y la drogué para que me dijera lo que necesitaba saber, ella era una tumba. Te pido, güey, no le hagas más nada y dejala ir.

—Tu nobleza me da asco, forro hijo de puta. No te creo una mierda. ¿Qué es lo que hicieron con la droga?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabés? Vamos a ver si no lo sabés. Bernardo, destapale los ojos.

—Órale, enseguida.

Julián giró hacia su izquierda y pudo ver el rostro mutilado de Victoria. La luna llena se imponía por encima de sus cabezas iluminando la noche con su luz azulada.

—¿Así que no sabés nada de la falopa que tu jefe nos robó? Perfecto, vamos a ver si no sabés.

Santi se puso de espaldas a Victoria y se arrodilló. Le tomo el dedo meñique de su mano izquierda y rápidamente se lo seccionó con la sevillana.

—¡Nooooo, hijo de mil pinches perras! —gritó Julián desesperado, sollozando. El llanto y los gemidos lastimosos de Victoria eran desgarradores.

—¡Ay, no, ay, no, no, maaa! —repetía ella hasta que perdió el sentido y se desplomó hacia adelante golpeando la cabeza contra el césped.

—¿Ahora podés recordar algo? —repreguntó Santiago a Julián.

—No sé nada, por favor, no sigas, no tiene sentido, por más desmadre que hagas no te voy a poder decir nada pues no lo sé. No sé qué chingados hicieron con la mercancía.

—No te creo una palabra. ¿Oíste cuando dije que tengo informantes? Me dijeron que participaste del asesinato del Toro y Porfirio y que también tuviste que ver con el transporte de la droga.

—Pues trata de verificar lo que te dicen tus informantes. Eso no es así.

—¿Que no es así? Parece que tenés problemas de memoria. Vamos a ver si la recuperás.

Tomó nuevamente la mano izquierda de Victoria, tendida de costado semiinconsciente sobre la gramilla, y le cortó el dedo anular. Se incorporó y le tiró a Julián los dos dedos a la cara y lo tomó de los pelos.

—Pedazo de imbécil, ¿me vas a decir qué mierda hicieron con la droga? La voy a seguir cortando en pedacitos hasta que me contestes. Mirá, sorete, ya estoy perdiendo la paciencia.

—¡Carajo, que te he dicho que no tengo la más pinche idea!

—¿Qué tal si hacemos algo diferente? Esperame, no te vayas.

Capítulo 33

Al débil lo empujan contra la pared
(De Romeo y Julieta, William Shakespeare, 1597)

Joan Vanolli había llegado sobre el mediodía del lunes. El comandante, luego del aterrizaje y de dar la bienvenida a Montevideo, había informado que la temperatura era de veinticinco grados. Al salir del aeropuerto tomaron un taxi que los llevaría a la Ciudad Vieja. Detrás de los anteojos de sol, Vanolli escondía sus párpados caídos de perro San Bernardo, dejando ver sus rosáceos cachetes y su rosada papada. Vestía un saco marrón, camisa blanca y la infaltable corbata de pajarita de color bordó con pintas amarillas. Su acompañante era un corpulento joven de un metro noventa y unos treinta años. Se llamaba Pau Garcés. La primera impresión que daba era la de un aficionado a la halterofilia o al fisicoculturismo. Tenía una masa muscular descomunal. Se podía decir que era una versión híbrida entre Jean Claude Van Damme y Manolito, el amigo de Mafalda. Su pelo era oscuro, casi rapado por los costados con las puntas hacia arriba. Tenía una mirada oblicua, taciturna, y nariz aguileña. Su expresión indicaba que era una persona de pocas palabras. A su lado, Joan Vanolli parecía una masa de carne, grasa y piel fofa, o la expresión de la decadencia del bienestar. No era difícil imaginarlo como un patricio o un senador romano recostado en un *klinai*, en su *villa suburbanae,* disfrutando de los más exquisitos manjares y acompañado de hermosas doncellas.

Vanolli tomó su celular, buscó el número de Darío Grant y lo llamó. Atendió su secretaria, quien le informó que estaba hablando por otra línea y le preguntó si deseaba esperar. Respondió que no, que prefería que le avisara al doctor que en quince minutos estaría allí. Le pidió, además, que no olvidara decírselo, ya que no lo esperaba y tenía que hablar con él de un tema muy importante.

Cortó sin decir gracias, mientras el taxi dejaba atrás el Parque Rodó. Pocos minutos después, en el estudio, la secretaria del doctor Grant se acercó a su despacho.

—Doctor, lo acaba de llamar Joan Vanolli, está viniendo a verlo. Dice que en minutos va a estar por acá.

—¿Decís Joan Vanolli? ¿Estás segura?

—Sí, el español, el de la moñita. Me dijo que tenía que hablar algo importante con usted.

El estudio estaba en un séptimo piso frente a la Bolsa de Valores, en el corazón de la Ciudad Vieja. El taxi no demoró en llegar, y el doctor Darío Grant los recibió en su despacho. Estaba impecablemente vestido con un traje italiano azul, camisa blanca y corbata de seda. Su cabellera blanca engominada y peinada hacia atrás era uno de sus sellos distintivos. Los invitó a sentarse en uno de los sillones de cuero mientras él se dispuso en otro sillón en actitud de escucha.

—¿Qué lo trae por aquí?

—Me enteré leyendo los periódicos que el señor Fernando Flores tuvo problemas con su hijo.

—Sí, es cierto, pero gracias a Dios lo peor ya pasó. El muchacho ya está de nuevo trabajando con nosotros.

—Yo no estoy seguro de que lo peor ya haya pasado —replicó Vanolli.

—¿Qué quiere decir?

—Supongo que el señor Fernando Flores tuvo que pagar un rescate.

—Según lo que me comentó su hijo, el padre pagó cincuenta mil dólares.

—¿Y usted está seguro de que fueron cincuenta mil?

—Si quiere confirmarlo, podríamos preguntarle directamente a Fernando. ¿Quiere que lo llame y le pregunte?

—Le voy a ser claro. No quiero riesgos y, si llega a ser necesario, el hilo se va a cortar por la parte más débil. Quiero que antes de las tres de la tarde venga aquí el señor Flores con los quinientos mil dólares que recibió hace tres semanas. Si pagó el rescate con ese dinero, seguramente la policía lo presionará para que diga cómo los consiguió y no voy a permitir que eso ocurra. En ese caso, usted sabe —y miró a los ojos al doctor Grant, dándole a entender sin palabras lo que estaba dispuesto a hacer—. El negocio debe continuar y, si sucede eso, cosa que no deseo, tendremos que seleccionar otra persona. Es la una de la tarde. Ahora nos vamos a almorzar. Llame a Fernando y pídale que esté aquí con el dinero a las dos y media, para cuando volvamos.

—De acuerdo, quédese tranquilo, no creo que haya problemas. Si el rescate fue de cincuenta mil dólares no tiene por qué preocuparse. De todas formas, para su tranquilidad, hablaré con Fernando y le pediré que traiga el dinero.

Vanolli se incorporó y salió sin saludar. El doctor, ya solo en su despacho, comenzó a caminar como padre primerizo a diestra y siniestra. Tomó el teléfono y llamó a Fernando.

—Necesito que traigas los quinientos mil dólares ahora —su voz reflejaba el estado de nervios y excitación.

—¿Ahora? ¿Para qué? —contestó Fernando como acto reflejo. Fue lo primero que le salió.

—El gallego se enteró del secuestro y quiere cerciorarse de que tenés la guita y de que no la usaste para el rescate.

—Decile que tengo la plata, pero que no puedo ir hoy. Que no rompa los huevos —los nervios le iban ganando a Fernando y su voz comenzaba a sonar temblorosa.

—No me entendés, tenés que venir con la plata sí o sí. Esto no es un juego. No interesa cuán ocupado estés ahora. Agarrás un bolso, ponés la guita y te venís para acá, antes de las tres.

—No puedo. No me podés pedir eso —dijo Fernando con creciente incomodidad.

—¿Cómo que no? No me vas a decir que usaste toda la guita para el rescate. ¿Usaste las quinientas lucas para el rescate? —la voz del doctor Grant comenzaba a elevarse de tono. Del otro lado de la línea no obtenía respuesta. Solo silencio—. ¿Usaste toda la guita en el rescate?

—Sí.

—No me podés decir eso, no podés. ¡Ay, Dios mío! ¡La concha de mi madre! ¡La reconcha de mi madre! Fernando, andate por favor, andate lejos, agarrá el pasaporte, andate al aeropuerto y tomate el primer avión que salga, a donde sea, pero andate de acá. No lleves celular. Si te quedás te van a matar.

El doctor Grant colgó y lo primero que hizo fue aflojarse la corbata y desabrocharse el botón del cuello de la camisa. De los nervios empezó a sentir una sensación de ahogo y una transpiración fría le corría por debajo de las axilas hasta la cintura. Ahora qué le digo a este tipo, se preguntaba, ¿qué mierda le digo?

A las tres en punto se apersonó Joan Vanolli con su escolta Pau Garcés como le había anunciado. Con un aire de resignación y pesadumbre, el doctor Grant los recibió nuevamente en su despacho. Parecía que hubiera envejecido por lo menos cinco años en un instante.

—Pues bien, ¿el dinero?

—No pude encontrar a Fernando.

—Pues vamos a su casa.

—Llamé a su casa, pero me dijo su esposa que no se encontraba en Montevideo. Usted me tendría que haber llamado con antelación a su viaje para evitar este tipo de situación. Usted sabe que viaja mucho a Maldonado por las obras que se están construyendo allí.

Vanolli miró a su guardaespaldas, le hizo un gesto y éste se levantó y sacó una daga que tenía en su cintura. Avanzó unos pasos y se puso a centímetros del doctor Grant. Quedó parado en actitud de espera, con la mano izquierda tomando la derecha, con la que sostenía la daga.

—¡Que guarde eso, no hay necesidad, por favor, Joan!

—Llámalo ahora al celular. Ponlo en manos libres para que pueda oír.

Con sus manos temblorosas, marcó el número, pero no obtuvo respuesta, ya que Fernando había apagado su celular antes de irse.

—Llama a su casa.

Esta vez demoró un poco más en encontrar el número. Una persona enferma de Parkinson lo hubiera hecho más rápido.

—Necesito hablar con Fernando. ¿Estará por ahí?

—No, no está. Se fue hace un par de horas, poco después de hablar con usted, ¿quiere dejarle algún mensaje?

Vanolli le hizo señas a Grant de que cortara.

—¿Así que la esposa del señor Flores le había dicho que no estaba en Montevideo? ¡Usted sabe dónde está! ¡No sea gilipollas! ¿Sabe que si no cortamos el hilo por la parte más débil lo vamos a tener que hacer más arriba?

Vanolli hizo una nueva seña, esta vez con su mano, y el musculoso Pau Garcés rodeó al doctor Grant, se paró detrás de él y le puso el filo de la daga sobre el cuello. Vanolli se le acercó y preguntó.

—¿Dónde está? Dígame dónde está ahora mismo, ¡usted sabe dónde está!

—Está bien. Hablé con él. Cuando me dijo que no tenía el dinero le dije que se fuera lejos, que se tomara un avión.

—¿Un avión? ¿A dónde?

—Le dije que se tomara el primero que saliera, que si no lo iban a matar, pero, por favor, por favor no me hagan nada.

—Al aeropuerto, entonces —le dijo Vanolli a su guardaespaldas, dejando atrás a un doctor Grant pálido como un papel y con los pantalones orinados.

Capítulo 34

Clair de lune —Claro de luna—
(Suite de Claude Debussy, 1893)

DOS AÑOS ANTES

Santi volvió a entrar a la casa por la puerta que comunicaba el fondo con la cocina. Tomó de nuevo la botella de vodka y se llenó otro vaso. Con la mano izquierda apoyada en la mesada lo vació en tres sonoros tragos. Salió de la cocina, avanzó por el pasillo y entró al escritorio. Una biblioteca de roble lustrado ocupaba gran parte de la pared opuesta a la puerta. Al costado había un lujoso escritorio, también de roble lustrado. Abrió el primer cajón y sacó una pistola calibre 40. Revisó el cargador y vio que no tenía la carga completa. Sacó una caja con balas del mismo cajón, lo completó y volvió a colocarlo en la pistola. Encima del escritorio había un cuchillo de caza de treinta centímetros de hoja en su vaina. Lo tomó y se lo enganchó en el cinturón, sobre su izquierda. Hizo girar su cabeza, la inclinó hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Respiró hondo y salió. A medida que se aproximaba podía percibir con mayor claridad los gemidos de Victoria.

—¡Mamita, mamita…!

Se acercó a ella en cuclillas y le acarició la cabeza.

—¡Por favor. Santi! ¡Por favor, por favor, por favor! ¡No más, no me hagas más nada, por favor!

Él se acercó el índice de su mano derecha hacia la boca mientras continuaba acariciándola con la otra. Luego se incorporó, dio dos pasos y se puso frente a Julián.

—¿Dónde está Ávila?

—No lo sé. Yo nunca lo conocí.

—No lo conociste. Nunca lo viste.

—No, a mí me capturó el grupo de Ávila y…

—No sigas, esa historia no me interesa. Te doy una última oportunidad. ¿Sabés decirme dónde puedo encontrar a Ávila?

—No tengo la más chingada idea, no lo sé, nunca lo vi —el temor se apoderaba de sus gestos y su mirada.

Volvió sobre Victoria, se puso sobre sus espaldas y la acarició nuevamente con la mano izquierda

—Calmate, ya va a terminar todo.

—¿Me vas a liberar?

—Sí, linda. Te voy a liberar. Vas a ser una persona libre.

Desenvainó el cuchillo de caza y sin titubear le cortó el cuello. El filo del cuchillo era tal que le bastaron segundos para decapitarla. La sangre salía a borbotones de las carótidas. La cabeza cercenada pestañó un par de veces hasta quedar inerte, con una mueca aterradora.

—¡Hijo de pinches putas! ¡Cabrón de mierda! ¡Cabrón hijo de mil pinches perras! —gritaba Julián desesperado.

Santi lo agarró de los pelos y Julián le dio una escupida en pleno rostro.

—¿Qué querés, puto de mierda? ¿Querés hacerte el héroe, pedazo de puto?

—¡Mátame, cabrón, hazlo ya, cabrón de mierda! ¡Vamos, hazlo, si eso es lo único que sabes hacer! Yo moriré con dignidad, pero tú vives como un gusano.

—Mirá lo que te hace el cabrón de mierda —tomó la pistola y le disparó primero en la pierna izquierda y luego en la derecha, encima de las rodillas. Julián no se pudo sostener y cayó hacia adelante.

—¡Mátame, puto, hazlo ya!

Se prendió un cigarrillo, tomó la cabeza de Victoria y la colocó frente a Julián, a centímetros de su rostro, mientras observaba en cuclillas.

—¡Hijo de puta! ——gritó Julián cerrando los ojos.

Sin contestarle, le apuntó al vientre y disparó. Dio otra pitada y continuó observando. Julián trató de girar sobre sí mismo para alejarse de la cabeza de Victoria.

—¡Quieto! ¡Abrí los ojos y dale un beso!

—¡Chingado hijo de mil perras!

Le dio una nueva pitada al cigarrillo y volvió a apuntarle, esta vez al pecho. Le disparó una vez y dejó pasar unos tres segundos. Volvió a dispararle observando cómo Julián tenía dificultades para respirar. Estiró el brazo y le disparó dos veces más. Se llevó el cigarrillo a la boca, pitó, lo tiró y quedó observando la escena con sus brazos apoyados sobre las rodillas. Dejó la pistola y tomó el cuchillo. Julián sangraba profusamente por la boca. Se le acercó, y con la fuerza de mil brazos de carnicero, le seccionó la cabeza en un abrir y cerrar de ojos.

Se levantó, dejó la pistola y el cuchillo sobre el césped y se dispuso a entrar a la casa para darse un baño.

—Bernardo, encargate de que quede todo como antes. Poné las cabezas en bolsas y luego hacés subir los cuerpos a la camioneta. Los vamos a dejar cerca de la Plaza del Zapato.

Entró a la casa y subió a la planta alta. Se dirigió al baño y cerró la puerta. El espejo le devolvió su imagen. Tenía las manos manchadas de sangre y alguna que otra mancha en el rostro. La camisa blanca también había recibido varias salpicaduras. Se quitó la ropa y decidió que no se iba a duchar. Prefería esta vez el jacuzzi. Las diferentes tonalidades de beige de las paredes y pisos enmarcaban un ambiente propicio para el relax. Lo encendió y luego conectó su celular a un pequeño parlante de alta fidelidad. Se metió en el jacuzzi y el *Clair de lune* de Claude Debussy fue inundando el lugar. Cerró los ojos y comenzó a mover sus brazos como si dirigiera una orquesta.

Luego de bañarse, bajó a la cocina a prepararse un sándwich. Se asomó hacia afuera y buscó a Bernardo.

—Oíme, Bernardo, yo ya estoy pronto —le gritó desde la puerta de la cocina—. ¿Podremos salir un par de minutos?

—Por supuesto, carnal. Ya subimos los cuerpos a la camioneta. Salimos cuando digas.

Santiago se apresuró a terminar el sándwich y salió de la casa. Se acercó a la pick up roja y subió por la puerta del acompañante. Conducía Bernardo. En la caja estaban los cuerpos tapados con una lona y dos guardias armados. Iban detrás de una camioneta blanca que abría el paso y, a su vez, eran escoltados por una tercera. A medida que se perdían por el camino de balasto, la fugaz caravana dejaba a su paso una amplia nube de polvo.

Tanto Bernardo como él permanecían en silencio, aunque el silencio no era tal ya que el volumen de los parlantes estaba tan alto reproduciendo *Camelia La Texana* de Los Tigres del Norte que los bajos hacían vibrar los asientos.

Recorrieron los caminos de grava que conducían a la civilización y en pocos minutos hicieron contacto con la autopista que conducía al centro, luego de cruzar el puente sobre el río Tijuana. Sobre el margen derecho, el Cristo de los Álamos pareció saludarlos con sus brazos extendidos.

Cruzaron el río a la altura de la Federal 1 hasta llegar a la rotonda de Cuauhtémoc, sobre la que estaba la estatua del último *tlatoani* de Tenochtitlán, con el distintivo plumaje sobre su cabeza. Doblaron a la derecha para tomar el Paseo de los Héroes, un amplio bulevar con un cantero verde en el medio. Faltaban menos de dos horas para que amaneciera y había poco movimiento en la calle a pesar de ser una zona de esparcimiento. En las inmediaciones de la Plaza del Zapato detuvieron la marcha. La camioneta que llevaba los cuerpos lo hizo en primer lugar y luego la que la escoltaba, mientras que la que había ido hasta ese momento abriendo camino se colocó en doble vía entre las dos. Quienes viajaban en la caja abrieron el portón trasero y bajaron los cuerpos y las cabezas cercenadas. Los dejaron tendidos en el pavimento, cubiertos con la lona.

Se alejaron luego en dirección a la casa de campo, dejando atrás los cuerpos abandonados en medio del Paseo de los Héroes.

Capítulo 35

If Not Now, When? —Si no es ahora, ¿cuándo?—
(Canción de Incubus, 2011)

—Eugenia, tengo que irme a Maldonado ahora mismo.

—¿Ahora? ¿Te da tiempo para almorzar?

—No, tengo que recibir a un argentino en el aeropuerto del Sauce y está llegando antes de las tres. Tengo que hacer 120 kilómetros en poco más de una hora. Voy a llegar justo y no quiero que me espere.

—Entonces te llevás una vianda y te vas comiendo las empanadas que acabo de hacer. Están calentitas.

Fernando fue hasta su dormitorio y puso lo indispensable en un bolso. Abrió el segundo cajón de su mesa de luz y sacó el pasaporte, que estaba guardado dentro de una caja de madera junto a unos gemelos de oro, la credencial cívica, estampitas de las primeras comuniones de sus hijos, la llave de repuesto del auto y un cortaúñas.

—Andá con cuidado, no vaya a ser cosa que te pongas el auto de sombrero.

—Quedate tranquila, me da el tiempo, llego bien —tomó la vianda junto con el bolso, se despidió de Eugenia con un beso y salió para subirse al auto.

Encendió el motor y la música de Incubus salió de los parlantes. Juan Pablo lo había utilizado la noche del domingo y había dejado en la memoria una selección de temas. Mientras salía, dejó que la música acompañara su adrenalina. Por un momento se sobresaltó pensando que no había llevado consigo la billetera, pero se tranquilizó cuando palpó uno de los bolsillos traseros del pantalón. No tenía idea del dinero que llevaba encima. En última instancia recurriría al cajero automático del aeropuerto. La crisis de 2002 le había pegado mal. Había quedado en la calle y, luego de ingentes esfuerzos, trató de internarse en el mercado inmobiliario. En esos momentos tenían que sobrevivir con el humilde sueldo de Eugenia como profesora de literatura. Fue el doctor Darío Grant el que lo sacó del pozo y lo hizo revivir. Él lo había metido en este entuerto y él mismo lo tendría que sacar. Si se quedaba sin plata afuera, tenía la esperanza de que el doctor

Grant lo asistiera. Cuando quiso acordar, estaba pasando por debajo del puente de las Américas. Pensó que no sería bueno dejar el auto en el estacionamiento abierto del aeropuerto. Al llegar a la rotonda de la vieja terminal, giró a la izquierda y se dirigió al Parking Aeropuerto, un viejo y amplio estacionamiento techado. Allí el auto podría permanecer varios días sin que nadie sospechara nada. Luego, con tiempo, cuando se comunicara con su familia, le pediría a Juan Pablo que lo fuera a retirar con la llave de repuesto. La camioneta del parking lo dejó en el sector Partidas de la moderna terminal y fue inmediatamente al primer monitor que vio con los horarios. Miró su reloj. Eran las dos de la tarde. El vuelo más próximo en salir era uno de Aerolíneas Argentinas hacia Buenos Aires. Salía en 45 minutos. Se acercó al mostrador de la compañía y pidió un boleto.

—Lo siento, caballero, el vuelo está completo. Podría ponerlo en lista de espera. Va a tener que esperar aproximadamente veinte minutos. Podrá embarcar si se baja alguna reserva.

—¿Y el siguiente vuelo a qué hora sale?

—El siguiente a Buenos Aires sale a las 16:25.

—¿Si pierdo el primer vuelo puedo embarcar en ese otro?

—Sí, no va a tener problema. Hay varios asientos disponibles.

—Bueno, entonces deme un boleto para este vuelo que sale ahora.

La empleada demoró tan solo un par de minutos en emitirlo.

—Ya puede acercarse a los mostradores de embarque que tiene aquí enfrente. Ahí le indicarán su número en la lista de espera. Que tenga un buen viaje, buenas tardes.

Se acercó a la fila. Tenía por lo menos quince personas adelante. Cuando llegó su turno faltaba menos de media hora para que el vuelo despegara. Le pidieron que esperara a un costado. Estaba nervioso y sentía que tenía hormigas en el cuerpo. Quería embarcar cuanto antes. Lo único que deseaba era estar a salvo, atravesar la puerta de embarque y pasar a terreno seguro. Los siguientes quince minutos fueron interminables. Eran las dos y media de la tarde. Faltaban 15 minutos para que saliera el vuelo.

—Señor Flores —lo llamó el empleado desde el mostrador— lamentablemente no se han liberado asientos para este vuelo. ¿Desea hacer el check–in para el de las 16:25?

—Sí, si no hay otra alternativa… —sentía en su cuello una soga invisible tensándose y dejándolo sin aire.

—Sírvase, caballero, la tarjeta de embarque. Va a embarcar por la puerta número 2.

Sin demorarse fue hasta la zona. Pasar por migración fue como atravesar un portal, dejando atrás a los que, según Grant, iban detrás de él. Guardó el pasaporte en su billetera y puso la tarjeta de embarque en el bolsillo de la camisa. Buscó un asiento cerca de la puerta y descansó su humanidad en él. Estiró las piernas y las cruzó. Cerró los ojos, respiró hondo y comenzó a sentir una leve sensación de alivio. Faltaba una hora para el primer llamado de embarque. Se había tomado un Valium antes de salir de su casa. Le costaba mantener los ojos abiertos. Lo fue venciendo el sueño y las imágenes comenzaron a surcar su mente. Sentía que se encontraba en un lugar muy especial. No era de noche, tampoco de día. Pisaba hierba y pinocha. En ese lugar nunca salía el sol. El cielo no tenía nubes ni estrellas. A escasos metros divisó una vieja iglesia de madera, totalmente gris, color que había adquirido por el paso de los años, tal vez de siglos. ¿Qué lugar podía ser ese? ¿Rusia, Finlandia, algún rincón perdido del norte de Noruega? Una cortina de colores, muy tenue, se veía sobre el cielo cerca del horizonte. Todo parecía visto desde una lente con tonalidades azules o violáceas. El olor a incienso era penetrante. Sintió que se despegaba del aire. Estaba volando. Se sentía liviano y había algo que lo atraía. A su izquierda vio una hoguera, y suspendido en el aire, se fue acercando a ella. Era como un insecto, liviano, etéreo, y la sensación era deliciosa. Recordó aquel primer beso, aquellos labios carnosos, aquella noche frente a la rambla. Sentía una voz que lo llamaba; esas lenguas de fuego amarillas y naranjas que danzaban crepitantes lo tenían sumido en un estado de éxtasis. Poseían una fuerza casi hipnótica. La hoguera, con su peligroso encanto, lo abrigaba y embriagaba. Sintió que se acercaba inexorablemente a ella, pero nada podía hacer. Su voluntad había sido cercenada. Era la fuerza encantadora del mismo fuego la que lo dirigía hasta allí; lo invitaba a un encuentro, a una unión. Sus labios buscaban hacer contacto con esa fuerza irracional, terriblemente poderosa y subyugante. Ansiaba fundirse en ese mar de lenguas incandescentes. Sintió el calor, pero enseguida las llamas comenzaron a abrasarlo, quemándolo, desintegrándolo. Se despertó de un sobresalto, con el corazón agitado y la camisa empapada en sudor.

Joan Vanolli salió del estudio del doctor Grant a las tres menos cuarto. Los taxis que pasaban iban ocupados. Caminaron hacia la esquina y vieron que

había una parada. Si bien no había ninguno en ese momento, la persona que estaba allí le dijo que él lo iba a conseguir en un abrir y cerrar de ojos. Cinco minutos después estaban camino al aeropuerto. Vanolli abrió la carpeta que llevaba consigo y sacó su tablet. Buscó frenéticamente la página del aeropuerto con sus dedos gordos, su mirada tristona y sus párpados caídos. Hizo clic en la pestaña de arribos y vio los vuelos que estaban por salir. Le habló a su guardaespaldas.

—El primero es uno de Gol a Porto Alegre. Sale a las 16:00. El siguiente es de Aerolíneas Argentinas. Va a Buenos Aires y sale a las 16:25. Hay otro de Latam a las 17:35 que va a San Pablo, y otro a Santiago de Chile a las 18:30. Como no sabemos qué vuelo va a tomar este gilipollas, vamos a tener que encontrarlo allí mismo, en el aeropuerto, ¿me comprendes? Hagamos lo siguiente. Compramos ahora online dos boletos a tu nombre para Porto Alegre y Buenos Aires. Haces check–in en los dos, embarcas, y como este aeropuerto no es grande, allí lo buscas y averiguas qué vuelo va a tomar. Me llamas, me dices el vuelo, yo compro el boleto, embarco y me reúno contigo. Lo más lógico es que tome alguno de los vuelos más próximos.

—¿Y cómo lo voy a identificar? No lo he visto nunca.

—Para algo sirven las redes sociales —contestó mientras le acercaba el iPad—. Mira, este es el perfil de su hijo Juan Pablo y aquí hay una foto de Fernando Flores.

—Vale, déjame acceder desde mi celular… Juan Pablo Flores… Aquí lo tengo. Hay más de una foto y son buenas. Espero tener suerte.

Llegaron al aeropuerto a las tres y media de la tarde. Pau Garcés se deshizo de la daga dejándola en el asiento trasero del taxi. Una vez que entraron en el sector Partidas, hizo el check–in en el mostrador de Aerolíneas Argentinas y enseguida se acercó a una computadora para hacer el check–in en el vuelo de Gol a Porto Alegre. Mientras tanto, Joan Vanolli leía un diario en una de las mesas de la cafetería. Prefería que su guardaespaldas hiciera el trabajo sucio. No quería exponerse sacando más de un boleto. Apenas diez minutos después de haber llegado al aeropuerto, Pau Garcés estaba ingresando en la sala de embarque. Le costaron apenas cuatro minutos para encontrar a Fernando. Estaba sentado frente a la puerta de embarque número dos, dormitando, con brazos y piernas cruzadas. La tarjeta de embarque que sobresalía del bolsillo de su camisa revelaba que tomaría el vuelo a Buenos Aires por la puerta 2. Se sentó a un par de metros

de Fernando y envió un mensaje a Vanolli para que embarcara en el vuelo a Buenos Aires. Quince minutos después, ambos estaban prontos para abordar el mismo vuelo que tomaría Fernando. Cada uno estaba sentado por su lado, impávidos, con la calma propia que precede a una gran tormenta.

Capítulo 36

Hollow —Hueco—
(Canción de Bjork, 2011)

El Boeing aterrizó en la pista del Aeroparque Jorge Newbery de Buenos Aires faltando diez minutos para las cinco de la tarde. Los pasajeros más ansiosos se levantaron antes de que el avión se detuviera por completo para retirar sus equipajes de los compartimientos superiores. El corpulento Pau Garcés estaba sentado en la fila 6, sobre la ventana derecha. Apenas cabía en el asiento y sus rodillas tocaban el asiento de adelante. Joan Vanolli había conseguido un lugar en la fila 17 y desde allí tenía una panorámica de buena parte del avión que contaba con 19 filas. Fernando Flores había viajado en la fila 10, en el asiento de la ventana derecha. Pau Garcés y Joan Vanolli esperaron a que Fernando se acercara al pasillo y avanzara hacia la salida. Lo siguieron a escasos metros de distancia. Luego de pasar por Migraciones, Fernando avanzó con paso decidido hacia el mostrador de la empresa de remises.

—Buenas tardes, quiero un remís para el microcentro, a Corrientes y Florida —dijo a la joven que estaba del otro lado del mostrador.

—Sírvase. El chofer lo va a llamar por el número que está aquí —respondió la joven indicándole el número en el ángulo superior derecho del ticket. Vanolli observaba todo a metros de distancia dejando que su fornido guardaespaldas hiciera el trabajo de campo. Pau Garcés aguardaba su turno detrás de Fernando. Era el siguiente.

—Un coche para el Microcentro —solicitó, repitiendo lo que había oído de boca de Fernando apenas un par de minutos antes.

Vanolli salió afuera para poder ver a qué coche se subía Fernando mientras Pau Garcés esperaba por el chofer dentro de la terminal. Vio que Fernando subió a un coche azul marino. Como Pau Garcés no aparecía, le hizo señas para que saliera. A diez metros había un taxi libre. Se subieron y Vanolli se encargó de darle las instrucciones al chofer.

—Caballero, le voy a pedir que siga a ese coche azul que acaba de salir. No lo pierda de vista, que si los perdemos, nos perdemos. Vamos a un congreso y uno de nuestros compañeros que va en él tiene nuestras

acreditaciones y la dirección del hotel. Creo que está en el Microcentro, pero no tenemos ni la más puñetera idea de dónde está exactamente.

—Ningún problema. ¿De qué parte de España son? —dijo el chofer del taxi. Su voz era flemosa y áspera.

—Somos de Barcelona —contestó Joan Vanolli sin muchas ganas de conversar.

—Para nosotros son todos gallegos, con respeto, ¿no? Acá a los españoles les decimos gallegos. ¿Son hinchas del Barça? ¿O del Espanyol? Allá tuvieron al mejor jugador del mundo y lo dejaron ir —volvió a toser de forma casi agónica.

—No tenemos idea del fútbol, hombre, nos da igual —replicó Vanolli. Trató de mostrarse seco para que no les diera más conversación. No pasó un minuto cuando el chofer rompió el silencio con su voz gangrenosa.

—¿No les molesta si prendo un faso? Tengo un chiste que me contó un pasajero hace un rato. Está para cagarse de la risa. No se preocupen que no es de gallegos. Va un tipo en pedo por la calle y se encuentra con la lámpara de Aladino. La agarra y la entra a frotar y, de repente, ¡puf!, aparece el genio azul de la lámpara. El genio se cruza de brazos y le dice "Te puedo conceder un deseo. Lo que quieras, yo lo haré realidad". El mamado se puso a pensar y dijo "¡Ya sé! ¡Quiero mear champán!". El genio le dijo: "Deseo concedido", y desapareció. El borracho peló el ganso y se puso a mear. La sorpresa que se llevó cuando se mojó las manos, lo probó, y se dio cuenta de que era un champán delicioso. ¡Ma qué Chandón ni Dom Perignón! Eso sí era un champán de verdad. A la media hora llegó a la casa dando tumbos. Se acercó a la mujer y le dijo "Vieja, ¡no sabés lo que me pasó! ¡Me encontré una lámpara con un genio y me concedió el deseo de mear champán!" La mujer le dijo "¡Qué bueno! ¡Voy a traer dos copas para brindar!". Y el mamado le dijo "No, traé una sola que vos tomás del pico".

Se festejó solo el chiste con una risa seguida de la tos repugnante que sugería que ese hombre ya había echado a suerte su vida.

—Por favor, no pierda de vista al coche —le dijo Vanolli, temiendo que el chofer se distrajera y lo dejara ir.

—Quédese tranquilo que lo tenemos cerca. No saben lo que me pasó ayer —siguió el chofer con su verborragia—. Era la una de la matina cuando agarro un viaje. No me di cuenta de que el tipo estaba en pedo. Me pidió que lo llevara a Belgrano. Cuando quiero acordar, miro por el espejo retrovisor y veo que el muy hijo de puta se me había dormido. Le hablo y

nada, estaba dado vuelta. Cuando llegamos a destino, ¡el tipo no se despertaba! Me bajé, abrí la puerta de atrás, lo entré a sopapear y el chabón no reaccionaba. “Pagame y bajate”, le decía yo, pero estaba en otro planeta, y pensaba “¡Me cago en la pared a la altura del número, ahora que hago con este hijo de cien mil putas!”. Estuve quince minutos así, hasta que se me ocurrió sacarle la billetera del bolsillo. Le saqué el importe del viaje más una generosa propina y se la volví a dejar en el bolsillo de atrás del pantalón. El tipo no decía ni pío. Al rato vi pasar un patrullero. Le hice seña de luces, lo sacaron y se lo llevaron a la comisaría.

—¡Pero, hombre, que lo ha dejado ir! —exclamó furioso Vanolli.

—Tranquilo que es ese que tenemos adelante.

—¡Hostia puta, no es ese! ¡Como no lo encuentre, le meto una mano por el culo y lo dejo del revés!

—No se ponga nervioso que lo encontramos en un rato. Si van al microcentro, van a ir por la autopista.

Vanolli ya no podía disimular los nervios cuando, por fin, sobre la 9 de julio a la altura del Teatro Colón, apareció el taxi en el que viajaba Fernando. Giraron a la izquierda por el Obelisco y tomaron Corrientes. El coche se encontraba adelante a unos metros de distancia. En la esquina de Corrientes y Florida se detuvo; Fernando bajó con su bolso. Vanolli pidió al taxista detenerse, pagó rápidamente y salieron siguiendo los pasos de su presa.

Fernando se sentía aliviado. Ya estaba en Buenos Aires. Sentía que el aire le entraba en el pecho. Estaría a salvo. Cruzó Corrientes y comenzó a recorrer la peatonal Florida en dirección a Lavalle. Buscó un lugar para comer algo. No había almorzado. Tendría que empezar una vida nueva fuera de Uruguay, tal vez cambiarse el nombre. Después llamaría a Eugenia, la haría viajar y tratarían de empezar de nuevo. ¿Una buena pizza o un bife de chorizo con papas soufflé? Prefería lo primero. Pensó que sería mejor opción conseguir un hotel. Luego de caminar poco más de dos cuadras, dio con uno que parecía bueno, de corte ejecutivo. Paredes en madera oscura, una columna gruesa revestida en acero. Minimalista, moderno. Se merecía un poco de confort después de todo lo que había pasado. Consiguió una habitación con un par de camas twin. Sábanas blancas, cubrecamas y almohadón bordó y una amplia cabecera color caoba. Dejó el bolso sobre la cama y salió a comer. Fue hasta una de las pizzerías más tradicionales de la calle Lavalle. Se pidió una pizzeta con jamón, aceitunas y muzzarella, y una

cerveza. Sobre su izquierda había un mural con un collage de fotos en blanco y negro de innumerables personalidades del espectáculo y el deporte argentino. Fue reconociendo a Martín Karadagián con su corbatita de cinta, a Piazzolla, Leguisamo tocando el bandoneón, Tita Merello y Nini Marshall, Aníbal Troilo, Edmundo Rivero y Carlos Gardel.

Vanolli también había conseguido una habitación en el mismo hotel. Estaba sentado en el lobby junto a Pau Garcés, leyendo diarios. Era clave seguir los movimientos de Fernando. Tenían que cerciorarse también del número de habitación. Sobre las siete de la tarde, Fernando regresó al hotel. Vanolli subió al ascensor detrás de él y esperó a que oprimiera el botón del piso. Contaba con una ventaja: Fernando nunca lo había visto. Lo siguió y al ver el número de la habitación, siguió de largo y simuló entrar a otra. Luego volvió a bajar. Averiguó para comprar un arma, llamando a una armería que estaba a diez cuadras del hotel. Le informaron que el trámite de tenencia urgente demoraba de cinco a siete días, por lo que descartó esa opción. Lo resolverían al día siguiente, luego del desayuno.

Al otro día, los dos españoles fueron a desayunar al piso Mezzanino. Vieron que Fernando se les había adelantado y ya estaba disfrutando de un jugo de naranja y medias lunas de manteca.

—Es ahora, cuando suba a la habitación —dijo Vanolli a Pau Garcés, y le acercó uno de los cuchillos dentados que había sobre la mesa—. No quiero seguir un día más con esto. Sabes cómo hacerlo. Nos quitamos este tema de encima y evitamos males mayores. Tú ya sabes cuáles son las reglas de este juego.

—Está claro —contestó parcamente, mirándolo a los ojos con su mirada oblicua.

—Vete al piso y quédate cerca de la escalera. Cuando veas al hombre, acércate por detrás. Ve ahora, antes de que deje la mesa.

Pau Garcés tomó el cuchillo, lo envolvió en una servilleta y lo guardó en un bolsillo interno de su campera de cuero negro. Subió hasta el sexto piso y se ocultó en la escalera. Tomó un par de guantes quirúrgicos que tenía en un bolsillo y se los puso. Desde allí podría ver cuando Fernando saliera del ascensor y tomara el corredor izquierdo para entrar a su habitación.

Fernando hojeaba un diario que había encontrado en la mesa contigua. Quería convencerse de que todo iba a mejorar. Tendría que traerse a todos, hasta a Martín, porque la represalia iba a ser dura. Si no lo podían encontrar

a él, seguramente irían por su familia. Tenía que hablar con Eugenia, no se podía demorar más. Un rápido cepillado de dientes y afuera a buscar un locutorio. Era mejor que hacerlo desde la habitación del hotel. Dejó el diario sobre la mesa y tomó la tarjeta magnética para abrir la puerta de su habitación. Mientras subía, imaginaba lo que sería su conversación con Eugenia. Primero la sorpresa y preocupación de saber que estaba en Buenos Aires; después tratar de tranquilizarla y de convencerla de que viajara para encontrarse con él para hablar más tranquilos y repensar el futuro. La puerta del ascensor se abrió en el sexto piso y salió hacia su habitación. Se detuvo en la puerta 606 e introdujo la tarjeta en la ranura. Vio la luz verde en la cerradura y abrió la puerta. Apenas cruzó el umbral, un brazo enorme le tapó la boca y fue empujado hacia adentro. Sintió el frío metal entrando sobre el costado derecho del cuello. El cuchillo seccionó piel, carótida y yugular. El flujo de sangre fue abundante, regando la alfombra de un rojo intenso. Pau Garcés lo sostuvo firmemente hasta que desangró por completo, como paisano carneando un capón. Fernando lo supo al instante. Le había llegado la hora. No tuvo tiempo de sorprenderse. Un sudor frío le recorrió el cuerpo, se le nubló la vista y sintió un repentino dolor de cabeza. En pocos segundos el dolor fue cediendo. Se sentía ligero, como suspendido en el aire. Veía una gran hoguera, una luz que lo atraía sin poderse resistir. Lo llamaba sin palabras. Nunca se había sentido tan bien. La luz fue creciendo y se sintió parte de ella. Era cálida. Era lo más intenso que jamás hubiera sentido. Un sentimiento de felicidad inexplicable. Parecía la orilla de una playa. El agua mojaba sus pies descalzos. Allí se quería quedar. Alguien se le acercó y lo recibió con un abrazo. Era su abuelo, pero no lucía como él lo recordaba. Resplandecía y parecía tener menos de treinta años.

Pau Garcés fue hasta el baño, abrió el grifo del lavatorio, enjuagó el cuchillo y lavó sus manos, aún con los guantes de látex. Se los quitó, los introdujo en una de las bolsas de nylon para lavadero y se la llevó consigo para tirarla fuera del hotel. Al salir, antes de cerrar la puerta tuvo la precaución de colocar en el picaporte el cartel de “No Molestar”.

Capítulo 37

El séptimo sello
(Película de Ingmar Bergman, 1957)

DOS AÑOS ANTES

Habían pasado tres días de los asesinatos de Victoria y Julián. Santi estaba sentado junto a Bernardo en la amplia terraza del frente de la casa coronada por la vistosa balaustrada de piedra. Una amplia sombrilla los protegía del sol del mediodía. La mirada de Santiago estaba fija en el tablero de ajedrez. Era su turno. Dio una pitada al puro que tenía en su mano izquierda y se dio cuenta de que se le había apagado. Tomó el encendedor que estaba sobre la mesa y lo volvió a prender. La mirada seguía fija en el tablero. Bernardo, que jugaba con las blancas, ya había perdido dos caballos, un alfil, una torre y cuatro peones. Fuera del tablero, las únicas fichas negras que había eran dos peones y un caballo. Santiago parecía saborear cada minuto del juego, pues en su mente anticipaba varias jugadas y ya percibía el jaque mate. Tenía puesto un sombrero de vaquero color crema, igual que sus pantalones y botas tejanas. La camisa de manga larga a rayas celestes completaba el atuendo, indudablemente achalinado. En la mesa, además del tablero de ajedrez, había una fuente con frutas y dos platos con los restos de lo que había sido el desayuno de ambos.

—Santi.

—Shhhhh, usted callado cuando es mi turno.

—Tenemos visitas.

Bernardo había visto inicialmente la nube de polvo sobre el camino. Santi giró su cabeza a la derecha sobre la balaustrada y vio una camioneta negra aproximándose, pero no se inmutó.

—Es tu turno —le dijo a Bernardo.

—¿Mi turno? ¿Ya moviste?

—¿Estabas distraído?

—No, es por la camioneta… —tomó la torre que estaba sobre su derecha y la movió cuatro casilleros hacia adelante, comiendo una torre negra. Una

fracción de segundo después de soltar la pieza se arrepintió y la volvió a tomar con sus dedos queriendo devolver la torre rival a su posición.

—No, no, no, no, no, no, no, no, no. ¡Pieza movida! Ahora me toca a mí.

Bernardo, con su movimiento, había dejado desguarnecido a su rey por el flanco derecho. Santi, sin llegar siquiera a pestañear, avanzó con su reina hasta el otro extremo del tablero.

—¡Jaque Mate! —dijo mientras le exhalaba en la cara el humo espeso del puro con una carcajada.

Bernardo no tuvo otra alternativa que mirarlo resignado con una leve sonrisa en el rostro. Por la puerta ventana que daba a la terraza se asomó uno de los caseros.

—Señor Santiago, el señor Cuauhtémoc Álvarez lo espera en su despacho.

—Gracias, Ramón, decile que ya voy.

Esperó que se retirara y se dirigió a Bernardo.

—¡Qué culorroto que es este imbécil! Si sabe que estoy acá arriba, ¿por qué mierda no sube?

Con fastidio se levantó y, sin dejar el puro, entró en la casa y bajó hasta el despacho. En el minuto que le tomó llegar fue cavilando sobre qué se traería entre manos ese hombre. Era un pájaro de mal agüero.

Al entrar lo vio cómodamente sentado en un amplio sillón de cuero marrón. Hacía ya varios años que Cuauhtémoc Álvarez había pasado los cincuenta. Estaba vestido de arriba a abajo de negro y el prominente abdomen amenazaba con lanzar como un proyectil alguno de los botones de la camisa. Negra como su ropa también lo era su lacia cabellera, peinada hacia atrás, al igual que su fino bigote de lápiz. Tenía la cara oval, con frente angosta, pómulos salientes y papada.

—¿Qué pasa, amigo, que venís a visitarme? —preguntó Santiago apenas atravesó el umbral de la puerta de entrada al despacho.

—¿No lo sabes aún?

—¿Hay algo de lo que no estoy enterado?

—Yo diría que sí.

—¿Querés tomar algo? —preguntó mientras se acercaba al bar que estaba junto a la biblioteca.

—Sírveme un vaso de ron.

—Yo soy fiel al vodka —dijo mientras servía ambos vasos. Luego se sentó en el otro sillón y miró a Cuauhtémoc en actitud de escucha, con el

codo apoyado en el posabrazos derecho y el vaso a escasa distancia de su boca.

—¿Has leído El Mexicano de hoy? —dijo Cuauhtémoc.

—No, no me ha llegado aún.

—Pues aquí lo tienes —y se lo tiró sobre la mesa que tenían a la altura de sus rodillas—. Fíjate en la segunda página.

Santiago tomó el diario, lo abrió y se puso a leer con atención.

—¿Te has encontrado? La DEA te ha incluido en su lista de narcotraficantes más buscados. Allí está tu nombre. Un pelo de concha jala más que una yunta de bueyes. Parece que la morra habló. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que si sé lo que eso significa? ¿Qué mierda querés decir? —contestó Santiago con evidente molestia.

—Mira, si sigues aquí en la ciudad, tarde o temprano vas a ser un hombre muerto —le hablaba sin mirarlo, haciendo círculos con el dedo índice de su mano izquierda sobre el sombrero negro de vaquero que tenía apoyado en el sillón—. El hecho de que te quedes en lo mismo que hasta ahora nos puede meter en un buen lío. Tienes que irte de aquí, bien lejos. Es hora de hacer una rotación. Seguirás trabajando para el cártel, pero fuera de este lugar. No nos importa si te quieres quedar, si no le temes a las balas de los enemigos o a las rejas gringas. Hoy mismo te tienes que ir y vamos a facilitarte la salida. La orden es que regreses a Montevideo. Esta tarde sale un jet privado rumbo a Tuxtla. Desde allá cruzarás la frontera con Guatemala en autobús, que es la forma más segura de esquivar los controles migratorios. No tienes que bajarte del bus, así que estarás protegido de cualquier identificación. Viajarás con documentación falsa. En Ciudad de Guatemala tomarás un vuelo que te llevará a Montevideo. Yo voy contigo a Tuxtla y en el avión te pondré al tanto de tus futuras tareas.

—Ya me lo imagino —contestó con indiferencia y fastidio.

Con fastidio porque si bien era consciente de ser solo un eslabón en una cadena de poder, su espíritu se resistía a cualquier clase de dictamen que viniera desde arriba; y con indiferencia porque se consideraba nómada. Nómada en lo estrictamente territorial y también en lo afectivo. No era capaz de depositar una pizca de afecto en nada ni en nadie. Tal vez Victoria hubiera sido en parte la excepción a la regla, o algo así como una filtración menor que hubiese sido detectada a tiempo en la presa Hoover.

—Es lo que te ofrecemos. Estás en libertad de aceptar nuestra propuesta o rechazarla. Si tienes una idea mejor, no tienes más que decírmelo. Eres libre.

—Así como me planteás las cosas es evidente que no tengo alternativa —dijo Santiago y tomó de un trago lo que quedaba en su vaso antes de incorporarse—. Habrá que poner manos a la obra.

—Lleva lo imprescindible. Tendrás lo necesario para el viaje y cuando estés en Uruguay se te facilitará todo. No te va a faltar nada.

Cuauhtémoc Álvarez se levantó del sillón, le estrechó la mano y se retiró.

Cinco horas más tarde, Bernardo acercó a Santi al aeropuerto. Llevaba tan solo una valija de mano. Había poco movimiento en el sector de vuelos domésticos y con el primer golpe de vista encontró a Cuauhtémoc Álvarez sentado frente al sector de check–in, quien lo vio y se incorporó.

—Ven conmigo que ya nos están esperando.

Santi lo siguió y, tras pasar por el sector VIP, accedieron a la pista. Se acercaron al avión caminando, estaba esperándolos a escasos metros de allí.

—Lindo pájaro —observó Santi.

—Es lo último, un Citation CJ4, ya verás lo que es por dentro.

Tenía dos turbinas de última generación, ambas adosadas a la parte posterior del fuselaje, y cinco ventanas ovales a cada lado en el sector de pasajeros. Una vez dentro, Santiago pudo contemplar la sofisticación del aparato. Tenía capacidad para cuatro pasajeros en butacas enfrentadas, finísimas en cuero color crema, con posibilidad de girarlas. Se acomodaron en las dos que miraban hacia adelante. El mismo piloto cerró la puerta por la que accedieron y luego pasó a la cabina.

—¿Cuánto va a demorar el vuelo? —preguntó Santi al comandante.

—Menos de cuatro horas. El avión vuela a 400 nudos y la distancia es de 1.500 millas náuticas. Antes de las 9 PM estaremos aterrizando en Tuxtla. Que disfruten del vuelo.

Cuauhtémoc Álvarez sacó de su portafolios una pequeña tarjeta y la introdujo en un compartimiento multimedia que se encontraba sobre una de las paredes del fuselaje. Cada uno de ellos disponía de una pantalla de catorce pulgadas en las que comenzó a reproducirse una presentación.

—Como verás, esta es la ruta hacia Europa. Comienza aquí, en Bolivia. Tenemos una incontable cantidad de hectáreas de plantaciones de coca. Se

cultiva, se cosecha y allí mismo se procesa la cocaína. Luego comienza la parte logística. Tenemos dos rutas terrestres. Una atraviesa Paraguay, sigue por Brasil y entra a Uruguay por vía terrestre. La otra sale de Bolivia, pasa por Argentina y entra a Uruguay a través de barcazas por el Río Uruguay. En Uruguay te va a esperar Alfredo Paredes, ¿te acuerdas de él?

—Sí, claro. El Cabeza.

—Exacto. Él está a cargo de la operación Uruguay. Cuenta con la colaboración de policías y funcionarios de aduana para poder transportar sin sobresaltos la mercancía desde el norte del país hasta los contenedores en el puerto de Montevideo. Tú te vas a encargar de la custodia durante todo el trayecto dentro del país. Vas a contar con armas que ingresan junto con la mercancía que llega por Brasil. Tenemos un acuerdo con el cártel de Santo Ângelo, al sur. Nos garantizan el trasporte hasta la frontera con Uruguay, reciben su cargamento y, en contrapartida, recibimos armas que ellos sustraen del propio ejército brasileño.

—Clarísimo.

—Una vez en el puerto de Montevideo, las cajas con la cocaína son cargadas en contenedores. Estos contenedores se cargan en barcos que van hacia Guinea Bissau. Allí se descarga y es transportada por tierra hacia Marruecos. Desde allí entra a España por Ceuta y Melilla, las dos ciudades españolas que están en el norte de África. Todos los países del noreste africano, desde Guinea Bissau, pasando por Senegal, Malí, Mauritania, Sahara Occidental y Argelia, tienen un control muy débil en sus fronteras, lo que nos permite transportar la droga por tierra sin problemas. Por otra parte, los niveles de inspección tanto en Ceuta como en Melilla son los más bajos de la Unión Europea. Desde allí son enviadas al continente europeo en lanchas ultra rápidas que tienen hasta cinco motores cada una. Esto es todo lo que tienes que saber. Cuando estés en Montevideo, vas a tener que responder a las órdenes de Alfredo, él te proveerá de todo el material tanto humano como de armamento. Lo demás tú sabes hacerlo bien. ¿Alguna pregunta?

—Esto no lo hago por amor.

—Tienes razón, no mencioné el tema porque daba por sentado que mantendrías tu estatus. Será igual que en Tijuana pero en Uruguay. Creo que te sentará bien vivir en un chalet en Punta del Este. Y no me vas a decir que te resulta molesto irte a tu país, donde se vive un tanto más tranquilo

que en México, manteniendo tu nivel. No te olvides de que te estás escapando de la DEA.

—De acuerdo, está bien —contestó mirando al suelo. En su espíritu ambicioso se sentía como un pájaro al que le habían cortado las alas. Siempre aspiraba a más.

—Aquí tienes un pasaporte y el pasaje a Montevideo.

Santi tomó los documentos, miró el pasaporte y esbozó una sonrisa al leer los datos de su nueva identidad. Había nacido en Buenos Aires y se llamaba Juan José Jiménez.

—Así que ahora soy porteño...

Capítulo 38

The Departed —Los infiltrados—
(Película de Martin Scorsese, 2006)

Seis… siete… ocho… nueve… diez… otra de press de banca pero con cinco kilos más de cada lado. *Yo me pregunto cómo puede ser que el Jota supiera que los habíamos ubicado, es evidente que estos narcos hijos de puta están metidos en todos lados.* Uno… dos… tres… cuatro… *Que voy a encontrar a la manzana podrida la voy a encontrar cueste lo que me cueste.* Ocho… nueve… diez… Para espalda sesenta kilos está bien para empezar. *Qué buen culo, por Dios, y también está fuerte de tetas, aunque de cara más o menos, digamos que del montón, pero tiene un cuerpazo más fuerte que empanada de Mentitas. A esta flaca me la voy a levantar, ya me la imagino cabalgándome encima. Hay de todo en este club, otra vez el puto que me tira miradas y se mira en el espejo como si fuera Adonis, ni en pedo me como un flaco con las minas lindas que hay*. Uno… dos… tres… cuatro… *Quién será el hijo de puta que nos está traicionando. Carlos el Colorado, el Sombra Píriz o hasta Pereyra, todos pueden ser. El tema es saber hasta qué punto los narcos están metidos, hasta el presidente podría estar comprado. Hoy día el poder verdadero no es el político, el poder es el de la guita.* Ahora espalda con diez kilos más uno… dos… tres… cuatro… *Por Carlos pondría las manos en el fuego, casi que nos criamos juntos. Ahora, del Sombra Píriz y del Colorado García no podría decir lo mismo... Yo no entiendo cómo esa veterana puede caminar en la cinta y leer una revista al mismo tiempo.* Nueve… diez… ahora con diez kilos más. *Cuando seguimos el auto de Fernando Flores alguien les avisó eso, es obvio, habíamos captado la señal y la ubicación del vehículo, pero cortaron justo cuando los habíamos localizado... No te podés agachar así delante de mí, no podés ser tan hija de puta. Por Dios, lo hace a propósito, qué pedazo de culo.* Ocho… nueve… diez… *Lo que puedo hacer es investigar sobre mi equipo, el resto está fuera de mi alcance, lo más probable es que ahí esté el Judas, lo mejor es que hable con Carlitos, que lo noto raro, el otro día me decía que prefería contactar al Jota en vez de ir a Paysandú a interrogar a Martín y su familia, no sé si esto quiera decir algo, pero ahora veo*

fantasmas en todas partes... aparte de este ojete que me tiene loco. Uno… dos… tres… cuatro… cinco...

A las ocho y media, Soria salió del club en dirección a la Jefatura de Policía. Durante toda la mañana estuvo madurando la idea de hablar cara a cara con Carlos Fleitas. Tenía que encararlo y ver qué podía sacar en limpio, si realmente estaba involucrado.

—Carlitos, ¿vamos a comer al bar de la esquina? —le invitó pasadas las once de la mañana cuando volvía de un operativo en la Cruz de Carrasco.

—Sí, claro, Rober. Si podemos salir a las doce y media puntual mejor porque a esta hora ya me estoy muriendo de hambre.

Fleitas pasó a la parte más burocrática de su trabajo que era documentar los operativos en los que intervenía, dejando un respaldo de todos los movimientos, en este caso particular, el copamiento de un negocio.

A las doce y media ya estaban en el bar que solían frecuentar todos los mediodías.

—¿En qué andás, Carlitos? Te veo medio cabizbajo últimamente —dijo Soria mientras probaba unos *cappellettis* a la Caruso.

—Hace una semana que me fui de casa. Estoy yendo a ver a los chicos, pero es todo una cagada, una reverenda cagada.

—Ah la mierda, ¿y te parece que va a ser definitivo o puede haber solución?

—Está todo mal.

—¿Te mandaste una cagada?

—No, yo no.

—¿Fue ella?

—No, no es eso. La cosa se fue desgastando de a poco, que la plata no alcanza, que uno está lleno de problemas y al final la rutina te empieza a matar. Últimamente nos pasábamos peleando y la verdad es que mi paciencia se colmó. Es jodido volver a estar solo, pero no podíamos seguir así. Che, Roberto, cambiando de tema, acá alguien nos está haciendo una cama. Alguien les avisó que los habíamos ubicado.

—Sí, alguien nos está serruchando el piso —contestó Soria antes de llevarse un *cappelletti* a la boca.

—No me deja en paz saber que alguien de los nuestros está jugando para el otro bando con los peligros que eso supone para nosotros.

—¿Vos desconfiás en alguien en particular?

—Pruebas no tengo, pero me parece que el soplón está cerca. Me da para pensar por momentos que el problema esté más arriba. Ahí ya no cortamos ni pinchamos.

—Va a ser difícil sacarle la ficha, salvo que cometa un error muy grande. Por eso tenemos que estar atentos.

—Vos contá conmigo. Me conocés. Le vamos a sacar la careta.

—No tenés ni qué decirlo, sé que cuento contigo.

Una hora después de que regresaran de almorzar, Fleitas llevó a Soria a uno de los privados que tenían para interrogatorios. Era una pequeña sala interior. No tenía ventanas, a diferencia de la otra que contaba con un sistema de micrófonos para que los otros oficiales pudieran oír los interrogatorios. En esta sala, que medía dos metros por dos, sólo había un escritorio y dos sillas.

—Roberto, tengo un mal pálpito.

—¿Qué querés decir con eso?

—¿Vos te acordás quién fue el que puso el localizador en el auto de Fernando Flores? ¿Quién fue el primero que obtuvo los datos de localización?

—¿Vos te referís al Colorado?

—Sí, lo noto extraño últimamente. Yo lo miraría más de cerca.

—Yo también pensé en él, pero no tengo ningún fundamento. Son solo conjeturas y no las puedo probar de ninguna forma.

—Me sentía en la responsabilidad de decírtelo. Si me equivoco me equivoco, pero peor es quedarme callado.

Ese día habían recibido una denuncia de desaparición de una mujer de 26 años de Villa Española junto a su hija de cuatro. Era probable que fuera una de las tantas separaciones donde la madre se llevaba a sus hijos a la casa de algún familiar en el interior. Soria asignó al Colorado y a Fleitas para que fueran a investigar al domicilio del denunciante, que en este caso era el concubino y padre. Lo hizo a propósito, ya que quería tener el terreno limpio como para investigar en la jefatura. No sabía por dónde empezar. Lo primero que se le ocurrió fue revisar el escritorio del Colorado. Estaba en el área común del Departamento de Delitos Complejos, junto a los escritorios del Sombra Píriz, de Fleitas y del suyo. En ese momento estaba solo. El Sombra Píriz estaba con licencia por enfermedad. Los cajones no estaban trancados. En el primero había sellos y un par de carpetas. Nada relevante.

En el segundo encontró una agenda, pero tampoco pudo sacar nada en limpio. Tenía escritas las primeras hojas con recordatorios sobre dentista, fútbol cinco y algún que otro cumpleaños. Siguió revisando los escritorios restantes. Luego de hacerlo, quedó más perdido que al principio. Si el Colorado tenía algo en Jefatura, otro lugar posible eran los casilleros del vestuario. Decidió ir. Bajó las escaleras y entró. No había nadie. Cerró la puerta y la trancó. Sabía cómo abrir un candado, la llave maestra no fallaba, o por lo menos no le había fallado hasta ese momento. Le costó más de lo previsto abrirlo. Estaba un poco oxidado. Cuando abrió el casillero se preguntó qué estaba buscando. Se limitó a observar. Del lado interior de la puerta del casillero había un almanaque con una chica rubia tapándose los pezones con la punta de sus dedos. Había ropa colgada. Un blazer, una camisa y un par de pantalones. Revisó los bolsillos, pero no encontró nada. En el primer estante había un par de libros. Los hojeó minuciosamente, los revisó hasta de canto, pero no encontró nada, eran solo libros. Junto a un par de zapatos había una mochila. La retiró para ver si encontraba algo detrás, pero solo pudo ver la chapa del fondo del casillero. Dentro de la mochila había una toalla, un par de calzados deportivos, medias, una camiseta *dry fit* y un *necessaire* con desodorante, kit de afeitar, perfume, peine y gel. Del lado de afuera tenía varios bolsillos. Los dos primeros estaban vacíos. En el tercero encontró una hoja de cuaderno doblada en cuatro. La abrió y vio que tenía sólo números. En realidad, eran números separados por barras y guiones. Pensó que podía ser un mensaje cifrado. Le vino a la mente la máquina que habían desarrollado los alemanes en la Segunda Guerra Mundial para cifrar mensajes, la Enigma. O la escítala que usaban los espartanos. No eran fechas, ni números de teléfono, ni las figuritas que le faltaban para llenar un álbum. Era algo más. Lo percibía. Tenía que llevarse una copia. Sacó el celular de su pantalón y le sacó una foto. Devolvió la hoja al bolsillo de la mochila y cerró el casillero. Salió del vestuario y abrió el archivo con la imagen de la hoja en su *smartphone*. Eran conjuntos de números agrupados por algún patrón que no lograba discernir.

03/25/24/05 – 02/21/02/16 – 01/02/23/14 – 01/09/06/12 – 04/23/31/03 – 12/07/10/04 – 04/03/15/18 – 48/16/14/07 – 47/13/10/07 – 62/05/03/05 – 49/12/06/08 – 01/05/03/04 – 50/16/26/17 – 09/18/08/08 – 01/12/08/20 – 11/02/01

El Colorado podía ser un correo entre el Jota y el resto de la banda, de la que no tenía pistas. Tenía sentido que mandara mensajes cifrados desde el momento en que ya no podía usar celulares desde la cárcel, pues ya había sido marcado como el cerebro del secuestro. No pararía hasta descifrarlo. No sabía cómo, pero tenía claro que lo haría, le llevara el tiempo que le llevara; horas, días o semanas, pero lo haría. No podía hacerlo ahí a la vista de todos. No le diría a nadie, aún no sabía si esos números tenían algún significado. Tampoco podía hacer ninguna acusación si no tenía pruebas y, como a esa altura dudaba hasta de su sombra, mantener silencio era lo más prudente. Esperaría a llegar a su casa para comenzar a descifrarlo.

Capítulo 39

El niño con la manita y otros
(Cuentos de Fiódor Dostoievski, 1876)

DOS AÑOS ANTES

El tren de aterrizaje del Citation tocó la pista del aeropuerto de Tuxtla a las nueve de la noche. Cuauhtémoc, que se había dormido, despertó al sentir el roce de las ruedas contra el cemento de la pista. Santiago, ajeno a su compañero de viaje, observaba por la ventana las luces del aeropuerto. Una vez que el avión detuvo su marcha y las turbinas se apagaron, el piloto procedió a abrir la puerta. Tiró de ella hacia adentro y luego la empujó, haciendo que girara sobre sí misma hacia la izquierda. Santiago salió primero de la nave. Sintió el calor húmedo en su rostro y recibió con alivio la sensación de estar pisando tierra firme. No era amigo de los aviones.

—Santiago, hasta acá llego yo —dijo Cuauhtémoc al ingresar a la terminal—. Te deseo, amigo, éxitos en tu nueva misión.

Amigo las pelotas, pensó Santiago.

—Gracias, Cuauhtémoc, voy a echar de menos este país y a todos ustedes.

Lo miró firmemente, estrechó su mano y se dio media vuelta.

Al día siguiente abordó el autobús rumbo a Ciudad de Guatemala. El viaje duró más de diez horas entre montañas y puestos fronterizos. Intentó pasar el tiempo leyendo un libro de cuentos rusos, aunque el camino lo obligó a abandonarlo por momentos. Llegaron al atardecer. Como su vuelo salía al día siguiente, se alojó en un hotel cercano a la terminal, cenó algo rápido y se fue a dormir.

El avión partió poco después de las dos de la tarde. Tras una breve escala en Ciudad de Panamá continuó hacia Montevideo. Al acomodarse en su asiento maldijo a Cuauhtémoc al comprobar que el pasaje era en clase económica.

A su izquierda viajaba una rubia extravagante, cargada de perfume y maquillaje. *Seguramente es de las que se masturban pensando en su jefe*, se dijo. A su derecha, una morocha de lentes leía en silencio un libro en un

idioma que no logró identificar. *Esta seguro coge con su marido pensando en el amor imposible que tuvo a los veinte*. *En el fondo, son todas unas zorras,* pensó ahora.

Después de la cena tomó una pastilla para dormir con un vaso de vino. Mientras reclinaba el asiento le vino a la cabeza, como tantas veces, el recuerdo de su infancia: su madre prostituta, el hogar del Consejo del Niño, y Gabriel, su hermano de vida. Nadie los adoptó porque ya eran grandes. *Mi madre no me parió, me cagó la muy puta*, pensó. Se puso los auriculares, cerró los ojos y dejó que la canción lo arrastrara lentamente hacia el sueño.

Capítulo 40

Carros de fuego
(Película de Hugh Hudson, 1981)

Antes de llegar a su casa, Roberto Soria pasó por el supermercado y se compró un vino tannat. Lo esperaba una noche de desvelo. No sería fácil. Se prepararía una buena picada con queso colonia, salamín, papas fritas y maní. Pensaba que los números tendrían algún tipo de relación con letras, pero era extraño porque los números estaban en grupos de a cuatro. No podían ser todas las palabras de cuatro letras. Apenas llegó a su casa se quitó la ropa que había usado durante el día y se puso una bermuda, una remera y ojotas. Se sentó en el sillón frente al televisor y puso la *laptop* sobre su falda. Ante la vista tenía la imagen de los números. Eran quince grupos de cuatro y el último tenía tres. Fue por su primera hipótesis. Si sumaba los números de cada grupo obtendría un nuevo número, que equivaldría a una letra. La letra "a" sería el 1, la "b" el 2, y así hasta la "z" que sería el 27. Si el número resultante de la suma fuera mayor de 27, supondría que la "a" sería el 28, como si a cada alfabeto sucediera otro y otro. Tomó una hoja y comenzó. El primer grupo sumaba 57. Equivalía a la letra "c". El segundo grupo sumaba 41. Era la letra "n". El tercer grupo sumaba 40. Era la "m". Cuando terminó obtuvo "CNMAGFMEWTTMAOAN". Lo leyó y releyó. No quería decir nada, ni del derecho ni del revés. Podía ser un anagrama. Imposible saberlo. Arrugó el papel y lo tiró lejos. Se sirvió una primera copa de vino. Decidió averiguar en internet sobre encriptación de mensajes. Se detuvo en un artículo de cifrado por transposición chino. En ese caso, el mensaje se escribía en forma vertical de derecha a izquierda y de arriba hacia abajo. Si se quería escribir EL HOMBRE CRUZÓ LA CALLE, el cifrado era:

A	C	C	E	E
L	A	R	R	L
L	L	U	B	H
E	O	Z	M	O

El cifrado chino sería entonces ACCEE LARRL LLUBH EOZMO. Por ahí podía estar la solución. Volvió a tomar una hoja y escribió a la izquierda los números ordenados por grupos verticalmente y, a la derecha, la letra equivalente de cada número.

03/25/24/05	C	X	W	E
02/21/02/16	B	T	B	O
01/02/23/14	A	B	V	N
01/09/06/12	A	I	F	L
04/23/31/03	D	V	D	C
12/07/10/04	L	G	J	D
04/03/15/18	D	C	O	R
48/16/14/07	T	O	N	G
47/13/10/07	S	M	J	G
62/05/03/05	H	E	C	E
49/12/06/08	U	L	F	H
01/05/03/04	A	E	C	D
50/16/26/17	V	O	Y	P
09/18/08/08	I	Q	H	H
01/12/08/20	A	L	H	S
11/02/01	K	B	A	

Ya estaba en la tercera copa y en el plato quedaban dos cuadrados de queso y tres rodajas de salamín. El cifrado chino tampoco lo llevaría a ningún lado. Las palabras que había obtenido eran: EONLCDRGGEHDPHS AHHYCFCJNOJDFVBW XTBIVGCOMELEOQLB KAIVAUHSTDLDAABC. Otra vez obtenía berenjenas. La hoja arrugada terminó en el piso, cerca de la anterior. Estaba perdiendo la paciencia.

Completó nuevamente la copa, apoyó los pies sobre la mesa baja y prendió el televisor. Estaba sintonizado el canal 10, con el programa "Salven el Millón". Necesitaba unos minutos de distracción, de entretenimiento liviano. Participaba una pareja de jóvenes. Las categorías a elegir eran Autos o Libros. Eligieron la segunda. Las posibles respuestas eran Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti, Eduardo Galeano o Francisco Espínola. Seguramente preguntarían quién había escrito tal obra. Tal como había pensado, la pregunta fue: ¿Qué autor uruguayo escribió "La Tregua"? *Esa es fácil*, se dijo. La pareja también tenía clara la respuesta. A su lado estaba la *laptop* abierta con la imagen de los números que se había propuesto descifrar. La segunda pregunta tenía las categorías Religión o Números. *Que elijan números, a ver si me dan alguna idea,* dijo en voz alta mientras saboreaba el vino. Eligieron Religión, y las opciones de respuesta eran 66, 73, 96 y 98. Los números lo perseguían. La pregunta era: ¿Cuántos libros tiene la Biblia católica? *Qué pregunta de mierda y al pedo, son preguntas bien para hacer perder*, se dijo en voz alta. La pareja del otro lado del televisor se mostraba perpleja. Apostaron sin saber. Soria se llevó a la boca la última rodaja de salamín, terminó la copa de vino de un trago y fue al baño. Al volver, la pareja estaba de la mano con los rostros expectantes, aguardando el desenlace. Si el número correcto era 66, entonces seguían en juego con trescientos mil pesos, de lo contrario, quedaban afuera. Tras varios segundos de suspenso, los quince paquetes de dinero desaparecieron. Con amargura aprendieron que la Biblia católica estaba compuesta por 73 libros.

Decidió seguir investigando en Internet. Comenzó leyendo un artículo sobre el cifrado César, que consistía en sustituir cada letra del alfabeto por otra a un número fijo de posiciones más adelante. No le servía. Necesitaba información sobre cifrados que utilizaran números. Pasó rápido también por un artículo sobre el cifrado de sustitución de Vignère, que tampoco le servía. El siguiente artículo le resultó más interesante. Se trataba del cifrado

de libro. Se debían conseguir dos libros idénticos, de la misma edición, que coincidieran palabra por palabra en cada página. Tanto el emisor como el receptor del mensaje cifrado debían tener un ejemplar. El emisor buscaría en el libro las palabras que formarían parte del mensaje. Los primeros tres dígitos correspondían a la página en la que se encontraba la palabra. Los dos siguientes al renglón, y los dos últimos a la posición de la palabra dentro del renglón. Si la palabra era la séptima del segundo renglón de la página 167, entonces el cifrado de la palabra era 1670207. Si habían usado el cifrado de libro para escribir el mensaje, definitivamente no era exactamente el que leyó en la página web, ya que había un criterio adicional. Había cuatro números en cada grupo, salvo el último que tenía tres. Además, ¿qué libro habrían usado? Se sentía más cerca de la solución, pero de todas formas tenía la sensación de estar girando en círculos. Pensó que lo mejor era dejar a un lado el mensaje y seguir la lucha por otro lado. Necesitaba información.

Llamaría al director del Comcar, el inspector Daniel Fagúndez.

—Estoy trabajando en el caso del secuestro en el que está involucrado Santiago Guerrero, alias el "Jota", recluido en el Módulo cuatro.

—Sí, tengo presente el tema.

—Necesito saber qué visitas ha tenido últimamente. Tengo firmes sospechas de que tenemos infiltrados dentro de Jefatura.

—Desde que ustedes captaron las llamadas que hizo desde su celda, se le castigó prohibiéndole las visitas. Estaba trabajando como asistente de la bibliotecaria, redimiendo pena.

—¿Qué trabajo hacía puntualmente?

—Desde hace algunos meses, una bibliotecaria está yendo a la cárcel una vez por semana en forma voluntaria y Guerrero llevaba un registro de los libros que se prestaban, igual que en cualquier biblioteca. Si no me equivoco, esta joven va los miércoles.

—¿Usted recuerda su nombre?

—Si me da un minuto, busco en mi celular y se lo paso por mensaje.

Luego de cortar, las ideas le rondaban la cabeza a gran velocidad. El primer pálpito era que efectivamente habían usado un libro para hacer el mensaje cifrado. Enseguida recibió el mensaje con el nombre de la bibliotecaria y el número de celular. Se llamaba Valeria Díaz.

Guerrero trabajaba con libros. Entonces tenía un libro y alguien fuera de la cárcel tenía otro exactamente igual, de la misma edición. Repentinamente se dio cuenta de que había pasado por alto los dos libros que el Colorado tenía en el casillero. Se maldijo por no haberse dado cuenta en el momento. Recordó que se trataba de dos novelas policiales y, si hubieran usado esos libros para codificar, cabía la posibilidad de que el mensaje tuviera un número de página, luego un número de renglón y finalmente un número de palabra dentro del renglón. Pero el cuarto número no le cerraba. ¿Podía referirse a los capítulos del libro? No, porque si tenía número de página no tenía sentido poner número de capítulo. Era irrelevante. Llenó una vez más la copa de vino. Miró la botella y vio que le quedaba para una última copa. Había perdido la noción de la hora. Entre tanto discurrir ya habían pasado las doce de la noche. Decidió buscar entre su pequeña biblioteca dentro del placar del dormitorio para ver si alguno de sus libros le decía algo. Se dio cuenta de que tenía más libros de los que él hubiera pensado. Fue sacando novelas de John Grisham, Michael Crichton, John Katzenbach, cuentos de Edgar Allan Poe, la trilogía del Señor de los Anillos y, luego de hojear cada uno, no pudo encontrar pistas para darle un significado al cuarto número de los mensajes. Ya con el estante semivacío, vio que le quedaba uno. Tenía tapas duras. Era una Biblia. No recordaba haber tenido una. La agarró e instantáneamente recordó la pregunta del programa que había visto horas atrás. La Biblia católica tenía setenta y tres libros. La abrió y vio que estaba escrita a dos columnas por página. Cada libro estaba estructurado en capítulos y los capítulos en versículos, que eran pequeños párrafos con número inicial de referencia. La regla de los renglones se complicaba al estar escrita a dos columnas por página. Era claro, ahora estaba todo más claro. El inspector Fagúndez le había comentado una vez que habían recibido donaciones de libros religiosos, probablemente muchas Biblias, muy probablemente todas iguales. Y con una Biblia podía codificar según libro, capítulo, versículo y palabra dentro del versículo. De esa forma, no necesariamente la Biblia tenía que ser de la misma edición para que pudieran coincidir las palabras, siempre y cuando fuera una Biblia católica. Inmediatamente se sentó en la mesa redonda, apoyó en ella la computadora, la Biblia, una hoja en blanco, una lapicera y comenzó. El primer grupo de números era 03/25/24/05. El tercer libro de la Biblia era el Levítico. Buscó el versículo 24 del capítulo 25. La quinta palabra era “el”. La escribió en la hoja. Siguió con el segundo grupo: 02/21/02/16. El segundo libro era el

Éxodo, y la decimosexta palabra del segundo versículo del capítulo 21 era "rescate". El tercer grupo era 01/02/23/14. El primer libro era el Génesis, y la palabra era "será". La cuarta palabra era también del Génesis. Era "el". Miró la hoja y leyó "El rescate será el". Tenía sentido. Había logrado desentrañar la codificación. La adrenalina lo hizo seguir buscando frenéticamente las palabras sin reparar en el sentido que iba adquiriendo el texto que se iba formando en la hoja a medida que agregaba cada palabra. Antes de llegar al último grupo de números, que tenía un número menos que el resto, leyó el mensaje decodificado:

"EL RESCATE SERÁ EL VEINTITRÉS DEL MES ONCE A LAS DOS TREINTA POR SECTOR OESTE".

Hablaba de un rescate el 23 de noviembre. Eso era dentro de doce días. Se sentía orgulloso de haberlo descifrado. Intuía que estaban tramando un plan de escape. La palabra "rescate" hacía referencia a sacar a alguien de algún lugar. En este caso sería la cárcel, el Comcar. Por un instante olvidó que le quedaba un grupo de números por descifrar. Dedujo que, si cuatro números hacían referencia a una palabra, entonces, tres números debían hacer referencia a un versículo completo. Ese grupo de números apuntaba al versículo primero del capítulo dos del Segundo Libro de los Reyes.

"Yavé hizo subir a Elías al cielo en un torbellino; fue así, cuando Elías salía del Guilgal en compañía de Eliseo,"

Yavé hizo subir a Elías en un torbellino, se repitió varias veces, y la imagen de un helicóptero le vino a la mente. Sería rescatado en un helicóptero y tenía tiempo para evitar que sucediera. Quedaban doce días. Decidió irse a dormir. El día siguiente sería muy agitado, de decisiones importantes. Tenía la llave para desbaratar el plan de Guerrero.

Capítulo 41

Volver
(Tango de Carlos Gardel, 1935)

DOS AÑOS ANTES

El avión aterrizó a las cinco de la mañana en el Aeropuerto Internacional de Carrasco. Hacía años que no visitaba Uruguay. Tenía pensado irse directamente a Punta del Este. Entre el desembarque, los trámites de migración y aduana, terminó saliendo del aeropuerto a las seis menos cuarto. En el *free shop* se compró una campera porque había viajado con lo puesto y, cuando después de aterrizar el comandante anunció que la temperatura en Montevideo era de seis grados centígrados, concluyó que iba a ser necesario un abrigo adicional. Alquiló una camioneta y tomó la carretera. Aún era de noche, pero hacia adelante podía ver que el horizonte iba clareando poco a poco. La pastilla que había tomado después de la cena había sido efectiva, aunque le había dejado una leve sensación de somnolencia. El cielo estaba despejado y la helada se dejaba ver a los costados de la carretera. Fue haciendo *zapping* en las estaciones de radio AM con la intención de escuchar hablar en "uruguayo" hasta que dejó una en la que hablaban de fútbol. Una hora y cuarto después estaba bajando el lomo de Punta Ballena, lugar desde el que pudo apreciar Punta del Este ya con la claridad del día. Era temprano para encontrarse con Alfredo Paredes, por lo que decidió seguir hasta la punta. Al llegar a Gorlero, compró un diario en un kiosco y entró en una cafetería. Entre la lectura y el capuchino se le hicieron las ocho y media de la mañana. Parecía una ciudad desierta. Era temprano y fuera de temporada. Volvió a la camioneta y tomó la rambla de la Brava como para la Barra. El océano Atlántico se mostraba espléndido, de un azul que espejaba el cielo límpido, con una suave ondulación provocada por la brisa fresca de la mañana. Aceleró al pasar por el puente ondulante sobre el arroyo Maldonado, como para sentir un poco de vértigo. Al llegar a Manantiales dio media vuelta y emprendió el regreso. Tenía que ir hasta Laguna del Sauce, sobre la ruta 12, donde Alfredo lo esperaría en su chacra. Ayudado por el GPS del coche de alquiler llegó sin inconvenientes. Se encontró con una portera de madera lustrada que se

abrió como por arte de magia apenas la camioneta se detuvo frente a ella. A cincuenta metros pudo divisar una magnífica casa de piedra con una amplia cochera para cuatro autos a la derecha y un Camaro color mostaza. Dejó la camioneta al lado del Camaro y, al bajar, vio a Alfredo "el Cabeza" Paredes. Era mexicano, oriundo del ex Distrito Federal, robusto, de pelo entrecano, corto y de ojos oscuros. Vestía una camisa blanca, pantalón y zapatos negros.

—Bienvenido, Santiago —dijo Alfredo extendiéndole los brazos.

—Hola, Alfredo, ahora soy Juan José Jiménez, argentino, porteño, ¿viste? —bromeó Santiago acentuando en la "s" el nuevo acento que le había tocado adquirir.

—Sí, bien porteño, pero como puedes ver, aquí podemos hablar libremente.

Estaban a menos de veinte metros de la laguna. Desde allí la vista era una postal. Del otro lado del gran espejo de agua, el cerro Pan de Azúcar y los otros cerros próximos a Piriápolis enmarcaban el paisaje. Al entrar a la casa, una enorme estufa a leña con un gran tronco ardiendo los invitó a acercarse con el lenguaje que sólo el fuego puede hablar en un frío día de invierno. Unos cómodos sillones de cuero estaban dispuestos en torno a la estufa. El decorado era oriental. No había que ser especialista para darse cuenta de que la mesa era antiquísima y de origen chino o tailandés. Santiago se quedó observando la amplitud del lugar, la decoración y también el paisaje, ya que la sala disponía de grandes ventanales que daban a la laguna.

—Ven, Santiago, que te voy a mostrar un lugar especial.

Alfredo abrió una puerta en el piso de parqué que estaba muy bien disimulada. Bajaron la escalera y entraron en una cava de dos por tres metros. Una tenue luz natural se colaba a través de los gruesos baldosones de vidrio del techo, que formaban parte del piso de la sala principal de la casa.

—El ambiente está controlado por un equipo. La temperatura es de catorce grados y la humedad del setenta por ciento —contó Alfredo—. Tengo alrededor de cuatrocientas botellas. ¿Quieres elegir una para el almuerzo?

Santiago fue derecho a un Chateau Margaux, uno de los mejores vinos de Burdeos. Alfredo puso su mano sobre la botella.

—¡Eres bueno para elegir! Pero hoy no te daré el gusto. La guardaremos para una ocasión especial. Te propongo un Duvalley.

Subieron la escalera y volvieron para sentarse en torno a la estufa a leña.

—¿Deseas tomar algún aperitivo?

—Sí, un vaso de vodka —Alfredo sirvió dos vasos generosos, le acercó uno a Santiago y, libando el otro, agregó un par de astillas a la estufa.

—Cuauhtémoc te adelantó en líneas generales cuál va a ser tu función, ¿verdad?

—Sí, me explicó durante el viaje a Chiapas cómo van a ser las cosas acá.

—Tenemos dos áreas interdependientes. El aparato logístico y el de seguridad. El logístico no sólo abarca el transporte de la mercadería por el país hasta que llega al puerto para ser embarcada, sino que también incluye las alianzas estratégicas para que todo funcione como debe ser. Cuando digo alianzas estratégicas sabes a qué me refiero. A modo de ejemplo, tenemos un cargamento que la semana que viene va a ingresar desde Brasil por Río Branco. Tenemos a los funcionarios aduaneros de nuestro lado. El camión va a pasar sin problemas por la frontera. También tenemos con nosotros al jefe de Policía de Cerro Largo y al director nacional de Aduanas. Tú sabes a lo que vienes y no te va a faltar nada. Nos llega media tonelada de cocaína y un buen arsenal de fusiles, pistolas automáticas, lanzagranadas y lanzamisiles. Tenemos un equipo de gente cien por ciento confiable. Son veinte personas que van a estar a tu cargo, todas muy bien capacitadas. En armas disponemos de lo mejor de lo mejor. Ni la policía ni el ejército tiene lo que tenemos.

—No lo dudo. Estando la operación en tus manos lo doy por descontado.

—La semana que viene vas a hacer la custodia del cargamento que va a entrar por Rio Branco. No puede fallar.

Capítulo 42

El expreso de medianoche
(Película de Alan Parker, 1978)

UN AÑO ANTES

Durante los meses que siguieron a la llegada de Santiago Guerrero a Uruguay, todo funcionó sobre ruedas hasta aquella tarde. Estaban haciendo la ruta desde Rio Branco a Montevideo. Debido a las intensas lluvias que se habían registrado en semanas anteriores, la ruta que pasaba por Vergara estaba inundada, por lo que tuvieron que hacer un camino más largo, pasando por Melo. Él viajaba en una camioneta negra escoltando un camión. Delante de este, a no más de doscientos metros, un BMW blanco abría el camino, escudriñando cualquier posible anormalidad en el horizonte. Esta vez transportaban mil kilos de cocaína, embalada en cajas de madera como repuestos automotrices. El tramo de la ruta 8 que va de Melo a Treinta y Tres es muy panorámico, surcando el extremo norte de la Cuchilla Grande. En ese momento el estado de la ruta no era bueno. Había grandes tramos en reparación y con gravilla suelta. Pasando una de las curvas más pronunciadas se encontraron con la ruta cortada por un auto volcado y un camión atravesado. El coche aminoró la marcha y, antes de que pudieran dar aviso al resto del convoy, ya estaban siendo encañonados desde el camión. Al llegar al lugar, vio el comando policial saliendo de la parte trasera del camión, con el rostro tapado, cascos y fusiles apuntando directamente hacia ellos. Sin bajarse del auto, tomó un fusil y descargó una ráfaga de balas sobre los policías. La balacera alcanzó a cuatro de ellos, dos de los cuales quedaron inertes sobre el asfalto de la carretera. Casi simultáneamente los vidrios de la camioneta estallaron por los proyectiles que disparaban los efectivos del comando antinarcóticos. Santiago quedó parapetado protegiendo su cabeza debajo del volante. Dos de sus acompañantes, que iban en los asientos del lado derecho, yacían muertos, ambos alcanzados en la cabeza. Santiago tenía una herida en uno de sus antebrazos. El otro, que iba atrás de él, había sido alcanzado en el rostro y el pecho. Estaba consciente, pero en estado de shock. Santiago sabía que

debía quedarse quieto. Sintió que se acercaban y su vista periférica le permitió ver las puntas de los fusiles del comando.

—¡Un movimiento y disparamos! —oyó Santiago, mientras abrían las puertas.

—Estos dos están muertos —dijo uno de los policías que estaba sobre la derecha de la camioneta.

Santiago sintió el metal del caño de un fusil en su nuez de Adán. El policía buscaba levantarle la cabeza. Otro de los policías lo desarmó. El otro herido, que comenzaba a sangrar por la boca, ya no era amenaza, y tenía su arma tirada a los pies.

Mientras lo sacaban de la camioneta, lo ponían boca abajo sobre el asfalto y lo esposaban, tenía claro que se había comprado el salvoconducto por el cual no sería extraditado ni a México ni a Estados Unidos. Sería juzgado en Uruguay por el homicidio de los policías y por tráfico de estupefacientes. Él sabía que los tratados de extradición establecían que, si uno era sometido a proceso o si estaba cumpliendo una condena por un delito cometido en el país, no podía ser extraditado hasta no cumplir esa condena.

El juez letrado de primera instancia en lo penal especializado en crimen organizado envió a Santiago Guerrero a prisión con dos cargos de homicidio muy especialmente agravado en reiteración real, dos cargos de homicidio muy especialmente agravado en grado de tentativa y un cargo por tráfico de estupefacientes. Fue trasladado inicialmente al Hospital Maciel para que fuera atendido por su herida en el antebrazo. Ese mismo día, después de recibir la atención necesaria bajo estricta vigilancia policial, fue trasladado al Complejo Carcelario de Santiago Vázquez, más conocido como el Comcar. Esposado, fue llevado directamente al sector de ingresos. Tuvo que dejar su reloj (un Rolex de cuatro mil dólares) y la billetera. Cuando dejó el reloj, miró la esfera y las agujas marcaban las diez y veinte de la mañana. Era la hora del comienzo de su cautiverio. Por su mente pasaron sus otros tantos ingresos en otras penitenciarías, en particular siendo menor. Inventariaron el dinero que tenía, que ascendía a unos cuatrocientos dólares y cuatro mil quinientos sesenta pesos. Le pidieron también que se quitara el cinturón. De allí pasó a un sector en el que le tomaron dos fotos, una de frente y otra de perfil con el número de expediente. Le dieron un colchón y fue conducido al módulo IV, donde

estaban recluidos más de quinientos delincuentes de gran peligrosidad, la mayoría por rapiñas, copamientos y homicidios. Para controlar esos más de quinientos presos había tan solo cuatro guardias. Al entrar al módulo, el sentido del olfato fue el que más se resintió. Había una mezcla muy desagradable de olores. Era indefinible, una combinación de guiso rancio como impregnado en las paredes, con orina, materia fecal y mugre. Las moscas acompañaban su avance por las fauces de lo que parecía ser el séptimo infierno. Llegaron al segundo piso y uno de los policías que estaban allí, un moreno alto que cumplía funciones de llavero, procedió a abrir la reja que conducía a un corredor oscuro y decrépito donde a diestra y siniestra se encontraban las celdas. Lo primero que llamaba la atención era la ausencia de rejas. Las puertas de cada celda eran macizas de hierro, pintadas de color marrón. Tenían una abertura estrecha, rectangular, de unos veinticinco centímetros de ancho por cinco de alto, y el número de celda estaba pintado en color blanco sobre esa abertura, que los reclusos llamaban "sapo". Se produjo un gran alboroto cuando el llavero abrió la reja que comunicaba el corredor de las celdas con las escaleras. No era la hora de pasar lista. A través del sapo de cada puerta algunos presos sacaban un brazo, otros miraban con ojos desorbitados y, por sobre todas las cosas, gritaban y golpeaban las puertas con estridencia.

—¡Llavero puto! ¡Milico ortiba, abrí las puertas! —gritaban algunos.

—¡Bo, llavero, acá hay uno cortado que hay que llevar a la enfermería! ¡Dale, bo, se va a morir desangrado! —el llavero, agente Jorge Pastor, ya tenía los oídos gastados de tantos reclamos. Todos los días pasaba lo mismo.

—¡Gorra, hace dos días que no nos abren las puertas, estamos refisurados acá adentro, bo! —seguían gritando los presos.

Cuando llegaron a la mitad del pasillo, el llavero abrió la puerta de la celda 67, que estaba sobre la izquierda. A través del sapo, varios presos observaban expectantes. La llegada de uno nuevo a la celda era un acontecimiento. En un espacio bastante reducido, de no más de cuatro metros por seis, había nueve reclusos. Santiago era el décimo. Seis de ellos estaban de pie, observándolo, y otros tres estaban sobre las cuchetas. Eran triples, una a cada lado. Para dormir, el resto de los presos debía poner los colchones en el piso, después de las cinco y media de la tarde. Del lado opuesto de la puerta había una ventana muy angosta, alta y rectangular, con una reja, pero sin vidrio. Tenía menos de medio metro de ancho por

aproximadamente un metro y medio de alto. Ahí algunos de los presos colgaban su ropa.

—Bienvenido al infierno, flaco —le dijo uno de los presos que parecía ser una especie de líder informal o macho alfa del grupo. Lo apodaban también el Chacal por su parecido con el legendario terrorista venezolano. Si bien le decían Chino por la forma de sus ojos, era oriundo de Mercedes. Enseguida, otro de los presos, un hombre veterano, enjuto, que por su cara curtida y su melena y barba blanca parecía un anciano, aunque tenía sesenta y dos años, se le acercó y lo saludó.

—Buenas —dijo con cierta indiferencia, y se sentó en una de las cuchetas de abajo mientras limpiaba sus lentes redondos de armazón metálica con su remera gris.

Un joven de apenas veinte años, delgado, pálido, con la cabeza rapada y ojos sanguinolentos miró en forma taciturna. Parecía un espectro, un alma en pena.

—Yo soy el gordo Jonathan —dijo otro de los reclusos— si necesitás algo decime, todo bien, bo.

—Gracias, Jonathan.

Lee Wang, otro de los presos que estaban de pie, movió la cabeza en señal de saludo y balbuceó algo que Santiago no llegó a entender. Era coreano y sus compañeros de celda lo llamaban Bruce Lee. Luego lo saludó un boliviano que se llamaba Juan Carlos. Los otros tres, el Claudio, el Oreja y el negro Walter, que permanecían echados en sus cuchetas, lo miraron, pero no se molestaron en dirigirle una palabra. Santiago se quedó esperando por un instante para ver qué le decían, qué tenía que hacer, si quedarse parado, sentarse, conversar.

—Si tenés familia acá en Montevideo —le dijo el Chino—, les vas a tener que decir que te traiga cosas. Acá la comida es una mierda. Ya vas a ver. Después ropa, te la tienen que traer de afuera. Acá la cárcel no te da nada. Si te traen una frazada, no puede ser celeste, ni verde, ni negra, ni azul.

—Acá de noche nos cocinamos —dijo el veterano canoso, que se llamaba Antonio Roldán, más conocido como el Viejo—. La familia nos trae comida y preparamos cosas, porque el rancho es una porquería. Es un ensopado con fideos, un pedazo de hueso y con suerte te puede tocar un pedacito de carne. Todos los días es lo mismo, salvo un día a la semana que nos dan el rancho mejorado, que es la misma mierda con un poco de tuco.

Mientras no te traigan nada, nosotros te damos una mano. Ahora hace calor, uno puede dormir tirado sobre el colchón sin taparse, pero en invierno la cosa es jodida. Andamos todos engripados. Esta ventana está rota hace años, y el próximo invierno va a estar así también, así que si no conseguís que te traigan abrigo el frío te va a taladrar los huesos.

—Hay cuchetas solo para seis —agregó el Chino—, así que vas a tener que dormir en el piso. Los que duermen en el piso hasta ahora son Bruce Lee, el Bolita y el flaco Julio— dijo refiriéndose al joven flaco, rapado y de mirada extraviada. La cama era una cuestión de antigüedad, de comando. Es poder, y eso vale.

—De mañana nos dan un par de marrocos, que son unos pancitos, con una bolsita de medio litro de leche, ese es el desayuno —continuó el veterano.

—¿Ese es el baño? —preguntó Santiago señalando una abertura a la izquierda donde había un agujero en el piso.

—Era el baño en una época —respondió el gordo Jonathan—. Hace pila que no hay agua y no se puede usar. Ahora, si tenés que mear mientras estamos acá adentro, hacés en una botella de plástico. Y si querés cagar, cagás en una bolsa de nylon. Cagamos en la bolsa y después la tiramos por la ventana pa' fuera.

—¿No hay baños acá en el piso?

—Sí, acá en la planchada hay, pero podés usarlo cuando nos abren la puerta, que es de mañana temprano, a eso de las ocho, ocho y media, antes de que vengan los rancheros con el desayuno —contestó el gordo Jonathan —. Ahí podés bañarte y hacerte un mate. Después, cuando traen el desayuno de vuelta a la celda.

—¿Y hay salidas al patio o las cortaron?

—De tarde hay y a veces. No siempre nos abren. Hace dos días que nos tienen sin salir —aclaró el Chino—. Está bueno que de vez en cuando venga alguien nuevo. Es un cambio a la monotonía. Acá todos los días son iguales. ¿Tenés mujer?

—No.

—¿Sos puto?

—No, solo hace algunos meses que estoy solo.

—La cárcel tiene mala fama, todos hombres, encerrados, sin nada que hacer. Y además da la casualidad de que todos los que estamos encerrados en esta celda la tenemos bien grande —esbozó una sonrisa mirándolo a los

ojos—. Pero quedate tranquilo que acá entre estas cuatro paredes nadie le rompe el culo a nadie.

—¡Menos mal! —contestó riéndose.

—Afuera de esta celda es otra la historia y te tenés que cuidar. Nuestras parejas nos visitan dos veces por semana y podemos coger tranquilos. Yo ahora tengo una atorranta bien calentona que coge como los dioses y nunca falta. Y hay tanto preso ahora que como los cuartos que se usan para las visitas conyugales no alcanzan, armaron unas carpas.

—¿Y quién manda acá?

—Acá mando yo y me hago respetar, todos saben que conmigo no se jode, pero los pendejos que tienen la cabeza gastada por la pasta no respetan nada. Antes había códigos. Ahora hay que cuidarse de los rastrillos de mierda que son capaces de pasarse de un módulo a otro para robarse un par de championes o lo que venga.

—¿La cocaína que se consigue es buena?

—Sí, es buena —le contestó el gordo Jonathan—, después te digo quién es el que te la puede vender.

—Pero es muy cara —acotó el Chino—. Acá nos podemos fumar unos nevados, pero lo que más se consiguen son los bazocos, que son la peor mierda. Mirá al flaco Julio, está totalmente comido por la pasta. Ayer se fumó más de veinte bazocos y así está, parece un muerto viviente. ¿Querés escabio? Mirá, tenemos en estas botellas.

—¿Qué le pusieron?

—Tiene leche, azúcar, manzana, banana, naranja, el agua que sobró del arroz hervido, agua caliente y miga de pan. Lo dejamos fermentar diez días.

La conversación se fue diluyendo y la rutina fue interrumpida tan solo por los ranchos del mediodía y de la tarde. Ese día tampoco hubo salida al patio. La noche, calurosa y húmeda con la luna pretendiendo colarse entre los barrotes de la celda para encontrar el rostro de Santiago, le recordó la noche en el jacuzzi escuchando el *Clair de lune* de Debussy, tras ejecutar a Victoria y a Julián. Sus compañeros de celda eran relativamente mansos, pero podía escuchar los gritos desesperados provenientes de las otras celdas; gritos de angustia y algunos otros con incoherencias que reflejaban la insanía mental de muchos de los presos. No se podía dar el lujo de dormir. Así permaneció durante las tres primeras noches. Observando. Aprendiendo. Esperando.

Capítulo 43

The Catcher in the Rye —El guardián entre el centeno—
(Novela de J. D. Salinger, 1951)

TRES AÑOS ANTES DEL SECUESTRO

El doctor Horacio Grant y su padre, el prestigioso abogado penalista Darío R. Grant, llegaron a Nueva York para reunirse con un potencial cliente. El remís avanzaba desde Queens hacia Manhattan. Darío Grant, impecable en su traje Armani pese a sus setenta años, pidió al chofer que cruzara el East River por el puente de Brooklyn. Era su ritual desde hacía décadas; sentía que esa era la única forma correcta de entrar a la ciudad. Media hora después llegaron al Sheraton de la Séptima avenida, el mismo hotel donde se había alojado Mark David Chapman antes de salir, con un ejemplar de *The Catcher in the Rye* en el bolsillo, a asesinar a John Lennon aquel fatídico lunes de diciembre de 1980.

Hacía meses que Grant pensaba en su jubilación. Últimamente sólo iba al bufete dos días por semana y empezaba a delegar responsabilidades en su hijo. El viaje lo había dejado exhausto; la artrosis lo obligó a tomar un calmante y recostarse. Horacio, en cambio, salió a caminar. Para él, el ritual de llegar a Nueva York empezaba en Times Square. Compró un cappuccino en el Starbucks frente al Nasdaq y se sentó a observar el flujo interminable de gente en el corazón de la ciudad.

Al día siguiente se encontrarían con el español Joan Vanolli, catalán de cincuenta y ocho años que vivía en Nueva York pero que también contaba con pasaporte de Sierra Leona, como lo había podido comprobar un día Horacio en el estudio cuando este abrió el portafolio ante sus ojos. La cita era a la hora del almuerzo en el legendario The Plaza Hotel. Fueron caminando, ya que estaban a solo cuatro cuadras, dos de ellas bordeando el Central Park, con la fila de carruajes esperando turistas para llevarlos de paseo por el parque. Atravesaron las puertas con el logo de las dos P invertidas, pasaron por el lujoso lobby y se dirigieron al restaurante. El señor Vanolli los esperaba sentado en una mesa cercana al piano, donde un caballero vestido de impecable etiqueta ejecutaba *Tenderly.* Cuando los vio

les hizo una seña con la mano. El señor Joan Vanolli era alto y corpulento, vestía una camisa blanca y una corbata pajarita de color bordó con finas pintas amarillas. Sostenía sus pantalones beige con sendos tiradores negros. Llevaba su cabello y bigotes teñidos de color castaño claro. El mobiliario del restaurante era de estilo victoriano, predominando las tonalidades crema. Las butacas tenían respaldo oval y con tapizados alternados entre color champagne y negro. Cada diez metros había un gran macetón blanco con una palmera de cuatro metros de altura. La luz natural provenía de los grandes ventanales en forma de arco divididos por columnas con cariátides y también por un gran vitral en el techo compuesto por una infinidad de vidrios en varias tonalidades beige. El doctor Grant se sentó frente a Vanolli y su hijo Horacio lo hizo a su izquierda. Inmediatamente un mozo les entregó el menú y aguardó.

—Estimados doctores, es un honor y un placer para mí recibiros en mi casa —les expresó Vanolli mirando a su alrededor y abriendo las manos, dándoles a entender que vivía en el hotel o que tal vez fuera de su propiedad.

—El honor es nuestro, señor Vanolli. Le comentaba a mi hijo Horacio mientras veníamos caminando que es un privilegio y un placer vivir en esta ciudad. No me canso de visitarla.

—Yo disfruto minuto a minuto el tiempo que paso aquí. Estoy la mitad del año viajando, los negocios así me lo imponen, pero cuando llego a New York me siento como en mi casa.

Se tomaron un par de minutos para elegir los platos. Vanolli eligió un vino californiano mientras el pianista comenzaba con los primeros acordes de *My Funny Valentine*.

El restaurante estaba concurrido. En la mesa que estaba a la derecha había una pareja en la que él tendría más de setenta años y ella menos de treinta. No parecían ser padre e hija. En otra mesa había cuatro hombres que pisaban la cuarta década, todos ellos con impecables trajes. Vanolli tenía esposa en España, pero jamás viajaba con ella. La noche anterior había pagado cinco mil dólares por pasar la noche con una rubia exuberante de veintidós años. Era aficionado a probar siempre una piel distinta. Entre bocado y bocado, sorbo y sorbo de vino, comenzaron a tratar el tema que los había convocado.

–Cuando estuve con vosotros hace un par de meses en Montevideo, os comenté que me interesaba tener en Uruguay una estructura que me permita

canalizar fondos excedentes de industrias muy productivas que tengo en Europa. Estos negocios me generan una renta que, a su vez, debe generar nuevas rentas, y las alternativas que actualmente tengo son limitadas.

—Sí, lo recuerdo. Hemos pensado en algunas alternativas que quisiéramos discutir contigo —contestó el menor de los Grant.

—Como les comentara, estoy muy interesado en generar nuevos desarrollos en vuestro país. Y no quiero saber nada con cuentas bancarias, esa ya es una historia vieja. No me interesa que ni las autoridades ni la competencia rastreen mis negocios. Hoy día los gobiernos están como el ojo del Gran Hermano detrás de los pasos y movimientos de cada ser humano. Yo soy de la escuela de la libertad. A mí nadie me va a decir dónde y cómo debo yo invertir mi dinero, ni estoy dispuesto a rendirle cuentas a nadie sobre lo que haga con él.

—Creemos que el camino a seguir está en los proyectos inmobiliarios: barrios privados, hoteles, chacras en el este…

—¡Ah, Punta del Este! ¡Quedé maravillado! Fue visitar ese lugar fabuloso que tenéis para darme cuenta hacia dónde debía fijar la mira. Si vosotros decís que es un privilegio vivir en New York, yo os digo que es un privilegio tener a Punta del Este a poco más de una hora de vuestros hogares.

—Si lo que deseas es el anonimato, utilizaremos sociedades y testaferros para que en ningún momento quedes expuesto —acotó Grant padre.

—Me han comprendido bien.

—Deja el tema en nuestras manos. Nosotros nos encargaremos de diseñar la estructura legal y logística para que todo se canalice de la mejor manera.

—Si os parece, caballeros, desearía seguir conversando, pero no aquí. Quiero hablar de vuestros honorarios y otros temas relativos a la instrumentación de las inversiones, os invito a dar un paseo por el parque.

Salieron del hotel y, cruzando la Central Park South, se internaron en el gran pulmón de Nueva York. Joan Vanolli marcaba el paso y el ritmo de la conversación. A su izquierda, el doctor Grant lo seguía atentamente, y en el extremo izquierdo, su hijo, que si bien era un partícipe un tanto pasivo de la charla, distraía su mirada con el paisaje y alguna que otra joven que practicaba *footing* por las calles internas del parque.

—Este negocio tiene un núcleo vital —dijo el catalán— y es el de la confianza. En primer lugar, me debéis garantizar confidencialidad. Solo

vosotros sabréis de mí. Luego, dejo el resto en vuestras manos. Vosotros decidiréis con quiénes trabajar allí. Deberán ser personas que merezcan vuestra confianza, ya os diré por qué. Yo no vendré a visitaros, sino vosotros viajaréis a verme.

—¿Y de cuánto estamos hablando? —le interrumpió Darío Grant.

—Es difícil decir una cifra a ciencia cierta, mas yo diría que podría haber un movimiento anual de cinco millones de dólares, tal vez como máximo diez, y os ofrezco por vuestras gestiones el diez por ciento de cada remesa recibida.

Al escuchar la cifra, Horacio Grant mantuvo sus párpados abiertos, sin pestañar, e hizo un esfuerzo consciente por parecer indiferente.

—Me parece razonable —dijo el mayor de los Grant—, ahora, ¿cómo piensa usted ingresar diez millones de dólares en billetes al Uruguay?

—Van a venir por avión en remesas no mayores de quinientos mil dólares. El personal de a bordo se encargará de ello. Como sabréis, ellos están libres de la inspección en aduanas. Son quienes ponen el dinero en el aeropuerto y luego se desentienden. Aquí es donde tendrá que entrar a jugar el partido vuestra persona de confianza. Será quien tomará ese dinero y lo llevará a un lugar seguro. Es la parte más riesgosa, pero, como en todo negocio, a mayor riesgo, mayor paga. De ninguna manera quiero que vosotros intervengáis en esta parte, os quiero limpios, ¿comprendéis?

—Claramente —se apuró a decir Horacio, tratando de digerir tantos ceros. Caminaban por el *Literary Walk*, una de las sendas peatonales más reconocidas del parque, con sus olmos alineados a cada lado del camino, formando un majestuoso dosel verde.

—Antes de continuar, usted tiene claro que el tráfico internacional de dinero está penado por la ley —dijo Darío.

—Hombre, las leyes han sido hechas por hijoputas para beneficio de unos pocos, y a tomar por culo las leyes y los legisladores, ¿es que acaso usted no ha cruzado nunca un semáforo con la luz roja?

—No me malinterprete, Vanolli, usted sabrá que nosotros, los abogados, como conocedores de las leyes, debemos advertir los riesgos y adoptar las previsiones de cada caso. ¿Cuál es el origen del dinero?

—Casinos en Marbella, Palma, Ibiza y Formentera. Lo que nosotros queremos es escaparle al fisco. Vosotros no os imagináis la ostia de dinero que se mueve en estos casinos. Quedaos tranquilos, no hay otro misterio.

La fuente de Bethesda y su terraza estaban muy concurridas. Los infaltables grupos de turistas chinos posaban para sacarse fotos grupales mientras un par de músicos ejecutaban un prolijo blues con guitarras. Las palomas revoloteaban alrededor de la fuente, y en el lago detrás nadaban patos y cisnes.

—¿Entonces cerramos el trato? —preguntó el catalán.

—Sí, sí, se puede. Vamos a necesitar algunas semanas para instrumentar todo.

—Vale, entonces, hombre, tenemos que brindar. Os invito a descorchar una botella de champaña en el *Boathouse*. Es allí, del otro lado del lago, la terraza es muy bonita. Venga, vamos a tomar una copa.

Acababan de firmar la sentencia de Fernando.

Capítulo 44

All my sons —Todos mis hijos—
(Obra de teatro de Arthur Miller, 1947)

TRES MESES DESPUÉS DEL SECUESTRO

Abrir el placar era un problema para Eugenia. Los trajes, pantalones y camisas seguían colgados. Las medias y calzoncillos permanecían en sus cajones. Parecían estar a la espera de que volviera. Se quedaba sentada en la cama mirando el placar y viajando en la memoria, tratando de recordar la infinidad de momentos felices que habían vivido juntos. Tenía terror de olvidar su timbre de voz. No llegaba a entender el porqué de su muerte. Pensaba que tenía algún tipo de relación con el secuestro de Martín. Tal vez era una represalia por haber avisado a la policía. Había decidido hacer una cartelera con todas las fotos que encontrara. Sería una manera de mantenerlo vivo. Comenzó buscando en una caja que tenía en la parte alta del placar. Las primeras fotos eran de su época de novios, allá por los años ochenta. Después encontró las del casamiento, en las Carmelitas, la majestuosa iglesia gótica del Prado. Fernando se había puesto nervioso y en vez de decir "Yo Fernando, te acepto a ti, Eugenia, como esposa", había dicho "Yo, Eugenia, te acepto a ti, Fernando, como esposa", provocando la risa de todos los invitados. La fiesta había sido en el Hotel del Prado. Eligió una foto del baile, en la que estaban con los gorros de cotillón, desaliñados de tanto festejo. Después agarró los álbumes de la luna de miel en Buzios y eligió una de la puesta de sol en la playa. Él le abrazaba la cintura por detrás con una gran sonrisa. Ella estaba muy sensual con su bronceado, su cabello cobrizo y el bikini negro que realzaba su delicada figura. La cartelera iba tomando forma y, de algún modo, la consolaba. Agregó una del día del nacimiento de Martín. Fernando lo tenía en brazos y lo arropaba contra su pecho y su rostro, que transmitía a la vez alegría y cansancio. También tenía fotos similares cuando nacieron Juan Pablo y Federico, y las pegó junto a la de Martín. Buscó en el placar otra caja que contenía varias fotos. Allí estaban las de las vacaciones cuando los niños eran chicos. Las más recientes eran todas digitales y tendría que revisar los archivos en la

computadora. Encontró las de los veranos en Cuchilla Alta. Pasaban prácticamente todo el día en la playa. Luego por la noche disfrutaban de un asado a la parrilla y jugaban a las cartas. Terminó completando la cartelera con fotos de paseos a Minas y Colonia, las del Salto del Penitente, el Arequita, el parque Salus, el Real de San Carlos y la calle de los Suspiros. No se podía resistir al impulso de sacar los *sweaters* de Fernando y olerlos. Tenían su perfume. Era el olor a Fernando. No sabía si era el perfume que usaba, el *after shave*, el desodorante o todo junto, pero oler esas prendas era como traerlo de vuelta, aunque solo fuera por unos segundos. Sacó una campera polar que estaba cuidadosamente doblada y encontró debajo un sobre de papel manila tamaño carta. Se preguntó qué estaba haciendo ese sobre allí junto a la ropa de Fernando. No solían mezclar la ropa con otras cosas. En lo que a orden se refería, los placares de la casa eran un ejemplo de ello. El sobre estaba abierto. Introdujo la mano y sacó una hoja manuscrita con la letra de Fernando. Se le puso la piel de gallina y un sudor frío le recorrió la espina dorsal. Leyó en silencio.

Querida familia, queridos Eugenia, Martín, Juan Pablo y Federico:

Les quiero pedir perdón. Si están leyendo esto es porque me pasó algo. El secuestro de Martín fue por mi culpa, por meterme en cosas raras. Después de la crisis del 2002 me quedé sin trabajo y fue Darío Grant el que me tiró una línea para salir a flote. Me hizo una propuesta en la que yo sería agente inmobiliario. Vos, Eugenia, más o menos sabés la historia, pero no el cien por ciento de la verdad. Los inversores no eran tales, sino que se trataba de una red de lavado de dinero. Traían plata sucia desde España, en efectivo, y acá se lavaba, se canalizaba en compras de tierras, campos y construyendo enormes mansiones. Yo era una pieza del eslabón. Grant me había dado garantías de que todo sería limpio, de que yo

no tendría ningún problema, y la comisión por esa participación era sumamente tentadora. Pudimos comprarnos la casa, el auto y tener un buen pasar. Todo venía bien hasta el secuestro de Martín. La cantidad de dinero que pedían de rescate era ni más ni menos que el valor de las remesas que solían enviar. Alguien, tal vez del entorno de Grant, estaba al tanto de que yo participaba en este juego e idearon el secuestro. No tengo idea de quién pueda haber sido. Pagué los quinientos mil dólares y, al dejar el dinero en el ómnibus aquella noche, fui consciente de que estaba firmando mi sentencia de muerte. Grant está metido con una mafia muy pesada. Yo al principio no tenía idea de que fuera así la cosa, pero poco a poco me fui dando cuenta. No voy a poder devolver el dinero, y esta gente corre el riesgo de que si yo le digo a la policía cómo lo conseguí, se les desbarate toda la organización de lavado que tienen acá. Si me llega a pasar algo es porque Darío Grant me entregó. Para él puede llegar a ser conveniente que yo desaparezca y él quede indemne. Vuelvo a pedirles perdón, porque todo ha sido culpa mía. Yo les oculté la verdad, en parte para protegerlos, pero también con la inconsciencia de pensar que las cosas nunca se iban a complicar, pero no ha sido así. Me siento en un infierno y con el peso de la culpa de estar complicándoles la vida y destruyendo lo que con tanto esfuerzo hemos construido a lo largo de los años. Eugenia, jamás pensé que estaríamos en esta

situación y quisiera volver el tiempo atrás, pero eso es imposible. Desearía poder llegar un día a casa y romper esta carta, pero me temo que mi suerte está echada. Les quiero decir que los amo, desde lo más profundo de mi corazón,

Fernando

Eugenia salió del dormitorio al estar. Allí estaban sus tres hijos. Desde la muerte de Fernando, Martín no se separaba de su madre y sus hermanos. Vio llegar a su madre y notó las lágrimas en su rostro. La abrazó y notó que tenía una carta en la mano. Federico y Juan Pablo se incorporaron expectantes. Martín tomó la carta y comenzó a leerla. Sus hermanos leyeron con él. El rostro de Martín se encendió. El viejo de mierda de su jefe los había metido en todo eso. La muerte de su padre tenía un nombre: Darío R. Grant. Si bien era consciente de que su padre había cometido un gran error, el nombre de la traición era el de su jefe, y también el de su hijo, el pedante Horacio Grant. Con la carta en la mano, Martín juró vengarse. Encontraría una forma. Se haría justicia.

—Mamá, te juro que me voy a encargar de que el hijo de puta de Darío Grant termine en cana.

—Ya perdimos a Fernando. Si te pierdo también a vos, me muero —contestó Eugenia con angustia.

—No te preocupes, mamá. Voy a buscar la forma de que estos tipos tengan lo que se merecen. Me voy a tomar mi tiempo. Espero encontrar alguna prueba en el estudio. No me voy a regalar, pero esto no va a quedar así, te lo juro.

Al otro día, en el estudio, Martín le preguntó a Jorge si iba con él a almorzar. Jorge era un empleado multiuso, pero, sobre todas las cosas, era el responsable de todo lo concerniente a informática. Instalaba los programas en cada computadora, compraba los equipos y resolvía los problemas que a diario surgían con las redes o con la conexión a internet por wifi. Ya era una costumbre que los dos salieran a almorzar a algún restaurante en el entorno de la Plaza Matriz.

—¿Te parece si vamos a las mesitas que están sobre la plaza? —preguntó Martín.

—Sí, claro, el día está espectacular para estar afuera. Ya tenemos bastante con las más de ocho horas que tenemos bajo techo —contestó Jorge mientras se iban acercando a la plaza—. Tengo unas ganas de irme a la mierda... Ya no soporto a esta manga de soretes de cuello almidonado. Me pagan una miseria y me tiran de todo. Lo que no quieren encarar me lo tiran a mí, aunque no tenga nada que ver con informática.

—No imaginé que te quisieras ir, pero sí tengo claro que no estás contento.

Atravesaron la plaza por el camino diagonal, con los puestos de antigüedades a los costados. Había puestos de platería, mates, botellas antiguas de leche, de Pepsi Cola con uno de sus primeros logos, muñecas de porcelana con vestidos de encaje, frascos de farmacia de vidrio color ámbar y de porcelana, matrículas de automóviles y discos de vinilo. Se sentaron bajo una sombrilla, ya que el sol estaba fuerte.

—Antes de que te vayas, entonces, me vas a tener que ayudar con algo.

—¿Qué necesitás?

—Me enteré de que, de alguna manera, Darío Grant es responsable de la muerte de mi viejo y también de mi secuestro.

—¿Vos decís que mandó matar a tu viejo? —reaccionó con asombro.

—No, no lo mandó matar, pero lo entregó. Grant hizo participar a mi viejo en una red de lavado de dinero y, cuando me secuestraron, entregó como rescate dinero de esa mafia. Se ve que los mafiosos terminaron apretando a Grant, y lo vendió. La preocupación de esa gente era que se desenmascarara la organización, y para eso lo tenían que silenciar. Si le decía a la policía de dónde había sacado la guita, se pudría todo para ellos. Mi viejo se equivocó al meterse en esto, pero quiero que se haga justicia con este sorete. Él y Horacio, que también es parte de la misma mierda.

—¡Qué manga de hijos de puta! ¡Para cubrirse el culo terminaron entregando a tu viejo! ¿Y qué te parece que podemos hacer? ¿En qué te puedo ayudar?

—Necesito obtener pruebas de que los Grant están metidos en todo este rollo y para eso necesito acceder a las computadoras de los dos, de Darío y de Horacio. Necesito leer los mails, todos los documentos que puedan tener en el disco duro, y también los papeles que puedan tener en los escritorios, muebles y cajones.

—Mirá, si bien el viejo Grant no se da mucha maña con las computadoras, Horacio sí es muy ladilla con los temas de seguridad. Me hizo instalar cortafuegos que hacen prácticamente imposible acceder a sus computadoras en forma remota usando el *TeamViewer*. Cuando entro a las computadoras de ellos, lo hago con su consentimiento, y ellos ven lo que yo hago. Creo que lo mejor va a ser que te quedes fuera de hora y entres a las computadoras directamente. Te llevás un disco externo con conexión USB y te copiás lo que veas conveniente. Para eso vas a necesitar las claves de las dos computadoras. Ellos no saben que las tengo, pero se las pude leer en momentos de descuido.

—¡Brillante! ¡No veo la hora de hacer caer a estos hijos de mil putas!

—Y en cuanto al acceso a los cajones de los escritorios, creo que la que te puede dar una mano es Alejandra. Ella es la que les ordena los papeles y tal vez te pueda conseguir copias de las llaves.

Ahora sí podían hacerlos caer.

Capítulo 45

Revenge —Venganza—
(Canción de 30 Seconds to Mars, 2010)

UN AÑO ANTES

Con el paso de los días Santiago se fue haciendo un espacio en el submundo de la cárcel. Muchos presos se empastillaban para dormir. Otros vivían pasados de droga. Todas las jornadas eran iguales y no había nada para hacer. Los martes y sábados, días de visita, eran distintos y ayudaban a romper la monotonía. Al ser tan pocos los policías para tantos reclusos, los presos fueron ganando poder dentro de las paredes del módulo, al punto de que por las noches trabajaban con paciencia haciendo boquetes para comunicar las celdas con el corredor. En las tardes de patio, el viejo Roldán, el Chino y Santiago solían estar juntos. Roldán había conseguido trabajo en la cocina de la cárcel. De esta forma redimía pena. Por cada dos días trabajados reducía un día su condena. No todos los presos tenían esa posibilidad. Santiago se había enterado de que había una chica que iba los martes con la intención de organizar una biblioteca para los presos. Logró contactarse con ella y consiguió de ese modo hacerse de algunos libros para matar las horas. Muchos de ellos eran de carácter religioso, desde hinduismo a Testigos de Jehová. Todos eran bienvenidos.

Un martes, después del horario de visita, el Braian, hermano de la ocasional pareja del Chino, se le acercó muy ofuscado.

—Chino, rastrillaron a la Yésica. Por eso no vino hoy. Le entraron a la casa y le llevaron la tele, el equipo de audio blutús, la play y no sé cuántas cosas más. Además, le rompieron todo y cagaron encima de la cama. Dicen que fueron los hermanos del Comadreja.

—¡Qué hijos de puta! El Comadreja es boleta hoy mismo, yo me encargo —el color de su cara había cambiado y se le marcaban las venas de ambas sienes—. Lo voy a atravesar. Ese pedazo de sorete va a saber lo que es meterse conmigo. Hace tiempo que venía buscando guerra. Además, es flor de cagón, siempre anda mandando a sus peones.

—Entre los dos lo agarramo y lo hacemos mierda.

—Tengo una idea. Mañana, cuando salgamos al patio, lo encarás y le decís que lo espero acá arriba en el corredor. La cosa va a ser entre él y yo.

El Comadreja vendía pasta base y cobraba peaje a los nuevos presos, bajo amenaza de golpizas, que muy frecuentemente concretaba junto a sus secuaces. Santiago, al estar en el grupo del Chino, se había salvado de ser una de sus víctimas. Esa era una línea que aún no había atravesado. Al día siguiente, mientras los presos estaban en el patio, el Chino esperaba al Comadreja en el corredor del módulo, con un par de cortes de poco más de medio metro cada uno. El Comadreja, cuya celda se encontraba a diez metros de la del Chino, salió con otro par de cortes. Era más flaco y un poco más alto que el Chino, y su mirada despectiva y ojerosa parecía indicar que no le tenía miedo a nada.

—Vení, puto —lo provocó el Chino—, vení que te la voy a dar. Vos sabés bien por qué.

—Vamo a ver quién se la da a quién —contestó el Comadreja poniéndose en guardia.

La escena parecía traída de algún anfiteatro romano de poca monta. El Chino intentó dar el primer golpe. Lanzó un planchazo en la cabeza del Comadreja como para desestabilizarlo, pero este lo repelió con sus cortes como defensa. Mantuvieron distancia, se estudiaron, y el Comadreja lanzó una estocada que el Chino pudo esquivar. Luego lo empujó de una patada, intentando tirarlo al piso. El Chino dio un par de pasos hacia atrás pero, con el corte que tenía en su mano derecha, hizo un movimiento de revés que no llegó a destino. De nuevo en guardia, esta vez fue el Chino quien lanzó el ataque. Primero tiró lanzazos cruzados a izquierda y derecha mientras avanzaba. Dos de ellos provocaron cortes profundos en los brazos del Comadreja, quien perdió uno de los cortes. Al sentirse acorralado, decidió jugarse el todo por el todo y se abalanzó sobre el Chino, quien fue más rápido y le atravesó el corazón de una certera estocada.

—Tomá, puto, te la estaba debiendo —dijo el Chino mientras el Comadreja se desplomaba en medio de un charco de sangre. En uno de los extremos del corredor estaba Jorge Pastor, el llavero, observando paralizado. No podía hacer nada. Su única arma era una cachiporra. El Chino tiró los cortes al piso, se quitó una chapa curvada que se había puesto debajo del buzo como una suerte de armadura, y se acercó al llavero.

—No viste nada, no oíste nada y no vas a hablar. Si abrís la boca, primero mato a tu familia y después te mato a vos.

—Tranquilo, tranquilo, yo no vi nada.

—Así me gusta —contestó el Chino; se dio media vuelta y entró en su celda.

Varias semanas después, un domingo por la tarde, el sol otoñal le daba color al patio, predominantemente gris. Santiago y el viejo Roldán caminaban en círculos a su alrededor y se contaban historias de sus tiempos en libertad, así como también las fantasías que tenían para realizar cuando quedaran libres. Ese día el viejo Roldán vio que era el momento para tirarle algo que venía rumiando desde hacía ya mucho tiempo.

—Escuchame, Santiago, tengo algo que decirte que me carcome. Yo me juntaba todos los jueves en un club de bochas en Malvín Norte con unos amigos. Éramos alrededor de ocho. Hacíamos un asado y cada uno llevaba una botella de vino. Eso era todos los jueves, todos, así fuéramos tres, lo hacíamos igual y nos tomábamos las tres botellas. Si éramos siete, pues siete botellas de vino, si éramos cuatro, cuatro... Nunca dejábamos una gota. Era un grupo bastante variado. Entre ellos estaba yo, que siempre fui un pelagatos, nunca tuve un mango, siempre viví al día. El más piojoso de todos. Después había un veterano, bastante piripipí. El tipo se jactaba de la guita que había tenido en otra época. Se tiraba pedos más grandes que el culo, pero ya no tenía la guita de antes. El viejo un día se apareció con un tipo tranquilo, una pinturita, pero no era ningún negado para el chupi. Y el cuento que tengo tiene que ver con este tipo. Bueno, después otro de los más asiduos a esas reuniones era un feriante, el pinta tenía un puesto de frutas y verduras. Y después había un par de veteranos jubilados que estaban bien al pedo. Un buen día, el hijo del feriante pasó por casa y me pidió si le podía guardar una mochila. Yo, como un pelotudo le dije que sí, el gurí parecía un buen muchacho. Me metió el verso de que se tenía que ir a estudiar y que en la casa no había nadie y no tenía las llaves, que bla bla bla que ble ble ble. Parecía apurado y yo qué sé, me encanutó. Así como me la dejó la guardé en un placar, ¿qué iba a pensar lo que tenía? ¿Sabés lo que tenía la mochila?

—Merca —dijo Santiago, que a esa altura lo escuchaba apoyado contra una pared con los brazos cruzados.

—Casi, ¡estaba cargada de lágrimas de pasta base! Y yo, viejo pajero, me dejo joder por ese pendejo de mierda. No sé cómo la policía recibió la data de que yo tenía eso, todavía no lo entiendo y me da para pensar cualquier

cosa. Me agarraron en una de esas razzias que empezaron a hacer en los barrios más complicados, que los llamaban operativos de saturación, y cuando le tocó a Malvín Norte, ¡pumba! Marché. El tema más interesante es que esta linda gente, la del grupito de los jueves, se olvidó de mí. ¿Vos te creés que vinieron a verme? ¿Vos pensás que fueron a ver a mi mujer a ver si necesitaba algo? Nunca vino a verme nadie, y eso lo tengo en el bocho cada noche, la cabeza me da vueltas y vueltas y vueltas y vueltas. Me defraudaron mal esos tipos. El viejo de mierda, ese viejo choto culoflojo, podría haberme ayudado, porque tenía poder y guita, pero nada, y como soy un pelado me pusieron un abogado de oficio, al que le vi la cara una sola vez; el tipo no la remó ni un poquito. Bueno, esto es como para que te hagas una idea general de estos personajes. Y con esto que te cuento, hace meses y meses que vengo carburando algo. El viejo choto y el otro, el que le gustaba el chupi, que resultó ser un chupapija mamadera y lame culo del viejo choto, estaban metidos en una linda joda, y eso lo sé porque un jueves, me acuerdo que hacía un calor de novela, éramos tres o cuatro en el club como mucho. Joaquín, el feriante, estaba prendiendo el fuego y recién habíamos abierto la primera botella cuando llegó el amigo del viejo choto con un buen pedalín. Había estado dándole al whisky trequetreque trequetreque—hacía la seña con la mano, dirigiendo el pulgar hacia su boca— en otra juntada antes de llegar. Así como llegó, se sentó y se llenó una copa de vino. Esa noche le dio sin asco. Nunca lo había visto tan entonado. Bueno, fue cayendo el resto de la gente, comimos el asado, chupamos una botella, otra, otra, hasta que se empezaron a ir y quedamos los dos solos. Se le había dado por hablar, andaba emotivo y muy efusivo. Que me dice una cosa, que me dice otra cosa, que esto, que aquello, y de repente me dice con los ojitos brillosos y vivaces: “Antonio, no sabés en lo que estoy con el viejo”, o sea el viejo choto culoflojo que se tiraba pedos más grandes que el culo. “Estamos en un negocio que nos deja mucha guita. Entre el viejo y yo nos embolsamos sesenta lucas verdes por mes”. Y yo le pregunté: “¿Y todo eso por qué?”. Y él me contestó: “Nos llega guita de Europa y con eso pagamos barracas y constructores para que hagan casas en Punta del Este, José Ignacio y por ahí en la vuelta”. ¿Te das cuenta? Esos tipos que se hacían los amigos míos me dejaron más solo que un perro, y quiero dárselas bien dada. Los quiero arruinar. ¿Vos me podrás ayudar?

—Podría. Mi hermano que vive en Montevideo podría ayudarnos. El flaco se da maña para todo. Algo se nos va a ocurrir. Siempre se nos ocurre

algo.

Capítulo 46

Stairway to Heaven —Escalera al cielo—
(Canción de Led Zeppelin, 1971)

Juan Carlos era controlador aéreo y esa noche le tocaba la guardia en el aeródromo de Melilla, a tan solo veinte minutos del centro de Montevideo. En realidad, no tenía trabajo que hacer, ya que en las noches no había aterrizajes ni despegues. Tan solo tenía los reportes de los escasos sobrevuelos que surcaban el espacio aéreo. Se acompañaba de un libro y tenía prendida la radio con música. Pensaba qué iba a hacer en las vacaciones de la segunda quincena de enero. Tenía pensado alquilar algo en La Paloma. Su esposa le venía diciendo que hacía tres años que no se iban a ningún lado. Venían ahorrando para la reforma de la casa pero, ahora que ya la habían terminado, podían permitirse gastar el salario vacacional en unas dignas vacaciones. Quince días de playa no le vendrían nada mal. La noche estaba despejada y desde la torre de control se podía apreciar el cielo estrellado. Sin que él se percatara, alguien abrió la puerta e ingresó a la sala de la torre de control. Percibió movimiento a su derecha y giró. Tenía una pistola apuntándole a la cabeza. Casi instintivamente levantó los brazos.

—Escuchame, flaco, no te vamos a hacer nada si nos obedecés —le dijo el hombre, que tenía la cara tapada con un pasamontañas—. Ahora va a salir un helicóptero. Lo vas a autorizar y listo, ¿entendiste? Nada de historias, si no vas a ser boleta vos y tu familia.

—Está bien, como diga —respondió en medio del estupor; el libro había quedado en el piso mientras el arma apuntaba a su sien.

En la pista, tres personas se iban acercando a un helicóptero verde oliva de la Fuerza Aérea Uruguaya. Era el modelo que Estados Unidos había utilizado en Vietnam. Esa tarde había habido un festival aéreo en el aeródromo y con ese helicóptero habían hecho demostraciones de rescate en rapel. El piloto iba adelante, seguido por dos personas que lo apuntaban con sendas ametralladoras. Lo habían ido a buscar a la casa. Era piloto de la Fuerza Aérea y lo había pilotado esa tarde en el festival. Fue el que subió primero al helicóptero seguido de las otras dos personas.

—Lo que vas a hacer es despegar e ir hacia el oeste, al puente de la ruta 1 con el río Santa Lucía. Son aproximadamente ocho kilómetros de acá. Nos va a llevar unos dos minutos si vamos a 120 nudos.

—Está bien.

—Después vamos a seguir por el río un poco más de un kilómetro y nos vamos a acercar al Comcar sobre la alambrada oeste. Ahí vamos a levantar una persona con la escalera. Hacés algo diferente y te matamos.

—Hago lo que ustedes me digan.

En tres minutos estaban sobrevolando el puente sobre el Santa Lucía y podían ver el Comcar a su izquierda. Habían sobornado a la guardia perimetral y no iban a disparar sobre la nave. Tenían la excusa de que era una nave militar. El Jota ya estaba junto a las alambradas. Lo habían seguido el viejo Roldán y el gordo Jonathan. El Jota les había prometido que saldrían con él. Se habían escabullido sin que los otros reclusos los vieran. El helicóptero se acercó y de arriba tiraron la escalera. El Jota la tomó y comenzó a subir. El resto de los presos, alertados por el sonido, se fueron acercando. Debía actuar con rapidez. El viejo Roldán quiso agarrarse de la escalera, pero el Jota lo derribó de una patada en la cabeza.

—¡Hijo de puta! ¡Traidor hijo de puta! —gritó Roldán desde el piso.

El gordo Jonathan hizo un intento desesperado por tomar la escalera, pero recibió una descarga de ametralladora desde arriba. Cayó muerto al lado del viejo Roldán, quien recibió dos impactos de bala, uno en un brazo y otro en una pierna. Antes de que el Jota terminara de subir, el helicóptero levantó vuelo. Una horda de presos se acercó corriendo a la alambrada cuando el borde inferior de la escalera estaba ya a más de diez metros de altura. En la noche los presos se paseaban a su antojo, ya que todas las celdas estaban boqueteadas y podían acceder al patio y a la azotea.

—Ahora vas a volar rasante, para que los radares no nos detecten. Vamos a salir al Río de la Plata por el Santa Lucía.

—Pero es peligrosísimo volar bajo en la noche.

—¿Vos entendés el español? Vamos a hacer un vuelo rasante, de pocos metros, para que los radares no nos detecten. ¿Querés ver vivos a tus hijos? Dale y no te hagas el loco.

El Jota ya estaba arriba del helicóptero. Se abrazó con su hermano Gabriel y con Mauricio, amigo de la infancia. Luego de ocho minutos, a unas doce millas náuticas, aproximadamente a unos veintidós kilómetros del Comcar, le ordenaron al piloto que se detuviera en el aire sobre un yate.

—Escuchame una cosa —lo amenazaron—, te vas a volver también volando bajo. Tenemos gente en la torre de control. Si llegás a mandar algún mensaje te matamos, así que vas a volver bajito como viniste y nada de radio.

—Comprendido —contestó sin mirarlos.

Bajaron uno a uno a la cubierta del yate. Los recibió Alfredo "el Cabeza" Paredes y los invitó a pasar adentro. El yate era espacioso. Tenía treinta metros de eslora y el primer ambiente era un living con una mesa ratona blanca, dos sillones de dos cuerpos enfrentados y dos de un cuerpo a los lados también blancos. El piso de parqué brillaba como si nunca se hubiera pisado. Abrió una botella de champagne y sirvió cuatro copas. Le dio primero una al Jota y le hizo una seña a Gabriel y Mauricio para que se sirvieran.

—Por el segundo regreso —dijo Alfredo.

—Y el definitivo.

—Ahora vas a trasbordar un bote de pescadores. Es peligroso que te encuentren en este yate. Además, lo primero que va a hacer Prefectura va a ser controlar los puertos. Los pescadores te van a dejar en la playa la Mulata, allá en Carrasco, al lado del Club Náutico. Ahí te van a levantar y te llevan a mi chacra en laguna del Sauce.

Eran las cuatro de la madrugada cuando el sonido del celular despertó a Soria. Era su jefe, el director del Departamento de Delitos Complejos, Mario Pereyra.

—Santiago Guerrero acaba de escapar de la cárcel.

—¿Cómo? ¿Ahora? No puede ser…

—Sí, me acaba de llamar el inspector Fagúndez. Se lo llevaron en un helicóptero. Aparentemente salió hacia el mar. Luego el aparato fue encontrado en Melilla, pero no se conoce el paradero del piloto. Tampoco del controlador de la torre. Nos comunicamos con la torre de control de Carrasco, pero no detectaron ningún movimiento en esa zona. Salió un helicóptero de la Base Aérea Número 1 hacia la costa, pero no han podido divisar absolutamente nada. Lo más probable es que lo hayan bajado en algún barco. Prefectura está alerta.

—¿Quiere que vaya a Jefatura?

—No podemos hacer nada por ahora. Nos vemos a las nueve.

Soria no podía entender. El mensaje que había descifrado decía que el rescate sería el 23 de noviembre, en doce días. ¿Se habría equivocado al descifrarlo? Buscó la Biblia nuevamente y trató de ver si había cometido algún error; constató que no. El mensaje estaba bien descifrado, pero esa noche era 11 y no 23 de noviembre. Se sintió el tipo más imbécil de la tierra. Se estaban riendo de él en su propia cara. Apenas llegara a Jefatura hablaría con el Colorado García. Lo pondría contra las cuerdas. Le mostraría la foto del mensaje cifrado.

El Jota subió al bote de pescadores. Quien lo conducía no tenía idea de a quién llevaba. Le habían pedido que trasladara a una persona a la costa por mil dólares. Por esa plata transportaba a un muerto. Jota se había llevado la botella de champagne y tomaba del pico mientras miraba las luces de la ciudad en el horizonte y el cielo, surcado por la columna estrellada de la Vía Láctea, sin una mácula de nube y la luna, que reflejada en el mar, le recordaba el *Clair de lune* de Debussy. Era la primera vez que tenía esa perspectiva de la ciudad. Después del tumulto, se disponía a gozar de ese sublime paisaje nocturno. La noche era suya.

Capítulo 47

In Hiding —Escondido—
(Canción de Pearl Jam, 1998)

Soria no lograba contener la furia. Habían traicionado su confianza y eso no podía quedar así. Fue el primero en llegar a la oficina del Departamento de Delitos Complejos. Se acercó a la máquina expendedora de café, introdujo unas monedas, oprimió el botón correspondiente al capuchino y luego le bajó la medida de azúcar a dos. Se sentó en su escritorio y encendió la computadora mientras acercaba el vaso a sus labios y lo soplaba suavemente. La ansiedad lo llevó a levantarse del escritorio y esperar al Colorado García en el corredor hasta que lo vio llegar.

—Vení para acá —dijo en tono cortante y sin mirarlo a los ojos.

Se dirigió hasta la puerta de una de las oficinas que usaban para interrogatorios, la más pequeña, la que no tenía ventanas. El Colorado lo miraba sorprendido, siguiéndolo.

—¿Qué pasó?

—Sentate —ordenó mientras cerraba la puerta.

El Colorado se sentó y dejó la mochila a un costado de la silla. Soria se mantenía de pie. Puso el vaso sobre la mesa y luego se apoyó en ella con ambas manos.

—Decime una cosa, pedazo de hijo de mil putas, ¿qué mierda es esto?

De su bolsillo sacó la hoja impresa con la imagen de los números que había encontrado el día anterior en la mochila. Tenía los ojos inyectados en sangre. La apoyó sobre la mesa con tal ímpetu que terminó derramando la mitad del contenido del vaso.

—¡Pará un poco! ¿Por qué insultás? ¿Qué te pasa?

—No te hagás el pelotudo, ¿me oíste? A mí no me vas a pasar.

—Calmate. ¿De dónde sacaste esto?

—De tu mochila, pelotudo, ¿de dónde la voy a sacar?

—¿De mi mochila? ¿Vos estás seguro? Acá tengo mi mochila, ¿la querés revisar?, ¿querés ver mi celular? Acá tenés mi celular. Podés ver todas las llamadas que hice, los mensajes de texto, los emails. ¿Querés ir a casa

también a revisar? Vamos ahora, no tengo drama. ¡No tengo nada que ocultar!

Soria tomó la mochila y fue directo al bolsillo donde había encontrado el mensaje cifrado. Allí estaba. Introdujo sus dedos y lo sacó.

—Acá tenés. Ahora cantá.

—¡Eso no es mío! ¡Alguien me lo plantó! ¡Te lo juro por mi vieja! ¿Pero qué mierda es?

—¡Ta, me cansaste! ¡Ya sé lo que dice el mensaje! —y se abalanzó sobre él, tomándolo de la camisa—. ¡Sé que estás metido hasta el ojete con el Jota!

—¡Vos estás loco! ¡Estás meando afuera del tarro! No sé de qué me estás hablando. ¿Eso es un mensaje? Hay números nomás.

Soria le quitó las manos de encima, giró sobre sí mismo para apoyar la espalda en una de las paredes.

—No vamos a salir de acá hasta que me digas quién más está en esto.

—Roberto, no jodas, no insistas por favor, yo no sé nada —su rostro ahora transmitía angustia.

—¿Hay alguien más metido además de vos?

—Que hay alguien metido no tengo dudas, ¡pero no soy yo! ¡Estás perdiendo el tiempo conmigo!

O es buen actor, o me está diciendo la verdad, se dijo Soria.

—Vos sos el cartero del Jota. ¿Para quién iba esa carta? ¿Qué sentido tenía que pusieran una fecha falsa? ¡El Jota se escapó anoche, pero el mensaje decía que lo iban a hacer el 23!

—Yo no soy cartero de nadie, ¿no lo podés entender? Ya sé que se escapó, cualquiera lo sabe. Prendés la tele y es de lo único que hablan.

Este tipo está tan casado con los narcos que jamás va a abrir la boca, se decía Soria mientras lo escrutaba con su mirada.

—A partir de estos momentos estás suspendido de tus funciones. Dame tu credencial y tu arma.

—Roberto, no podés hacerme esto.

—Dame tu credencial y tu arma.

El Colorado le entregó su credencial y puso el arma sobre la mesa.

—No podés hacerme esto.

—Podés retirarte.

—Te estás equivocando y te vas a arrepentir, ¿sabés? ¡Vas a tener que reparar el daño que me hacés! ¡Esto no va a quedar así!

Martín había jurado vengar la muerte de su padre. Desde que su madre había encontrado la carta que Fernando había dejado escondida en el placar del dormitorio, se había propuesto acabar con Darío Grant. No iba a quedar indemne. Pagaría por haberlo entregado. Estaba anocheciendo. Tendría que entrar al estudio en la noche. Tenía que asegurarse de entrar cuando no hubiera nadie. Había acordado con Jorge para que le avisara cuando se fuera el último empleado. Decidió esperar en un bar cercano al estudio. El que estaba en la esquina era ideal, pero cerraba a las siete de la tarde. Caminó una cuadra hasta la cafetería Las Misiones. Ubicado en la otra esquina, era característico por su frente revestido de azulejos verdes decorados. Hacía más de cien años que se había inaugurado. El número 1907 sobre las ventanas así lo indicaba. Se sentó en una mesa frente a la ventana que daba a 25 de mayo. Los manteles eran verde agua y sobre ellos había un vidrio que tenía alguna de las esquinas cascadas. El vitral del techo era espectacular. Se acercó una de las mozas y con una sonrisa le acercó uno de los menús. Detrás de él había un antiguo reloj de pie que dio las campanadas de las nueve de la noche. No tenía ganas de cenar. Prefería pedirse un capuchino y un sándwich caliente. Desde la ventana podía ver la vereda de grandes bloques de granito, algunos de ellos de más de un metro de largo. Se preguntaba por qué los habían cambiado en varios puntos de la ciudad. En la mesa de al lado había un par de *yuppies* de aproximadamente treinta años. Uno de ellos dominaba la conversación. Estaba tratando de idiota a un tal Washington que no estaba presente. Parecía querer ser algo que no era. Luego pasó a hablar de otro al que adjetivó de "*bobby*". Martín siguió escuchando: *Es un negro ordinario, no tiene dónde caerse muerto, desagradecido, era cobrador del viejo de Matías, y si es algo hoy es por nosotros*. Enseguida, escuchó que otro más era presa de su boca filosa, al que tildó de "*cara de bobo*" y que estaba rodeado de fracasados. Su nuevo teléfono celular se encendió. Ya lo había puesto en silencio. No quería sorpresas al entrar al estudio. Era el mensaje que esperaba de Jorge. No había moros en la costa. Ya se habían ido todos, y Jorge se fue con el último para no despertar sospechas. Sin salir de la aplicación, le mandó un mensaje a Mariana: "Voy a entrar". Recibió un "¡Cuidate, amor! avisame cuando salgas". Pagó la cuenta y salió de la cafetería hacia el estudio, en la calle Rincón. En un par de minutos estaba entrando al palier del edificio. A esa hora ya no estaba el portero. Esperó nervioso los escasos segundos que demoró en abrirse la puerta del ascensor y entró. Oprimió el botón del

séptimo piso y fijó su vista en el indicador de piso como si intentara acelerarlo. Cuando la puerta finalmente se abrió, sacó un par de guantes de látex de uno de los bolsillos de su pantalón vaquero. No quería dejar ningún tipo de huellas en el escritorio de Darío Grant. Entró y quitó la alarma. Jorge le había facilitado el código. Fue directo al despacho del doctor Grant padre. No encendió ninguna luz, ya que las oficinas daban a la calle y, aunque estaban en un séptimo piso, las luces encendidas podían levantar sospechas si alguien miraba hacia arriba. El ambiente estaba tenuemente iluminado por las luces de la calle. Había planificado cada uno de sus movimientos. Usaba su celular como linterna. Lo primero que hizo fue encender la computadora. Se sentó en la cómoda butaca reclinable de cuero y esperó que iniciara el sistema operativo. Conectó el disco externo en uno de los puertos USB y comenzó a copiar las carpetas que Jorge le había sugerido. En el silencio, sobresalía el ruido del ventilador de la computadora y el tic tac de un reloj que estaba encima del escritorio. Con un sobresalto se dio cuenta de que alguien abría la puerta. Se metió rápidamente abajo del escritorio y desenchufó la computadora. *¿Quién mierda está entrando a esta hora? ¡Me quiero matar!*, se dijo, mientras miraba por el resquicio que había entre el frente del escritorio y la base superior. Era la voz de Horacio, pero no estaba solo. Una sonrisa y el sonido de unos tacos le indicaron que había entrado con una mujer. Escuchó su voz y se dio cuenta de que era Jimena, la telefonista. Comenzó a ponerse cada vez más nervioso al ver que se iban acercando. Finalmente entraron en el despacho. Se sentaron en el sillón de tres cuerpos que estaba a algunos metros del escritorio. Martín podía apreciar la escena desde su improvisado escondite. *Que no prendan la luz, que no vayan a venir para este lado que se pudre todo,* pensaba Martín. Empezó a transpirar y se esforzaba por no moverse. Cualquier sonido podría delatarlo. Frente a sus ojos, comenzaron a besarse.

—Siempre tuve la fantasía de hacerlo acá, en el despacho de tu padre.

La luz encendida del corredor y la que entraba por el ventanal le permitía a Martín ver con mediana claridad la escena. Ella estaba vestida con un blazer y pollera de color azul marino y una camisa blanca.

—En la silla de tu padre. Quiero que me lo hagas en la silla de tu padre.

Martín escuchó esas palabras y pensó que estaba perdido. No podía tener tanta mala suerte.

—Mejor acá, en el sillón —sentenció Horacio.

—Está bien, la silla queda para la próxima.

Se sacó los zapatos de taco aguja y con un movimiento rápido se levantó la falda y se deshizo de las medias y la ropa interior. Horacio le quitó el blazer, le desabrochó uno a uno los botones de la camisa y comenzó a acariciarle los pechos. Ella deslizó sus manos en la entrepierna, le desabrochó el cinturón y le bajó la bragueta. Se quitó la camisa y el corpiño y comenzó a hacerle sexo oral.

¡No lo puedo creer! ¡Ahora me tengo que bancar a estos dos garchando! Van a terminar, van a prender la luz y me van a encontrar. ¡Qué mala liga, por Dios!

Él deslizó una mano por debajo de la falda y percibió la suavidad del sexo depilado y la humedad de la excitación. Se levantó del sillón, la levantó, la puso de espaldas y la penetró por atrás. Ella comenzó a gemir y no paraba expresar con palabras lo que estaba experimentando.

Nunca oí una mujer que hable tanto mientras hace el amor, es insoportable, parece que estuviera relatando un partido.

El frenesí duró un par de minutos más. Ella salió corriendo al baño y él fue hasta su despacho con los pantalones por los tobillos. El peligro parecía haber pasado.

Luego de unos minutos, Jimena salió del baño, entró al despacho a buscar su ropa y encendió la luz. A Martín se le congeló la sangre. Se puso rápidamente el corpiño y la camisa, puso las medias y la bombacha en la cartera, se calzó, apagó la luz y salió. Martín suspiró de alivio. Faltaba esperar que se fueran. *¡La alarma! ¡Van a poner la alarma y yo estoy acá abajo del escritorio!,* se dijo Martín. Los escuchó irse y confirmó lo que temía. El sonido del teclado para su activación era inconfundible. Estaba atrapado. Si se movía de ahí, la alarma se iba a disparar. Tenía que llamar a Jorge, era el único que lo podía salvar. Agazapado bajo el escritorio buscó su número en el celular. Llevó el teléfono hacia el oído.

—Jorge, tengo un problema.

—¿Qué pasó?

—Mientras estaba en el escritorio del viejo Grant, se apareció Horacio con Jimena y se pusieron a garchar adelante mío. Yo apenas me pude esconder abajo del escritorio.

—¡Pero qué microbio, bo! ¡Como si no tuviera guita para pagarse un hotel! ¿Cogieron y se fueron? ¿No te vieron en ningún momento?

—No, pero cuando se fueron activaron la alarma y yo sigo abajo del escritorio del viejo. No sé si esta oficina tiene sensor.

—Quedate tranquilo que te la desactivo desde acá. Sé cómo entrarle desde mi computadora. No te preocupes, es una pavada. Cuando sientas tres bips ya vas a poder moverte.

—Gracias, George, me salvás la vida.

Martín se quedó esperando. Cerró los ojos como para poner más atención a los sonidos. De la calle llegaba el ruido de los pocos autos que pasaban a esa hora de la noche. Distinguió un Volkswagen escarabajo y luego un ómnibus de transporte colectivo. Luego de algunos minutos, del otro lado del corredor llegaron los tres bips. Volvió a enchufar la computadora, salió de abajo del escritorio, se sentó frente al monitor y copió las carpetas que había identificado. Luego presionó la tecla de Windows y tecleó "Fernando" en la celda de "Buscar archivos y programas". Entre los resultados de esa búsqueda encontró un email a Joan Vanolli en el que explicaba que iban a usar a Fernando para hacer el trabajo sucio. Martín se dio cuenta de que el viejo, que poca noción de informática tenía, usaba una única clave para todo. El Outlook, que ya estaba programado, tenía la misma que la de la computadora. Siguió la búsqueda y encontró toda una red de emails muy jugosa en la que se relacionaba a Fernando con Joan Vanolli, las remesas de dinero y hasta los destinos. Había encontrado lo que buscaba. Experimentó una agradable sensación de éxito, como quien descifra un intrincado acertijo. Era hora de dejar todo como lo había encontrado. Desconectó el disco externo y lo guardó en un bolsillo de su campera. Tuvo la precaución de activar nuevamente la alarma y salió de la oficina.

Ahora sí los tenía.

Capítulo 48

Mírenla
(Canción de Ciro y los persas, 2012)

Roberto Soria necesitaba pruebas e iba a ir por ellas. Haría la investigación en secreto, por las suyas, ya que no tenía ninguna prueba fehaciente de que el Colorado fuera el único infiltrado. Hasta su jefe podía estar involucrado. Hasta que no tuviera pruebas ciertas no abriría el juego. El director del Comcar le había dicho que la bibliotecaria se llamaba Valeria Díaz y que iba los miércoles. Si bien le había dado el número de celular, no tenía intención de llamarla pues era mejor investigarla sin que ella lo supiera. Esperó a llegar a su casa para buscar información en Internet. Abrió la página de inicio de Facebook e ingresó con uno de los dos perfiles que se había creado para este tipo de casos. Según este perfil, se llamaba Claudio Rodríguez, era rubio y había nacido en 1989. Había acumulado doscientos cuarenta amigos a partir de páginas de músicos y actores. Tenía también otro perfil femenino con el que había acumulado más de seiscientos amigos. Las fotos mostraban a una morocha muy sensual. Era más fácil acumular amigos como mujer que como hombre, más aún con esas fotos. En la ventana superior de búsqueda tecleó el nombre de la bibliotecaria y se desplegaron tres opciones. Una era de Colombia, la otra de Argentina y la última era uruguaya y había estudiado en la Universidad de la República. Era probable que fuera ella. Su nombre completo era Valeria Díaz Viña. Tenía que solicitarle amistad para poder acceder a su perfil completo. Hizo clic con el *mouse* en el botón de solicitud de amistad, dejó la *laptop* sobre la mesa ratona que tenía frente al televisor de su pequeño living y fue hasta la mesita del teléfono para buscar una vieja guía telefónica alfabética. Le interesaba saber dónde vivía. Dejó pasar las páginas hasta que llegó al apellido Díaz. Había más de dos mil doscientos. Dejó la guía sobre el sillón y fue hasta la cocina. Llenó la caldera con agua, encendió una hornalla y la colocó encima. Abrió el placar que estaba sobre la pileta y sacó el mate, la bombilla, el termo y la yerba. Esperó pacientemente que el agua hirviera para luego llenar el termo. Preparó el mate, fue hasta el living y lo dejó sobre la mesa mientras la yerba se hinchaba. Encendió el televisor y puso

un recital de Bruce Springsteen en Broadway. Tomó el mate y comenzó con las primeras cebadas. No había mejor forma de acompañarlo que con galletas malteadas de la panadería de la esquina. Se daba cuenta de que estaba ansioso. No le daba descanso ni al mate ni a las galletas. No se iba a quedar esperando que la bibliotecaria le aceptara la solicitud de amistad. Se levantó del sillón y fue hasta el dormitorio para ponerse un short, una remera y calzado deportivo. Saldría a correr por la rambla. Diez kilómetros en cincuenta minutos no estarían nada mal. Fue en el auto hasta la rambla y desde allí comenzó su circuito. Iría para el lado de Pocitos.

Una hora después, luego de haber detenido el cronómetro en cuarenta y nueve minutos con cuarenta y dos segundos y de haber estirado, volvió a su casa para ducharse. Dominó su ansiedad de abrir la *laptop* y siguió hasta el baño. Luego de la reparadora ducha, pasó por la cocina y dejó descongelando un pastel de carne en el microondas. Volvió al estar, se puso la *laptop* sobre la falda y la encendió. Valeria Díaz había aceptado su solicitud. Pensó que, con el avance de los *smartphones* en el mercado, cada vez era más fácil que las personas estuvieran conectadas con las redes sociales. Entró en el perfil y constató que había estudiado en la Escuela Universitaria de Bibliotecología y Ciencias Afines. Tenía veinticuatro años. Era la Valeria Díaz que estaba buscando. Era una chica muy atractiva. Probablemente no iba a tener una foto con el Colorado. No creía que él, con lo claro que tenía el tema sistemas, se lo permitiera, conjeturaba mientras iba pasando las fotos de álbum en álbum. Una de las fotos era de su padre. Ella lo había etiquetado. Se llamaba Felipe. Había fallecido y, en el comentario, expresaba que lo seguía extrañando. Por lo que podía ver, aparentaba no estar en pareja y vivía con su madre en una casa de tejas revestida de ladrillos. Tenía un ovejero alemán. Se detuvo en una de las fotos del jardín. Era el frente de la casa. Tenía un pequeño auto azul marino. Sobre el extremo derecho se veía claramente un cartel con el número de puerta, el 2264. La incógnita a descifrar era a qué calle correspondía. Tomó nuevamente la guía y volvió a la letra D. Era probable que alguno de esos más de dos mil doscientos Díaz fuera el que estaba buscando. La otra posibilidad era que el teléfono estuviera a nombre de la madre. En ese caso, tendría que buscar por el apellido Viña. En menos de diez minutos lo encontró. El teléfono estaba a nombre de su padre. La dirección era José Catalá 2264. Con la guía de calles comprobó que era entre Canstatt y Chiavari. Era en La Blanqueada, un barrio que conocía bien porque su

abuela y primos vivían cerca de allí. Se sintió tentado de darse una vuelta, pero lo consideró riesgoso. Tenía el pálpito de que el Colorado estaba en contacto con Valeria Díaz y no quería exponerse a la eventualidad de que rondara la casa y viera su auto.

Al día siguiente, en las primeras horas de la tarde, llamó al teléfono fijo de Valeria Díaz desde uno público. Sólo quería saber a qué hora llegaría a la casa. Si le atendía la madre, le pediría con ella, pero si le decía que estaba, colgaría. Como presumía, atendió la madre, y le dijo que Valeria llegaría después de las siete de la tarde. Horas después, le pidió el auto a su padre. Llevó consigo una cámara que tenía una lente que le permitiría tomar fotos a distancia con excelente calidad. A las seis y media de la tarde se estacionó a escasos metros de la casa, contra la vereda de enfrente. El auto azul marino estaba estacionado en el jardín. Encendió la radio y sintonizó la 91.1. En pocos minutos más comenzaría "Rock Boulevard". Era un día caluroso y húmedo. Abrió el techo corredizo y cerró las ventanas de las puertas delanteras. Así sería más difícil ver si había alguien dentro del auto. Sabía que podría pedir la intervención de los teléfonos de la bibliotecaria y del Colorado, pero no quería avivar giles. Podía haber otros policías involucrados. Si era así, a partir de su pedido todos se iban a cuidar. Estaba tentado de interrogarla a la fuerza, pero tampoco tenía seguridad de que de ese modo pudiera obtener algún tipo de información. Tenía que ser paciente y manejarse en la medida de sus posibilidades. La voz de Robert Plant en *Black Dog* anunciaba el comienzo de "Rock Boulevard". ¿Qué era lo que esperaba encontrar? No sabía. Intuía que, si la seguía, tal vez podría dar con alguno de los policías involucrados. O con el Jota. Si bien no lo conocía personalmente, había visto varias fotos y no dudaba de que lo reconocería si se cruzaba con él por la calle. La siguiente canción fue *Rock and Roll*. Mario Gallinares había decidido comenzar a todo Led Zeppelin. No había mucho movimiento en la calle. Los vecinos iban volviendo a sus hogares luego de la jornada laboral. Imaginaba que vendría caminando luego de bajarse en alguna parada de ómnibus cercana. El locutor pasó a presentar *Black hole sun* de Soundgarden. *Si es por lo que vi en las fotos, esta mina está más fuerte que cadenazo en los dientes,* se dijo Soria. El calor se hacía insoportable. Transpiraba ríos de agua. Abrió un centímetro los cristales de las puertas, pero no sirvió de nada, no corría el aire. Las hojas de los árboles estaban inmóviles, como agobiadas de tanto calor. "Antes, hace ya tiempo, yo te invitaba a cazar un ciervo…" La radio emitía una canción de Ciro y

los persas. Ya hacía más de tres cuartos de hora que estaba ahí. En su casa no tenía nada que hacer. Vivía solo y no tenía que responder por nadie más que por él mismo, así que podía hacer lo que le viniera en gana sin tener que rendir cuentas. Esperaría a que la chica entrara a su casa. No demoraría en llegar. Luego tendría que estar atento por si volvía a salir. Ahí sí la seguiría. La madre le había dicho que llegaría después de las siete de la tarde, así que podía ser cualquier hora a partir de entonces. Tenía sueño y se sentía tentado de reclinar el asiento, pero no se podía permitir ese lujo. Tenía que estar más que atento. Un pequeño auto rojo que se detuvo delante de él lo despabiló. Se bajó un estudiante y el coche siguió de largo. Falsa alarma. La casa estaba a su izquierda, en diagonal. La podría ver bien cuando se aproximara. La armónica de *Mírenla* fue un aviso premonitorio. Un Fiat Uno rojo se acercó y se detuvo frente a la casa.

—Pero si es… No lo puedo creer. ¡Jamás lo hubiera pensado! ¡Qué pedazo de hijo de puta! —exclamó Soria.

Valeria estaba en el asiento del acompañante y se despidió de quien conducía con un beso apasionado. Soria tomó rápidamente la máquina de fotos, ajustó el *zoom* y sacó varias fotos. La pareja continuaba su fogosa despedida con un beso interminable, mientras la radio seguía acompañando la escena.

Ella finalmente se bajó y el auto se alejó. Soria no daba crédito a lo que había visto. Quien manejaba el auto era Carlos Fleitas, su amigo, su compañero de tantos años.

Capítulo 49

Atando cabos
(Película de Lasse Hallström, 2002)

Debía dar cuenta a sus superiores. No podía seguir solo. La primera sospecha recayó en el Colorado García. ¿Quién le había sugerido que el Colorado podría ser el infiltrado? Había sido Carlos. Entonces era factible que él mismo hubiera plantado la falsa prueba en la mochila. Si eso era así, el Colorado estaba pagando por algo que no había hecho. Decidió ir hasta el escritorio del inspector Pereyra y hablar sin guardarse nada.

—Buen día, Inspector, ¿tiene un par de minutos?

–Sí, ¿cómo no? Tome asiento —se incorporó y se dirigió a la puerta del despacho para cerrarla. Se sentó y le hizo un gesto con las manos para que hablara.

—Tengo serias sospechas de que dentro del departamento tenemos al menos un infiltrado que está involucrado en el caso Guerrero. Este individuo trabajaba en la biblioteca del penal y usaba a la bibliotecaria como correo mediante un sistema de cifrado. Ayer descubrí que Carlos Fleitas tiene una relación con esta muchacha.

—Entonces es su principal sospechoso.

—Sí, estas fotos son de ayer —puso sobre el escritorio cuatro imágenes con buena definición donde se apreciaban los rostros de ambos. También encontré en la mochila de García una hoja con un mensaje cifrado que llegué a decodificar y que anunciaba el escape de Guerrero. El problema fue que lo encontré el mismo día del escape y no pude descifrarlo a tiempo. Aparte de eso, aludía a una fecha posterior a la que en que en realidad se produjo. García niega toda relación con el tema. Lo relevé del cargo hasta que se resuelva todo. Después de lo de ayer me surgen serias dudas de si efectivamente está metido en esto o no, si lo del mensaje cifrado que encontré en su mochila fue obra de Fleitas como para despistar porque, después de todo, fue él quien me indujo a pensar en García como posible infiltrado.

—Que Fleitas siga trabajando como si nada, pero vamos a intervenir sus teléfonos. También vamos a intervenir el de García y el de esta muchacha

que trabaja en la biblioteca del penal. Voy a dar cuenta del tema al Departamento de Asuntos Internos. Ellos nos van a dar una mano en esto, así libramos de sospechas a cualquier integrante de nuestro departamento.

—De acuerdo.

—Yo le voy a pedir a la gente de Asuntos Internos que se comunique con usted para coordinar el trabajo.

—Perfecto, Inspector, con permiso —dijo Soria, levantándose de la silla y retirándose hacia su escritorio.

Pasado el mediodía, Soria estaba por salir a comer algo cuando un agente se le acercó y le avisó que había alguien que lo quería ver. Era Martín Flores.

—Martín, ¿qué te trae por acá?

—Usted sabe que mi padre fue asesinado en Buenos Aires.

—Sí, lo siento mucho. Estuve muy en contacto con él en medio de tu secuestro.

—Yo sé quiénes pueden haber sido los que lo mataron.

—Vení por acá —ante tal sentencia, Soria lo hizo pasar a la sala de reuniones—. Contame.

—Mi padre escribió una carta despidiéndose de nosotros porque sabía que lo iban a matar.

—¿Tenés una copia acá?

—Sí. En esa carta nos decía que el doctor Darío Grant le había propuesto un negocio que no era muy limpio que digamos. Recibían dinero en efectivo desde España y acá lo lavaban comprando campos, terrenos y construyendo mansiones en el este. Cuando me secuestran, usa quinientos mil dólares de esa plata para el rescate. Sabía desde ese momento que se estaba condenando a muerte. Se jugó la vida para salvarme a mí. En la carta dice que era probable que lo mataran antes de que pudiera decir algo.

—¿Tenés información de este doctor?

—Es mi jefe. Hace un par de días entré en su computadora y copié varias carpetas con información que me parece importante. La tengo acá, en este disco duro. Copié el historial de sus correos así como los archivos con cartas y otros documentos. Hace referencia a mi padre y tiene comunicación con un tal Joan Vanolli, que según lo que pude ver es español. En uno de los mensajes dice que mi padre era el que iba a hacer el “trabajo sucio”.

—¿Me dejás la copia de la carta y el disco?

—Sí, claro.

—Esto va a ser de gran ayuda. Vamos a estudiar la información. Esperemos tener pruebas suficientes como para ponerlos entre rejas.

—Esperemos. Si tiene alguna pregunta me llama.

Soria se despidió de Martín con un apretón de manos y fue hasta el papelógrafo que estaba en un rincón de la sala. Dio vuelta una de las hojas que estaba garabateada con un esquema. Había cuatro incógnitas a develar. La primera, quién había matado a Fernando Flores. La segunda, quién era el infiltrado. La tercera, si había algún nexo entre el secuestro de Martín y la red de lavado de Grant y Vanolli. La cuarta, dónde estaba Santiago Guerrero alias el "Jota".

Escribió el nombre de Fernando y lo encerró en un círculo. Luego, escribió Grant; más a la derecha, Vanolli. Encerró a cada uno en un círculo y los unió con líneas. Esa era la primera línea de investigación. Más abajo escribió Guerrero; sobre este, Valeria; más arriba, C–C, como abreviación de Colorado y Carlos; y encima de estos "Grupo de Guerrero", aludiendo a quienes habían cobrado el rescate del secuestro y con quienes estaría Guerrero en ese momento. Hizo lo mismo que antes, encerrando los nombres en círculos y uniéndolos con líneas. Esa era la segunda línea de investigación que podía llegar a responder a la segunda y a la cuarta incógnita. Luego dibujó un signo de interrogación entre Grant y Guerrero. Esa era la tercera incógnita, cómo se había enterado Guerrero de la red de lavado de dinero de Grant y Vanolli. Los círculos se iban cerrando. Si bien no tenía la última palabra en ninguna de las líneas de investigación, todo parecía aclararse. La resolución estaba cerca. Se detuvo en el último punto. Los tres secuestradores estaban muertos. Guerrero se había fugado de la cárcel. Sabía que un compañero de celda había sido baleado en la fuga y estaba internado en el Hospital Maciel.

Hasta allí se fue para interrogarlo. Estacionó a una cuadra por la calle Sarandí y entró en el viejo hospital. Al entrar a la sala vio a un hombre con cabello y barba hirsutos, canoso y con la piel curtida. Aparentaba más edad de la que tenía. Era el viejo Roldán.

—¿Tendrá un par de minutos para conversar conmigo?

—Irme de acá no puedo —contestó irónicamente mirando al agente policial que custodiaba la entrada—, además, estoy maltrecho, mire —y le mostró las heridas que tenía en el brazo izquierdo y la pierna derecha.

—Quisiera que me hablara de Santiago Guerrero.

—¿Santiago Guerrero? Soy horrible para los nombres, pero ¿de dónde lo puedo conocer?

—¿Y no conoce a ningún "Jota"?

—Ah, viene por ahí la mano. El Jota es un hijo de cien millones de putas. Un reverendo sorete. Y yo fui un gil. Confié en él como un pelotudo. Creí en su palabra y me terminó pateando, literalmente pateando —comenzó a reírse y a toser a la vez.

—¿Qué le había prometido?

—Es un poco largo.

—Tengo tiempo, y creo que usted también.

—¿Y qué gano yo hablando? ¿El Jota anda suelto o lo agarraron?

—Desde el día de la fuga, nada se sabe de él.

—Si se entera de que yo abro la boca, el tipo este es capaz de mandarme matar. Yo no tengo ninguna seguridad acá.

—Si usted colabora, podemos llegar a revisar su causa.

El viejo Roldán se quedó rumiando las palabras que acababa de oír.

—¿Mi causa? Yo soy inocente y nunca tendría que haber ido preso, y todo lo que pasó en el Comcar es consecuencia de una injusticia. Me tendrían que dejar libre y dejarse de joder.

—Se podría llegar a considerar. ¿Qué me puede decir del Jota?

—Como le decía, es un reverendo hijo de puta. Si usted quiere saber dónde está ahora, yo no tengo la más puta idea. Era un tipo muy inteligente y no abría la boca más de lo necesario. En fin... el muy puto me cagó. Hace ya un tiempo, en unos días en los que yo estaba muy deprimido, le conté de unos tipos a las que yo consideraba amigos. Estos tipos se olvidaron de mí cuando me encerraron. Entre ellos había un abogado. Le pedí ayuda, lo mandé llamar, pero el muy hijo de puta nunca me contestó. Eso me dolió, porque lo que yo necesitaba era su mano, era que me ayudara, pero no, me dio la espalda. El doctor Darío Grant… —hizo una pausa y suspiró— un pedazo de mierda. Desde ese momento le entré a alimentar un odio tremendo. Cada mañana me despertaba y me amargaba pensando que me iba a pudrir allá adentro, injustamente preso, sin sentencia, porque él no me había ayudado. Entonces le conté al Jota una anécdota. En una de las tantas comidas que teníamos los jueves en un club de bochas en Malvín, Fernando, uno de estos supuestos amigos que tenía, estaba pasado del pedo y me mencionó algo como que él y el abogado estaban en una joda de lavado de guita. Les llegaban valijas llenas de verdes de Europa y después

compraban tierras y construían en Maldonado. Yo le dije que quería hacer pagar al abogado por haberme dado la espalda. A él le gustó la historia y craneó el secuestro del hijo de Fernando para hacerse de la guita. En realidad, esa plata era cambio chico para él. Estoy seguro de que lo hizo por pura diversión y también porque creo que le caí bien y le resultaba simpático ayudarme, aunque fuera para saciar mi sed de venganza. El que roba a un ladrón tiene cien años de perdón, ¿verdad? En realidad, a mí no me interesaba tanto la guita, sino que este abogado de mierda pagara por haberme dado la espalda, y el único que me prestaba el oído era el Jota. No tenía a nadie, a nadie, ¿me entiende? Y el tipo este por lo menos me escuchaba, ¿vio? Me prometía que me iba a llevar con él, que íbamos a repartir el botín la mitad para cada uno y después pasó lo que pasó y acá estoy. No sé si fue que puse muchas esperanzas en él o qué… No tengo nada más para decirte.

Soria se dio por satisfecho. Había dejado que hablara, que se explayara y, en la medida que avanzaba, se daba cuenta de que había encontrado el eslabón perdido, el punto que unía las historias del secuestro de Martín con el lavado de dinero de España.

El rompecabezas empezaba a cerrarse.

Capítulo 50

Theatrum Orbis Terrarum —Teatro del globo terrestre—
(Atlas de Abraham Ortelius, 1570)

Soria salió del Hospital Maciel y volvió a Jefatura. Las pruebas se habían ido acumulando y era imperativo obtener cuanto antes la orden de allanamiento del estudio del doctor Darío R. Grant y la autorización judicial para las escuchas de los teléfonos de Carlos Fleitas, el Colorado García y Valeria Díaz. La información que le había aportado Martín era contundente pero no servía como prueba a nivel judicial. Una vez que tuvieran la orden del juez podrían hacerse de la documentación y archivos que incriminarían definitivamente a los Grant. Entró a la oficina del Departamento de Delitos Complejos y fue hasta su escritorio. Saludó al Sombra Píriz y a Carlos Fleitas. Tuvo que hacer un esfuerzo para disimular sus sentimientos. Tenía ganas de agarrarlo del cuello y estamparlo contra una pared. Estaban ocupados en un nuevo caso, la desaparición de una modelo. El teléfono de su escritorio sonó. Era el inspector Pereyra que quería verlo en su despacho. Soria intuía la razón del llamado. Dejó su escritorio y fue hasta allí.

—Ya tenemos las órdenes judiciales para el allanamiento del estudio de Grant y para las escuchas —le dijo el inspector.

—Buenísimo, ya nos ponemos a trabajar.

—En las escuchas ya está el Departamento de Asuntos Internos. Para el allanamiento el juez determinó que usted lo va a encabezar y, además de su equipo, va a ser acompañado por dos funcionarios judiciales.

—¿Cuándo lo hacemos?

—Mañana a las 13 horas. Quiero que participe Carlos Fleitas. Haga de cuenta que él no está metido en nada raro. Sé que no le va a resultar fácil, pero así debe ser. Dejemos que Asuntos Internos resuelva esta situación. Tienen la autorización para secuestrar computadoras y toda clase de material de archivo en papel. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna. Está todo bien claro.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo eran pocas las personas que permanecían en el estudio del doctor Darío R. Grant. La mayoría de los

profesionales que trabajaban allí solían salir a almorzar a los restaurantes de la zona. Jimena, la recepcionista, no salía a almorzar. Se turnaba con Alejandra la atención del teléfono y la puerta mientras comía rápidamente una tarta. Alejandra había salido ese día y Jimena estaba allí cuando sonó el timbre. Pensó que era el *delivery* que había pedido hacía poco más de una hora.

—Venimos de la Jefatura de Policía con una orden de allanamiento —escuchó que le decían por el intercomunicador.

—Un segundo, por favor, ya le abrimos —contestó Jimena casi por reflejo, pero sin abrirles la puerta. Inmediatamente tomó el teléfono y discó el interno de Horacio Grant.

—¡Horacio, tengo a la policía del otro lado de la puerta! Dicen que tienen una orden de allanamiento.

–Deciles que no hay nadie, que estás sola y que no tenés autorización para abrirle a nadie. Deciles que vengan a las 14:30 que vuelven los profesionales, pero no les abras. ¡No les abras!

—¡Pero siguen tocando el timbre! Por la pantalla veo que son varios. ¡No sé si puedo aguantarlos mucho tiempo!

—Entretenelos. Lo que necesito es media hora. Deciles que vengan dentro de media hora. ¡Deciles algo, pero no los dejes entrar!

Martín, que estaba en el escritorio contiguo a la recepción escuchó la conversación. Se levantó de su escritorio y se acercó a Jimena.

—¿Quién es? ¿Por qué no abrís?

—Horacio dice que no abra.

—Decime quién es.

Jimena lo miró con un gesto de pánico, pero no le contestó. Martín fue hasta la puerta y les abrió. Eran seis personas. Reconoció a Soria, pero ambos hicieron como si nunca se hubieran visto.

—Necesitamos hablar con el doctor Grant —dijo Soria.

—En este momento está el doctor Horacio Grant. Es probable que su padre venga después de las 14:30.

—¿Nos puede llevar hasta él?

—Sí, vengan por aquí —contestó Martín.

Jimena asistía a la escena con el rictus paralizado como una estatua de sal. Caminaron hasta la puerta del escritorio de Horacio y Soria tanteó el picaporte. La puerta no estaba trancada. Cuando la abrió, Horacio se sorprendió de tal modo que se echó bruscamente en su silla hacia atrás.

Estaba tratando de borrar archivos de su computadora. Parecía el alumno que deseaba terminar su prueba y veía que el profesor estaba a punto de quitarle la hoja.

—Policía. Retírese de ahí —ordenó Soria en forma terminante—. Tenemos una orden de allanamiento en el marco de una investigación de lavado de dinero. Tenemos autorización judicial para retirar el material que consideremos necesario. Esta copia es suya.

El rostro de Horacio Grant empalideció y por unos instantes pareció que se desmoronaba.

—Pero no entiendo. No sé a qué se refieren, ¡no puede ser, debe ser un error!

—Le agradezco que nos deje trabajar. Si usted se interpone en nuestro trabajo vamos a tener que detenerlo por obstrucción de la justicia.

Enseguida, Horacio se dirigió hasta el escritorio de Jimena para increparla.

—¡¿No te dije que los aguantaras y que no les abrieras?!

—Yo no les abrí.

—¡¿Quién fue entonces?!

—Martín —contestó casi en un susurro, hundida en la silla.

Como una tromba fue a buscarlo. Martín estaba parado en el umbral de la puerta de su escritorio mirando hacia el corredor ante el movimiento del personal policial. Horacio lo llevó adentro de la oficina y lo sacudió de un brazo.

—Pedazo de hijo de mil putas, ¿quién te creés que sos?

—Soltame.

—¿Por qué abriste la puerta si yo di orden de no abrir?

—¡Soltame!

—¡No grites, pelotudo! Decime una cosa, ¿te querés hacer el héroe?

—Dejame tranquilo, yo no tengo nada que ver. Abrí la puerta como le abro a cualquiera cuando estoy cerca. Pensé que Jimena estaba ocupada, y si diste una orden de no abrir, a mí no me la diste, así que no me jodas.

Horacio lo soltó, salió al corredor y desde el celular llamó a su padre.

—Papá, están allanando el estudio. Es por lo que imaginás. No vengas. Hablamos luego. Chau.

El doctor Darío Grant estaba almorzando en un restaurante a dos cuadras del estudio. Cortó la llamada, miró el plato y se dio cuenta de que había perdido el apetito por completo. Como estaba compartiendo la mesa con un

viejo colega, trató de disimular los nervios. Si lo procesaban por lavado de dinero, terminaría preso. Sería su muerte social. Además, tendría a Vanolli y a su gente prontos para liquidarlo. Por un instante se imaginó tendido en el suelo en medio de un charco de sangre. Experimentó un sudor frío y pensó que se iba a desmayar.

—Darío, estás transpirando, ¿te sentís bien?

—Hace un poco de calor. Tal vez sea la presión —contestó llevándose el vaso de agua fresca a la boca—. Lo mejor va a ser que me vaya a casa a descansar. Una buena siesta me va a ayudar.

—¿Querés que te arrime hasta tu casa?

—No, no, estoy bien, puedo ir solo. No es para tanto —contestó con una sonrisa como para no alarmarlo.

Él era una persona de honor y no se imaginaba entre rejas. Era una deshonra que no podía aceptar. Salió del restaurante y sintió que las piernas le pesaban. El cuerpo le pedía a gritos salir de esa situación. Al llegar a su casa llamaría a Horacio para saber en definitiva qué se habían llevado.

Mientras tanto, Soria sabía cuáles eran las pruebas que necesitaba recabar. Ya había estudiado los archivos que Martín le había facilitado, por lo que no tenía más que verificar que los originales estuvieran en las computadoras del estudio. Sentado en el escritorio del doctor Darío R. Grant, en menos de media hora pudo constatar que nadie había borrado ningún archivo. Se levantó y le ordenó al Sombra Píriz que desconectara todas las computadoras, las inventariara y retirara. Luego, dirigió una mirada a Fleitas, quien le respondió afirmando con un movimiento de cabeza y lo siguió hasta donde estaba Horacio Grant.

—Doctor Horacio Grant, queda detenido. Mañana va a comparecer ante el juez — sentenció Soria, mientras Fleitas lo esposaba.

Ahora solo quedaba detener a su padre y librar la orden de captura internacional de Joan Vanolli a través de Interpol.

El doctor Darío R. Grant ya se había subido a su sedán. Tomó la Rambla Argentina en dirección al este y en pocos minutos llegó a su hogar. Vivía en Punta Carretas. La casa estaba vacía. Su esposa se encontraba en el Club de Golf jugando al bridge con sus amigas. Fue hasta su escritorio y se sentó en la silla ergonómica de cuero negro. Detrás de él había un cuadro con un planisferio del siglo XVI. Se quedó mirando hacia el jardín. Tomó el celular

y llamó a Horacio. No le contestaba. Llamó enseguida al estudio. Le atendió Jimena.

—Doctor, se llevaron a Horacio.

—¿Cómo que se lo llevaron?

—Se lo llevaron detenido, la policía. Vinieron y se llevaron todas las computadoras y una cantidad de carpetas. Su escritorio, doctor, quedó prácticamente vacío.

—¿Tenés idea a dónde se lo llevaron?

—No, no dijeron nada, se lo acaban de llevar. Preguntaron por usted y dijeron que también tienen una orden de arresto.

—Que vengan a buscarme nomás.

Tenía claro que le quedaba poco tiempo. La imagen que tenía enfrente era muy agradable. Un árbol, flores y el césped parejo que parecía una alfombra. Miraba hacia la ventana, pero no veía. Su mente estaba en el recuerdo de su abuelo, que había sido senador a fines de la década del veinte. Había retado a duelo a un editor de un diario por la publicación de un artículo en el que era denunciado como corrupto. Como ofendido tenía el derecho a elegir las armas. Sería un duelo con pistola a primera sangre. Ante la primera herida de alguno de los contendientes, el duelo finalizaría. Cada duelista designaba dos padrinos y un médico. Los padrinos, a su vez, designaban un director para la contienda. Se eligió un campo de fútbol dentro de una base militar. El día del duelo el sol brillaba a pleno. El honor estaba en juego. La finalidad no era matar o herir de gravedad, sino demostrar valentía y hombría para enfrentar una situación de riesgo de vida. Ante las palmas del director, se dieron media vuelta y dispararon. Su abuelo disparó al aire. El editor del diario tiró con tal puntería que mató a su oponente de un balazo certero en la frente. Esa historia se fue transmitiendo a las siguientes generaciones de la familia Grant. Por el honor se daba hasta la vida. Abrió el primer cajón del escritorio y allí estaba: la pistola que había usado su abuelo en aquella ocasión, la pistola del honor, la que había lanzado un disparo al aire. Siempre estaba cargada, por si acaso. Saltó de su ensimismamiento al sentir el timbre de la puerta.

Era la hora. La tomó, se la puso en la boca con la culata hacia adelante y disparó.

Capítulo 51

End of the Beginning —El fin del principio—
(Canción de Black Sabbath, 2013)

La detonación se escuchó desde la calle. Soria y su equipo se pusieron a resguardo ante posibles disparos desde la casa. Para evitar sorpresas decidieron ingresar a una de las casas linderas y acceder desde el fondo. Dos de los policías saltaron el muro que separaba las dos casas y se fueron acercando a una de las ventanas que estaba entreabierta. El primero de ellos, con un movimiento rápido apuntó hacia adentro. Observó el interior manteniendo firme la pistola. Bajó el arma, la guardó y le hizo una seña a Soria que estaba del otro lado del muro, llevándose la mano a la boca como si fuera un arma y cabeceando hacia atrás. Soria saltó y se acercó a la ventana. Allí estaba el cuerpo inerte de Darío Grant sobre la silla del escritorio, con su cabeza echada hacia atrás y un claro impacto de bala. El planisferio, teñido de sangre, completaba la escena.

Sacó un paquete de caramelos de menta que tenía guardado en uno de los bolsillos del pantalón, tomó uno y se lo llevó a la boca. Iba a tirar el papel al suelo, pero se lo guardó en el bolsillo. El Sombra Píriz tomó el celular y se puso en contacto con Policía Técnica. Ellos ya no tenían nada más que hacer allí.

De nuevo en Jefatura, Soria recibió el llamado del director del Departamento de Asuntos Internos.

—¿Podrá darse una vuelta por nuestro departamento?

—Sí, claro, ¿quiere que vaya ahora?

—Sí, ahora.

Soria tomó su chaqueta y salió de su oficina. Subió la escalera hasta el piso siguiente y se acercó a una puerta con vidrio esmerilado. Golpeó dos veces y entró.

—Soria, venga por acá, tome asiento —dijo el director de Asuntos Internos, un hombre corpulento de unos cincuenta años, peinado para atrás a la gomina y con un tupido bigote negro. Le señaló una silla a la derecha

de un joven policía que estaba frente a una *laptop*, mientras él se sentó sobre la izquierda.

—Pudimos localizar a Santiago Guerrero. Como usted sabe, intervinimos los teléfonos de los oficiales Fleitas y García, y también el de Valeria Díaz. Ayer interceptamos una conversación entre esta chica y Guerrero — a continuación, le hizo una seña al joven, quien reprodujo un archivo de audio.

–Hola, Santiago.

–¿Cómo andás, Valeria?

–Todo bien. Carlos me pidió que te llamara. Me dice que no recibió los diez mil de los últimos dos meses.

–Decile que tenga paciencia. Nunca dejamos de cumplirle. La semana que viene se la mando con alguien.

—Esta muchacha hizo la llamada con su celular, desde su casa y Guerrero estaba en Laguna del Sauce. Muéstrele por favor la imagen satelital —el joven dirigió el cursor para mostrar la imagen aérea de la laguna. Sobre la ribera oriental había una marca señalando el lugar. Otra imagen con mayor acercamiento mostraba una gran mansión con una piscina, vista a la laguna y los cerros cercanos a Piriápolis—. No podemos demorarnos. Estamos coordinando con el grupo GEO para hacer un asalto al lugar y detenerlo. No va a ser fácil pero le tengo fe al equipo. En este momento tenemos gente estudiando la zona y sospechamos que tienen un alto poder de fuego.

Horas después, Soria estaba subiéndose a un helicóptero en el aeropuerto de Laguna del Sauce junto con el jefe del operativo. Era un Robinson perteneciente a una empresa que hacía paseos turísticos. Habían pasado algunos minutos de las siete de la tarde pero el sol aún estaba alto. El lugar en cuestión estaba a unos seis kilómetros en línea recta. Para evitar cualquier tipo de sospechas hicieron un sobrevuelo bordeando la costa. En menos de cinco minutos llegaron al lugar. Sin detenerse tomaron algunas fotos. Era una gran edificación en piedra de alrededor de mil metros cuadrados. En el estacionamiento exterior había un automóvil deportivo y una camioneta cuatro por cuatro. Siguieron hasta el extremo norte de la laguna, hicieron un giro de ciento ochenta grados y volvieron haciendo el mismo camino. En la piscina lograron divisar a cuatro personas, dos hombres y dos mujeres. Volvieron al aeropuerto y allí analizaron las

fotografías con una computadora. La foto de alta resolución mostraba a Santiago Guerrero sin margen para la duda. El otro era Alfredo Paredes y las chicas eran dos jóvenes de unos veinte años. Había dos casillas con puestos de guardia sobre el camino que llevaba a la ruta. Abordarían el lugar por la noche. Entrarían por la laguna y la ruta simultáneamente. Una embarcación liviana los dejaría a doscientos metros del muelle de la casa y avanzarían hasta allí a pie. Si lo hacían durante el día, podía llegar a convertirse en una carnicería, con bajas seguras en los dos bandos. Soria se quedó en el aeropuerto de Laguna del Sauce junto con la jueza de Maldonado mientras el retén del grupo GEO realizaba el operativo de captura de Santiago Guerrero, alias el "Jota".

La noche era luminosa; la luna llena se reflejaba en las aguas tranquilas de la laguna. Eran poco más de las cuatro de la madrugada. Desde la orilla se podían ver las luces del aeropuerto. El retén se separó en dos grupos. Uno de ellos se aproximaría al lugar desde la laguna y el otro desde la ruta. La barcaza dejó al primero sobre la orilla, como habían convenido. Equipados con lentes de visión nocturna, fueron avanzando en fila india hasta que tuvieron la casa a la vista. Los tiradores buscaron una posición apropiada para disparar a los dos guardias que estaban en los fondos de la casa junto a la piscina. Uno de ellos estaba sentado en una silla de jardín escuchando música por sus auriculares. El otro, a quince metros de distancia del primero, estaba de espaldas, prendiendo un cigarrillo. Los dos disparos partieron casi simultáneamente. Con precisión quirúrgica los dardos hicieron blanco en los cuellos de ambos. El que estaba sentado atinó a quitarse el pequeño dardo dándose un golpe con la mano izquierda abierta. El otro se lo arrancó pensando que era una picadura de abeja. Antes de que pudieran reaccionar se les nubló la vista y se desvanecieron. De inmediato avisaron al segundo grupo que aguardaba sobre la ruta 12. Estos dispararon sobre los focos halógenos que había en la entrada. De ese modo, podían ingresar al abrigo de la oscuridad y de los árboles que circundaban el lugar. Los dos guardias que estaban dentro de la cabina desde la que custodiaban el acceso a la casa salieron pensando que había saltado alguna llave térmica en el tablero. Uno de ellos fue hasta la casa a revisar. El otro quedó solo afuera. Al igual que los anteriores, fueron alcanzados por sendos dardos y quedaron fuera de combate en pocos segundos. Ya habían franqueado las primeras barreras para acceder.

Dentro de la casa, pocas horas antes, se había celebrado una fiesta con el éxtasis como principal protagonista. Santiago Guerrero salió de su habitación tambaleándose. Sentía un fuerte hormigueo en las extremidades y una sed desesperante. Bajó las escaleras de madera vestido solamente con un bóxer gris de algodón y fue hasta la cocina para servirse agua fresca. Acostumbrado a la oscuridad, no prendió la luz. Sacó una botella de la heladera y se la llevó a la boca como beduino perdido en el desierto. Experimentó placer al sentir el piso frío bajo la planta de los pies. Bajó un instante la botella y la claridad de la luna le permitió ver algo inusual a través de la ventana de la cocina. ¿Eran policías vestidos de negro que se acercaban o estaba alucinando?

—Escondete —le dijo una voz que pensó que era la de su padre—. La cava, andá a la cava.

Dejó la botella sobre la mesada y se fue agachado hasta el estar. Tanto la entrada a la cava como su techo de baldosas de vidrio estaban cubiertos por una gruesa alfombra. La levantó, abrió la puerta y se metió. Antes de cerrarla tuvo la precaución de acomodar la alfombra como para que nadie notara nada extraño.

La casa tenía dos alas. Sobre la derecha de la escalera había cuatro habitaciones en suite entre las que estaba la que usaba Santiago Guerrero. Del otro lado había otras tantas. El corredor que conducía a las habitaciones era amplio, con una mullida *moquette* de color rojo cereza con flores color crema en los bordes contra las paredes de color marfil. En una de esas habitaciones estaba Alfredo Paredes con una chica de poco más de veinte años. Ambos estaban tendidos sobre la cama, desnudos y semiinconscientes. En la planta baja también había un espacio amplio cerrado, con una piscina climatizada.

El comando ingresó rápidamente por una ventana de la planta baja. Constataron primero que no hubiera nadie y luego subieron por la escalera. Ya sabían cuáles eran las habitaciones a las que debían ir. Desde el otro margen de la laguna habían verificado cuáles eran las que tenían más movimiento. La primera tenía la puerta abierta. Era la que usaba Santiago. Sin prender la luz, ingresaron dos agentes, vestidos completamente de negro, con casco y chaleco antibalas. Encendieron la luz y entraron. Se quitaron los lentes de visión nocturna y vieron a una chica completamente desnuda sobre la cama. La luz la despertó. Era delgada, de cabello castaño claro y unos ojos verdes grandes y llamativos con largas pestañas, pintadas

con un grueso rímel. Sus pupilas estaban dilatadas. Se levantó, miró a los agentes y les habló con cierta dificultad.

—Hola, bebés, ¿no vieron a Marcelo? Estaba acá —su rostro denotaba confusión.

—¿Dónde está Santiago Guerrero? —contestó uno de los agentes con tono imperativo.

—Yo estaba con Marcelo. Marcelo me hizo ver estrellitas hoy. ¿Ustedes también me van a hacer gozar? —respondió con sensualidad tocándose el sexo.

—Señorita, buscamos a esta persona —el agente sacó del bolsillo la foto de Santiago y se la mostró.

–Ese es Marcelo, estaba acá conmigo. ¿Se fue sin pagar? ¿Ustedes le pagaron a la madama?

—Esposala —ordenó uno de los agentes al otro.

—¿No me quieren hacer el amor? ¿No les gusto o son maricones? Quiero hacerlo con los dos a la vez.

En la otra habitación, del otro lado de la casa, otros dos agentes no tuvieron inconvenientes para inmovilizar a Alfredo Paredes y a la joven con la que estaba. Les costó unos minutos para que reaccionara.

—¿Dónde está Santiago Guerrero?

—Hace tiempo que no lo veo.

—¡No me mientas! ¡Sabemos que está acá!

—¡Ustedes no saben nada! ¿Lo encontraron? Si no lo encontraron entonces no está.

En una tercera habitación estaba Gabriel, el hermano de Santiago. Había oído ruidos extraños y había tomado una pistola 9 milímetros que tenía sobre la mesa de luz. Cuando los agentes entraron, comenzó a disparar. Uno de los agentes recibió un disparo en el antebrazo y otro en el chaleco antibalas. A cambio, recibió una ráfaga de veinte disparos que hicieron blanco en su pecho y su cabeza. Su cuerpo quedó tendido al costado de la cama, tiñendo de sangre la *moquette*.

Condujeron a los tres a la planta baja y los pusieron de rodillas. Las chicas estaban muy confundidas y seguían bajo los efectos del éxtasis. Eran dos jóvenes prostitutas de Maldonado que habían sido encandiladas por un puñado de dólares. Alfredo Paredes estaba un poco más lúcido, pero lucía como quien recién despierta de un pesado sueño. Santiago Guerrero no podía estar lejos. Una de las chicas había confirmado que momentos antes

había estado con él. No tenía posibilidades de escape. La casa estaba cercada.

—Les doy un minuto para que me digan dónde está Santiago Guerrero —dijo uno de los agentes mientras caminaba en torno a ellos con una pistola en la mano.

—Ya le dije que no sé nada de él —contestó Alfredo Paredes.

—¿Marcelo? Yo estaba con Marcelo. Se fue y me dejó sola. No quiero que me trague la sombra —contestó la chica de grandes ojos verdes, dominada por el pánico mientras miraba hacia arriba y a los costados—. ¡No quiero que me trague la sombra, no quiero que me trague! ¡No me dejen sola! ¡Tiene unos dientes afilados y me quiere llevar!

La otra chica tenía los ojos cerrados y lagrimeaba.

El agente se paró frente a Alfredo Paredes. Era el único que estaba en mínimas condiciones de darle una pista sobre Santiago Guerrero. Le habló apuntándole con el arma.

—Me decís ahora dónde está escondido o te disparo.

—No tengo idea dónde está, ya te dije.

El agente le apuntó a las rodillas y disparó. La bala atravesó la alfombra dejando oír un estallido de vidrios.

—¡Acá abajo hay algo!

Al sacar la alfombra se encontraron con el techo de la cava y la puerta de entrada. Trataron de abrirla, pero les fue imposible. Parecía que estuviera trancada por adentro. El disparo había roto en parte uno de los baldosones.

—¡Así que tenían un escondite! ¡Muy inteligentes! Guerrero, ¿estás ahí abajo? Si no me contestás te coso a balazos —el agente guardó la pistola y tomó el fusil—. A la cuenta de tres te disparo. Uno… dos… ¡tres!

Las baldosas de vidrio volaron en miles de pedazos dispersando una lluvia de astillas y esquirlas. Las botellas que estaban estibadas en una de las paredes de la cava se hicieron añicos. Buena parte del techo había desaparecido. El agente que había hecho los disparos se asomó para mirar hacia adentro. Se agachó con la ansiedad de ver el cadáver en un rincón de la pequeña cava. Pudo ver que el piso estaba teñido de rojo escarlata en medio de un mar de trozos de vidrio. Donde habían estado las botellas alcanzadas por la metralla se dejaban ver las gruesas paredes de piedra. Santiago no estaba allí.

Había desaparecido.

Capítulo 52

Painted From Memory —Pintado de memoria—
(Canción de Elvis Costello y Burt Bacharach, 1998)

Soria regresó a Montevideo con amargura. El objetivo era Santiago Guerrero y la ansiedad del jefe del operativo había echado todo a perder. Tenían a Alfredo Paredes, pero no habían podido descabezar por completo la organización.

En su oficina lo esperaba otro trago amargo. Carlos Fleitas estaba esposado en la sala de interrogatorios. Su amigo, su compañero en la Escuela Nacional de Policía, el que le había clavado un puñal por la espalda. Al mismo tiempo, en la otra sala estaba siendo interrogada Valeria Díaz, la bibliotecaria.

Soria abrió la puerta, entró y se quedó de pie frente por frente a Fleitas. Carlos no lo quiso mirar. Agachó la cabeza y la movió en señal de negación.

—¿Qué tenés para decirme? —dijo Soria, acentuando las palabras.

—Nada, no tengo nada para decirte.

—¿No tenés nada? Yo sí tengo varias cosas. Primero, que sos un traidor hijo de puta, una basura humana, sos mierda pura.

—¡Pará, enfermo! ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¡No me tomés por boludo! ¡Jamás pensé que ibas a ser vos! Quisiste jugar conmigo. Hiciste todo para que sospechara del Colorado y me subestimaste.

—¡Estás loco! ¡Estás meando afuera del tarro!

—Callate y dejame hablar. Jugaste con el mensaje cifrado y no pensaste que lo iba a descifrar, y fuiste tan estúpido que me diste los elementos para poder descubrir que el imbécil que nos estaba traicionando eras vos, y que estás metido hasta las pelotas con los narcos. Te hacías el pelotudo, "acá alguien nos está haciendo una cama", y el que nos estaba haciendo la cama a nosotros eras vos.

—¡Nada que ver! ¡Te comiste una película!

—¡Callate y no me interrumpas! Y el pobre Colorado no tenía nada que ver con todo esto. Me subestimaste y nos traicionaste a todos y ahora te la vas a comer bien doblada. Te fuiste de tu casa y me pintaste que estabas mal, que todo era una cagada, pero lo que vi fue que la estabas pasando más

que bien con la mina esa que te pasaba los mensajes del Jota desde la cárcel. Eran un buen sistema de correo, hasta que tu soberbia te volvió a la nuca como un búmeran.

Fleitas lo miraba serio, conteniéndose. Deseaba levantarse y golpearlo, pero llevaba las de perder.

—Y tengo algo más —continuó Soria abriendo una carpeta y apoyando su hombro izquierdo sobre la pared—. ¿Te acordás del morocho que participó del secuestro de Martín Flores? ¿Cómo era que se llamaba? ¿Jorge Pastor, al que le decían Eliomar? ¿Te acordás de que apareció colgado en la celda? Te tengo que informar que el dictamen del forense dice que no se suicidó. El peritaje toxicológico determinó que tenía suficiente midazolam como para dormir a un toro. El paciente ya estaba dormido varias horas antes de su muerte. ¿Conclusión? No pudo colgarse por sus propios medios. ¿Tenés idea de quién o quiénes lo colgaron para simular un suicidio?

—No, ni idea.

—Ah, ¿no tenés idea? ¡Qué pena! El oficial Fleitas no tiene idea y me trata como un pelotudo —siguió Soria, acercándosele a pequeños pasos—. ¡Me das lástima! Escuchame, rata, para subir a ese negro de casi dos metros tuviste que pedir ayuda y no tuviste mejor idea que tirarle dos mil dólares a uno de los agentes que custodiaba la celda. Este agente ya cantó y contó con lujo de detalles cómo lo hicieron. Le hiciste tomar varias pastillas de Dormicum y, cuando estuvo bien dormido y no había moros en la costa, lo subieron y lo colgaron.

Apenas terminó de decir la última palabra, recibió un escupitajo en la cara. Soria hizo la mesa a un lado y comenzó a golpearlo a diestra y siniestra hasta que se abrió la puerta y entre el Sombra Píriz y el inspector Pereyra lo apartaron de Fleitas.

Un mes después, Santiago Guerrero disfrutaba de la calma de Barão de Melgaço, en el estado de Matto Grosso. El Pantanal, uno de los humedales más grandes del planeta, con una superficie de 250.000 kilómetros cuadrados, el mejor lugar para desaparecer por un buen tiempo. Podían caer gobiernos o desatarse una guerra nuclear que ahí no se enteraría de nada. Contaba con la compañía de Gilson, un aborigen descendiente de los Guatos. Era una suerte de Viernes. Vivían en una barcaza que tenía doce metros de eslora, con dos dormitorios, baño, un estar y una cocina contra la popa. No había televisión satelital ni Internet. Ya había empezado la

temporada de lluvias y las aguas comenzaban a inundar un ochenta por ciento del territorio. La vegetación era frondosa y solían no tener un paradero fijo. Recorrían los *corixos* o canales que se formaban en la Baia Siá Marina o las márgenes del rio Cuiabá. No era extraño ver algún yaguareté en las márgenes del río, aplicando su infalible táctica de hacerse el muerto hasta que lograba que algún carpincho pasara inocentemente a su lado después de observarlo con cautela a la distancia. Como un relámpago, emprendía la carrera hasta tener la presa entre sus fauces. En ocasiones, en sus intentos de escape, estos grandes roedores entraban al río, donde los esperaba otra amenaza aún mayor, los yacarés. No necesitaba despertador. Lo suplían los parloteos de los guacamayos y las cotorras, así como los aullidos de los monos y el canto de los sabiás y cardenales. Era frecuente ver a los enormes tuiuiús posándose sobre uno de los bordes de la barcaza, con su largo cuerpo blanco y cuello, cabeza y pico negros.

Cuando tenían que aprovisionarse visitaban un pequeño poblado y, en ocasiones, recibía visitas, en particular de los contactos que mantenía con el cartel de Santo Ângelo.

Gilson estaba cocinando un pacú. Era un especialista preparando platos en base a las distintas variedades que se podían pescar allí, principalmente el pacú y el pintado. A casi todos los platos le ponía farofa de banana y quedaban exquisitos. El aroma era tentador y llegaba hasta la cubierta de la proa, donde Santiago, sentado en una cómoda reposera, saboreaba una caipirinha mientras leía *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo. Dejó el libro a un costado, encendió un puro y comenzó a recordar…

Había bajado a la cava a toda prisa. No tenía tiempo para otra cosa más que para huir. Sabía que había un interruptor de luz, pero también sabía que si lo prendía estaba perdido. Recordó la primera vez que había bajado a la cava con Alfredo Paredes y había elegido una botella de Chateau Margaux. “Hoy no te daré el gusto. La guardaremos para una ocasión especial”. Tiempo después, Alfredo le contó el secreto de esa botella. Si la levantaba junto con otra que estaba un poco más abajo y las volvía a colocar en el mismo lugar de forma simultánea, se activaba el interruptor de un electroimán y se abría una de las paredes de la cava, dando lugar a un largo túnel. Si bien estaba a oscuras, no le costó recordar la ubicación de las botellas. El Chateau Margaux estaba en la tercera fila desde arriba y era la primera de la derecha. La otra estaba tres lugares en diagonal hacia abajo respecto de la primera. El electroimán se desconectó y empujó la pared con

botellas y todo. Pasó para el otro lado y volvió a cerrar la puerta. El electroimán se activó nuevamente. Fue avanzando a horcajadas por el túnel que contaba con luces de seguridad cada diez metros cerca del piso. Tenía un largo total de doscientos metros hasta la otra mansión que estaba más al norte. A mitad de camino había un bunker que utilizaban como depósito de droga y armas. Ahí se quedó escondido durante dos semanas. El túnel se había construido cinco años atrás con la misma metodología que habían utilizado para hacer los túneles por los que pasaban la droga de Tijuana a San Diego. Luego de asegurarse de que había pasado el peligro, decidió salir. Desde allí se fue hasta Rio Branco y cruzó la frontera a pie por el puente Mauá.

La primera semana de enero en Cuchilla Alta era de las mejores en varios años. La temperatura era de treinta grados al mediodía y de veinte por la noche. Los Flores habían alquilado una casa por la primera quincena a pocos metros de la playa. Allí estaban, disfrutando la mañana. Eugenia leía un libro. Estaba sentada en una reposera y tenía un bikini muy colorido, estampado con flores. A sus cuarenta y ocho años mantenía un buen cuerpo y aparentaba diez años menos. A su lado estaba Mariana, tendida boca abajo sobre una toalla como una lagartija al sol, con un bikini negro que resaltaba su bronceado. Martín miraba cómo Juan Pablo y Federico jugaban al fútbol tenis cerca de la orilla. Se había puesto filtro total sobre las cicatrices para que no le quedaran muy marcadas.

El arrullo de las olas y el cielo completamente despejado inspiraban una paz muy profunda. El sol estaba fuerte, pero había una leve brisa que ayudaba a soportar el calor.

—¿Tenés ganas de caminar por la orilla? —preguntó Mariana a Martín.

—Dale, cuando nos cansemos pegamos la vuelta.

—Mamá, ¿querés venir con nosotros?

—Vayan ustedes que yo estoy atrapada con el último capítulo de este libro. Hasta que no lo termine no paro.

Mientras caminaban, dejaban que el agua les mojara los pies con cada ola que se disolvía en la orilla. Iban de la mano y en silencio, disfrutando el paisaje. Martín tenía la certeza de que su padre caminaba junto a ellos.

De regreso, vieron a toda la familia bañándose en el mar. Eugenia les hizo señas para que se metieran. Fueron hasta su sombrilla, dejaron los lentes y los gorros, y entraron al agua. Mariana lo hizo de a poco, no se

quería mojar el pelo. Martín entró corriendo y se zambulló con sus hermanos.

—Esto está espectacular —exclamó una vez que sacó la cabeza del agua.

—Está divino. Gracias por traerme —dijo su madre con una sonrisa.

—Gracias a vos, vieja. Sos lo más grande. Te amamos.

Martín la abrazó y Eugenia lo besó en la mejilla. Luego volvió a zambullirse con sus hermanos. El mar estaba tibio y el sol brillaba sobre el agua.

Siempre se podía renacer.

FIN